LA MOLE
Federico Relimpio
Más que hospital, máquina de poder.

Índice de contenido

Nota Previa y Dedicatoria
1. Cementerio
2. La Escalera
3. Autopsia
4. Sexta Planta
5. Parte de Guerra
6. Reflexiones de Cuarto de Baño
7. Isabel Ternero
8. Luz de Luna
9. Primera Plana
10. Tanatorio
11. Entre Cipreses
12. Una Silueta en la Sombra
13. Algarve
14. Los Girasoles
15. Cita en la Kasbah
16. Un Chalet en la Ciudad
17. La Basílica
18. «Hey, Solo Pienso en Ti…»
19. Extraños Testigos
20. El Vuelo de Ícaro
21. Una Grieta en el Muro
22. Un Pen-Drive en la Kasbah
23. La Caverna
24. ¿Una Tarjeta… Black?
25. Treinta Mil Pavos al Mes
26. Maldito Lunes
27. Reina de Corazones
28. Llamadme Amador
29. Llámame Lidia
30. Confesiones Íntimas de una Profesional
31. Un Cadáver Abandonado
32. Cui Prodest
33. Hipótesis de Trabajo
34. Harlem
35. Colombianita
36. Rogelio
37. Florencio
38. Es Niña
39. Darío

40. De Isabel a Chabela
41. Chabela de Noche
42. Relevada
43. El Doctor Sepúlveda
44. El Estallido
45. El Atentado
46. Gigantes, que no Molinos
47. Muerta y Bien Muerta
48. Aquelarre
49. Historias de la Otra Orilla
50. Azul, como el Azul Marino
51. Ahmed
52. Dihya
53. Ochenta y seis por ciento
54. Las Tumbas Púnicas
55. El Mar, por Fin
Agradecimiento
El autor: Federico Relimpio
Avifauna de «La Mole»
Otras Obras del Autor
Escapar del Paraíso (2019)

© Federico Relimpio 2021
Sevilla, España
E-mail:info@federicorelimpio.com

Foto de portada e interior de realización propia. Composición de la portada a cargo de Mónica Lalanda.

Primera edición: 2021

«LA MOLE»es una obra de ficción. Los nombres de los personajes principales y las circunstancias que en ella se presenta son igualmente ficticios.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

LA MOLE

Federico Relimpio

Nota Previa y Dedicatoria

Querida lectora, querido lector;

Bienvenido a mi quinta obra. Se me ocurre etiquetarla como novela negra, pero me resisto a encasillarla en el género. O no, a secas; no, sin matizar y añadir más. Recabo tu ayuda para ello; te ruego que, al finalizar la lectura, me dejes un comentario con tus impresiones. Y ahí, me sugieres cómo catalogar «La Mole» en tres o cuatro palabras.

Quinta obra, décimo aniversario. En este sentido, debo recordar que hace diez años que firmé la introducción de mi primera novela, «K.O.L. Líder de Opinión». Vuelvo sobre dicho prefacio, y me encuentro sobre el mismo hilo conductor, resumido en mis palabras de enero de 2011:

«No hallo mejor modo de introducirte a este relato que diciéndote: "Bienvenido al infierno seas"».

Aunque sigo en ello, la década no pasó en balde; lo apreciarás enseguida. De aquel entonces al momento actual, gané un poco en comprensión de los mecanismos que rigen nuestro mundo. Por el contrario, perdí un kilo de ilusiones acerca de nuestra capacidad de cambiarlo. Creo que esto último es inevitable, estrechamente ligado al paso de la cuarentena a la cincuentena.

Con todo, ahora estás a punto de adentrarte en «La Mole». Como tantos pacientes y sus familiares, cada día. Y como tantos trabajadores sanitarios. Luchando todos por orientarse en un dédalo de ascensores y escaleras. Un laberinto de plantas, despachos, quirófanos y controles de enfermería. Y una jerarquía de órdenes y contraórdenes, sometida a la vigilancia y la injerencia de un nivel superior. Tiempo sobrado tendrás de saber acerca de todo ello.

A lo largo de estas páginas, el esclarecimiento de un crimen te llevará a sospechar — más que a conocer — la podredumbre íntima del edificio institucional que alimentamos y en el que confiamos. Carcoma que corroe la cosa pública, contaminando el noble cometido de los centros sanitarios. En este sentido, no puedo evitar el temor a que la lectura de «La Mole» sea desasosegadora. Lo asumo; va implícito en la frase arriba mencionada, de la introducción de «K.O.L. Líder de Opinión». En buena medida, el desasosiego es inherente a la conciencia de cierto estado de cosas.

Aprovecho esta nota para expresar mi admiración por un par de clásicos coetáneos, que vivieron sin conocerse. Uno es William Shakespeare — sobran adjetivos —. Es del todo obligado poner de manifiesto que me inspiré en sus textos para varios párrafos de «La Mole». De este modo, los entusiastas del bardo encontrarán algunas paráfrasis, sin lugar a dudas desacertadas por mi parte. Pido mil perdones por la osadía.

Habrás anticipado que el otro es nuestro Cervantes. Las alusiones al Quijote son más evidentes, y ahí no me atreví a parafrasear. Por otra parte, el lector avezado descubrirá el homenaje a otros muchos que no puedo traer aquí, a riesgo de hacer interminable este prefacio.

Termino con la dedicatoria. Esta novela arranca de un crimen cometido en un gran hospital público («La Mole»). Ahí se desarrolla buena parte de la trama. Dado que esta obra se concluye a lo largo del segundo año de la primera gran pandemia del siglo XXI, no puedo sino dedicarla a todos los trabajadores de la Sanidad Pública de España, que se dejaron la piel — literalmente — por su gente en la primera línea de batalla contra el coronavirus.

Federico Relimpio
Sevilla, a 14 de mayo de 2021.

1. Cementerio

Muere el día, pero no la ira del viento. Las nubes, ahí arriba, dan buena cuenta de ello: su gris es más oscuro, entre agorero y amenazador, y su movimiento es casi frenético. Llegado al suelo, el aire está exhausto. Quiere morir, como el día. Se le nota helado: hiere los ojos y duele dentro, en los huesos. Levanta con fuerza la hojarasca y el polvo, y extrae de los cipreses un silbido desesperado. Sobre la tierra, mármoles, cruces y flores marchitas. Camposanto.

Hoy apenas hubo visitas y, con un tiempo así, no se esperan ya, a última hora. Aunque, mirando con atención, se advierten tres sombras que pululan en el bosque de panteones y criptas. Tres figuras oscuras, zaraguteando sin prisa.

—¿Cuándo volvemos a estar juntas? — la más gorda sonríe, señalando un punto concreto del horizonte. Más allá de la verja de entrada, se alza la silueta del viejo hospital, recortada sobre el cielo de esta tarde de demonios.

—Mila, recógete la carnes, que las lombrices por aquí andan hambrientas — escupe la más alta —. Pero no tardarán en hartarse, que escrito está en estos cielos.

—Y tú, Pepi, guárdate la lengua de víbora — responde la obesa, sin perder la sonrisa burlona —. Te la envenenaste limpiando vómitos en el hospital.

—Callaros las dos, que mire el cuadrante — las corta en seco la tercera, más bajita —. El sábado. El sábado que viene estamos las tres de turno de noche. Luna llena, además. ¿Querrá sangre?

—Por descontado, Rosi — sentencia Pepi, la alta —. Rara es la madrugada de sábado que no ofrece un tiro en la barriga o una puñalada certera.

—Frío mortal de una tarde sin luz — remata Mila, la oronda —. Día que quiere morir, y ser recordado por unos y olvidado por otros. Despejemos, pues, el camino de la entrada del camposanto.

—Y prepárense las coronas de flores para el entierro del próximo sábado — añade Rosi, la pequeñita.

—O entierros — remata Pepi —. Con el día, mueren sus sueños. Y, a veces, los soñadores. Nunca se sabe.

2. La Escalera

Madrugada vieja, oscura, impenetrable. El gran hospital pretende dormir, a sabiendas de que será del todo imposible. Primeras horas del domingo, fin o comienzo de la semana, según se mire. Paréntesis o descanso laboral para casi todos, menos para los sujetos a turno o guardia.

La paz no cuaja abajo, en el área de urgencias. Ahí la algarabía es hoja perenne, con exacerbaciones puntuales y remisiones, que suelen coincidir con los partidos de fútbol de máxima audiencia. El sentido de la urgencia de la ciudadanía concede, pues, alivios previsibles. Aunque hoy la batalla viene siendo intensa.

Pero, con todo, las horas de la madrugada van transcurriendo, y se acallan las últimas voces hospitalarias. Tanto arriba, en las plantas — sedación manda —, como abajo, en urgencias, donde los últimos neuróticos son despedidos con una palmadita en la espalda y una carta para su médico de Atención Primaria. Aunque las circunstancias de hoy les hagan abandonar el centro por una puerta especialmente habilitada para la ocasión. Para nada es prudente hacerlo por el acceso habitual.

Entre urgencias y las plantas, hay un distribuidor donde confluyen una pléyade de ascensores. Unos alcanzan pisos más altos y otros se quedan más cerca. Unos arrancan de urgencias y llevan directamente a la Unidad de Cuidados Intensivos. Otros están rotulados con «traslado exclusivo de pacientes y personal», aunque ello sea respetado según las horas y el criterio de cada quién. De otros ascensores hablaremos más adelante. Por ahora, nos bastará con indicar que nos hallamos en el nudo gordiano de un verdadero laberinto hospitalario.

Frente a los ascensores, la escalera. Que no es de caracol, pero como si lo fuera. De abajo a arriba: sótano, semisótano — nivel de la calle y de urgencias —, planta baja, diez plantas y, encima de todo, una más para la maquinaria de los ascensores. Si optamos por subir a pie, recorreremos las escaleras tramo por tramo, rodeando un hueco central desde donde se ve, desde arriba del todo, la lejanía del suelo del sótano, cemento grisáceo. Sugiere lo fácil que es, en un momento dado, acabar con todo. La escalera limita hacia fuera por paredes acristaladas para mejorar la iluminación — poco útiles en esta noche

oscura —. Y hacia dentro, por una añeja baranda que retrotrae al visitante a la época de construcción del hospital, hace unos sesenta y pico de años.

Pero seguimos abajo, en el distribuidor del semisótano. Por aquí sentados, dos celadores. En el bolsillo, los *buscas*. Si hay movida, enseguida los llaman. Charla de todo y de nada. De fútbol, sobre todo, estos fines de semana. Que si el fichaje tan carísimo pinchó y el míster no llega a navidades. Ganas de un cigarrillo, cuando termine el turno. Ya va quedando poco. Además, a ver si se termina de aclarar el cirio que han montao esos frente a las urgencias.

—¿Sigue la pasma ahí fuera, Luis?

—Y más refuerzos que se traen. Estado de sitio.

—¿Y qué fue, al final?

—Está por ver, tal y como está la cosa. Ya van dos muertos, uno de cada familia. Y una chiquilla de tres años, que se debate en la UCI entre la vida y la muerte.

—¿Alcanzada por las postas?

—Jugandito en la puerta de su casa, Pepe. El *Harlem* ese está peor que el Yemen. Pero a ochocientos metros de aquí, mal contados. La Guardia Civil solo entra con tanqueta.

—A ver a qué hora vamos a salir de aquí. Y cómo…

—Pues en tanqueta, ¿no te lo estoy diciendo…? ¡Hostia! ¿Qué ha sido eso?

El golpe ha sonado seco. Como un saco de arena que cayera desde muy alto. Ha retumbado en todo el semisótano de un modo sordo, sin ecos o resonancias metálicas. Luego, nada, el silencio. De fondo, algunos gritos sofocados procedentes del exterior. La guerra de clanes, que aún continúa. Y los furgones policiales, que van tomando posiciones.

—Vino de ahí, Luis, de la escalera…

Mirada hacia arriba, con precaución. Nada, nadie. Silencio mortal. Los neones de la noche. Ni una mano furtiva sobre los pasamanos. Unos segundos. Ahora, los ojos al piso de abajo, al sótano, el final de la escalera. Y ahí está. El origen del sobresalto.

Desmadejada, boca abajo, una mujer en pijama clínico. Sanitaria en uniforme de trabajo. Un pequeño charco de sangre alrededor de la cabeza. Los zuecos están aquí y allá, desprendidos de los pies en lo que impresiona como una larga caída, quién sabe desde qué altura. Pepe amaga con dar un paso: tal vez se le antoje que aún sea posible hacer algo. Pero el compañero lo detiene con firmeza, la manaza sobre el hombro:

—Está muerta, ¿no lo ves? Hay que llamar al jefe de la guardia.

3. Autopsia

La sala de autopsias podría dibujarse a carboncillo, lápiz o tinta china: una gama de grises, desde el foco cenital a la pantalla que muestra las radiografías. En el centro, la protagonista a su pesar, tendida sobre la mesa, cubierta por un lienzo blanco. De este, sobresalen los pies por abajo, las manos a ambos lados y algo del cabello por arriba. A un lado, una mesa auxiliar con el instrumental, un dictáfono, un bloc de notas y un bolígrafo. Según se ve, el procedimiento acaba de concluir.

Frente a las radiografías, dos mujeres. La primera frisa la cincuentena. Observa las imágenes con una mirada peculiar, como si intentara extraerles un mensaje cifrado. La mujer enfunda la edad y la gravedad en un pijama clínico y, sobre él, lleva una bata blanca. Se trata de la forense, sin lugar a dudas. La otra es más joven, treinta y tantos. Pelo corto, ausencia de adornos o maquillaje. Hábito de calle cubierto por una bata blanca. Pero, en este caso, se advierte de inmediato que la bata no es de ella: le está enorme. Parece que se la acaban de prestar a fin de meter la nariz en este lugar. Al fin y al cabo, se trata de su profesión: meter la nariz en los desaguisados.

—¿Quieres ver el cadáver, Pepa? — suelta la primera, sin alzar la voz.

—Por supuesto que no — responde la agente de Policía —. Para eso estás tú, Luisa.

—No impresiona mucho, de todas formas. La muerte por precipitación es así: lesiones internas gravísimas, con una repercusión externa menor. La fallecida tenía mi edad, más o menos.

—O sea, que estás segura.

—¿De la causa de la muerte? Por completo. Llegó viva al suelo. Porque, caso de estar muerta antes de ser arrojada al vacío, no presentaría hemorragias. Ni internas ni externas. Para sangrar, es preciso que exista circulación. Vida. Y este cadáver, por dentro, es purita hemorragia. Ni una víscera intacta.

—Más — uno de los monosílabos inequívocos de Pepa Losada. Tiene el tono de un susurro y la forma de un imperativo insoslayable. Suele imponer una tensión al ambiente que cuesta revertir.

—Tienes más en tu cabeza, Luisa Carreño, no me lo niegues — insiste Pepa.

—Podría mandarte al carajo, y lo sabes. Te salvas porque me caes

bien. Te consiento lo que a nadie, ni dentro de esta sala, ni fuera.

Una vez más, un silencio tan mortal como el contenido de la sala. La doctora abandona las radiografías y se acerca con calma a la mesa de autopsias. Rodea el cadáver, como absorbiendo sus verdades y, de repente, retira el lienzo. Allá expuesta, la muerta, desnuda bajo la luz cegadora del foco cenital. Abiertas en canal, hace un rato, las tres cavidades: cráneo, tórax y abdomen. Eviscerada y luego cosida de cualquier modo.

Atónita, Pepa, los ojos más que abiertos. Va a presenciar un momento de inspiración peculiar. Algo antiprofesional, en principio. Porque, siendo estrictos, la agente tendría que esperar al informe definitivo. Claro que, entonces, se perdería un tiempo precioso en la marcha de la investigación.

—Mírala, Pepa. Todo cadáver nos trae su mensaje, su historia. Dime, ¿qué ves?

—Luisa, no me vaciles, que estoy de hostias — responde la agente, sentada en una banqueta alta, a tres metros —. A ver cómo te lo digo, tía: estoy de once semanas y acabo de echar el desayuno, ahí fuera. Y a ti se te antoja ahora que me ponga a examinar un fiambre. Me han sacado de la cama al alba: que una se había largao de este perro mundo por la vía rápida. Y tan rápida: escaleras abajo, por el hueco.

—Ahora te va salvar la preñez. Te lo resumo: nada, excepto las lesiones de la caída.

—¿Nada?

—Nada, Pepa. Ni un corte, tiro o cuchillada. Ni el más mínimo signo de violencia.

—Entonces nos apuntamos a la hipótesis de partida: suicidio. Simplifica las cosas.

—Descartado, subinspectora — afirma la forense con una mueca inclasificable, sin dejar de observar el cadáver.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Son décadas en esto — la doctora convierte la mueca en una sonrisa sarcástica —. Y todavía no he visto a un suicida al que le extraiga una gasa de la boca, ¿te la enseño…? El homicida se la introdujo a la fuerza, con la intención de sofocarle los gritos. Es lógico: a menos que la víctima sea empujada de modo inadvertido, el homicidio por precipitación conlleva lucha. Como es racional, la víctima se defiende, se aferra a su agresor; bajo las uñas, se encuentran restos de vello, sangre o hebras de la ropa del homicida. Pero nada, en este caso. Las uñas de la víctima parecen recién pintadas. Solo te puedo transmitir una impresión confidencial: homicidio por precipitación. Hablando en plata, Pepa: que alguien la mató tirándola por el hueco de la escalera. Alguien muy especial, eso sí, capaz de hacerlo sin dejar traza sobre el cadáver. Lo que tengo no

me permite sugerir si la tiraron desde la cuarta, la sexta o la octava planta. Todas habrían causado una muerte similar. Aportarán más luz los análisis toxicológicos, con el objeto de ver si iba medicada o drogada. Por cierto, si fuera sedada y bien sedada, tendríamos una explicación para la falta de lucha. Pero estos resultados tardarán aún unos días. Por otra parte, ¿sabéis ya de quién se trata…? Sobre el cadáver o en el pijama no hay nada que sirva para identificarla. Ni una nota en los bolsillos. Nada. Y la cara está destrozada por el impacto de la caída.

—Ni idea, Luisa. Mis chicos están por todo el hospital. Y solo han transcurrido cinco horas desde el crimen.

De repente, la irrupción del tono de un móvil. Casi un sacrilegio, en la quietud del ambiente. Pepa le dispensa un ojo irritado a su aparato. Mientras conecta, suspira:

—Hablando de mis chicos, por aquí asoma uno. A ver… Dime, Curro.

En el silencio sepulcral de la sala, la voz masculina es perfectamente audible:

—Tienes que venir a ver esto, Pepa. Enseguida.

4. Sexta Planta

Baldosa de plástico brillante y tabique recién pintado. Molduras nuevas y cuadritos agradables. Fue abrirse las puertas del ascensor en la sexta planta, y darle a Pepa Losada la impresión de que estaba en otro hospital. Apenas se advierten sonidos procedentes de otras plantas. Ni tampoco de la calle. En el rellano, la subinspectora saluda a sus compañeros de la policía científica, que lo fotografían todo y toman muestras de donde la vista no alcanza.

Pepa recuerda las indicaciones de Curro, hace unos minutos: tras abandonar el ascensor, debe girar a la izquierda, para adentrarse en el ala sur. Ahí se encuentra con más gente de la científica. Pero nadie del personal del hospital. Ni tampoco pacientes. Una habitación, otra, la siguiente. Todas vacías. Más adelante, el primer control de enfermería. Desierto por completo. Ni el menor asomo de material clínico o registros. Apagadas, las pantallas de los ordenadores. Y luego, más habitaciones, más camas, colchones sin vestir, como si no esperaran ingresos.

En esto, tres ascensores agrupados: uno a un lado del pasillo y dos más enfrente. Pepa los contabiliza, ejercicio mental: los ascensores que hay en la parte central, de donde viene, y los que ve ahora. Supone, pura simetría, que en el ala norte hay otros tantos. Un poco más allá, una puerta de doble hoja metálica. Enguantada en látex — protocolo obliga —, Pepa la abre y echa un vistazo. Tras la puerta se ocultaba otra escalera; nadie habría sospechado de su existencia. Al modo de la escalera central, esta del ala sur también permite trasladarse desde el semisótano hasta la octava y vuelta, planta por planta. Una vez más, se le supone la simetría al edificio: tiene que haber una como esta en el ala norte. Unos metros más allá, un segundo control de enfermería, tan vacío como el anterior. El hospital es gigantesco, sin lugar a dudas. Un auténtico laberinto perforado por ascensores y escaleras.

Allí, casi al fondo, el lugar que le indicara Curro: la habitación 641. Más allá, algunas habitaciones. Pero pocas más. Y detrás de ellas, otra puerta metálica. Con toda probabilidad, se trata de la salida a la escalera de incendios, ya por fuera del edificio.

Pepa llega a la habitación, y se adentra. Y ahí están sus chicos, como ella los llama cariñosamente. Curro: serio, tez morena, rapado, alto, ojos castaño oscuro, casi negros. Laureano: más serio aun, rubio y algo

más bajo. Los ojos azules contrastan con los del compañero. Y en la habitación, lo que se ve: un escenario de violencia. Los agentes conocen a la jefa y sus manías. Se apartan, pues, y la dejan sacar sus propias conclusiones. Silencio.

Una cama de hospital, una silla y una mesita de noche. Ha habido lucha; es evidente. Gotas de sangre sobre la pared y las sábanas. Y estas, revueltas. La silla, tumbada en el suelo. Y allá, sobre otra pared, la marca de un golpe. Tal vez una patada. Uno de los armarios para ingresados está abierto. Pero no hay nada en su interior. Escasos minutos para completar la inspección, el cuarto de baño incluido. Pepa vuelve sus ojos oscuros a sus subordinados. Poco hay que comentar acerca del procedimiento de investigación. Ella escoge con cuidado a sus colaboradores; sabe de sobra que han sido minuciosos. Ellos dos, la científica y otros más, que siguen rastreando el hospital.

—Meritxell Llopart — suelta Curro, lacónico.

—¿La muerta? — pregunta Pepa, más con la mirada que con el hilo de voz.

—Casi seguro, Pepa. Llama a tu amiga la forense.

5. Parte de Guerra

Creo que ya es hora de presentarme. Me llamo Pepa, Pepa Losada, y estoy a cargo del caso, por si cabía la menor duda. Me gustaría hablaros un poco de mí, apenas un par de pinceladas. Pero me temo que ahora es del todo imposible: nos atropellan las prioridades del momento. Tal vez más adelante. En todo caso, cuando logre poner un poco de orden por aquí dentro. Porque, en la 641, mis chicos me han encasquetado tal cantidad de detalles, que a poco que me funden los sesos.

El ritmo de los acontecimientos no me deja respirar ni pensar con claridad. Por lo pronto, se me impone el protocolo: dentro de unos minutos, cita con la gerente del hospital. Es más una cuestión de cortesía que otra cosa. Sin embargo, acabo de tener un momento de pánico ante la idea de plantarme delante de la susodicha con el caos que llevo en la cabeza. Por tanto, mientras me desplazo al área de dirección, hago un intento de organizar el galimatías. Algo crucial, como es comprensible, a fin de planificar los próximos pasos. Antes de que los datos se nos queden viejos o incompletos; lo que me temo que será dentro de muy poco.

Intentaré atenerme al orden de los hechos: los celadores detectaron el cadáver a las cinco y cuarenta y dos, en el momento justo en que la mujer fue arrojada por el hueco de la escalera. La maquinaria se puso a trabajar con un frenesí silencioso: aquí estábamos en un tiempo récord. Ya se ha comentado que la hipótesis inicial era suicidio. Así, mientras Luisa Carreño procedía sobre el cadáver, la prioridad era identificar a la suicida. Y, como extensión de la hipótesis inicial, asumimos que la finada pertenecía a la plantilla del hospital.

De un modo sorprendentemente rápido se comprobó la presencia de todo el personal femenino de guardia o de turno. Todas localizadas, sanas y salvas. En una segunda vuelta, se preguntó, control por control de enfermería, si durante aquella madrugada constaba la presencia de alguna compañera vestida de pijama clínico que estuviera, por ejemplo, acompañando a algún familiar ingresado. Ahí tardamos unos minutos más. Porque en esa situación había varias, y alguna que otra había bajado a por un refresco, había ido al baño o había salido a la calle, a echar un pitillo. Pero en veinticinco minutos se comprobaron todos los casos. Nadie en falta.

Se nos echaba encima el alba y, poco después, el cambio de turno de enfermería, a las ocho. Era imposible retener en sus puestos a tanta gente, ni interrogarlos a todos sin interferir en la actividad básica del hospital. Por la misma razón, el centro tiene que seguir funcionando con normalidad. Incluso en fin de semana, como estamos. Por tanto, nuestra capacidad de excluir áreas para evitar que se dañen o borren pruebas es limitada.

En este sentido, abro un paréntesis y enseguida continúo: uno de los objetivos de mi reunión con la gerente es acordar un protocolo alternativo para las visitas de domingo. Una tesitura poco o nada conveniente para la demarcación del escenario de un crimen, como es obvio. Y con este implícito, ya se puede colegir que me apunto a la hipótesis del homicidio. Porque me fío completamente del olfato profesional de Luisa Carreño, como quiero dejar claro.

Pero prosigamos con los hechos: dicen mis chicos que, en el trasiego del sótano al semisótano, una limpiadora no les quitaba el ojo de encima. Al principio, no le dieron más importancia. Al fin y al cabo, la curiosidad de la mujer tenía su lógica: una no asiste todos los días al despliegue de medios que conlleva este tipo de casos. Pero había algo fuera de lo normal. Me lo describen como un no querer perderse puntada de nada, pero a la vez evitar llamar la atención. La mujer permanecía medio oculta en los pasillos del fondo, como aguardando la ocasión para aproximarse y decir algo.

Fue Curro el que rompió el hielo y logró vencer la timidez de la susodicha. Me la pinta como una mujer en la veintena, afeada por la obesidad y el acné. Tenía miedo; era evidente. La limpiadora se identificó como Mila Granados, e invitó a Curro a seguirla a los vestuarios del personal masculino. A esas horas, no había nadie. Segura ya de no ser vista ni oída por nadie más, la tal Mila comenzó a susurrar, sin perder nunca de vista la puerta.

Le comentó que había oído que la Policía indagaba acerca de una mujer de pijama clínico. Una que no tuviera que estar de turno o de guardia aquella madrugada. Y la limpiadora le dijo a Curro que sí, efectivamente, que hubo una presencia notoria en tal sentido, pero que no podía ser más explícita. Le sugirió que preguntara en el área de urgencias donde, según se rumoreaba, se había advertido la llegada de una mujer de esas características mientras, fuera, esa gente armaba la de Dios. Luego, Mila se despidió, sin decir más. De cualquier modo, si la necesitamos, podemos encontrarla con facilidad.

Claro que ello nos devuelve a la otra noticia del día; la radio la viene machacando en su parte horario: poco antes de las dos, se entabló una batalla campal entre dos familias del Harlem, ahí al lado. El combate dura hasta ahora mismo: el barrio está ocupado aún por las tanquetas de la Guardia Civil. Durante la madrugada, las urgencias estaban en

estado de sitio, o casi. Se habilitó una puerta por la parte de atrás, para las altas. Se avisó a la población de que, para emergencias, se desplazaran a los hospitales más próximos. Se notificó a todas las ambulancias y UVI móviles en el mismo sentido. No había quien tuviera valor para acercarse por el acceso principal.

Lo que viene a continuación es para quedarse boquiabierto, como me acabo de quedar yo, cuando me lo han contado. De modo muy abreviado: mis muchachos fueron a urgencias buscando las huellas de una mujer de pijama clínico. Alguien que no tenía la obligación de estar en el hospital a esas horas. Y, de este modo, Curro y Laureano se toparon con una historia de lo más extraña. Un incidente que parece haber comenzado a las dos, cuando los accesos al hospital parecían la favela *Rocinha*, de Río.

Y es precisamente por ahí por donde aparece una figura insólita, esquivando navajas y tiros al aire. Un tipo nervioso, encolado a un maletín de cuero. Apareció de la nada, entre insultos y imprecaciones, como si las amenazas terrenales no pudieran tocarle. Un hombre de edad media que, sorteando hierros y rabia, traspasó la barrera de los nuestros, le dio los datos a una administrativa refugiada en su búnker acristalado y, después, pasó a evaluación en *triage*, cuyo acceso quedaba bien guarnecido tras los hombros inmensos de dos seguratas.

Según los testigos, el tipo no terminaba de aclararse. Presentaba un estado evidente de ansiedad, o más bien de pánico. Terror de algo o alguien que, en cualquier caso, era percibido como una amenaza más creíble que la batalla que acababa de atravesar sin inmutarse. El hombre insistía en que esperaba a cierta persona que lo explicaría todo mejor que él. La enfermera de *triage* — Rocío, se llama; una mujer veterana en mil combates de urgencias — resolvió devolverlo a la sala de espera, pero sin quitarle el ojo de encima. Fuera seguían las amenazas de muerte, los tiros al aire, los gritos de unos y otros. Brillaba el acero a la luz de los neones. Los nuestros seguían acudiendo, y fortificaban las posiciones frente al área de urgencias.

Había miedo: podía pasar cualquier cosa. Daba la impresión de que, de un momento al otro, esos iban a asaltar las urgencias con fusiles de cañones recortados y machetes, a vengarse de quien fuera.

En ese momento, apenas había gente en la sala de espera. La tal Rocío pudo observar al tipo en su rincón, esperando no se sabe a quién. Al hombre solo se le alivió el nerviosismo durante una breve conversación de móvil. No se le entendía bien, con la algarabía ambiente. La enfermera afirma que lo del móvil parecía una relación sentimental, apasionada incluso. Bastante acorde con la noche de infierno que se estaba viviendo. Palabras que le llegaban, sin permitir la concreción de un hilo: «mañana salgo de aquí y lo celebramos, tú y yo, piel contra piel…». Luego el hombre colgó, y volvió a sus miedos,

a su desconfianza.

Al final, en la sala de espera solo quedaba el tipo en cuestión. Se le acercó la enfermera acompañada del guardia de seguridad y le comunicó que lo podía atender la residente de turno. Que lo veía ya, o mejor que se largara con viento fresco. El nota escribió algo en su móvil, y accedió a pasar, con una mueca de contrariedad. Las constantes vitales eran normales: temperatura, presión arterial, frecuencia cardiaca… Nada. Solo nervios. Auténtico terror. Entró en la consulta de urgencias, donde lo evaluó la médico residente. Una chavala de veinticinco años, más asustada que el propio tipo.

De interrogar a la doctorcita se ha encargado Curro. Aunque lo de interrogar es un decir: la chica estaba agotada tras la guardia y habló sin parar hasta vaciarse. Es del todo comprensible: una chavalita de Valladolid, metro cincuenta y dos, simpatizante del Opus Dei. Hace nada, su vida era de casa a misa, y de ahí a la Facultad. Una muchachita recién aterrizada en esta ciudad canalla para hacer la residencia y, en su tercera guardia, le estalla en la cara una agarrada de clanes. Todavía le tiemblan las piernas, a la pobrecilla. A esa criatura no se le olvida esta guardia en su puñetera vida.

Cuando la residente vio que lo que tenía enfrente no era un esbirro armado hasta los dientes, sino un tío tan aterrorizado como ella misma, ganas le dieron de echarse a reír y darle las gracias. La chavala se puso a examinarlo para intentar olvidarse de los misiles que caían fuera, a tan solo treinta metros, y de las sirenas de los furgones policiales que no hacían más que acudir.

Pero el hombre se resistía. Divagaba. Quería dejar pasar el tiempo. Insistía, una y otra vez, en que estaba esperando a una persona que lo aclararía todo. De repente, se interrumpía y se ponía a escribir otro mensaje en el móvil. Viéndose a salvo, la vallisoletana le insinuó que se largara de alta, que no había motivo de urgencia. Pero el tipo empezaba a perder el control. Deambulaba por la consulta de un lado para el otro, como si estuviese en una celda.

«Estoy muy mal, ¿sabe usted…? ¡Me pueden matar ahí mismo, en la puerta del hospital!».

La doctorcita le dijo que no se preocupara, que habían habilitado una salida extraordinaria para que los pacientes abandonaran el centro mientras se apaciguaban los ánimos. Pero el hombre proseguía en un crescendo de crispación. Jadeaba, sudaba, agitaba las manos; no lograba sentarse ni entrar en razón. Su aspecto mismo no era tranquilizador: ropa y calzado desgastados, barba de varios días, pelo rapado, aspecto desaseado, mal olor… Daba la impresión de estar viviendo en la calle. Siendo de noche, llevaba unas gafas oscuras, que solo se quitó durante unos minutos para la exploración.

De repente, empezó a gritar: «¡Sin prisas, niña, que ahí fuera solo

están esos, y ya los contiene la pasma!». Era la gota que colmó el vaso de la paciencia de nuestra sufrida galena. Esta apretó el botón del pánico, y un mocetón de seguridad se precipitó dentro de la consulta. Pero el hombre lo detuvo, las manos al frente. Solo quería unos minutos más; que no lo pusieran en la calle, ya fuera por la puerta de delante o por la de detrás.

Y de pronto, una voz nueva en el umbral. Una voz femenina de tono grave, firme, segura, enfundada en un pijama clínico: «¡Tranquilos todos!». Y le respondió el tipo, visiblemente aliviado: «Menos mal, Meri; un poco más, y me veo en la puta calle».

Dice Curro que se trataba de Meritxell Llopart; no cabe la menor duda. Porque es — era — una persona muy conocida en el hospital, y porque son varios los testigos presenciales que la identificaron. Aunque, eso sí, apareció en el área de urgencias como por ensalmo, vestida de uniforme de trabajo. La hipótesis con la que trabajamos, pues, es que así se llamaba la infeliz criatura cuyo cadáver acabo de ver en la mesa de autopsias, abierto en canal, y luego cosido. Estrellada esta madrugada contra el suelo del sótano.

¿Y el tipo…? Un tal Eleuterio Sebastián Arreciado. Al menos, ese es el nombre que consta en la tarjeta sanitaria. La que empleó para acceder a *triage*. Ahora mismo no disponemos de más información. Pero, en breve, la central nos proporciona el resto: foto, huellas y antecedentes. Lo que haya, si es que hay algo.

Y ahora, a despachar con la mandamás del gran hospital. A contarle toda esta historia. O, pensándolo mejor, a ver si conviene más oírla y dejarla con un «ya la iremos informando».

6. Reflexiones de Cuarto de Baño

La gerente me está haciendo esperar. Su secretaria me explica que se trata de lo habitual, que no me impaciente. Y añade que su jefa está encerrada con su estado mayor desde primerísima hora. Según me cuenta entre dientes, lo de la Llopart ha caído como un bombazo en instancias mucho más altas. Luego se me aproxima y, en un hilo de voz, me pregunta si le guardo un secreto. La mujer se toma mi mirada de extrañeza por un sí. No era tal; solo mostraba mi sorpresa: que se dirigiera a mí de ese modo, sin conocerme de nada. Poco le da, a la susodicha. Apenas he parpadeado, y ya me espetado el misterio oculto tras sus palabras:

—Al otro lado de la línea, mi *boss* tiene a alguien muy-muy gordo. O, mejor dicho, muy-muy gorda. Gordísima.

La joven exhibe una sonrisa de malicia. Intuyo que la confidencia se adereza con dos gotas de venganza hacia su jefa. Opto por acomodarme en la sala de espera a repasar whatsapps. Que no paran de llegar, sin ton ni son, convirtiendo mi cerebro en una caldera a reventar. Y a todo esto, sigo sometida a los dictados de mi embarazo: el infierno de mi vejiga, cada dos por tres. La *secre* lo intuye, y me señala el baño con la mirada. Entro, me siento a aliviarme, y continúo con los whatsapps. Antes de encerrarme, le he dicho a mi nueva confidente que me avise caso de que la jefaza se quede disponible.

***

En mi bendita soledad, descubro que dispongo de algún minutillo para que me vayáis conociendo. En primer lugar, la franqueza y la advertencia: tengo un carácter espantoso. En cualquier caso, ya andáis avisados. Pero sobre todo avisadas. Porque si hay algo que no soporto es un par de taconazos de sonrisa refinada y toda la perfidia del mundo. A ellos, los perdono un poquito más. Tal vez porque los veo venir. Y de muy lejos.

No soy de esta ciudad. Soy de la capital, a quinientos y pico de kilómetros. Pero eché raíces aquí, pese a ser un vivero de catetos. Con todo, algo tendrá esto que me gusta. Lo dejo ahí; ahora no es momento de extenderme sobre el tema. Aunque si tenéis curiosidad sobre el particular, podéis preguntarle a Amador, un madero del que

lo aprendí casi todo de esta ciudad, mezcla de tablao flamenco y devoción mariana, con su punto de salvaje oeste. Amador, el viejo sabueso callejero… Ya tendremos ocasión de hablar de él, más adelante.

Última nota personal, antes de entrar en harina. Que hace poco llegó a mi vida lo que tenía que llegar. Aunque mejor sería decir que llegaron. Sí, me refiero a un par de ojos negros como carbones encendidos. Seis años menos que yo, dos brazos como columnas, y toda la paz interior para soportar las tormentas que, en una mujer como yo, son el pan nuestro de cada día. Pobre mío. Solo que tras la tempestad, viene la calma. Y tras la calma, la sonrisa. La de él, claro. Esa sonrisa canalla. Y con ella, me viene una sensación extraña que se me inicia en el estómago y desciende hasta el bajo vientre, facilitando el fluir de las cosas. Que si no es todos los días, poco falta. Después os cuento más de esta baraka. Por el momento, solo decir que, de tanto que me sonríe, heme aquí, requetepreñada. Y por eso estoy sentada en el váter, que el primer trimestre es así: mear cada diez minutos, o poco más. Cuando le cuente esta milonga a Amador, también se va a mear, pero de risa.

Parece idiota prolongarme en el váter, en lugar de apoltronarme ahí fuera. Explicación: no me fío un pelo de *mi nuevo contacto*. Igual que traiciona a su *boss*, podría hacerlo conmigo, que soy una recién llegada. Hasta me planteo que la gran gerente la haya aleccionado para que me dé un señuelo de confianza, y luego me haga esperar un buen rato. A ver si me olvido de dónde estoy, y charlo más de la cuenta por el móvil. Truco de hembra retorcida; lo que os decía más arriba. Prefiero, pues, resguardarme de su vista y oído, ahora que los whatsapps me llueven a chuzos.

Pero si pretendo no dispersarme, mejor centrarme en el asunto que me trajo aquí: un crimen. Una muerta. Y ya tenemos un nombre para el cadáver — pendiente de confirmación —: Meritxell Llopart.

Meritxell Llopart, repito. A ver si se me va quedando. Porque ese nombre no me decía nada hasta hace unos minutos. Lo único, el origen catalán — es obvio —. Pero, en lo poquísimo que llevo en este caso, me voy percatando de que se trataba de alguien de suma importancia en la política sanitaria regional. A ver qué me dice al respecto la directora gerente. Porque, entre los muchos cargos que ejerció la difunta, se trata de su predecesora en el puesto. Claro que es mejor que os cuente cómo me voy enterando de estas cosas a velocidad de vértigo. Ni vienen en google, ni dispongo de dotes adivinatorias.

Una de mis armas letales se llama Paco Chaves. Y con él, lo tengo muy difícil para hacer una presentación formal. Porque, que yo sepa, apenas sale de sus sótanos: uno en su casa y otro habilitado a tal

efecto en la Jefatura. Sus guaridas subterráneas son el paraíso del *friki* de las teclas, la *info*, la red y los datos. Entre otras cosas, ello le asegura la lejanía de la tediosa humanidad, sea profesional o de cualquier otra índole. Ello se efectúa, en buena medida, mediante una suculenta ración de olor a cerrado, que consigue ahuyentar a las visitas inoportunas. Peculiar, mi Paco. No hay código o clave que se le resista. No lo retéis, por si acaso. Porque lo necesito para mil batallas profesionales, donde me es completamente insustituible.

Como os podéis imaginar, tengo al bueno de Paco al otro lado del móvil desde primera hora, procurándome búsquedas inteligentes, separando el grano de la paja. Eso sí: Paco me va soltando las cosas sin orden ni concierto, tal y como se las va encontrando. No podemos permitirnos el lujo de esperar a disponer de un informe completo y organizado, dentro de cuatro o cinco días. Por todo esto, os tengo que resumir un poco el *statu quo* y poneros en antecedentes que, si no, me voy a parecer a mis chicos — los de la profesión —.

En primer lugar, el entorno. La región. No cabe la menor duda de que tiene sus peculiaridades. Nada se entiende sin advertir que el poder no ha cambiado de manos en varias décadas. Por eso, cuando hablamos del *Partido* — dicho así, con mayúscula, porque ningún otro le hace sombra —, no es preciso ser más explícito. Todo el mundo sabe de qué partido estamos hablando.

Lo segundo es la cuestión sanitaria. La Sanidad Pública. Sobre todo, los hospitales, que se llevan *grosso modo* un tercio del presupuesto, y con tendencia al alza. Es por ello que el Partido se prodiga en hacer propaganda a costa de lo sanitario. Alardea de cualquier cosa que se haga en los hospitales, aunque sea que un paciente ha sido intervenido de una simple apendicitis. Y, por otro lado, se empeña en ocultar fallos garrafales del modo más canallesco.

Por estos motivos, todos los cargos sanitarios de relevancia son ocupados por personas de probada lealtad. Gentes que jamás osarán manifestar una crítica a la línea oficial. Figuras como Meritxell Llopart, militante desde sus tiempos de facultad, allá en su tierra natal, y venida acá, al olor del poder, harta de chupar banquillo en la oposición al norte del Ebro. Más adelante os cuento algunas peculiaridades del «régimen», como muchos conocen ya al sistema político regional.

Pero ahora más vale concentrar la información disponible sobre Meritxell Llopart, la presunta víctima mortal de nuestro caso. Según Paco Chaves, se trata de un perfecto ejemplo de carrera meteórica en gestión y política. De gerente de este hospital a Consejera de Salud, con atribuciones ampliadas. Llegó a ejercer, por tanto, el máximo cargo sanitario y social en la región, con poder de decisión sobre varios millones de almas. Dicho de modo más explícito: poder directo

sobre sus cuerpos dolientes y enfermos, sobre sus cirugías, listas de espera, prótesis y tratamientos.

Con todo, da la impresión de que la asesinada desconocía el mito de Ícaro: cuando una vuela cerca del sol, las alas de cera terminan por derretirse. Lo que, trasladado al momento actual, viene a significar que Meritxell consiguió demasiado poder, sin preocuparse de obtener los permisos preceptivos. Según parece, la mencionada fue obligada a dimitir hace unos meses por razones oscuras. «Falta de sintonía con Berta Frías — la *Premier* de la región —», según se dijo en su momento. Tras su cese, la Llopart regresó al hospital para asumir un cargo mal definido que le permitía no estar fija en ninguna parte, según me dice el Chaves. Me apostilla que tiene que indagar más porque, en buena medida, se trata de *info* de alcantarilla.

En paralelo, acabo de recalentar el contacto con Mónica Casado. Se trata de una reportera *free-lance* que ya colaboró con nosotros en algunos casos complejos. La chavala se conoce al dedillo las cloacas políticas de esta ciudad, capital de «un país dentro del país». Mónica ha aceptado el encargo encantada, y me anticipa enjundia sabrosona. De entrada, me ha comentado que, en su día, la destitución de la Llopart fue valorada en los mentideros locales como un pase temporal a la reserva política. Como si la susodicha hubiera sufrido algunas heridas — nadie sabe cuáles, exactamente —, que hicieran recomendable su retirada de la primera línea del frente, con el objeto de recuperarse en la retaguardia antes de volver a la lucha. Los contactos de la periodista le transmiten que, en la comodidad de su retiro hospitalario, la mujer se movía con toda autoridad, y que hacía y deshacía a su antojo. A ver qué piensa la gerente actual acerca del asunto. Si la muerta es, a fin de cuentas, la Llopart, algo que aún no sabemos con certeza.

Pero lo que voy recibiendo a cada mensaje cuadra con los hechos. La noche de autos, aparece la Llopart por urgencias, salida de la nada, como el tal Eleuterio que venía a proteger, por decirlo de algún modo. La mujer daba órdenes precisas, y todo el mundo se ponía en firmes. Es como si nunca hubiera abandonado la dirección, o como si la fuera a recuperar de modo inminente. Por otra parte, es curioso este hospital: nido de izquierdistas hace cuarenta años, ahora exhiben todos un miedo instintivo al poder, atentos y a la orden, maquinaria perfecta. Ya le gustaría a nuestra Jefatura trabajar con ese grado de disciplina.

Pero el *modus operandi* llega a sorprender. A media madrugada, con el fragor de la batalla, la Llopart se llevó al hombre a ingresar. «Yo me encargo de todo», resonó en el área de urgencias. Y ni una palabra más.

Se fue con el tipo al despacho de admisión, en la planta baja. Y ahí

realizó las gestiones para forzarle el ingreso. Y digo forzar, porque en ese momento no había camas disponibles. La sexta estaba vacía por labores de mantenimiento. Con todo, Meritxell consiguió que se le habilitara una cama sobre la marcha en dicha planta. Por teléfono, la mujer tuvo palabras subidas de tono con la supervisora de guardia. Esta insistía en que no disponía de personal para abrirle la sexta a un solo paciente. Y la Llopart bramó: «Se abre ahora mismo bajo mi responsabilidad; no me hace falta tu personal. El paciente está estable». Y ni una palabra más, dicho por segunda vez.

Se habilitó la cama y Meritxell Llopart acompañó a su paciente particular — y a su viejo maletín de cuero — a ingresarse en la 641, que acabamos de visitar. Lo siguiente es de sobra conocido: el cadáver sobre el suelo del sótano.

Claro que del *desencuentro* de Meritxell con la *súper* no me he enterado vía Paco Chaves, sino a través de la administrativa de admisión: una tal Luci Medina. Por si fuera poco, se trata de una amiga de Amador; casualidades de la vida. Otro de los hallazgos de Curro, Laureano y los demás, que siguen erre que erre con su batida. Como aspecto a tener en cuenta, deduzco que las paredes de este hospital tienen ojos, incluso de madrugada. Nada pasa inadvertido. Nunca.

***

A ver, que me entra un whatsapp… Es de la forense: coteja los estudios dentales de la Llopart, en vida, con los del cadáver y hay plena coincidencia, salvo en las lesiones atribuibles a la caída. Y, además, tenemos la comparación de huellas dactilares, ahora que la central aporta los datos. Víctima identificada, sin lugar a dudas. La jueza ya puede tomar las disposiciones oportunas y certificar la defunción.

Me llegan ahora unas palabras de mi chico — el de mi vida y mi preñez —. Me pregunta cómo estoy. Insiste en que es mejor que me dé de baja. Súbitamente, noto que me ronda de nuevo mi humor de perros. Ya dejé a mi progenitora a quinientos kilómetros, tras varias voces y algún que otro portazo, como para que se me regenere así, bajo la apariencia de mamá masculina. Me lo imagino esta noche, roncando tras el desfogue, mientras le cuento al techo mis exorcismos mentales. Le contesto que todo bien, gracias, pero que se dé de baja él, si le apetece.

Otro whatsapp, ahora de Laureano: un preliminar de la científica. Que en la 641 solo se encuentran huellas de unos zuecos pequeños, presumiblemente femeninos, y de unas deportivas que, por la talla, con toda probabilidad pertenecen a un hombre. El análisis de las

huellas de los zuecos sugiere que corresponden a los encontrados junto al cadáver: número, forma y otras peculiaridades. Y, en el pasillo, se les aprecia trayectoria de ida y vuelta de la 641 a un ascensor próximo. En cuanto a las deportivas, las huellas indican que las suelas estaban muy desgastadas. Encajan, pues, con la descripción del calzado del tal Eleuterio Sebastián que nos dieron en urgencias. Estas huellas también estaban presentes en el pasillo pero, a diferencia de las de los zuecos, solo van del ascensor a la habitación. De ahí no salen.

En la habitación, se aprecian dos tipos de huellas dactilares: las de la Llopart, ya identificada, y las de otra persona más. Es probable que se trate de Eleuterio Sebastián, pero tenemos que verificarlo.

Cada minuto, un hecho más, que dificulta el parto de una hipótesis que intente explicarlos y darles un sentido. No se me ocurren más que retazos racionales, que tengo que destejer al minuto siguiente.

La lógica más elemental me propone al tal Eleuterio como autor del homicidio. Pero lo ignoramos todo acerca del tipo. Y en concreto, no sabemos por qué acudió al hospital a esas horas en estado de pánico. Además, tampoco sabemos nada sobre la relación que tenía con su presunta víctima y por qué esta forzó su ingreso.

Pero, pensemos un poco: ¿un homicida sin ayuda? ¿Capaz, él solo, de inmovilizar a la mujer, meterle una compresa de gasa en la boca, y llevársela en volandas desde la 641 al hueco de la escalera? ¿Sin que nadie oyese nada y sin dejar huellas en el pasillo?

Según los indicios, hubo lucha en la habitación. Incluso con algún derramamiento de sangre. Sin embargo, el pijama clínico de la Llopart no presentaba ningún desgarro. De hecho, no llegó a saltar un solo botón. Y Luisa Carreño fue concluyente: nada sobre el cuerpo, salvo las lesiones propias de la caída. Sin signos de violencia previa a la precipitación homicida.

Breve ha sido el paréntesis para la reflexión; llevo en el baño apenas unos minutos. La burbuja se acaba de pinchar con un nuevo whatsapp, esta vez de Curro: los de la científica, que acaban de abrir la taquilla de la víctima en los vestuarios. Y no han encontrado nada. Alguien ha limpiado sus pertenencias. La ropa de calle con la que entró en el hospital, por ejemplo. Porque del bolso o el móvil nada sabemos. Se los quitaron en la 641 o se los llevaron de la taquilla. En este caso, robo limpio, sin violencia y sin dejar huellas. Empleando la llave de la misma Llopart, o por el medio que fuera.

Y ahora, uno más, de Paco Chaves: «Los datos de la tarjeta del tal Eleuterio son falsos, incluyendo el nombre. Alguien le fabricó una identidad, al menos de cara al sistema informático del hospital. Ello no es novedad, desde luego. Se ha hecho varias veces, desde muy alto, para proteger el anonimato de algún que otro VIP durante su ingreso

hospitalario».

Pero es mejor salir ya del cuarto de baño. De vuelta a la antesala de la gerente. Y os lo aseguro: cada whatsapp no hace sino añadir confusión. Y aumentar el número de interrogantes. No sé si vosotros os aclaráis mejor que yo con los datos disponibles. Sobre todo, al ritmo al que van apareciendo.

7. Isabel Ternero

Una luz cálida, relajante, llega amortiguada del exterior a través de unas cortinas beige. Como si quisiera proteger a la persona que piensa y decide en este lugar. Como si la luz, mitigada de este modo, pretendiera rebajar la crispación de las reuniones que se desarrollan en esta estancia. O, visto de otro modo, podría sugerirse que este tipo de iluminación ayuda a poner el sufrimiento a cierta distancia. Porque la excesiva implicación en el dolor y la enfermedad, propia de médicos y enfermeros de primera línea, impide pensar con claridad acerca de lo adecuado para la gestión de un centro como este. La valoración global, en cambio, exige disponer de este tipo de despachos, amplios y bien amueblados, lejos del olor a sangre y pus. O eso se desprende de una primera impresión, tras abrírsele a Pepa la puerta del *gobernalle* del buque insignia de la Sanidad Pública de la Comunidad Autónoma.

Claro que la calidez de la luz se enfría al contacto con el azul glacial de los ojos de la directora gerente, Isabel Ternero Gálvez. Delgada hasta lo espiritual, exhibe una leve inclinación de cabeza a modo de saludo.

—La subinspectora Losada, supongo — se arranca la cuidadísima cortesía de la doctora Ternero.

Enseguida, la mano adelante, apretoncito débil, como sin ganas. La piel húmeda y fría, como una corvina recién comprada. Se le advierte una sonrisa inclasificable, que igual debe servir para comunicar una enfermedad mortal que para dar un alta tras la curación definitiva. Da igual: a fin de cuentas, para los moradores de estos despachos todo lo humano es ajeno y, por tanto, enojoso. Puro trámite a aliviarse con cinismo, educación o un exabrupto, según el bagaje de cada uno.

A continuación, unos prolegómenos sobre la tragedia que estamos viviendo. «Estamos conmocionados — afirma la directora —, en primer lugar, por la relevancia y la trayectoria de la doctora Llopart, tan ligada a esta institución y a la Sanidad Pública de nuestra Comunidad, y también por el hecho de que este hospital se vea salpicado por una muerte violenta, y mucho más si se trata de una personalidad de este relieve»; «junto a lo perentorio del esclarecimiento de las circunstancias de su muerte, tengo el deber de expresar que, sin lugar a dudas, la comunidad sanitaria que tengo el

honor de dirigir tardará muchísimo en asumir el dolor de la pérdida».

Pepa se queda absorta, su atención fija en los ojos y los labios de su interlocutora. Detrás de esta, las banderas de la nación, la comunidad y la Unión Europea. A un lado de la mesa, la pantalla del ordenador y un teclado inalámbrico. Y bajo los ojos imperturbables, unos labios que han declamado de corrido una declaración institucional. Podría haberla soltado igual en la radio o en la televisión, y hubiera valido. Ni una palabra de más o de menos. Saltando a cada segundo de los labios a los ojos, Pepa detecta cierta desconexión entre las palabras «dolor» y «pesar», y lo que le aprecia en la mirada. Aunque tal vez se trata solo de una impresión.

Después, puesta en común. De la gerente a Meritxell Llopart, loas encendidas. Su expediente, a disposición de la Policía. Imprimido y preparado en una carpeta. Su versión digital, dispuesta para ser enviada a la dirección de correo electrónico que se le proporcione. Pepa hojea el dossier. Brillante, en apariencia. Cargo tras cargo, año tras año. Mientras la agente le echa un vistazo, la gerente remacha amabilidades: «a su disposición», «todo en lo que podamos serles de utilidad», «reitero nuestra voluntad de colaborar para lograr el rápido esclarecimiento». Tono monocorde, sin inflexiones.

Pepa deja el informe sobre la mesa. Luego, vuelve a los ojos de la mujer. Ambas sentadas, frente a frente.

—Doctora Ternero, me da la impresión de que usted apreciaba a la víctima — suelta Pepa con inocencia fingida —, ¿hasta qué punto la conocía personalmente?

Unas décimas de segundo. Las suficientes como para revelar que la interpelada está calculando la respuesta. Una traición a si misma, en todo caso.

—Subinspectora; a estas horas, usted sabe de sobra que la doctora Llopart estuvo sentada en este despacho antes que yo. Trabajamos codo con codo durante un tiempo. De hecho, ella me enseñó todo lo que sé al respecto.

—Señora directora; lejos de mi intención incomodarla, pero no es eso lo que le estoy preguntando.

Un breve lapso, una vez más. Cruce de miradas sobre la mesa del poder hospitalario. Ojos azules fijos sobre los ojos castaño oscuro. Y en los primeros, la búsqueda desesperada de palabras que salven la situación sin correr riesgos.

—El mundo profesional es complejo, agente — los vocablos van emergiendo, uno a uno, de los labios finos de la directora gerente —. Tensiones de arriba, de abajo, de todos los lados… Momentos duros o durísimos. Con todo, debo confesarle que las exigencias del día me obligan a sopesar cada palabra. Lo mismo me pasó con Meritxell, tantas veces. Espero que tengamos un momento más relajado al

respecto.

—Sin lugar a dudas, doctora. Este caso nos va a poner en el brete de interactuar en más de una ocasión.

«¿Qué me ocultas, directora?»

La puesta en común se quedará, pues, bastante rebajada. Así lo ha exigido el protocolo institucional. Pepa informa acerca de la marcha de la investigación. De todo aquello que la gerente podría haber comprobado con un simple telefonazo, sea a admisión o al área de urgencias. Pero la subinspectora se guardará sus cábalas. Y sobre todo, los preliminares de la policía científica.

Fin del contacto, tan cálido como al principio. Acuerdo para que los agentes continúen las pesquisas de modo discreto, sin impactar significativamente en la actividad del hospital o en la intimidad de los pacientes y sus familiares. Al final, intercambio de números de móvil «para asegurar una interacción fluida».

—No se moleste, doctora — replica Pepa —. Ya tengo su número. Fue lo primero que me dieron en este jaleo.

—Emplee mejor este otro — susurra la mujer, garabateando un número sin nombre en un pedacito de papel. Al elevárselo a Pepa, los ojos de la directora muestran una expresión diferente. El parpadeo es, esta vez, vivo. Y sus palabras han sonado a eso, a palabras. Han surgido de dentro. Como lo que viene a continuación, de modo inesperado:

—Pepa… Pepa Losada, ¿no…? — continúa Isabel Ternero con una voz apenas audible —. ¿Te importa que nos tuteemos? Llámame, y nos vemos en otro lugar más tranquilo. Aquí, las paredes oyen…

8. Luz de Luna

La luz lunar invade cada rincón del dormitorio, dando cuenta de realidades, ubicaciones y proporciones. En el lecho, la silueta de un hombre recostado hacia la ventana. Su perfil musculoso da la espalda a una mujer reclinada sobre el cabecero. Él dormita, o eso parece. Ella no: los ojos bien abiertos en la penumbra. El intenso orgasmo, hace nada, no le indujo el sueño, sino que la devolvió a los interrogantes de las horas precedentes.

De repente, un zumbido de móvil. Es el de ella, sin lugar a dudas. Porque, cuando de la piel y los ojos de Pepa se trata, Mario pone su móvil lejos, o en silencio. Para ella, en contraste, hay todo un mundo que dicta sus exigencias.

—¿Quién coño es, a estas horas? — rezonga el hombre.

—El Chaves, que no para — contesta Pepa —. Dice que me tiene cosas. Hasta ahora, amorcito.

—Eres más friki que él — se despide Mario —. No sé cómo lo vas a hacer con una criatura en el mundo. No hagas ruido al volver.

Pijama, bata y babuchas. Sillón de orejas y mantita. Migrante a otra habitación, a dejar dormir al hombre. A buscarse a otro, a distancia. Al compañero. Ligada con él por fantasías exclusivamente profesionales, pero sin competitividad. Pura complementariedad. Ni él hace lo que ella, ni ella lo que él. El fundamento de un buen equipo.

Pepa recibe un mensaje esquemático: «Rosendo Beneyto desaparecido desde hace semanas».

Imposible evitar la sorna en la respuesta: «Cada diez minutos desaparece alguien. Vete a dormir, Paco».

Nuevo whatsapp de este: «Ni idea de quién es, ¿no?».

Pepa contesta enseguida: «¿El presidente de tu comunidad de propietarios? Lo dicho: un valium y a la cama, Paco».

El interpelado replica de inmediato: «En tu correo, un resumen de los cargos del tipo. La salsa de todos los platos del Partido».

Esta vez, la agente se lo piensa antes de responder. No parece una extravagancia del gran friki de la Jefatura. Teclea: «No esperarás que me lo lea ahora. Estaba a punto de caer en coma. El día ha sido lo que sabes de sobra, y mañana me espera la del pulpo».

Nueva pausa. Paco sigue en línea. Luego, se le lee «escribiendo», sin que se materialice en un nuevo mensaje. En la espera, Pepa se decide

a introducir otro whatsapp: «Suficiente tenemos con lo de la Llopart como para ocuparnos de esto. No consta ningún encargo de la superioridad en este sentido. Cada palo aguante su vela. Nosotros, a lo nuestro».

Unos segundos más. Paco sigue alternando «en línea» con «escribiendo». Se resuelve, al fin: «Mañana hablamos. Llevo horas trabajando. El perfil de la Llopart tiene áreas oscuras. Y ahora, lo de Rosendo Beneyto. Se me ha metido en la cabeza buscar una relación. Seguro que es una gilipollez. Buenas noches».

Pepa respira de alivio. Esto de contar con gente tan entregada es delicado. Porque la razón, privada de sueño, produce monstruos, sinrazones, asociaciones extrañas. Resuelve clausurar la jornada y poner el móvil en silencio. Camino, pues, del reino de la luz lunar. Mano sobre el pomo, con todo el cuidado de no hacer ruido. Afortunadamente, su Mario engrasó hace poco el picaporte. La puerta se abre bajo una leve presión, ofreciéndole la imagen del dormitorio en la noche y el recuerdo recientísimo del éxtasis sobre cada centímetro de su piel.

Detenida un segundo sobre el umbral, se sorprende ante cómo una obsesionada con el trabajo se ha podido convertir a la religión de la pasión amorosa, en su versión más carnal y desenfrenada. Y sin perder por ello un ápice de celo profesional. Por el momento, claro. Se admite un infinitésimo de desconcierto: puesta a aflojar, prefiere hacerlo con el rigor de la placa que con el disfrute de la vida. Descubierto — un poco tarde, todo hay que decirlo — el inmenso placer de la carne, descubre también la banalidad de la medalla y la palmadita en la espalda. Que joden, pero sin dar placer.

Se resuelve a entrar, al fin; quiere sumergirse en la luz de luna y el olor a hombre. Pero, de repente, se le ilumina otra vez la pantalla del móvil — ruidos no hay, que el aparato quedó oportunamente silenciado hace un momento —. Nuevo whatsapp de Isabel Ternero — el número *alternativo* que le diera al despedirse esta mañana — : «Imposible, el sueño. Tenemos que hablar, pero no en el hospital. Mañana, en el funeral de Meritxell Llopart. Mientras se incinera, nos perdemos por el cementerio».

Luego, la oscuridad se apodera de la pantalla. Pepa se aproxima a la cama por su lado, y contempla las formas de su chico bajo la penumbra. Una vez más, experimenta una sensación plácida hacia el bajo vientre, mientras se introduce bajo el edredón y nota el calor del cuerpo de su hombre. Lo abrazaría y besaría, pero admite el carácter sagrado del sueño. Busca entregarse al suyo para recuperar energías. El sol del nuevo día la va a llevar a la ciudad de los muertos. Se duerme con la certeza de que ella, al contrario, habita en la de los vivos.

«Hasta mañana, Mario… Hasta mañana, Pepa».

9. Primera Plana

La luz lunar se esfumó con las claritas del día. Casi a la vez, Mario se escurrió del dormitorio, crueldades del ritmo de la vida moderna. Fue oír el tonillo del móvil, y llevarse las manos a los ojos para quitarse las legañas. Luego, ducha, afeitado, cafelazo, y a correr. Allá que dejó a la mujer en el lecho, última mirada y sonrisa, vana pretensión de llevarse su calor y su olor, de arrebatárselos al embozo de la madrugada. Pero el tiempo azuza, y el alba ya ofende a las pupilas.

Él ya se ha ido; tan solo queda el recuerdo de su piel. Pero esta volverá, cálida e impetuosa, dentro de unas horas. Ahora nos atropella el presente, sin dignarse a llamar a la puerta. Se coló en la habitación de una, y dicta ritmos y prioridades.

Zumbido del móvil, otra vez, incluso antes que el despertador. Nuevo whatsapp: «Pepa, la prensa de esta mañana». Se trata de Paco Chaves, vigía de internet y rastreador inagotable. Se acostó después que ella, y se ha levantado antes. A lo que se ve, lleva un buen rato ojeándolo todo.

Pepa no se hace de rogar: se zambulle en la prensa digital, mientras sube el café con que armarse para afrontar los retos de la jornada. Y ahí está, en casi todas las cabeceras: Meritxell Llopart, muerta. Asesinada, con toda probabilidad. Y además, sospechosa de una serie de delitos. Un sobresalto para a la opinión pública. Y una bofetada para la Policía que investiga el crimen.

Mientras completa su aseo, Pepa echa un ojo al espejo, y se encuentra con una cara de boba donde se reconoce a duras penas. Desafortunado hallazgo. Porque le provoca de inmediato un ataque de bilis concentrada. No sorprende que, al poco, se presente el primer vómito de la mañana. Para colmo, este llega sobre estómago vacío, antes de desayunar. Después, la mujer se echa al coleto algo de agua fresca para aclararse el mal sabor de boca. Y a medio vestir, el chillido del móvil. Pepa se precipita sobre el aparatejo. Es el jefazo. Nada de whatsapps. Pura voz. Conecta.

Los gritos de Pepe Brito le atraviesan los tímpanos, y amenazan con hacer estallar su cerebro. A cada sílaba, el tipo demuestra maestría en su especialidad: hacerle sentir su garra sobre el pescuezo. Como si las gotitas de saliva recorrieran las ondas y alcanzaran sus ojos. Broncazo solemne con un par de agravantes. En primer lugar, hoy es lunes, y el

equipo del susodicho ha sufrido una goleada humillante en casa hace pocas horas. El energúmeno se acaba de desayunar con el titular del «Marca» y, por si fuera poco, los gritos de la superioridad. Porque él también tiene que padecer a un jefazo que vocifera igual o más, y se levanta muy temprano. Y el gran jefe le acaba de vomitar a Brito en el oído lo que este le repite a Pepa como un papagayo, amplificado e *in crescendo*: «¿Meritxell Llopart sospechosa de falsificar firmas en los ensayos clínicos? ¿Y en qué país serio la superioridad se entera de eso por la prensa?».

—No sé, jefe — responde Pepa, entre adormilada y cabreada —. Tengo a la gente a tope con esto y, ayer domingo…

—¡Tú y tu gente no dais un maldito palo al agua! — ruge la voz estridente del tipo —. Y hablando de palos, no hacéis más que dar palos de ciego… ¿Estás segura de que te graduaste? A ver, *reu* esta tarde, a las cuatro… ¡Todos con los datos al segundo!

Pepa desconecta, el oído dolorido y la autoestima vapuleada. Llama a su vez a Paco Chaves, que habrá cambiado su cuartillo por el sótano de la jefatura. La indignación la invade. Sofoca la voz, queriendo cercenar todo impulso de desfogar la ira sobre su equipo, como acaba de hacer su jefe inmediato.

Un tonillo, dos y, al fin, la voz plácida de Paco.

—Pepa, dime — está claro que el friki navega sobre aguas tranquilas. Que así siga. Conviene a todos.

—Paco, te conozco. Es imposible que lo que acaba de salir en prensa constara en un rincón que tú no hubieras hurgado antes.

—Pepa, ya me conoces — contesta Paco, igual de beatífico, pero con un punto de mosqueo. Como diciendo: «La afirmación estaba de más, Pepa».

—Paco, ahora quiero que pensemos los dos juntos.

—Conectado con tu cerebro, jefa.

—El tipo mata a la Llopart en extrañas circunstancias y, de inmediato, alguien saca a relucir ciertos hechos presuntamente delictivos de la asesinada.

—Hasta ahí, correcto, Pepa.

—Hechos hasta ahora ocultos que, de modo casual, encuentran la luz en este momento. Con una investigación criminal en mantillas.

—Perfecto. Sigue, Pepa.

—¿Quién ha sacado esto, Paco?

—En ello estaba, cuando me has llamado. Y, por cierto, te comunico que me estoy topando con todos los obstáculos del mundo. Unos me remiten a otros. Te anticipo que esto va a requerir tiempo y órdenes concretas de la jueza para abrir puertas cerradas. Pero, mientras tanto, te sugiero que consideremos otras posibilidades.

—Conectada a tu cerebro, Paco.

—A ver, Pepa; yo soy el de los datos. Y conozco bien el límite de los mismos. Los datos son lo que consta; ya lo has visto. Y solo consta algo cuando a alguien le conviene que conste. La idea, ahora, es preguntarnos *cui prodest*.

—Paco, no puedo más de los vómitos. Aún me duelen los oídos de los berridos del Brito y, por si no te has dado cuenta, el caso está cada vez más enmarañado. Latín no, por favor.

—En plata, plantearnos quién se beneficia con este lío.

—Hoy no estoy a tu altura. Tus conclusiones, Paco.

—Llevo un rato sobre lo vertido en prensa, jefa. Y no es contundente. Se habla de simples sospechas de hace tiempo, pero nada sustancial. Llego a lo que tú: una mano extraña aprovecha la muerte de la Llopart para sacar a relucir unas sospechas que manchan su imagen. Unos supuestos sin recorrido, dado que la muerte extingue todas las responsabilidades. Una basura que no puedo aclarar, por otra parte: las redacciones están bloqueadas tras un muro de silencio. Con todo, mi imaginación es traicionera; conviene atarla corto. Como hipótesis, se me ocurre que la mano que *empujó* a la Llopart haya querido también enturbiar su memoria. Aquello del *damnatio memoriae*, y perdón por el latín. No es preciso probar nada; la simple insinuación basta para ensuciar el recuerdo. Así que ojo dentro de un rato, Pepa.

—Para estar conectados, mi cerebro anda lento para tus enigmas.

—Es muy probable que alguna de las caras que vas a ver en el funeral se beneficie de la liquidación de Meritxell Llopart. Ya conoces el verso, Pepa: «un clavo saca a otro clavo, la fuerza ante la fuerza se desploma». Los mismos elementos que propiciaron la caída de Ícaro ahora lloran desconsolados ante su cadáver. Aguardan el final de las exequias para apropiarse de los restos de cera y fabricar alas nuevas con las que intentar volar a lo más alto.

—El asesino no osará estar ahí. Ni siquiera aseado, afeitado y compuesto.

—Tienes poca imaginación, jefa. Son los autores intelectuales de un crimen los que nunca faltan al funeral de su víctima. Porque faltar sería señalarse.

—Paco…

—¿Qué…?

—¿De dónde sacas el tiempo para leer tantas novelas?

10. Tanatorio

Hoy es un día especial en el tanatorio, qué duda cabe. Tras la autopsia y la identificación del cadáver de Meritxell Llopart, la jueza acaba de autorizar su incineración. Una hermana llegó ayer tarde a recibir las cenizas. Desde un balcón del segundo piso, Pepa observa la afluencia de público. Con ella vinieron Curro y Laureano; todos los ojos son precisos en este embrollo.

Y en esto, una cosita que sobresale del gentío. Pepa no habría reparado en ella, de no recortarse a contraluz, embutida en una parka enorme. Por encima del chaquetón, asoma una mata pelirroja. Y bajo esta, dos ojos enormes, brillantes e inquisitivos. De esos que permiten ver claro un asunto turbio. Mónica Casado, quién si no, reconocida al fin, más que intrigada ante un caso repleto de interrogantes.

Mónica y Pepa se encuentran, media sonrisa. La tensión del momento les borra la otra media. En buena medida, porque los funerales no son plato de gusto. Y mucho menos si se trata de la víctima de un homicidio. Al poco, se bajan a la cafetería a ver si consiguen relajarse un poco. Policía y periodista: el delito y la noticia. En cualquier caso, la verdad siempre. Sin tapujos o aditamentos. Tal fue el cemento del encuentro, y continúa siéndolo. Y por la misma razón, la agente no progresa en el escalafón y la informadora permanece de *free-lance*, fuera de las redacciones. El pesebre tiene muchas ventajas, pero exige disponer de tragaderas sustanciales.

—¿Qué hay, *japuta*? — sonríe Pepa, más con los ojos que con los labios.

—Sobrevivo, que no es poco — contesta Mónica sin amargura. Es feliz. Se le nota.

—Luego nos ponemos al día, *guapi*, que ahora hay faena — responde Pepa —. Tú, los ojazos abiertos. Como siempre. Y la boquita cerca de mi oreja. A susurros. Como tú sabes.

Al poco, Laureano, en un hilillo de voz:

—¿Qué te dijo el Brito, Pepa?

—Ese no habla. No es que no quiera; es que no sabe. A lo más que llega, la criatura, es al gruñido. Olvídate de ese cuadrúpedo. Es un inútil puesto a dedo, como tantos en la jerarquía. Aupado por contactos políticos o por simple peloteo. Viene a ser lo mismo. Animal

baboso con propensión al rebuzno y la coz, ya te digo. Pero nosotros, a lo nuestro… ¿Dónde ha ido Curro?

—Está con los otros… Mezclado con la multitud. Ha venido el gobierno regional en pleno. Los altos cargos. Y todo el que es alguien en el Partido. Nunca he visto tantos coches oficiales, Pepa.

—Pues aún te falta la Reina, Laureano. Te aseguro que nadie osará comenzar el acto sin ella.

—¿Religioso?

—Laico. La Llopart era atea practicante y de misa diaria.

El automóvil de la Presidenta, al fin. Un mercedes azul marino, enorme, con los cristales tintados. Se aproxima, solemne, hasta la puerta misma del tanatorio. Tras frenar, desciende el chófer, de uniforme oscuro y corbata negra. De inmediato, el discreto despliegue de guardaespaldas, cubriendo cada rincón, comunicándose por móvil. Se les identifica con facilidad: hombres altos, trajeados, llevando gafas oscuras. A la puerta de la berlina, el comité de recepción, los ineludibles, el sanedrín regional. Se le abre la puerta al fin, y se le ayuda a bajar del coche, como si de la Reina de Inglaterra se tratase.

Del auto emerge una figura femenina sorprendentemente alta, recia y de hombros cuadrados, aunque uno más alto que el otro. Melena lisa, rubia teñida y brazos largos, acordes con la talla. El perfil de Berta Frías es inconfundible, incluso a varias decenas de metros. Suele mostrar las uñas largas, pintadas de rojo vivo. Hace algún tiempo, algún comentarista osó decir que brazos, dedos y uñas daban una idea precisa del alcance de su poder en la esfera regional, y que el color del esmalte denotaba la intención del personaje de que ello fuera de todos conocido, y en todo momento. Es notorio, pues, que la Presidenta ha decidido no cambiar de color de esmalte de uñas para la ocasión. Tal vez pretenda recordar a todos quién manda aquí. Incluso en un funeral. Su presencia provoca un giro copernicano en la jerarquía de protagonismos: cuesta trabajo pensar que se vino a despedir a alguien, y no a un mitin o un acto institucional.

No obstante, la indumentaria sí es la adecuada. Sin llevar luto — la Presidenta no es familia de la fallecida —, viste de gris oscuro, acorde con las circunstancias. Lo elegante del atuendo no consigue ocultar una deformidad de la espalda — una joroba, según los que detestan al personaje, que son legión — mal corregida por varios intentos quirúrgicos. Tal problema nos explica una leve cojera y la asimetría de hombros arriba mencionada.

De acuerdo con sus costumbres, Berta Frías dispensa un saludo frío a sus colaboradores, sonríe cálidamente a los fotógrafos, y dirige sus larguísimos tentáculos hacia la hermana de la finada. Hábito certero de la gran dignataria: segura de estar bajo el ojo de las cámaras, despacha sonrisas y abrazos a quien conviene. De este modo, queda la

hermana engullida bajo el embrujo de la dentadura caballuna, las uñas rojo vivo y dos brazos como grúas. A ver quién logra escapar. Pero no llegará la sangre al río. De los abrazos de Berta, no hay constancia de muertes físicas, aunque sí una retahíla de cadáveres políticos o institucionales.

—No falta nadie, Pepa — recalca Laureano.

—No pueden faltar, si acude la Reina — sentencia Pepa —. Si ella no sospecha de la finada, no hay sospecha que valga.

Unos minutos más. El acto da comienzo. La sala, abarrotada. La muy católica imagen de Nuestra Señora, cubierta por un velo negro. A un lado, el ataúd de Meritxell Llopart. En el primer banco, la hermana, acompañada solo por Berta Frías. Pepa y los suyos, diseminados entre el gentío, sin perderse puntada. La duda es quién dirigirá la alocución. Unos minutos de silencio. Unas toses. Sube alguien al estrado, y recuerda a todos la obligatoriedad de poner los móviles en silencio. Y de la muchedumbre surge la figura de Isabel Ternero, de oscuro riguroso, portando unos folios. Llega hasta el atril y se dirige a la audiencia. Pero no leerá, sino que declamará, la voz vibrante.

—Querida Roser, querida Berta, compañeros y amigos del hospital, del Partido y del gobierno; os ruego que me ayudéis a despedir a Meritxell en esta hora tan dolorosa. Se ha dicho alguna vez que, con la muerte, todo lo que nos cuestiona se inscribe sobre nuestra lápida, mientras que todo lo digno y noble es sepultado con nosotros, y olvidado. Ese parece el triste destino de Meritxell, a tenor de lo que hemos leído en la prensa de esta mañana. Si así llegara a probarse, con su trágica muerte se cierra el capítulo de la responsabilidad. Meritxell era mi amiga y mi maestra, pero la prensa contamina su recuerdo con sombras terribles. Y sin embargo, es imposible cuestionar la veracidad de los medios; todos conocemos bien la limpieza y el rigor de sus procedimientos. Ello no obstante, la labor de Meritxell está ahí: yo misma la ayudé; trabajamos juntas, codo con codo. Proyectos, inversiones, ensayos clínicos, desarrollo; nunca le advertí la menor mancha o irregularidad. Siempre que vi a un becario en riesgo de perder la ayuda, advertí en Meritxell una ansiedad indescriptible. Me imagino que una persona corrupta, desalmada, debería tener la piel más dura… Con todo, delante de su cadáver, me tengo que atener a lo que sé, y expresarlo con claridad: muchos la apreciamos, y con buenas razones. Nuestro deber, ahora, es decirlo en voz alta. Os ruego que me disculpéis, se me quiebra la voz… Son tantos los recuerdos, tantas las vivencias… Os quiero leer un último correo, recibido de ella cuarenta y ocho horas antes de su trágico fallecimiento: «Querida Isabel; temo por mi vida. El egoísmo y el privilegio se sientan en nuestras filas y solo escuchan su propia voz. Demasiado tiempo estuve en el gobierno. Mano firme aconsejé a Berta

hasta el extremo de la confrontación. Los tiempos políticos son demasiado sutiles para mi entendimiento. Pero hice malos encuentros, que ahora acechan mis pasos. Si algo me pasara, extrema la precaución». Tu voz nos llega clara desde el otro lado, Meritxell.

11. Entre Cipreses

Tras la alocución, algunos lamentos, más o menos formales o sentidos. Un poco nauseosa, Pepa abandona la sala, no sin advertir a los suyos que estén ojo avizor a lo que se diga o haga. Derecha, pues, al cuarto de baño, que los vómitos no dan tregua. Y a contactar con el mundo, que el teléfono debe rebosar de mensajes.

Se sienta sobre la taza del váter e intenta priorizar. De entrada, un whatsapp de Isabel Ternero: que la ve dentro de un rato en el cementerio. Lugar ideal para perderse de la vista del medio mundo reunido en el funeral. Dice Isabel que hay tiempo de sobra durante la incineración. Pepa solo tiene que dejarse llevar por Luci Medina, que la conducirá al lugar conveniente. No hay excusas; es muy importante.

El siguiente mensaje es de Paco Chaves; no podía ser de otro modo. Acerca del caso de Rosendo Beneyto, una vez más. Pepa no puede evitar el enojo: atascados en el caso Llopart, y el friki desviando su atención hacia otra desaparición no relacionada. «Que sí, que tiene que ver», insiste el hombre. «Es la clave del asunto; préstame atención». Pepa devuelve un simple «a ver…».

—¿Está ocupado? — una voz femenina que reclama el baño.

—Enseguida — contesta Pepa, recogiendo sus cosas. Sale. Luego, a la cafetería, en busca de un rincón al abrigo de las vistas para continuar con Paco. Ahí están sus mensajes, uno por uno y en orden, como si fueran telegramas:

«Rosendo Beneyto, cincuenta y cuatro años. Siempre en el Partido, como Berta Frías. No se les conoce vida profesional fuera de la política. La Llopart, al menos, era médica».

«Los pongo en relación porque a Beneyto se lo traga la tierra hace semanas».

«La madrugada de su asesinato, la Llopart comparece en urgencias a forzar el ingreso de un tipo con tarjeta sanitaria falsa. Un desconocido, hasta ahora mismo, al que consideramos el presunto homicida, dicho esto con muchas reservas. Alguien cuya descripción podría ser compatible con el tal Beneyto».

«En primer lugar, tenemos un punto en común entre ambos, Pepa: los dos, altos cargos del gobierno regional. La víctima, cesada hace meses. El otro, un poder en la sombra, a tenor de la escasa información a la

que tengo acceso».

«Estoy con el perfil de Rosendo Beneyto, pero, una vez más, me topo con un muro. El tipo lleva toda la vida en direcciones generales de esto y aquello, pero ni un solo dato o valoración. Necesito tiempo; las redes no dan para más. A ver los contactos de Mónica».

Pepa se sonríe. Dentro de su agobio por la falta de avances en la investigación, se sorprende ante la imaginación del friki. Hace falta gente de este perfil en un equipo, sin lugar a dudas. Le responde con un punto de ternura:

«Sigue sobre ello, Paquito. Necesitamos una foto reciente y las huellas dactilares del tal Rosendo Beneyto».

***

El acto se prolongó en exceso. Una vez concluido, se quedaron unos pocos junto a las oficinas del cementerio, esperando la incineración. Con Pepa, está Curro. A Laureano se le dijo que se desplazara otra vez al área de urgencias, que se le facilitaría la foto de un tal Beneyto. A ver si alguien casaba el retrato con el tipo ingresado por Meritxell Llopart el día de autos. Mientras aguarda, Pepa recibe la visita de una joven de ojos oscuros y un punto de rabia, contenido por la fuerza de las circunstancias.

—¿La subinspectora Losada? — las palabras, desde tres metros de distancia.

—¿Con quién tengo el placer?

—Lucía Medina — se presenta, mientras se atreve a acortar el trecho —. Me envía la doctora Ternero. Pero usted y yo nos conocemos a través de amigos comunes.

—Sí, Amador me habló de ti, en su momento.

—También a mí me habló de usted. Mal momento para conocernos, sin duda. Hay faena.

Lucía le hace una señal para que la siga, apartándose del grupo reunido a la entrada del cementerio. Las dos mujeres se adentran en el mismo hasta llegar al Cristo que abre sus brazos a creyentes y ateos. Tras rodearlo, las dos avanzan mucho más allá, hasta los barrios de los muertos pobres. Viéndose lejos de todo y de todos, segura ya de no ser oída, Pepa se arranca:

—¿Adónde me llevas, Lucía?

—Donde dejé a Amador, la última vez.

—¿A la tumba de tu madre…? Me lo contó todo.

Silencio, por toda respuesta. Unos pasos más. Luego, Lucía suelta unas palabras, sin retirar la mirada de las tumbas que van apareciendo por un lado y por el otro.

—El dolor, mejor no tocarlo. Porque se aviva y vuelve a morder.

Intento dejarlo cicatrizar. ¿Lo ve usted, alguna vez?
—¿A quién?
—A Amador, agente, a quién va a ser.
—Alguna vez.
—Si lo ve, le dice de mi parte que me acuerdo mucho de él.
—Lucía…
—Diga usted.
—Me dijeron que estabas de turno cuando lo de la Llopart. Que fuiste tú la del ingreso forzado de aquel tipo.
—Sí, agente. Pero ya lo conté todo.
—De cualquier modo, mantente localizable. Siempre hay detalles que se escapan.
—Si tenemos que hablar, que sea en un lugar como este… Lejos de las vistas y los oídos. El asunto es más peligroso de lo que usted piensa.
De repente, Pepa se detiene, y exige lo mismo a su acompañante. Cipreses, mármoles y flores marchitas. Silencio. Ojos que interrogan a ojos que escudriñan los alrededores.
—¿Peligroso…?
—Ahora no, agente. Si la Ternero está cerca, cualquiera puede acechar. Ya estamos llegando.
En su deambular, Lucía y Pepa recorren calles y callejuelas repletas de lápidas, dispuestas de un modo regular. Cal, albero y nichos en mejor o peor estado; memoria de los vivos y de los muertos. Al final, la plazuela centrada por un ciprés y, en el centro, una mujer.
—Yo les dejo, agente. He cumplido mi misión. La de hoy, quiero decir.
—Luci, lo dicho.
—Puede localizarme con facilidad. Ya no estoy en el activismo. O a decir verdad, sí que estoy, pero de un modo menos estúpido.
La chica desaparece por donde vinieron, dejando un poso de inquietud en el corazón de Pepa. No es justo que una sombra de amargura empañe los ojos de una mujer joven y hermosa. No lo es siquiera aquí, junto a la tumba de su madre. Pepa se aproxima al ciprés y reconoce a la oradora de hace un rato, su interlocutora de ayer.
—Me enterneciste, Isabel — la aborda Pepa —. Hoy me contestaste a la difícil pregunta de ayer.
—Hoy te engañé, que es diferente — contesta Isabel Ternero, taciturna —. Lo hice con todos. Va en el cargo, ese tipo de discursos melifluos. Tan solo tienes que escuchar cualquier intervención pública de Berta Frías.
—Habla — prosigue Pepa.
—No puedo — responde Isabel.
—¿A qué me trajiste, pues?

—A advertirte, Pepa.
—¿De qué?
—De que te adentras en un campo de minas.
—Advertida, gerente, muchas gracias, ¿y ahora…?
—Estás preñada… Dale carpetazo.
—¿Por qué?
—La prensa atina, Pepa; es imposible negarlo. Hace años, siendo yo inexperta aún, asistí al encumbramiento de Meritxell. Fue entonces cuando aprendí qué poco sabe el mundo sobre los ensayos clínicos. Te lo resumo en dos palabras: las pobres gentes participan, y someten sus cuerpos enfermos a nuevos tratamientos que creen sanadores, pero que no son más que experimentales. La clave es el vil metal, como siempre. Lo que paga la Industria Farmacéutica al médico reclutador para que haga valer su relación de confianza y capte al ingenuo o la ingenua, que presta su organismo sin recibir a cambio más que una sonrisa o una palmadita en la espalda. Y también al hospital, que permite el uso de instalaciones, análisis, personal técnico y un largo etcétera a cambio de una parte del botín. Una suculenta tajada, todo sea dicho, bien camuflada bajo nombres rimbombantes. Nombres que permiten desvíos. Desvíos que, mire usted por dónde, siempre caen en el mismo vaso. Cuestión redonda: el paciente se cree beneficiado por tratamientos avanzados, el médico redondea su sueldecito, el hospital mejora sus presupuestos, siempre insuficientes y, al final, un flujo incesante de dinero quién sabe hacia dónde. Y quién mejor que una *apparatchik* para controlarlo y dirigirlo. Para hacer carrera e impulsarse. Pero yo no he nombrado a nadie, agente, ni lo haré mientras viva, esté o no en el cargo.
Las palabras se extinguen por ambas partes. Hasta el murmullo del aire se ha detenido, sobrecogido.
—¿Aún convives con esa mierda? — inquiere Pepa en un susurro. Gritan, no obstante, sus ojos castaños.
—Convivo, lo confieso. Imposible no hacerlo, y seguir ahí — responde la gerente con franqueza.
Silencio, una vez más. Dos mujeres, frente a frente. Amarga verdad, tristeza desolada.
—Convivo por una razón simple, Pepa — prosigue Isabel —. Mejor yo, que una nueva Meritxell. Porque, a fin de cuentas, le encajo una pizca de arena al engranaje. De algún modo, consigo mantenerlos a raya, con tal de que lo demás funcione. Y es vital, créeme. Para la gente. Para sus familias.
—No lo entiendo — insiste la agente.
—Se me ocurrió que tal vez podrías comprenderlo. Pero ya veo que es del todo imposible. Porque, entonces, estarías tan atrapada como yo — acepta la gerente.

—¿Sabes quién la mató? — los ojos castaños de Pepa se alzan, desafiantes. Se conformará con el lodazal, pero nunca con el crimen.

Enfrente, los ojos azules imploran piedad. Confiesan saber, pero cerrados quedan los labios, azotados por este viento inclemente.

—Abro la boca, y muero — habla al fin Isabel —. Y con mi voz, toda mi capacidad de resistir.

—Tan culpable como el asesino — escupe Pepa con desprecio.

—Lo prefiero — admite Isabel.

—Váyase a la mierda, directora.

—De cabeza y con gusto, con tal de salvar el hospital.

—La dejo, pues.

—Hablaremos, agente.

—Espero no tener que hacerlo con pruebas en su contra, mientras le pongo las esposas.

Pepa abandona el lugar, airada. Más con ella misma que con su interlocutora. Porque nunca puede sacarte de tus casillas un testigo potencial de una investigación criminal. El exabrupto ha sido improcedente, y lo sabe. En su camino hacia la entrada, no puede sino recordar las enseñanzas de Amador al respecto: nunca un grito, ni una mala palabra. La agente pisa la gravilla del cementerio hasta hacerse daño. A ver si el dolor consigue curarle el del alma.

***

Las horas centrales del día van pasando. Arriba, un cielo gris, como tantas veces. Y un viento áspero, embravecido por las agujas del reloj. A lo lejos, entre cruces y panteones, se intuye la presencia de tres mujeres. Una, marcadamente obesa, otra, alta y desgreñada, y una más, pequeñita. En su exasperación, Pepa apenas repara en los tres puntos oscuros, a distancia. A paso rápido, abandona el cementerio en busca de su automóvil. En contraste, las tres mujeres se quedan arrastrando sus figuras entre las tumbas, como jugando con la muerte.

—¿Adónde va aquella tan deprisa? — gruñe Pepi, bregando para escarmenarse los cabellos.

—A quitarse un cabreo de mil hostias — le responde Mila, acariciándose la oronda panza —. Tarea inútil: mírate ahí, consumida de puro odio al aire, al sol y a la vida. Ni el pelo te quiere crecer con alegría.

—Prefiero criar sapos en la barriga que acumular barriles de manteca — le replica la primera, sin dejar de darse tirones a la estopa que le cubre la cabeza.

—No os enzarcéis; de nada sirve — tercia la chiquitita —. Furibunda, la agente, del mismo despiste, y no es para menos. La Llopart, enviada a los infiernos de un empujón. Luego, abierta en canal y

descuartizada. Y hace unos minutos, consumida en el horno de Belcebú.

—No es mal fin — ríe Mila con sarcasmo —. Fue todo muy rápido. Y además, ni se enteró, la muy bruja.

—¿Algo en contra de las hermanas de la noche? — ruge Pepi —. A esta, tendrían que haberla asado a fuego lento, y que sus gritos hubieran resonado en toda la Mole.

—¿De qué mole hablas? —pregunta Rosi, divertida. Por el tono empleado, da la impresión de que conoce la respuesta.

—Pareces lela, ¿qué mole va a ser…? Aquella montaña de vómitos y mierda que limpiamos día tras día — contesta Pepi, áspera, señalando el hospital, bien visible allá, sobre el horizonte.

—¿Sabe alguna quién es la próxima? — continúa Rosi, la sonrisa apagada.

—¿Próxima o próximo? — la sigue Mila, sin dejarse la tripa tranquila. Sin lugar a dudas, juega a las adivinanzas.

—Mirad a la Mole — les responde la más alta —. Espesos nubarrones se juntan, dirigidos por este viento de acero. Convoquemos, pues, a los trasgos, que nos digan si el alma que ha de descender será próximo… o próxima. Abierta dejaron la puerta del tanatorio, ¿no os disteis cuenta?

12. Una Silueta en la Sombra

La barra del bar es madera repintá en marrón oscuro, casi negro. Se la ve sufrida; aguanta bien los cientos de pases de bayeta húmeda que la mantienen como los chorros del oro. Ora sirve desayunos, ora carajillos, ora tapitas, o lo que se tercie. Siempre hay algo para cada quién. Porque siempre hay una hora en la que ese alguien se deja caer, aunque no sean horas de nada. En abrupto contraste con otras horas en las que no cabe un alma ni de perfil.

Es un decir: siempre hay un huequito para encasquetar a un cliente, al decir de Juani, la dueña. Aunque ella prefiere que la llamen mesonera. Heredó de su padre el local y el menester, y ahí que los mantiene contra viento y marea, tirando de esa cadera del demonio, que será operada cuando una consiga plaza en el purgatorio, pues sabido es que el infierno no es sino la vida que arrastramos.

«Da igual; camina o revienta, como El Lute. Ahora, al menos disfrutamos de un ratito de calma chicha. Malo y bueno, a la vez. Lo bueno, que descansamos. Lo malo, lo mismo, que descansamos. Y, por tanto, que en este rato no ganamos ni un céntimo. Pero al día y a su afán. A ver qué quiere la subinspectora. Amiga de Amador. Y los amigos de mis amigos, mis amigos son».

—¿Qué va a ser, agente?

—Una leche manchaíta, Juani, que ando delicá.

La vieja se va pegando cojetás. Pepa se queda sobre el taburete, enfrentándose a los whatsapps que le van llegando. Atención especial a Paco, que va escupiendo hallazgos sin ton ni son, como en una tormenta de ideas permanente. Su primer mensaje versa de esta manera: «Cotejadas las dactilares de Beneyto con las recogidas por la Científica en la 641. Se trata de él. Certeza absoluta». De inmediato, uno más: «La sangre de la 641 no es de la Llopart. Debe ser de Beneyto, pero no disponemos de muestra de sangre del tipo. Cuando lo detengamos, podremos verificarlo».

Pepa reflexiona antes de seguir leyendo. Ante sus ojos, la leche manchada y la sonrisa de Juani. Luego, esta se va a sus cosas, facilitando el curso del pensamiento de la agente:

«Extraña lucha, la de la 641. Hubo sangre, pero no la de Meritxell Llopart. La parte más débil, a priori. Curiosa batalla. Violenta. Pero

todo confinado a la habitación. Nada fuera. Misteriosa brega, en la que el pijama clínico de la víctima no sufre daños. De hecho, estaban todos los botones. Además, bien abrochados, uno por uno, según el informe forense. Y el cordoncito que le hacía de cinturón, perfectamente atado. No se desató en el forcejeo. Refriega del todo necesaria: el homicida tenía que introducirle a su víctima la compresa en la boca, a fin de silenciarla. Y si esta medida fue precisa, es que Meritxell estaba bien despierta. Por la misma razón, el tal Beneyto tendría, además, que atarla, a fin de asegurarse el traslado de la mujer en volandas desde la 641 al hueco de la escalera. Sin embargo, el cadáver no presentaba ataduras, ni signos de haberlas tenido. Es una pelea inexplicable, la verdad. No me cabe en la cabeza un único hombre haciendo todo eso. Es urgente poner en busca y captura al tal Beneyto, y que nos aclare los hechos…».

Luego, más y más whatsapps. Pepa se sonríe, con el de Mario: «¿dónde paras para comer? ¿Crees que, en tu estado, puedes seguir al cien por cien? Haznos a todos un favor y pide ayuda. Voy a recogerte dónde quieras».

Ahora, uno de Laureano: «jefa, en urgencias no reconocen la foto. La imagen que nos mandan es institucional, y de hace algún tiempo: un Rosendo Beneyto director general, chaqueta y corbata. En urgencias, lo que recuerdan es a un tío alto, rapado, barba de varios días y pinta de dormir en la calle. Y para más inri, llevaba gafas oscuras, siendo de madrugada».

Nuevo mensaje del Chaves: «Pepa; en tu correo, algunos datos más del tipo. Lo que consta, como siempre. Lo que alguien — el interesado o quién sea — quiere poner en la nube. El hombre no tiene presencia en redes sociales. Nada de lo que tirar. Algo extraño, para alguien que ha ostentado todos los cargos del mundo desde los veintitantos. Antes de la presidencia de Berta y, por supuesto, con ella. Hasta aquí la *info* sin permiso del juez. Con la venia de *Su Señoría*, podríamos escudriñar cuentas bancarias, líneas de teléfono y otras cuestiones reservadas. Pero para ello hay que pasar sí o sí por el despacho del jefe. Te toca, Pepa: te presentas allá a hacerle una reverencia y contarle la milonga. Te muerdes la lengua y afinas la diplomacia, por una vez en tu vida».

***

Mónica, otra vez. Contacto obligado. Compensa lo escaso de la talla con lo inmenso de los ojos. En su mirada, cabe el mundo, sus mil fechorías y todas las interpretaciones posibles.

—¿Ha llegado…?

—Te espera — Juani señala a Pepa con la cabeza.

Luego, la una frente a la otra. Silencio sepulcral. Un milagro, en un

bar como este.
—¿Qué tienes para mí, pelirroja?
—Muy poco, Pepa. Apenas nada.
—Con que me des un cabo del que tirar, ya seguimos los demás.
—Es que no sé si es hilo, hebra o cuerda marinera.
—Tú me lo enseñas, y ya le vemos la textura. Venga.
—Va encaminado, vuestro Chaves — suspira Mónica —. Del Beneyto poco hay, fuera de los organigramas oficiales. Y ahí todo es falsedad: figurar en un puesto, y terminar llevando cosas que no tienen nada que ver. Y no preguntes, que te estrellas contra un muro de silencio y miradas extraviadas. Llevo horas en esto, y eso sí: nada de correos o whatsapps. La gente que estoy tocando le teme a lo electrónico como si se tratase de un invento infernal. Porque la red deja huellas y, por tanto, señala de modo indeleble. Aunque uno no conteste a un mensaje; por eso mismo, por no contestar. Y mucho peor si lo hace. Preferible la voz, y mejor sin mediar la línea: desplazarte, e ir a ver a quién sea. Un toque al interfono, y murmurar: «bájate un momento al bar de enfrente». Y eso, con tres o cuatro, que no hay más. Porque hay tela de miedo; gente que antes te susurraba algo, y ahora se te cierra en banda. Últimamente se masca algo nuevo, algo raro, un algo que empasta las palabras y las hace lentas, calculadas, ambivalentes. Un no se qué que quiere decir algo, o tal vez nada, que solo se trata de que tengo tres años más, y lo veo todo de otra manera. Y esto es ir al grano, aunque parezca que le doy vueltas.
—Pues eso tratándose de ti, Mónica; llegamos a ser nosotros…
—No sé, no me lo imagino. Tendría que ser un virguero con unas habilidades poco comunes. Pero prosigo: pese a todo, conseguí que Rubén Peñalver me invitara a un gin-tonic. A decir verdad, tampoco tuve que insistirle; es un pervertido sin remedio. El tipo me quiere llevar a la cama desde que me echó el ojo encima. Pero yo me aprovecho y le hago beber. Le suelta la lengua, al hijo de la gran puta. Le sonrío, me sonríe; se hace el interesante, y se imagina que al final cobrará la pieza.
—No sé por qué coño tienes que aguantar a esa ralea de babosos.
—Gajes del oficio, Pepa: si una quiere *info* de alcantarilla, tiene que tratar con ratas como el Peñalver. Se trata de la típica sanguijuela de los partidos perpetuados en el poder. El gusano que siempre está ahí; una eterna futilidad que se niega a disolverse y desaparecer. Desde que me lo presentaron, tuve la impresión de que lo aguantan más por miedo a lo que sabe que por su utilidad, que es ninguna. Pero, al caso: la criatura sostiene que Rosendo Beneyto era todo, lo que se dice todo. Y el tipo recalca el pretérito imperfecto de indicativo: «era», porque ya no lo es. Beneyto lo era todo en el Partido, el Parlamento y el Gobierno de la puta de Berta Frías, usando las mismas palabras del

mierda ese. Enseguida matiza, el muy canalla: lo de puta, por hija de puta, que no por alegrías de la entrepierna, que no se le conocen a nuestra Presidenta. Pero volvamos a Beneyto: quita y pon, corta cabezas — si procede — y moldea presupuestos — que procede siempre —. Recorta aquí la partida correspondiente y la prolonga en aquella dirección — arrimando el ascua a la sardina conveniente, tú ya me entiendes —.

—Esos de los que apenas se habla, pero que mueven las fichas en el tablero.

—Justo, Pepa. Me sorprendió a mí misma, que me considero puesta en el tema. El de Beneyto era un nombre apenas susurrado. Y entre los suyos, menos que en ninguna otra parte. Había un miedo cerval a que se tomase nota y que, casualidades de la vida, uno acabara encontrándose con que el portavoz le sugería la conveniencia de renunciar al escaño. Y llegado el caso, el infeliz lo hacía, que son muchos los puestos de los familiares en el alero. Al fin y al cabo, con las cosas de comer no se juega. El mismo dedo que lo coloca a uno en la lista electoral le señala la puerta de salida, si así se considera. Y, desde luego, lo que nunca le conviene a uno es pedir explicaciones. Todo esto bajo el mandato de Berta Frías, por supuesto, y mucho antes que ella, con sus predecesores en el cargo.

—Una mafia instalada con nuestros votos y alimentada con nuestros impuestos.

—No te imaginas hasta qué punto, Pepa. Pero continúo con el relato de Peñalver sobre Beneyto: uña y carne con Berta antes de ser Presidenta, pero mucho más después. Nunca se insiste lo suficiente: Berta importa, y mucho. Porque si algo le pasa a Beneyto, seguro que ella lo sabe. Peñalver me dijo que, hace más de dos décadas, siendo Berta y Beneyto jóvenes promesas del Partido, pactaron el tándem perfecto: ella sería la figura pública y él, la de las sombras. Ella se llevaría los flashes y él le prepararía la alfombra roja. Y el engranaje funcionó a la perfección durante muchísimo tiempo.

—Esa relación es interesante, ¿qué más te dijo el tipo?

—Poco más, Pepa. A esas alturas, Peñalver me miraba lánguido. Y yo le devolvía las miradas, fingiendo entusiasmo. Pero yo quería seguir con la charla, y él prefería avanzar por otros derroteros. Y la manita, que se le iba por donde te imaginas. Tuve que ir enfriándolo con una excusa o la otra. Está caliente — siempre — y es un borracho. Pero no es un tipo que te asalte, ni que estalle cuando lo paras en seco. Lo dejé con un «tal vez más adelante, que hoy tengo otros compromisos…». Quiso animarme con otra dosis de *info*, pero una ya entreveía lo que me iba a costar… y no, la verdad. Una no es de esas. Aunque consiga la exclusiva de mi vida, que lo dudo mucho. Despidiéndome, Peñalver añadió uno o dos retazos más, como para mantener viva la cuestión.

Algo como «la deriva de Rosendo era insostenible» y «Berta ya no lo podía cubrir ni un segundo más».

—No es poco lo que me has dicho — masculla Pepa, garabateando unas nota en su cuaderno de campaña.

—Nada de consistencia, en cualquier caso.

Silencio al fin, y miradas desalentadas a la barra. Sobre esta, las tazas sin retirar, de puro miedo por parte de Juani a interrumpir a las dos mujeres.

—El caso es que Beneyto es el sospechoso de un asesinato lleno de interrogantes, Mónica. Un tipo oscuro del que nadie quiere soltar prenda, por alguna razón. Ni siquiera podemos trazar con seguridad el momento de su desaparición. Con todo, vamos reuniendo algunos retazos de información: vivía aquí y allá, y su reducido núcleo laboral no se extrañó de que no diera señales de vida durante varias semanas. Era lo habitual en él. Fue el centro donde está ingresada su única hija el que dio la voz de alarma, ante la imposibilidad de contactar con él. Según consta, la chica padece una discapacidad severa. Mis muchachos acaban de confirmar que la directora estaba de lo más sorprendida: Beneyto había estado siempre más que atento a las llamadas del personal. No faltó nunca a las visitas y, cuando se lo permitía su agenda, se llevaba a la chica a pasar unos días con él. Por cierto, a la que no conocen para nada es a la madre de la chavalita. Y consta que vive. Lo de la niña discapacitada es el único punto de luz en una existencia acerca de la que lo ignoramos casi todo.

—El caso, Pepa, es que esa oscuridad se alimenta de los muros de un Partido que infiltra prácticamente todas las instituciones de la vida civil, tras varias décadas en el poder. Solo disponemos de los balbuceos de un borracho, que no prueban nada. Si quieres progresar en esto, necesitarás gente de dentro, que sepan. Yo no te valgo para este menester, te lo digo de antemano: llevo un lustro escribiendo contra ellos, firmando de propia mano. Te hace falta una sierpe experimentada, capaz de infiltrarse en la fortaleza y conseguir testimonios, ahí dentro. ¿Alguna sugerencia…?

13. Algarve

La tarde. Un sol cegador, aún. Aquí en el sur, el astro está a gusto, y no quiere irse. De un lado al otro, un océano inmenso, pero tranquilo. La gaviotas van y vienen de los edificios a la orilla, y de ahí al mar, a sus enredos. También están a gusto, como el sol, y duran poco sobre la arena. Lo justo para encontrar pareja y devorar los restos de algún pececillo.

Estamos en temporada baja, y en la playa apenas se divisa un alma. Sin embargo, el tiempo es bueno; permite que uno se pasee en bañador. Inconcebible para la estación. Secretos del microclima local. Al fondo, un tipejo escuálido, en taparrabos. Greñas canas y rizadas, y barba de meses, si no de años. De no advertir las torres de apartamentos, cualquiera diría que se trata de Robinson Crusoe. Pero aproximémonos sin hacer ruido. Vayamos paso a paso, siguiendo las huellas que el hombre acaba de dejar sobre la arena. Así podremos oír, entresacadas de la brisa, las palabras que fue dejando atrás:

—Ya pasó, al fin, el invierno de tantas frustraciones, y este sol del Algarve acaricia mi piel y calienta mis huesos. Aquel nubarroncillo que amenazó con aguarme el día está sobre la línea del horizonte, abriendo su vientre sobre el seno del océano. Lejos de mí, escalafones y medallas, tan brillantes como embusteros. Ya apenas recuerdo el aplauso falaz o el dolor insufrible de la palmadita en la espalda propinada por algún hipócrita. Por fin el sabueso callejero soltó el pistolón y la placa y, en vez de husmear alcantarillas y callejones para reunir pruebas con que enchironar a capos y pájaros menores, camina descalzo por la arena, besadas las plantas por la espuma de las olas de este mar tranquilo del atardecer.

Un rato más, el hombre sobre la orilla. La brisa en la cara, en los ojos, penetrando hasta el corazón. Unos minutos caminando sin prisa, y algunos más detenido, la mirada puesta sobre el horizonte. Los labios canturrean una vieja canción, unos versos de Pessoa que a sus oídos llevó, hace un par de décadas, una voz profunda y delicada:

«Dios quiere, el hombre sueña, la obra nace.
Dios quiso que la tierra fuese una,
que el mar uniese, que ya no separase,

Te ungió y fuiste a descubrir la espuma».

Cuánto cielo, cuánto mar… Demasiado sol, incluso para el invierno. Apetece la sombra; ahí, el bar. Tras la barra, una cara amiga. Nuestro hombre se sitúa en una buena mesa, frente a su océano querido. Porque la inmensidad azul-verdosa no cansa. Puedes contemplarla durante horas, que te devuelve una paz infinita.

—¿*O mesmo de sempre*? — pregunta el de la barra. Podría no haberlo hecho, y plantarle a nuestro Robinson su botellín de Sagres casi helado. El portugués contempla al hombre durante unos segundos, mientras le prepara la bandeja y la copa, y rebusca el botellín más frío de los disponibles. Es curiosa, la pinta de su cliente. Podría ser un superviviente de mil guerras, harto de matar y, probablemente, de vivir. Ojos que vieron tanto, que ya no quieren más vista que la del mar, y a todas horas. Oídos hastiados de idioteces, que llegaron a la conclusión de que solo el romper de las olas aporta alguna verdad, y no poco consuelo. Y una boca que, de tanto callar, terminó por adoptarlo como hábito. La única costumbre que se trajo de un pasado que vive aún, ahí dentro, bajo esa melena enrevesada, sin más higiene que sus baños de invierno, en la orilla, secada luego al viento, que le cura las carnes hasta el extremo de afilar los miembros.

De repente, una llamada dentro del bar. El dueño prefiere dejarla sonar durante unos segundos, mientras sirve a su cliente. Una Sagres helada frente al mar; poco más, pide el hombre. Cumplido el rito, el portugués deja a Robinson aliviándose los labios resecos en la frescura del primer trago. Allá va, el barman, por fin, a ver quién y qué. Vuelve de inmediato, el inalámbrico en mano:

—*O senhor tem uma ligação*…

El sentimiento suscitado en el destinatario de la llamada es una mezcla de sorpresa e ira contenida. El hombre sofoca a duras penas el mal humor mientras agarra el aparato y escupe un:

—Diga.

—¿El señor está a gusto ahí en la playa, tocándose los huevos?

Silencio. Solo la respiración, a ambos lados de la línea. De fondo, las gaviotas, la brisa y las olas, rompiendo mansamente sobre la orilla. La voz femenina, al otro lado, insiste:

—¿Vas a esperar a que me harte y cuelgue sin decirme una palabra, Amador?

—¿Cómo coño me has localizado, Pepa…? Nadie sabe que estoy aquí. Vine en autobús de línea. No tengo ni móvil.

—A ver, no es tan difícil: hace cinco meses que le estampaste dos bofetadas al Brito. Y sí, aún queda gente decente en la Jefatura. Como Marisa Muñoz, que te paró la disciplinaria. Te la cambió por una revisión por Salud Laboral y «baja por depresión». Una temporadita

sin dar un palo al agua.
—¿Y cómo te has enterado de todo eso, guapa?
—Dos merecidísimos guantazos al cabrón del Brito, y quieres que no se entere toda la Jefatura. Aunque hubieras quedado con él a solas, de madrugada.
—Pero sigo sin saber…
—Contactos que tiene una. Una compa, comentando tu hazaña en el bar. Me soltó que estuvo hace poco por allí, donde tú estás. Se topó con un tío en bañador, con unas greñas y unas barbas que ni Jesucristo en la cruz, pero con los sesenta cumplidos. A la colega le pareció que eras tú. Al poco, hablé con un amigo que tiene un apartamento allá, y que está en el grupo de Facebook del lugar. Y acaba de poner, de mi parte, si alguien conoce a un español de tal y tal pinta. Por cierto, te comunico que llevas ahí dos meses escasos y te conoce todo el mundo, Amador. Una le puede preguntar a cualquiera en el mercadillo de fruta y verdura de los sábados. No me extraña nada: la puta calle es lo tuyo, aquí y en Pekín; no te puedes estar quieto. Mi amigo escribió, hace un rato, que el que te echara el ojo encima pusiera algo en el muro, que alguien quería decirte algo importante. Y aquí estoy, con novedades.
—Con tu puta madre — suelta Amador, echando al coleto otro buche de cerveza.
—¿No quieres que te ponga al día?
—Quiero que cuelgues y me dejes con las gaviotas.
—Estoy preñada, Amador.
—Golazo por toda la escuadra, Pepa, ¿fue a traición?
—Solo el partido de ida. Pero me tomo la revancha, todos los días. A este paso, me lo dejo más seco que el esparto, pobre mío.
—Entonces, enhorabuena… Ya me llamas para el bautizo, guapísima. Una hora cortita, que decimos en el sur. Y te cuelgo ya, que se me calienta la Sagres.
—Quédate al habla, gilipollas.
—Con tu puta madre, una vez más, Pepa.
—Lléname de improperios, pero se te acabaron las vacaciones. Y te lo digo así, terminante. Para allá va Laureano, a recogerte. Ahí estará dentro de una hora, más o menos. Recoge lo imprescindible y te vienes con él. No me preguntes ahora y obedece. Estoy atascada en un caso de mil pares. Y no me vas a dejar tirada con mi barriga, mis vómitos y el mierda de nuestro jefe común, poco menos que pisándome el cuello. Cuando llegues, a la ducha y a la peluquería de urgencia, que no me quiero ni imaginar el animal en que te has convertido, ahí a tus anchas. A ver lo que podemos hacer con tu vestuario del tiempo de la nana. Pero, eso sí: nada de darte de alta. A todos nos conviene que el perro mundo se crea que sigues ahí,

escuchando fados.

—Pepa…

—¿Qué?

—¿Laureano viene en su coche?

—Me toca los huevos que me trates siempre como una niña de teta, Amador. Algo aprendí contigo, aunque me duela el tuétano confesarlo. Laureano viaja sin placa, sin arma, sin móvil y en el coche de su mamaíta. De lo contrario, mañana te llama el inspector para el alta y, pasado mañana, el mamón del Brito te encierra en el despachito de la Jefatura a hacer sudokus.

—Esa es mi chica…

—Tu chica, no, idiota: ahora soy tu jefa. Y estoy tela de delicá con la barriga. Así que tú verás cómo me tratas.

—O sea, que lo de quedarme aquí, en el Algarve…

—¿Te lo repito otra vez?

14. Los Girasoles

A un lado, la autovía. Al otro, un campo de girasoles. Y entre ambos, el área de servicio. De eso se trata, al fin y al cabo: de descansar un rato y tomarse algo. Laureano se sienta junto al extrañísimo hippy que acaba de recoger en el Algarve. No acaba de creerse que el greñas este sea un compañero. Pero así se lo aseguró Pepa, y así lo tiene que aceptar. En consecuencia, le tiene que dispensar el trato correspondiente. Ahí lo tiene, a su lado, saboreando una cerveza de barril. Aunque lo de saborear tenga sus matices: el primer trago instaló en la cara del tipo una expresión de asco mayúsculo.

—Valiente mierda…

Luego, el hombre se resigna y sigue bebiendo, mientras ambos atienden a las noticias en la gran pantalla de la cafetería. Más tarde, Laureano deja vagar la mirada sobre el amarillo intenso de los girasoles. Momento idóneo para organizar los recuerdos y elaborar los pensamientos.

Antes de salir de la ciudad, Pepa le dijo que pusiera al día al tal Amador; pelos y señales del caso que les ocupa. A fin de cuentas, el hippy tiene que estar a pleno rendimiento nada más aterrizar. Tras recogerlo, Laureano solo necesitó unos minutos para romper el hielo, y algunos más para meterse en harina.

Amador, a su vez, detectó enseguida que Laureano es tan hombre de Pepa como Pepa lo fue de él mismo, en su momento. Y que los dos, Pepa y Laureano, fueron seleccionados según los mismos criterios. Un perro viejo huele el sudor y lee en los ojos. Bastaron dos palabras de Laureano para denotar lealtad y compromiso. Podía fiarse.

Luego, el caso. Lo que se sabe. O, mejor dicho, lo poco o nada que se sabe acerca del mismo. El laberinto de unos hechos apenas interpretables, puestos ya en un esbozo de orden endeble. Amador se sosiega un poco al conocer la nómina del equipo: el Chaves, Laureano, Curro, pero, sobre todo, Pepa. Amador resuelve que lo que no consiga averiguar esta tropa está oculto en una caja de caudales, en el fondo de una fosa abisal. Por el contrario, el enemigo está arriba, en la propia Jefatura: un superior enamorado de sí mismo y, por tanto, obsesionado con el ascenso. Tendrán, pues, que moverse con sigilo, puenteando al capitoste en la medida de lo posible.

Ahora, frente a la pantalla, los dos agentes no pueden sino acusar la brutalidad de una puesta al día inesperada. Berta Frías comparece ante los medios, y responde a los comunicados que, por fin, van emergiendo del juzgado:

—Consternación. Esa es la palabra, y así la transmito a la ciudadanía con total transparencia. Como Presidenta de esta Comunidad, tengo que comunicar que Rosendo Beneyto, hasta ahora compañero de Partido y corresponsable en tantas tareas de gobierno, se encuentra en busca y captura como principal sospechoso del asesinato de la también compañera Meritxell Llopart. Desde aquí, manifiesto toda mi confianza y apoyo a la Justicia y a los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado, y quiero dejar un mensaje claro: Rosendo, allá donde te encuentres, si me oyes, entrégate cuanto antes, por tu propio bien, el del proyecto en el que ambos hemos creído y trabajado durante décadas, pero sobre todo por el bien y el sosiego de todos los ciudadanos.

Flashes, preguntas apresuradas y expresiones cariacontecidas, apropiadas para la ocasión. Tras la comparecencia, un dossier informativo adornado con las notas procedentes del juzgado. Algunas pinceladas, con la brevedad propia de los noticiarios. Lo ya sabido por los agentes: Rosendo Beneyto, el gran desconocido para el público. Rosendo Beneyto, ese nombre que sonaba de vez en cuando en los mentideros del Parlamento Regional, como emergiendo de la oscuridad. Un tufillo a cieno en la penumbra, según se desprende de las sucintas palabras de la noticia.

Comunicado de juzgado, firmado por una tal Sacramento, jueza de nombre católico, apostólico y romano: que los indicios contra Beneyto son, en el momento actual, materia de investigación. Y que no se puede decir más, a riesgo de frustrar las ramificaciones potenciales de una investigación en marcha, de carácter mucho más amplio. Cabe enmarcar el presunto homicidio en el contexto del caso general. Pero es del todo prematuro ofrecer a la población la menor conjetura. Ahora, todos los esfuerzos están centrados en la localización del sospechoso y su puesta a disposición de la Justicia, para el pronto esclarecimiento de los hechos.

«Unos hechos de los que nadie suelta prenda», piensa Amador, sin apartar los ojos de la pantalla.

De repente, el hippy viejo abandona su asiento y se dirige a la mujer que le acaba de tirar la cerveza. Laureano piensa que le va a soltar una fresca por la escasa calidad de la bebida. Pero no, se advierten sonrisas por ambas partes. Y la señora, entrada en años, termina por facilitarle su propio móvil. Ahí está Amador en un aparte, haciendo una llamada con el aparato prestado. Sea quien sea su interlocutor, la interacción es distendida; Amador sonríe aun más, si cabe. Pero la

conversación acaba enseguida, y el hombre efectúa otra llamada, tan breve como la anterior. Al fin, desconecta, devuelve el móvil a su dueña, y regresa con su compañero de viaje:

—¿Nos vamos?

—¿A quién has llamado?

—A la jefa. Cambio de lugar de la cita. Y además, tenía que organizarlo todo.

—¿Cómo has conseguido que esa te deje su móvil?

—Vieja amiga. Uno las tiene en todas partes. No tiene culpa de la mierda de cerveza que sirve. Se gana la vida. Y tiene ojos y oídos despiertos. Vale oro, eso.

15. Cita en la Kasbah

Se cree uno que domina la ciudad que lo vio nacer, cuyas calles y alamedas fueron testigos de honor de sus primeras carreras y tropiezos. Y se miente uno a gusto, como tantas veces. O eso piensa Laureano, mientras conduce hacia el lugar de la cita. Termina por darse cuenta de que la vida de uno, la real, son cuatro calles y el centro de la ciudad. Del resto, se suele conocer muy poco, apenas nada.

Sin embargo, el trayecto de hoy permite a Laureano descubrir, en su ciudad natal, calles de chilaba, *hiyab*, babucha y carnicería *halal*. Lugares que visitó alguna que otra vez, pero sin visitarlos de verdad. Que vino a ejercer de poli, no de Laureano sin placa, movido por la curiosidad. Ahora también viene de poli, pero se admite la vaga impresión de que algo ha cambiado en él. A lo mejor, se le ha pegado algún ademán de este Amador. Tal vez se trata de que este le acaba de hacer adioses a una mora que paseaba con su nieto.

«¿De qué coño la conocerá, este tío…?».

Dos calles más allá, doblan la esquina a la izquierda. Podríamos estar en Tetuán, si los letreros no estuvieran en español. Hombres mayores en los cafés, en busca del tiempo perdido. Los muchachos, de fanfarroneo, en busca de ojos traviesos. O tal vez enredados en algún trapicheo, creyéndose al abrigo de miradas inoportunas. Las mujeres suelen ir juntas, sobre todo las jóvenes. Y en el corazón de esta realidad inesperada, el bar.

—Ahí es — suelta Amador.

Al dejar el coche, Amador se deja la ventanilla abierta. Lo advierte Laureano, en la entrada del bar, y amaga con volverse a corregir el descuido. Le corta el paso la sonrisa de Amador:

—Como si te lo dejas en marcha y con las puertas abiertas. Aquí no te lo va a tocar nadie.

Por toda respuesta, la expresión de asombro de Laureano.

—A casi todos los efectos, esto es Marruecos — sigue sonriendo Amador —. Y esta gente lo tiene clarísimo: con la pasma, ni una tontería.

—¿Y cómo saben…?

—¿… que eres un madero? Porque te parieron con cara de madero, Laureano. No hay ná más avispao que un moro al norte del Estrecho.

Pá lo bueno y pá lo regular, tú ya me entiendes. Además, aquí me conocen muchos: pá lo bueno y pá lo regular, que ya te iré contando.

El bar, por fin. Échale treinta y seis años desde que se remozó por última vez. A un lado, una barra de chapa, como las de antes. Arriba, una legión de muñequitas de flamenca, orladas por una larga cinta con la rojigualda. Y más allá, sobre la puerta del cuarto de baño, una enseña nacional preconstitucional, bien visible. Sobre la barra, una señora metida en kilos y en años, limpiando sobre limpio. A estas horas, no se ven clientes, y una se puede entretener con el mantenimiento.

—Arriba España — suelta Amador, marcial.

—Cachondéate de tu puta madre, Amador, que te he visto venir — rezonga la señora.

—¿No me vas a dar un beso, Trini?

—Cuando te peles, a lo mejor; ahora pareces un hippy piojoso. Y, en mi bar, lo de «Arriba España» es algo muy serio, pá que te enteres. Aquí ya solo se oye lo del «Salam Aleikum» de esta gente. Pero mira, no me quejo. Me trae recuerdos de cuando era una cría, en el Protectorado. Y al fin y al cabo, los moros son de orden. Los que me ponen de mala hostia son los otros, los del «Salud y República». Pero si viene uno de estos con ganas de mear, por cojones tiene que pasar bajo la enseña del Caudillo, ahí encima. Y la Pepa está al fondo a la izquierda, que no se la ve desde aquí. Te espera desde hace diez minutos o así. Por cierto, ¿quién te la ha preñao…?

—¿Te lo ha dicho ella misma, o la viste potar en el váter? — suelta el madero, partido de la misma risa.

—A ver, mira esta cara de viuda de Guardia Civil, y dime: ¿tú crees que a una vieja se le escapan estas cosas? Se me quedan las ganas de conocer al gaché que le echó valor para arrimarse a esa potra salvaje. Seguro que el que sea aún tiene los moratones de las coces. Pero vete ya, cabrón, no sea que se ponga a vomitar otra vez. Y de quien tú ya sabes, sin problemas. Ya te hago saber cómo y cuándo.

Laureano y Amador dejan a Trini y sus malos humores en la barra, y se encaminan al fondo del local, en busca de Pepa.

—¿«Quién tú ya sabes»…? — murmura Laureano.

—Ahora te cuento. Tiene que ver con lo que nos trae por aquí… ¡Pepa…! ¡Me cago en tu puta madre, cabrona!

Laureano se queda un paso atrás, sorprendido. Estos no son modos aceptables para el Cuerpo Nacional de Policía. Todos los manuales de conducta prohíben taxativamente estos tratamientos en caso de conflicto. Sin embargo…

Sin embargo, no es una pelea rabiosa lo que contempla el madero. El greñas y la jefa se acaban de abrazar, mientras esta susurra: «hijo de la grandísima puta, lo que te he echado de menos…». Un beso, otro y

otro más. Luego, un «déjame que te vea» por parte de Amador, mientras se la separa un momento, las manazas sobre los hombros de ella. «¡Qué bien te sienta la preñez, hostia!», suelta el madero con voz queda, sus ojos viejos bebiéndose el rojo de las mejillas de Pepa, surcadas por alguna lágrima traviesa.

Después, se sientan todos. Nadie en las mesas próximas. Trini se acerca y se va enseguida, tras anotar las peticiones. Silencio. El tráfico de la calle, poco más.

—Me ahogo en esta hostia — se arranca Pepa —. Te lo digo delante de Laureano; no me importa.

La calle, callada. Ya, ni los motocarros. Parece que se detuvieron para que la mujer pudiera respirar a sus anchas. Entendieron que anda delicada.

—Vengo de una reu con el Brito — prosigue Pepa en un hilo de voz —. Dice el muy mierda que esto no marcha por mi culpa. Que soy una incompetente, insiste el hijo de la gran puta. Que haga lo que pueda mientras me busca sustituto.

—Todo, menos meterse él en faena, claro — rezonga Amador —. Aunque mira, vendría bien que te apartaran. Yo me vuelvo a la playa, y os venís tu chico y tú, de baja por cualquier hostia del embarazo. Seguro que la brisa te alivia los vómitos.

—No es eso lo que me has enseñado.

—Estaba de coña marinera — responde Amador, acariciando la mano de la subinspectora —. «Si tú me dices ven, lo dejo todo», ¿no?

—Al lío, que Laureano ya te ha puesto al día.

—A ver, ¿conviene que siga de incógnito?

—Por supuesto. Por eso acordamos vernos aquí, en la Kasbah. Trini accedió a vaciarnos el local durante un rato. A ella también le conviene, y no me preguntes por qué.

—Que sepas que toda la morería ya sabe que estoy aquí, Pepa.

—Que sepas tú también que el Brito es lo bastante gilipollas como para no tener ojos ni oídos en la morería. Para eso le haría falta un Amador, y lo tiene de «baja por depresión» en el Algarve. Y lo que ignore el Brito, no llega a los oídos de Berta Frías, que es a la que temo en este caso.

—Pura sabiduría madera — sonríe Amador, burlón. Y enseguida, dirigiéndose a Laureano:

—Toma nota, chaval. La jefa acaba de darte una clase gratis. Y estas, no te las dan en la Academia. Ni en los despachos más baqueteados.

Sonríe Laureano, a gusto con el tono de la mesa. Llega Trini con las cosas y se va como acaba de llegar: sin decir palabra. Ha detectado que, con su presencia, acaba de imponer un mutismo espeso en la mesa.

—A ver: sin placa, sin arma y sin móvil, ¿pá qué te sirvo, Pepa?

—Para todo. Y mejor que con toda esa mierda. Me bastan y me sobran tus sesos, tus ojos y tus oídos. Sostenidos por tus patas canijas.

—¿Un greñas haciendo pesquisas? — Amador sigue escéptico —. ¿En nombre de qué o de quién?

—Irás con Laureano. O con uno de los nuestros. Después de pelarte, bañarte y ponerte algo decente, claro está. Los chicos llevarán la placa adónde haga falta. Además, a ellos también les viene bien un baño, pero de calle parduzca, ¿no te parece, Laureano?

Al igual que Trini, Laureano ha decidido cerrar el pico para no perderse puntada de esta clase magistral. Y ante la perspectiva de cursar un máster, asiente con calma, clavando los ojos en los de su jefa. Esta sonríe. Estaba segura de él. No podía fallar.

—Venga, que estoy medio convencido — Amador muestra el esbozo de una sonrisa —. Ahora, la estrategia.

—No tengo.

—Esto… Lo del crimen, quiero decir… Me creo poco, Pepa.

—Yo tampoco.

—De lo que me ha contado Laureano, me da la impresión de que todo lo relacionado con Beneyto es una fortaleza cerrada, los muros de hormigón…

—…un hormigón armado de militancias y lealtades. Y estas, entrelazadas por las conveniencias y las supervivencias.

—Tu Mónica lleva razón, Pepa: necesitamos un topo. Y de urgencia.

—En eso andaba cuando te llamé. Con la pregunta de Mónica zumbándome en los oídos: que si tienes alguna sugerencia.

En esto, la calle, que recobra la vida. O tal vez no la perdió, que un silencio de plomo la contenía ahí fuera. Los ojillos de Amador se hacen burlones, y a Pepa le vuelve el color. Y con él, la sonrisa.

—Lo sabía, Amador.

—¿Qué…?

—Que me traes algo. O alguien.

—Cosas de perro viejo encerrado en un coche. Este me cuenta la historia, y uno le da vueltas a las cosas. Luego, el área de servicio, una birra asquerosa y una vieja amiga que me deja su móvil. Sí, hay una posibilidad. Una sola. Una grieta en la fortaleza del Partido. Cuando te diga quién es, no te va a sorprender; ya lo conoces. Pero ahora conviene no adelantar nombres. Todo a su tiempo.

Mirada de soslayo a Laureano, y sonrisa compartida con este. Segunda lección para el joven madero: *tempus fugit*. No hay tiempos muertos en estas batallas; se aprovecha cada instante para adquirir ventaja.

—¿Qué le cuento al Brito? — ojos desesperados, los de la subinspectora —. Es un cabrón, pero no es gilipollas.

—Cosa tuya, guapa. Para lidiar con el perrillo de Satán, lecciones no

tengo. Pares y nones, y un capotazo tras otro. Ve dándole pistas falsas, a modo de pequeños hallazgos, y que la víbora se apunte el tanto en público. Habla con la portavoz ante los medios, la «Operación Jaula» en activo: decenas de agentes en la calle, mañana, tarde y noche. A la caza de Beneyto, esté donde esté. Y que salga el Brito en los medios, día sí, y día también. Con eso, ya lo tienes medio contento. Al menos, por un ratito. Luego, ya veremos.

—¿Algo más de dónde tirar?

—Vamos a la madre tierra, Pepa. Donde siempre hemos ido cuando el humo engañoso nos hacer perder el contacto con el suelo. En este caso, volvamos a los hechos, al inicio de todo. Ahí, a ese hospital. Hay algo que se nos está escapando. Seguro. Y, después, la niña. La hija de Rosendo. Lo único noble en la vida de un miserable, según se va viendo. Vayamos a echar un ojo al asunto. A fin de cuentas, fue la directora del centro la que dio la voz de alarma. Rosendo puede ser un truhan, pero jamás se olvidó de su hija. Y volverá a por ella, sin lugar a dudas, si es que sigue con vida.

—Si es que sigue con vida — repite Laureano, maquinalmente.

16. Un Chalet en la Ciudad

Un paso, dos. No se oye otra cosa. Ni siquiera el murmullo del aire entre los naranjos. Podría pensarse que el barrio está abandonado. Pero no, mira aquí y allá: los arriates se ven cuidados. Apenas pasan coches y, cuando lo hacen, deben respetar límites estrictos de velocidad, impuestos por badenes con carácter. Es preciso insistir: no se nota ni el aleteo de los gorriones. A lo mejor, han detectado los pasos decididos de Pepa, e intuido que algo muy serio la trae por aquí.

Antes de proseguir, hay que subrayar que el camino hasta aquí ha sido arduo, lleno de trampas y zancadillas. Como prioridad, Amador prefería olfatear cada baldosa del hospital, del sótano al techo. Además, cada minuto aumentaba el riesgo de que se alterasen o destruyesen pruebas clave. Con todo, el viejo agente aceptó a regañadientes retrasar la inspección. No faltaban razones: gracias a ciertos contactos, Pepa disponía de la posibilidad de reunir, al sábado siguiente, a buena parte del personal presente la madrugada de los hechos. De este modo, se perdía plata, pero se ganaba oro. Mientras tanto, se decidió aprovechar el tiempo explorando la segunda pista: la hija de Beneyto.

Parecía que conseguir las señas del centro para discapacitados sería algo simple, inmediato. Pero, puestos a ello, fue poco menos que estrellarse contra un muro, una y otra vez: nadie sabía nada. La ficha no constaba, o se había perdido. Un perpetuo «no sé… pregunte usted más allá…», con el que pretendían marear a los agentes de un lado para el otro. La sempiterna respuesta cuando se oía la palabra maldita: «Beneyto». Por mucha placa que se esgrimiera, y muchos permisos judiciales que se adjuntaran. Nunca, un «no» tajante. Pero sí un «aquí no es», dicho con voz queda y la mirada esquiva.

A este respecto, solo se disponía de un cabo del que tirar: la voz de alarma de la directora al faltar el sospechoso principal a las visitas a su hija. Pero, ¿qué centro en concreto? ¿Cómo se llamaba la directora? El dato no constaba en ninguna parte. La llamada había sido recibida por alguien que se lo comunicó a otro alguien. Un mensaje en una cadena cuyo perfil se difuminaba conforme pasaban los días.

Fue Paco Chaves — ¿quién si no? — el que facilitó la salida del laberinto. Procedió enmascarando su identidad, de modo que los sistemas oficiales no advirtieran la procedencia de las indagaciones.

De este modo, se saltó los filtros y entró en los registros oportunos. Tuvo que luchar contra teclas y pantallas durante horas, pues no hay nada más blindado por la Ley Orgánica de Protección de Datos que la identidad de un menor. Y más aun, si se trata de un menor discapacitado. A todo ello, suponemos la acción de una mano oscura, empeñada en que las pesquisas encallen en un arenal. O eso cabe colegir, a tenor de las zancadillas que se encuentra el equipo a cada paso.

Tras muchas horas de tenacidad frente a la pantalla, Paco lo logró cruzando datos. De lo que constaba en la *info* — gracias a los permisos concedidos por la jueza —, se comprobó que Beneyto apenas manejaba dinero propio. Que tenía las cuentas a cero, o poco menos, y casi sin movimientos. Nada que le permitiera pagar el ingreso de una hija en un centro de discapacitados. Como primera opción, Paco manejó la hipótesis de que el centro estuviera financiado con dinero público. Era lo más probable, habida cuenta de la vinculación de Beneyto con el poder regional. En consecuencia, se buscó cualquier subvención a nombre de alguien que llevase «Beneyto» de primer o segundo apellido. Pero no había tal, en toda la región. Visto lo cual, Paco se planteó otras tres posibilidades. La primera era que la ayuda – y el centro – radicasen en otra región. La segunda es que hubiese obtenido una financiación no pública, y que Beneyto tuviese a la hija en un centro de titularidad privada. La tercera posibilidad, no excluyente con las anteriores, es que hubiese enmascarado la identidad de la hija. Escenario, este último, que dificultaba sobremanera las pesquisas.

Claro que un asunto es enmascarar la titularidad de una subvención para ingresar en un centro, y otro muy diferente falsificar la identidad de una tarjeta sanitaria. Punto este, algo más difícil: la tarjeta sanitaria va ligada a las prestaciones farmacéuticas, al documento nacional de identidad y a otras cuestiones de la persona física regidas por el Ministerio del Interior, donde es más dudoso que Rosendo Beneyto tuviera influencia. Aunque nunca se sabe hasta dónde llega la mano de este tipo de jerarcas, y cuáles son sus contactos.

Et voilá!, como dicen los franceses. Ahí constaba el registro sanitario de Lucinda Beneyto Márquez, aunque no el domicilio. Y figuraba toda la medicación a su nombre, puesta al día y extraída con regularidad, siempre de la misma oficina de farmacia. Acto seguido, Paco analizó la lista de centros de discapacitados y detectó el más próximo a dicha oficina de farmacia. No fue difícil: farmacia y centro estaban a sesenta metros, el uno del otro.

Se trataba de un centro oficial que solo admite discapacitados en régimen de financiación pública, tras un complejo proceso de solicitud y evaluación. Con los permisos judiciales y el programa de ayudas en

la mano, se pudo examinar el listado de ingresados, y cotejarlo con las respectivas tarjetas sanitarias. Concordancia perfecta en todos los casos, menos en uno: una muchacha de veintiún años, de nombre María Sánchez Martín. Para esta, las casillas correspondientes a la tarjeta sanitaria y el documento nacional de identidad estaban misteriosamente en blanco. Por lo demás, parecía un nombre anodino, tal vez elegido con la intención de que pasara inadvertido.

Nos encontramos, pues, con que la medicación de la hija de Beneyto se retira de una farmacia próxima a un centro donde está ingresada una chica de la misma edad, cuya identidad no puede verificarse. ¿Simple casualidad? Pepa y Amador siguieron los dictados de la lógica perruna policial: las coincidencias no existen.

Les cabía llamar al centro y concertar una cita formal, a fin de aclarar la cuestión. Claro que ello sería incurrir en una ingenuidad imperdonable. Porque hacerlo así alertaría a ciertas instancias, que estarían tentadas de obstaculizar el encuentro. O, caso de que este tuviera lugar, la dirección del centro podría recibir órdenes concretas. Simples sugerencias — si se quiere usar otro término — acerca de la conveniencia de no hacer memoria y, por tanto, de dejar que los agentes se perdieran en un mar de vaguedades. O incluso puede que los investigadores no hallaran allí a Lucinda — «María Sánchez Martín» —, oportunamente trasladada con destino ignorado. No, la *gramática parda madera* aconsejaba plantarse en el lugar de improviso, placa por delante, orden judicial bajo el brazo. Que la responsable de turno no tuviese la menor oportunidad de contactar, solicitando instrucciones.

Y este laberinto nos explica la presencia de Pepa en este mar de chalets, en busca de una verja determinada. Al fin, el lugar. La subinspectora da una primera pasada por delante, con la intención de llevar a cabo una inspección preliminar. Sobre la acera, un jardinero recorta el seto que rodea el jardín. Se trata de un tipo de unos sesenta, mono azul y deportivas, pero aspecto inofensivo, en cualquier caso. Canturrea en voz casi inaudible. Por la calle de atrás, anda Curro, ojo avizor. Al poco, este intercambia papeles con Pepa. La intención de ambos es parecer simples transeúntes. Aunque, con toda probabilidad, sus presencias ya mosquean en un barrio donde habitualmente no pasa casi nadie.

La suspicacia del que sea, dura poco. El objetivo de los extraños viandantes era simple: aguardar a que la cancela del chalet convertido en centro de discapacitados se abriese por cualquier motivo. En este caso, es una chavala de uniforme que saca la basura. Sin aspavientos, Curro le presenta la placa y le susurra:

—Quieta conmigo, aquí en la entrada… Y el móvil me lo me dejas un ratito, que ahora te lo devuelvo, palabrita del niño Jesús.

Del jardinero, ni rastro. Debe haber doblado la esquina con las tijeras de podar y el saco de los rastrojos. Pepa penetra en el jardín; nadie a la vista. Luego, se adentra en el interior del chalet por la puerta de la cocina. Encuentra ahí a dos mujeres faenando. Les exige silencio, placa en mano e índice sobre los labios.

—¿La directora…? — susurra.

Los índices de las auxiliares, temblorosos, señalan un despacho junto al recibidor. Y ahí que se planta Pepa, sin proporcionar los golpecitos de advertencia sobre la puerta. La educación está de más en este caso.

—Perdone la señora directora mi falta de cortesía — placa en alto, expresión de lo más tiesa —. Tenemos que charlar un ratito.

17. La Basílica

La Basílica no es antigua. Siete décadas a lo sumo. Apenas un chispazo para esta ciudad tres veces milenaria. Imposible, pues, trazar el momento en que el primer lugareño decidió anteponer la adoración de la Madre de Dios a la del mismo Dios, o a la extraña pretensión del advenimiento de Dios hecho hombre para inmolarse por nuestras debilidades.

A Amador se le ocurre relacionar este hecho con una peculiaridad local, imposible de probar: que la veneración de una imagen femenina es expresión del culto ancestral por la tierra roja o negra, la semilla, la lluvia, la cosecha, el parto, el recién nacido, y la teta que le permite crecer y sonreír, apenas parido.

Antes de entrar en el templo, el agente se detiene en la galería. Ha seguido sus normas de siempre: llegar a la cita antes de tiempo. Ello le permite examinar el lugar, e impregnarse de sus emanaciones. A la derecha, el gran arco donde comienza lo que queda de la gran muralla almohade de la ciudad. Y justo enfrente, el Parlamento regional. Como si el poder temporal le pidiera permiso a la Historia, y esta al sustrato definitivo, la Madre Tierra, representada por su imagen, María Santísima, la Madre de Dios, venerada en la Basílica, ahora a su espalda.

Después, un momento para el móvil. Ya está bien de filosofías y antropologías. Pepa le transmite que está iniciando la conversación con la mandamás del centro de discapacitados, y que la tiene atrapada sin defensa ni posibilidad de contactar con la superioridad.

«Bien, Pepa».

Luego, Amador se adentra en la inmensidad del templo. Suelo y muros de mármoles blancos y rojos, respectivamente. A los lados, se abren varias capillas. Sobre su cabeza, la bóveda polícroma y, al fondo, entre dorados, la Madre de Dios, llorando por nuestros pecados. O eso suponemos.

«Si la pusieran de espaldas al Parlamento, a lo mejor se le vería la sonrisa».

El madero no se entretiene en oraciones u ofrendas. Ello no obstante, ante la imagen de la Diosa Madre, su cerebro vuela hacia Pepa y su vientre. Se santigua, más por formar comunidad con las pocas personas presentes que como acto de una fe irremediablemente

perdida. Tal vez se trata de un acto fallido; la inútil pretensión de rescatar la niñez. Aunque sea un simple átomo de ella. Quizás, la pretérita convicción de que estos gestos reforzaban la creencia de que una voluntad superior, omnisciente y omnipresente, tendría a bien guiarlo y cuidarlo en cada momento.

«Luego, décadas de puta calle para aprender que la única voluntad válida es la supervivencia y el disimulo».

Al trabajo, pues. Primera capilla, lado izquierdo. Nadie. Bueno, dos tumbas a los pies, pero ningún merodeador en las proximidades. Tres o cuatro personas en la Basílica, pero todos ahí delante, rezando con fervor. Es el momento. Se introduce en el confesionario y se sienta a esperar. Su contacto le aseguró que hoy no habría confesiones. Como si echa ahí dentro toda la mañana. Nuevo whatsapp de Pepa. Que viento en popa; luego le cuenta. Transcurren unos minutos. Se oyen unos pasos. Y de repente, por el lado derecho:

—Ave María Purísima.

La voz es masculina, entrecortada, no muy grave. Denota inseguridad.

—Por fin, Luis. Creí que Amina no te había dado el recado.

—Se responde «sin pecado concebida», Amador. Estamos en sagrado. Aunque esto no sea una confesión, tiene que parecerlo.

—*Sin pecado concebida*, Luis… — el madero sofoca una risa —. ¿*Cuánto hace de tu última confesión*?

—Se está cachondeando usted de la Santa Madre Iglesia, de la Virgen Santísima y de mí mismo, Amador. Si no fuera porque…

—…porque, en esta vida, solo te quedamos la Virgen y yo, ¿verdad, Luis? Y de los dos, solo te lo he demostrado yo. Si te cupiese la menor duda al respecto, no estarías ahora confesándote conmigo. O pareciendo que te confiesas.

—Por eso le pido a la Madre de Dios que ilumine sus ojos y oriente sus pasos.

—No estaba seguro de si Amina seguía trabajando en tu casa. Tuve que contactar con Trini. Pero, ya lo ves: Amina se fía de mí.

—El corazón de Amina también es bondadoso, Amador. Si no…

—Luis…

—Dígame, agente.

—¿Recuerdas nuestra conversación en las ruinas de la *Igreja do Carmo*, en Lisboa?

—No la olvidaré nunca, Amador.

—¿Qué me dijiste entonces?

—Que se le transmutó el semblante al pisar el umbral. Que, sin saberlo, se había puesto usted en contacto con los miles que murieron en el gran terremoto y que aún no han encontrado la paz.

Las palabras mueren; no aciertan a encontrar su camino de un alma a la otra. De fondo, algunos pasos. Dos respiraciones entrecortadas, a un

lado y al otro de la celosía del confesionario.

—¿Cómo puedes dedicar tu vida a esto, Luis?

El silencio insiste, pertinaz. Del lado del joven, la respiración se inquieta.

—Hoy nos reunimos en otro templo, Luis. Uno mucho más querido para ti. Acabo de traspasar otro umbral. Pero ahora creo que identifico mejor mis… ¿Cómo las llamo? ¿Vibraciones? ¿Sensaciones? Seguro que tú les das una calificación más adecuada. Los he notado ahí, en la puerta de la Basílica: las ánimas de los fusilados, hace ochenta años. Quisieron quedarse en el barrio, década tras década. Se refugiaron en los desconchones de las paredes y en el polverío de los desvanes. No renunciaron a ver crecer a sus hijos, y luego a sus nietos. Muchos de estos viven en las calles aledañas. Y algunos, incluso le rezan a la Virgen Santísima en este templo. Pero sus ancestros, las ánimas revueltas por su triste destino, no se atreven a cruzar el umbral, ¿te imaginas por qué…?

Luis no osa contestar. Pero tampoco se marcha. Ahí sigue, de rodillas frente a las tablas del confesionario, a sabiendas de que no se halla ante un ministro de Dios y de que podría, por tanto, levantarse de un respingo y poner fin a la farsa. Pero algo lo retiene ahí, humillado ante la verdad.

— Nosotros, esta celosía que nos separa: todo queda a pocos centímetros de su tumba — continúa, lúgubre, la voz de Amador —. La del general, quiero decir. No, Luis; es imposible fingir que todo halló su justa medida. Los muertos no la encontraron, ya te digo. Porque, de todos ellos, optaste por el carnicero: sable, botas y fajín, sepultado con honores en la casa de la Madre de Dios. Los otros están ahí fuera, las miradas extraviadas, incrédulas. Sus despojos en una fosa común, detrás del Parlamento. Plantéate si tu Virgen Santísima llora por ellos o lo hace por ti, Luis, que cuidas con esmero la tumba del asesino.

Al otro lado, un sollozo sofocado. Las manos del joven, sobre la madera repintada, atentas a cada palabra.

—Dios es amor, Amador — responde Luis, al fin, el habla entrecortada —. Dios es misericordia. Dios es perdón.

—Dios es todo ello, sin lugar a dudas. Pero no lo administra uno a conveniencia, aquí en la tierra… ¿Sabes a cuántos de tu propio partido despachó el general, sin juicio ni procedimiento, por el simple hecho de tener el carné?

—Pero… Pero Berta… Berta Frías nos dijo que basta ya de escarbar en el pasado. Ella… Ella cree en Dios Nuestro Señor y Nuestra Madre la Virgen Santísima y, como todos nosotros, cree en el perdón de los pecados.

—Luis…

—Dígame, agente.
—¿Te fías de mí?
—De usted, detrás de Nuestro Señor Jesucristo y de la Madre de Dios.
—Entonces, créeme: Berta quiere enterrar el pasado porque el suyo la compromete. Y cree en el perdón de los pecados porque, de no creer, el peso de los suyos la sepultaría en el infierno en vida, sin esperar el Juicio… ¿Ves las noticias, Luis?
—Sí — el monosílabo es casi una confesión.
—¿Me ayudarás?
Silencio, por toda respuesta.
—¿Me ayudarás, Luis?
Silencio, unos segundos más.
—¿Me deja usted rezarle a la Virgen Santísima?
—Por supuesto, Luis. Que te inspiren las lágrimas de la Dolorosa. Pero solo Ella, y nadie más.

18. «Hey, Solo Pienso en Ti…»

El jardín del chalet: césped bien cortado, terciopelo sobre tierra húmeda. Sobre la hierba, algunos columpios, aquí y allá, ahora desiertos. Y al fondo, bajo el seto, un banco pintado de verde, para no desentonar. El estilo es antiguo, en sintonía con el chalet y con el barrio.

Sobre el banco, dos mujeres mirando a los columpios, al césped, a los muros del chalet. O tal vez al cielo, si se tercia. Una de ellas, preñada; ya nos viene siendo familiar. La otra, no sabemos; aún no nos ha sido presentada. Pero, aproximémonos con sigilo, a ver lo que captamos de una conversación tan privada, que podría calificarse de secreta.

—Diez años, Pepa — la mujer susurra cada palabra, como si el seto mismo pudiera ser traicionero. Luego, dirige la mirada a lo alto del chalet, donde es más que probable que la persona de la que hablan esté almorzando en buena compañía.

—Sí, lleva aquí diez años — se reafirma enseguida. Después, la brisa sobre los naranjos. Nada, apenas. Pero una nada sosegadora. Falta le venía haciendo a la buena señora.

Pepa recapitula esta nada, construida desde hace casi nada. Lo primero fue el sobresalto del despacho, seguido de unos minutos para intentar calmar a la mujer que allí se encontraba. Tuvo que insistir en que nada hay contra ella o contra su personal. Y que, por tanto, no había motivo o razón para el respingo que dio la tal Lucrecia — así se llama la mujer — al ver aparecer a la agente de Policía, como surgida de la nada, sin permitirle siquiera telefonear para solicitar instrucciones.

Tras el susto inicial, Pepa tomó posesión del lugar y asentó sus reales, sonrisa abierta. Que se trataba tan solo de unas comprobaciones de rutina. Insistía Pepa, afable, en que los noticiarios reiteraban lo sucedido acerca del padre de la chica allí ingresada; era cuestión de conocimiento público. Por tanto, doña Lucrecia no debería sorprenderse de que la Policía indagara a tal respecto. Y que, por cierto, por parte de Pepa se le ofrecía el nombre de pila y el tuteo. Además, era probable que la señora directora estuviese más a gusto en el jardín que en el despacho. Porque las paredes oyen. Y aprisionan la garganta. En contraste, el azul celeste facilita la liberación del alma. Y, por tanto, la del verbo.

Luego, una conversación amable y distendida acerca del centro. Cuántos empleados hay, de qué Consejería depende, cuánto tiempo lleva la señora en el puesto, y qué otros cargos ha desempeñado antes. Sí, doña Lucrecia se encontró más aliviada al ver que el tema se alejaba de la palabra «Beneyto».

En la esperanza de distanciarse del apellido hecho tabú, la señora directora dio datos y más datos acerca de su propia vida. Como si esta no tuviera la menor importancia o como si le sirviera de cortina de humo para evitar abordar asuntos inquietantes, cuando no potencialmente amenazadores.

Lucrecia Borges nació hace cincuenta y tres años en un pueblo cercano, y abandonó pronto los estudios universitarios. En aquella época — y más aun en la que habría de venir —, la mujer descubrió a tiempo que más valían militancias y lealtades que flexos y empolladas. Mujer gris, pero perseverante y fiel, su trayectoria se vio recompensada con concejalías, secretarías y carguillos de poca monta, aquí y allá, pero siempre algo de lo que ir tirando. Anduvo un tiempo a la zaga de un marido, militante también él, pero que hizo mejor fortuna y que, por tanto, la sustituyó a la primera de cambio por una compañera de Partido más jovencita. Lucrecia se quedó un tiempo en la red político-social del pueblo, favor por favor: tú te enteras de esto, yo de aquello; tú llamas a mi niña, yo a tu hermana. Pero todos a una siempre, que la derrota en las urnas sería demoledora para el *modus vivendi* colectivo. Y es así como alguien termina pensando en ella, primero para completar la plantilla de un centro para discapacitados, y algo más tarde para dirigirlo. Huelga decir que las convocatorias no gozaron de la publicidad debida; el personal ya estaba reclutado mucho antes de que el centro abriese sus puertas. Y del mismo modo, el proceso de admisión de internos — complejo en apariencia — se convirtió en un simple trámite para las personas que tuviesen los contactos adecuados.

Mientras Lucrecia desgranaba sus grisuras, un gorrioncillo parecía oírlas a sus pies. Con toda la calma. Sería porque la mujer susurraba como si realizase una dolorosa confesión. Luego, el airecillo sobre los naranjos. Y las tijeras de podar del jardinero, que sonaban cercanas.

—No lo entiendo, Lucre.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Nadie diseca la mano que le da de comer.

—Tengo miedo, Pepa.

El gorrioncillo se fue con viento fresco. Quizás fuera algo del tono de Lucrecia, que acabó por disgustarlo. Incluso el aire optó por detenerse, a ver.

—Esto se hunde, Pepa. Se nos pudre entre las manos. Esto no tiene ná que ver con las ilusiones de mi padre. Ni con las de mi tío abuelo, que

todavía está en la cuneta de la carretera antigua del pueblo a la capital. Esta mierda nos ha dao de comer a muchos; ya lo ves. Pero no deja de ser una mierda, a fin de cuentas.

La mujer pasaba de una cosa a la otra, del césped al seto. Tenía el miedo grabado en los ojos, en los labios, en los dedos. Un temor inspirado, como tantas cosas, en el código no escrito de esta administración: el empleo de ciertas inflexiones de voz o silencios, más que palabras concretas. Un recelo remachado por la advertencia: «avísanos, si llegase alguien preguntando por Lucinda», remarcando especialmente las palabras. Y cuando ese alguien llegó, hace unos minutos, a Lucrecia no le ha dado tiempo de nada. Ni de ir al retrete, como su cuerpo le pedía.

De ahí a Lucinda Beneyto, por fin. Que lleva diez años en el centro, aunque Lucrecia solo lleva cuatro de directora. Lucinda: síndrome de Down, aunque de escaso cociente intelectual para las peculiaridades de su patología. Porque hay otros que, con lo mismo, tienen mejores desarrollos. En el caso de Lucinda concurrió, además, un sufrimiento fetal que agravó su minusvalía.

—Un ser maravilloso… Como una niña de cuatro años, ¿sabes Pepa?

Otra vez el silencio, las miradas al chalet, imaginando la comida, ahí arriba.

—Del sufrimiento fetal le quedó una epilepsia compleja — prosigue Lucrecia —. No fue nada fácil; precisó muchos ajustes de medicación. Alcanzó un equilibrio precario hace tres años. Y de repente, la situación se hizo insostenible, una vez más. El neurólogo no atinaba a dar con la clave de la cuestión. Al final, solo fue posible gracias a la tenacidad del padre, fijo ahí, día tras día. Después de meses de crisis, alcanzó la estabilidad al cambiar la marca de uno de los medicamentos. Dejamos de llamar a urgencias y, hace un año, el neurólogo le dio una cita a largo plazo.

—¿Y la madre? — la interrumpe Pepa.

—No la conozco. Ni nadie, por aquí. Solo consta un nombre y un número de móvil. Cuando desapareció Beneyto, intenté llamarla, sin éxito. La tipa ha debido cambiar de número, sin dignarse a dejarnos el nuevo.

Una vez más, el viento se adueña del espacio abandonado por las bocas cerradas. Nada. Ni un suspiro.

—Pepa…

—Dime, Lucrecia.

—No, nada… Me acordaba de Beneyto, la última vez que vino a por Lucinda. Y ahora, criminal; míralo… No sé… Cuesta trabajo, la verdad.

***

Fin de capítulo, tras un té compartido con Lucre y su personal. Gente del Partido, sin lugar a dudas, contratadas todas de modo irregular. Pero gente, a fin de cuentas. Y gente maja. Se te abren, y sonríen. Te hablan de sus casas y de sus cosas. De sus quereres y sus dolores. Y de la profunda grieta que se les abre a los pies si, tal y como se va viendo, la evidencia de que el Partido es una cloaca progresa, y termina poniéndolas en las listas del paro.

Después, vuelta al jardín, pero ahora repleto de criaturas con sus monitores. Juegan a la pelota, brincan, saltan, deportes diversos, adaptados a las capacidades de cada cual. El murmullo del aire se eclipsó, reemplazado por el griterío. Ahora cambiaron las tornas: Lucrecia y Pepa, junto al porche y allá, sobre el césped, la chavalería. Viéndolos tan alegres, habría que razonar un poco para calificarlos de deficientes. De repente, un grito:

—¡Luci! — ha sido Lucrecia, aquí a la vera.

Del enjambre de abejitas juguetonas, se vuelve una sonrisa luminosa, el babi lleno de churretes, como corresponde a la plena felicidad. Sin lugar a dudas, acaba de reconocer la voz, y se acerca al porche, alborozada.

—¡Lu-que, Lu-que! — grita la chavala, incapaz de pronunciar el nombre de la directora.

—Luci, despídete de Pepa, que ha venido a ver el centro, anda.

No se lo tendrá que repetir. La chica le echa los brazos al cuello de la agente y le estampa un besazo. Como si fuera de la familia. Dos besos más, ahora a la directora. Y Pepa, dos susurros para despedirse:

—Lucre, por lo que a nosotras respecta, esta charla no ha tenido lugar. Te dejo mi número de móvil y un consejo.

Aún un segundo de extrañeza para la mujer, antes de la despedida.

—Si tienes que contactar conmigo, no uses el teléfono del centro. Ni tu móvil. Ni el fijo de tu casa. Están pinchados, seguro. Vete a casa de tu madre o de tu hermana, y me llamas desde allí. No te puedes ni imaginar la hostia que se está liando.

Luego, a por el coche. Curro liberó hace un rato a la chavala de la limpieza — tras devolverle su móvil —. Pepa le comunicó por whatsapp que ya no lo necesitaba por allí. Al acercarse a la esquina, le llega de nuevo el canturreo del jardinero, que sigue podando la parte exterior del seto. Solo que, esta vez, la canción le es plenamente audible:

«Hey, solo pienso en ti,
Juntos de la mano
Se les ve por el jardín…
No puede haber nadie

En este mundo más feliz».

Pepa repara en el tipo, y sonríe. Su mamá cantaba esta canción con frecuencia, mientras preparaba el puchero. El momento la retrotrae a tiempos felices, de aromas hogareños y buen apetito. Pepa enlentece el paso a conciencia, queriendo disfrutar de unas notas que la trasladan a un punto feliz de su existencia. Y no se entona mal, el hombre. Al pasar, el jardinero le espeta:

—Rosendo Beneyto no es un asesino, agente.

Pepa ya estaba dejando atrás al tipo. Las palabras la han atravesado a traición, por la espalda.

Silencio. Solo el murmullo del viento sobre los naranjos, una vez más. Los chicos ya se recogieron tras el recreo. Recobrado el aliento, Pepa se vuelve y desanda unos metros hacia el jardinero. Que ahí sigue trajinando. Como si las palabras se hubieran caído de los naranjos. Pepa se queda observando al hombre. Y de repente:

—Usted no necesita que le repitan las cosas, agente.

Súbitamente, Pepa se hace la composición de lugar: el jardinero, el seto y, al otro lado, el banco en el jardín. El chasquido de las tijeras de podar no cesó mientras hablaba con Lucrecia.

—Usted lo ha oído todo — concluye Pepa, con acritud.

—Se pusieron ustedes a charlotear a mi vera, agente — confiesa el tipo, sin dejar de podar —. Yo no las busqué. No tiene uno edad para chismes. Además, es peligroso.

—¿También está usted aquí por el Partido? — provoca Pepa, a fin de sacarlo de sus casillas.

—A mí me deben un favor, señora. Pero ahora no viene a cuento. En este momento, lo que importa es hacer justicia. Y ese al que buscan no tiró a nadie por el hueco de ninguna escalera, como dice la tele a todas horas.

—¿Y usted quién es y qué sabe del asunto, si puede saberse? — le suelta Pepa, cada vez más irritada.

—¿Ha estado usted en prisión alguna vez, agente…? Quiero decir como interna, no de visita — pregunta el jardinero sin interrumpir su labor, negándose a contestar la pregunta de Pepa.

El ruido de un coche al pasar, a escasa velocidad. Luego, un chaval montando en bicicleta. Ya viene siendo raro, para lo habitual en este barrio.

—Lo suponía, señora — el hombre sigue en su menester —. Usted ha detenido asesinos. Los ha interrogado, incluso. Pero jamás ha convivido con ellos, codo con codo. Yo sí.

El individuo deja de podar, al fin, y se vuelve hacia Pepa. Sesentón, cara curtida, pero no hostil. Le falta un diente de arriba, justo bajo una cicatriz del labio superior. Dos ojos oscuros la traspasan,

contestando ahora a todo lo que le preguntó hace unos segundos.

—Pedro… Pedro Atienza para servirle, señora. Anduve a la sombra una larga temporada. Y no diré que no hice méritos para ello. Como también le digo que ahí dentro no están todos los que son. Pero eso es otra historia. Que yo era, y estuve, pero nunca por derramar sangre, lo juro por el alma de mi madre. Me dejaron salir por favores que hice y secretos que retengo, que eso es otro cantar. Pero afirmo, señora, que usted no convivió nunca con el que clavó un cuchillo en las entrañas, o el que pegó un tiro a matar, entre medio de los ojos, o el que apretó el cuello de alguien hasta que se aseguró que los ojos, ahí abajo, estaban ya sin vida. En cambio, yo dormí junto a ellos, comí con ellos, me duché con ellos, jugué a la cartas con ellos, y no una, sino muchas veces. Y esa mirada… Esa mirada no se olvida. Es una mirada especial, ¿sabe usted? Por eso estoy tan seguro de que ese… Beneyto, digo… Ese hombre no ha matado a nadie, que se lo digo yo. Lo he visto venir, un viernes tras otro, a por la niña, y he visto iluminarse esa sonrisa. Y le aseguro que un asesino no ilumina la cara de nadie. Y mucho menos la de un chiquilla como Lucinda.

19. Extraños Testigos

Un domingo más, de madrugada. Las dos y veintitrés. Se trata del reloj de Pepa, ya que Amador no lleva. Lo considera una ordinariez, y cree que le sube la tensión. Lo dejó hace quince años, y no lo echa de menos. Y menos aun en esta noche oscura, cuando todavía faltan muchas horas para las claritas del día.

Situados frente a la Mole, los agentes adquieren conciencia del significado del apodo: el hospital no puede evitar un aire de fortaleza del medievo. A través de las ventanas, los neones parecen antorchas.

Pepa y Amador habían hecho la puesta en común en las horas precedentes. Al fin y al cabo, así se acostumbra cuando en el equipo no hay competitividad malsana. La primera consiguió domeñar los vómitos — gracias a la oportuna visita a su obstetra — y el segundo logró por fin presentar un aspecto, digamos, más decente — resultado de una miríada de pequeños cambios —. El resto del equipo descansa. No es preciso someterlos todo el tiempo a un ritmo de trabajo infernal.

Amador impuso una máxima de oro, brújula que ha sido en sus décadas de sabueso callejero: «vuelve y husméalo todo, una vez más». Porque la inspección perfecta no existe. Ni el testigo que lo recuerde o te lo diga todo. En el primer interrogatorio, está asustado, o pensando en esto o en lo otro. Y, más tarde, se acuerda de lo de más allá, quién sabe por qué. Por tanto, es menester volver a visitarlo con cordialidad, a repasar los recuerdos. Es así como se avanza en estas cuestiones.

Amador y Pepa acordaron inspeccionar la Mole a la hora en que los clanes se declararon la guerra. Es obvio que reproducir la batalla era imposible; a tanto no llega el presupuesto. Y más con el Brito en contra, gastándoselo en una batida gigante, con la cobertura mediática dispuesta para hacer de él una especie de héroe de los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado. Pero, a fin de cuentas, este aspecto formaba parte del plan Pepa y Amador. Por lo demás, contactar con Luci Medina era factible e inmediato. Tras no pocos esfuerzos, esta consiguió toquetear los turnos para hacer coincidir a los que estuvieron en puestos clave en la madrugada de los hechos.

Desde el asesinato, han pasado dos semanas. Catorce días de titulares en todas las portadas. La caza al hombre ya se extiende a una cuarta parte del territorio nacional. Perímetro que aumenta, día tras día, con cada llamada o mensaje que asegura que Beneyto ha sido visto en

Zamora, Ávila o en una senda de la Sierra de Guadarrama. Jamás se imaginaría el huido — allá donde esté escondido — llegar a ser *trending topic* en twitter. En los últimos días, se ha creado un sinnúmero de cuentas tipo *@BeneytoSinComplejos* o *@ElVerdaderoBeneyto*. Los tertulianos de los medios lo interpretan como fruto de la admiración popular por los Viriato o los Curro Jiménez: escupirle la furia a un mundo desalmado y tirarse al monte — caballo, faca y trabuco —, a dormir a la intemperie.

Además, entre la opinión pública se extiende la idea de que la Llopart esa no era trigo limpio. Imposible: raza fenicia, demasiado blindada por artimañas de leguleyos. «Muy bien despachada que está», dicen algunos. Otros proponen que cese ya el gasto del despliegue, que al tal Beneyto lo protege la mafia rusa. Esta lo sacó del país hace días vía Puerto Banús, sin ningún género de dudas, y ahora el huido está en alta mar, reunido con sus mentores. Comentarios para todos los gustos, según se va viendo.

Una baraúnda que empezó aquí, en una mole repleta de almas dolientes, hace catorce días. En el mismo sitio donde ahora se encuentran una Pepa preñada y un Amador más adecentado, por mor de volver a examinar el lugar de los hechos a la misma luz con que se produjeron. Y con los mismos actores.

—Ya lo dije todo en su día — insiste Rocío, la enfermera, a todas luces cansada del asunto. Los tres sentados en la sala de *triage*, alrededor de una mesita. En este momento, no hay ningún paciente esperando. Pero lo han apalabrado: si llega alguien, será otra la que atienda. Hay que extraer todo recuerdo de ese cerebro. Un cerebro muy bien engrasado, por otra parte.

Rocío: unos cincuenta, menuda, delgada, tez canela en rama tirando a tabaco, «pero no tengo ná que ver con esos, ¿eh…?», deja negro sobre blanco. Pepa confirma que la convivencia con los del Harlem, ahí a dos pasos, despierta escozores y recelos en quien no los tenía previamente. La enfermera cuenta a vuelapluma que lleva décadas trabajando en la Mole, y que se curtió a base de oír quejidos sofocados y gritos desgarrados. Asegura que conoció a auténticos jetas que pasan por eminencias y que, en contraste, es capaz de distinguir a dos kilómetros a un médico *de verdad*: los que hablan poco, curan mucho, y solo los conocen en su casa, a la hora de comer. Son los que se buscan los currantes de la Mole, cuando alguien de la familia se pone malo. Los otros, los galenos bocazas, se quedan para exhibirse en los congresos y para engañar a los incautos en la tele. Un preámbulo necesario para que la enfermera se relaje. Porque, sin relax, la memoria se atasca, no fluye. Y los agentes la necesitan fresca y complaciente.

Rocío repite lo de la batalla como quitándole hierro:

—Es algo habitual. Esa gente tiene patente de corso con Berta Frías; no sé con qué clase de agua los bautizaron… No pasa un día que no venga de ahí un tiro o un navajazo. Y la orden de arriba es callar. Callárnoslo todo. ¡Ay del que comente algo en redes sociales! Pero yo les diré la razón secreta de la consigna: ahí, en el Harlem, Berta se está gastando un pastizal. Un montón de gente contratada, ¿saben ustedes? Y todos de la cuerda, no les quepa la menor duda. ¿El resultado de la inversión…? La batalla de hace dos semanas, bloqueando la puerta de urgencias del hospital más grande de la región. A veces, una piensa que en Bagdad viven más tranquilos. Lo que se os oye, tras cada redada: que ahí enfrente hay armas más sofisticadas que las que tienen los cuerpos de élite del ejército. En cualquier caso, insisto: del Beneyto ese ya lo dije todo, lo que se dice todo. El aspecto que tenía, lo que dijo, lo nervioso que estaba, el maletín de cuero. Todo.

—¿Y el otro?

Una nueva voz, a la izquierda. La voz es femenina, ridículamente aguda. Contrasta con la de Rocío. Los tres en liza se vuelven, y encuentran a una mujercita de edad media, embutida en un pijama de limpiadora.

—¿Qué otro, Rosi? — suelta la enfermera con un suspiro de hastío. Parece decir: «¿quién coño te ha invitado a esta cena?».

Pero las miradas de Amador y Pepa la invitan ahora, sin lugar a dudas. Amador se acaba de percatar de la importancia del nuevo testimonio, y se levanta. Susurra unas palabras al oído de Pepa, e invita a Rosi a sentarse.

—Da igual, caballero; estoy acostumbrada a estar de pie durante todo el turno — contesta la limpiadora.

—Le presento a la subinspectora Losada — responde Amador, consciente de que él, a su vez, no puede presentarse. La mencionada también se levanta. Sentada, pues, solo queda Rocío. Apretones y sonrisas. Y enseguida, Pepa:

—¿De qué otro hablas, Rosi?

—¿No te fijaste, Rocío?

La expresión de la enfermera contesta por ella: no, no lo hizo. Su atención se centró en un tipejo con tarjeta sanitaria a nombre de Eleuterio Sebastián Arreciado, que luego resultaría ser Rosendo Beneyto. En aquel momento, Rocío estaba aterrorizada por la batalla que se libraba en el exterior y la posibilidad de que derivara en un asalto al área de urgencias.

—Ya me intrigó la aparición del primer tipo, el del maletín — prosigue la limpiadora —. Salió de la nada, atravesando la pelea, cuando la seguridad era poco menos que papel de fumar. Nadie en su sano juicio habría elegido ese momento para desafiar a la suerte y acercarse a urgencias. Sin embargo, todo el aplomo que demostró

pasando entre las fieras se disolvió al entrevistarse con Rocío. Pero eso ya les consta.

—Ya nos consta… — repite Amador, de modo maquinal.

—Pero, minutos después, otro tipo repitió, punto por punto, la misma operación.

Pepa y Amador abren los ojos como platos y se mantienen en silencio. Rocío hace lo mismo. Animada ante la atención conseguida, Rosi reanuda su relato:

—Igual seguridad. El mismo coraje. Un paso tras el otro, entre navajas y pistolas. Sin impresionarse ante los gritos y las amenazas. Sin mudar el gesto. Como si no perteneciera a este mundo o, en cualquier caso, como si nada de él pudiera afectarle. Al igual que Beneyto, salió de la noche, y atravesó la batalla campal y la barrera de seguridad frente a la puerta de urgencias. Pero el recién llegado no fue a presentar los datos a admisión, como Beneyto. Tan solo se aprovechó del caos del momento y se metió en la sala de espera, donde ya no quedaba casi nadie.

—Solo Beneyto, esperando a la Llopart, a la que asesinaría poco después — sentencia Rocío —. Ya me habría gustado tener dotes adivinatorias en aquel momento.

Un momento de silencio sobrecogido ante los nuevos datos. Que pueden significar algo, o nada. Una salida del laberinto, o un nuevo callejón sin salida.

—¿Puede describir al tipo? — Amador, de repente. Y brusco, para sus costumbres.

—Por cierto, ¿con quién hablo? — Rosi responde del mismo modo. Le hace recordar a Amador que no se ha presentado.

—Discúlpenos, Rosi — replica Pepa, en un tono más amable —. El caballero es miembro de mi equipo; la interlocutora a todos los efectos soy yo.

—Discúlpenme ustedes a mí — contesta la limpiadora —. Tengo a bien no hablar con desconocidos. Sin embargo, haré la excepción, por esta vez. Además, el caballero no tiene el aura.

—¿De qué hablas, Rosi? — tercia Rocío, saliendo del silencio.

—Del aura oscura. Beneyto tampoco la tenía. El que vino después, por ejemplo, la llevaba encima. Pero ustedes no pueden comprender nada de eso. Mejor que me centre en describirlo.

—Sí, mejor — masculla Amador —. Pero no olvides lo del aura. Porque conozco a alguien capaz de interpretar ese tipo de cosas. Aunque, ahora, a lo físico.

—Talla media, edad media — prosigue la limpiadora —. Pelo castaño; no destacaba por nada en especial. La ropa era de lo más normal. Tenía un móvil, como Beneyto. Expresión fija, inamovible. Habló un par de veces por el aparato, y fueron dos frases escasas;

apenas unas palabras. Y, por supuesto, nada audible. Luego… Luego, se consiguió convencer al tal Beneyto para que pasara a consulta. Y, poco después, perdí de vista al otro tipo.

***

En urgencias, el procedimiento habitual consiste en que, tras un contacto somero en *triage*, la evaluación más pormenorizada se desarrolle en consulta. Atención esta cuya demora puede variar entre los cinco minutos — con muchísima suerte — y las doce horas, en caso de pico estacional de gripe, por ejemplo. Situación que se alivia de modo inexplicable cuando se juega un derbi de fútbol local, en que la afluencia de pacientes sufre una caída súbita. Peculiaridades del modo de enfermar ciudadano, y de sus maneras de percibir lo urgente.

Los agentes están de enhorabuena. Las residentes de primer año — casi todas mujeres — están a punto de repartir turnos de madrugada, a fin de echarse un rato. La vallisoletana los recibe en una consulta, dejándose, eso sí, la puerta abierta. Al fin y al cabo, no se trata de actividad asistencial.

«La chiquita», como la describiera Curro hace unos días: metro cincuenta y dos, tez blanca-leche, recién destetada del Colegio Mayor. En la cabeza, todos los libros de Medicina del mundo. Pero poco más, aparte del recuerdo de las jetas amenazadoras del Harlem. Y encima, una mole siniestra donde, hace poco, tiraron a una jerarca del Partido por el hueco de la escalera. Liquidada por otro jerarca sombrío, según le vienen contando a la chavala.

La doctorcita estuvo frente al presunto asesino durante un buen rato: un tipejo atufando a mierda y orina — aunque no son estas las palabras de la galena —. Un sin techo, en apariencia, al que intentó convencer para que se fuera con su pestazo a otra parte. «Y por mi culpa, por mi grandísima culpa» — ese sí parece el recitado interior de la joven —, por no ser convincente, el tal Beneyto se incrustó como la mugre en los azulejos de la consulta, hasta que apareció, por fin, la que sería su víctima mortal.

Pero la residente insiste en que ya le cantó esta salmodia al otro agente, en su momento. Y la volvería a repetir donde fuera preciso: en la Comisión de Docencia, a la directora gerente, a la jueza, a su director espiritual o al mismo Papa, que la chavala lleva catorce días sin dormir examinando su culpa acerca del particular, viendo cuál fue su error: si atender demasiado tarde al tal Beneyto o, todo lo contrario, haberlo instado a ser atendido ante la batalla que se desarrollaba ahí fuera; si no haber insistido más para que se fuera a casa o, de modo alternativo, no haberlo pasado a *sillones* — modalidad de atención propia de la Mole —, y propinado un haloperidol

intramuscular, a fin de aliviarle el sofocón; si haberse plegado al poder de la Llopart — como hizo al fin —, o no haber defendido que lo correcto era darlo de alta, que era un despilfarro ingresarlo por paciente *porculero* y mugriento que solo aquejaba una crisis de ansiedad y no tener dónde caerse muerto.

—Y que Dios Nuestro Señor me perdone lo de *porculero* y mugriento; no lo he podido remediar. Pero asquito, sí que daba, la criatura del Señor. Y *porculo*, dio todo el del mundo.

La joven farfulla nerviosa, dificultando las preguntas de los agentes. Estos llegan a interpretar que esto de la medicina pública tiene mucho que ver con el catolicismo, versión radical: siempre eres culpable, por lo que sea; de un modo u otro, lo has hecho mal, fatal, requetemal. El pecado original, pues, parece que consiste en el ejercicio mismo de la Medicina, por cuanto el menester conlleva una dosis nada desdeñable de soberbia, ligada a la pretensión de saber y curar, que solo depende de la mano de Dios, para los creyentes, y de la simple estadística, para los descreídos.

Imposible obtener más de la doctorcita en este momento. Solo queda calmarla y consolarla. Insistirle en que no hizo nada mal, ni regular, ni mejorable. «Que estaba de Dios», como dice la madre de Pepa cuando se trata de algo inevitable. Y que a la atribulada chavalita de Valladolid no le vendría de más un poco de filosofía parda. Que si no, va a acabar con los nervios destrozados.

Pepa y Amador dejan a la muchacha con más paz de la que tenía, e intentan abandonar el área de urgencias. Al encaminarse hacia la salida, les asalta una voz femenina, desde atrás. Una voz de lejía y tabaco, áspera como la lija, y cortante como una faca:

—No fue cosa de Dios, sino del demonio.

Amador no puede evitar un escalofrío de las plantas a la coronilla. Media vuelta: ante sus ojos, otra mujer, asida al balde y la fregona. La susodicha sigue a lo suyo, limpia que te limpia. Como si no hubiera dicho nada.

—¿Perdone…? — Amador quiere entrar suave, esta vez.

—¿Perdonar…? Eso es potestad del Altísimo — rezonga la mujer, sin dignarse a levantar la mirada del suelo—. Otras nos limitamos a quitar la mierda.

—Disculpe, señora... — se aproxima Pepa.

—¿Señora…? Las señoras no friegan la Mole de la vida y de la muerte — escupe la limpiadora con desdén.

—Dios Nuestro Señor salvó a la ramera de la lapidación — asevera Amador con gravedad, adoptando el lenguaje de la mujer —. De desenclavarse y entrar ahora mismo por la puerta de urgencias, no mendigaría la sonrisa de las señoras del Parlamento, ahí enfrente, sino la de las limpiadoras de la Mole.

La mujer interrumpe su fregoteo y se yergue. Se trata de una mujeruca alta, el pelo entrecano y mal cuidado. Se vuelve hacia los agentes con parsimonia. El cutis acartonado da testimonio del trasiego de miles de paquetes de tabaco. Se le advierte media sonrisa amarga, donde faltan varias piezas dentales.

—Que vuelva Jesús, que falta hace… Tendrá que entrar aquí como hizo en el Templo, expulsando a los mercaderes con un látigo.

—No veo un templo aquí, ni tampoco mercaderes — responde Amador con calma.

—Ciego estás, entonces; menester que regrese el Hijo de Dios a escupir en la tierra, hacer lodo con ella y ponértela sobre los párpados, para que recuperes la vista.

Las palabras cesan por un momento. De cualquier modo, la conversación ya se había convertido en un galimatías incomprensible para Pepa.

—Disculpe, señora. Soy la subinspectora Losada, ¿su nombre es…?

—Verdad — responde áspera, la limpiadora —. Si la quieren completa, la tienen en la Biblia. Pero aquí todos me llaman Pepi.

—Pepi, queremos toda la verdad — Amador recalca cada palabra. Le ayuda un hecho insólito: una madrugada inusualmente tranquila en el área de urgencias.

—Salga, pues, de mi boca: que Nuestro Señor Jesucristo surgió de entre las sombras de la noche a expulsar del Templo al sumo sacerdote, al mercader y al centurión. Y la Llopart era las tres cosas a la vez.

—¿Se refiere usted a lo que aconteció en este mismo lugar, hace dos semanas, tal y como a esta hora? — pregunta Amador con toda la cachaza.

—Está escrito — contesta la limpiadora —. El que quiera ver, que vea.

Amador intenta descifrar unas palabras que, sin lugar a dudas, tienen un sentido. Sin embargo, Pepa se impacienta. Está convencida de que no van a extraerle más a esta alunada de balde y fregona. Se despide con cortesía, y tira del codo del compañero. Al volverse ambos hacia la salida, reciben una nueva ráfaga:

—El Maligno llegó tras Nuestro Señor. Venía del desierto, donde había fracasado en su intento de tentar al Hijo del Hombre con todo el oro y el poder del mundo. Furioso, quería crucificarlo.

Nuevo escalofrío para la pareja, pero especialmente para Amador. Las palabras de la mujeruca — sin sentido, en apariencia —empiezan a encajar, la una detrás de la otra. Los agentes se vuelven, una vez más, devolviendo la atención al singular personaje.

—Háblenos del Maligno — se arranca Pepa, enredada al fin en el hilo esotérico de la mujer.

—El macho cabrío, hoy, no lleva cuernos ni rabo — responde la limpiadora, entre dientes —. Parte de su maldad es esa: pasar inadvertido.

—¿Cómo detectó usted su presencia? — ahora habla Amador, sin perderse puntada de cada gesto, cada parpadeo.

—Apareció por esa esquina, al poco de entrar Nuestro Señor. Venía silencioso y cobarde, los cuernos bien ocultos. Pero los ojos clavados en la consulta donde se atendía al Hijo de Dios. Con todo, el Oscuro no se atrevió a entrar a por Él. Probablemente, porque esa niña cree en Dios, que yo la he visto rezar en la desesperación de la madrugada. Solo le falta creer en ella misma, pero todo se andará. Ahí anduvo, Satanás, sin ser advertido, salvo por mí misma, hasta que apareció su sacerdotisa. Y luego se fue escaleras arriba, tras ellos dos.

—Pero, ¿cómo es posible que un tipo entre aquí como Pedro por su casa, se ponga donde le dé la gana, aparezca y desaparezca? — pregunta Pepa asombrada, sin dar crédito a lo que oye.

—Porque no se trata de Pedro Martínez o de Pedro Fuentes, agente — le contesta Pepi, empuñando siempre la fregona —. Era Pedro Botero, y se cuidó bien de convocar a las fuerzas demoníacas, ahí fuera, para fabricar un torbellino de odio que distrajera la atención de las criaturas de Dios Todopoderoso.

—Y usted, entonces… — no hay matiz que escape a la atención de Amador.

—Algunas vigilamos la puerta que comunica un mundo con el otro. Por eso limpiamos la Mole, donde tantas almas llegan y se van para siempre. Seguro que su amigo Luis Martín lo comprende mejor que usted.

***

Allá quedó la predicadora, rezongando sobre la fregona. De inmediato, los agentes tratan de regresar a la disciplina: reconstruir el itinerario seguido por Llopart y Beneyto el día de autos. El trayecto de urgencias a admisión, una planta por encima. Aquella madrugada, no hizo falta silla de ruedas ni celador que acompañase, dado el excelente estado físico del ingresado y el perfecto conocimiento de la Mole por parte de su presunta víctima. Por otra parte, no consta la existencia de testigos del traslado. Solo de la gestión del ingreso, donde estaba, eso sí, una cara amiga y confidente de los agentes.

Visita obligada, pues, a admisión, donde les espera Luci Medina, organizadora del tour por la Mole que hoy llevan a cabo los agentes. Para Luci y Amador, se trata de un reencuentro agridulce. No en vano el vínculo entre ellos se trabó a raíz de la trágica desaparición del hermano de la primera, hace años. A diferencia de la limpiadora de

urgencias, Luci no se expresa mediante versículos de la Biblia, ni creyó ver a Jesucristo en la persona de Beneyto. Tratándose de una persona sensata, Luci interpretó los hechos como una situación anómala: una jerarca reputada que acudía a media madrugada a forzar el ingreso de lo que parecía una persona sin hogar. En cualquier caso, se trataba de algo que excedía el margen de maniobra de la administrativa. No quedaba más que cuadrarse y obedecer. Para los agentes, la versión de que disponían queda confirmada, sin más.

De inmediato, toca sumergirse en el aparato circulatorio del hospital. De la planta baja a la sexta, en ascensor. Con Pepa y Amador, van seis mujeres más, todas de pijama de trabajo. Da tiempo, pues, de examinar a la fauna hospitalaria nocturna. Peinados, expresiones de sueño o de irritación, diferentes formas de llevar el pijama, temas de conversación variopintos… Y enseguida, mirada al suelo del ascensor, por parte de Amador.

«No te valen los ojos del mejor; nunca te valieron. Ni los oídos. Para ti, tienen que ser los tuyos, viejo».

Llegada a la sexta, al fin, apreciando que el laberinto hospitalario — mucho más laberíntico en la semioscuridad de la madrugada — ofrece mil posibilidades, mil vericuetos de subida y, aspecto no menor, de bajada. De huida, una vez ejecutado el crimen.

Bajo la luz artificial, la planta muestra un aspecto espectral. La encuentran desierta, intacta aún, por orden de la jueza — escenario de un crimen, donde no hay nada claro —. Como si nada hubiera sucedido. O, de modo alternativo, como si los hechos aún se estuviesen desarrollando, suspendidos en el momento, deseando ser revelados a un oído sensible. Amador desliza los pies al caminar, fiel a otra de sus sentencias favoritas: «hasta las piedras hablan; solo hace falta conocer su idioma». La distancia del ascensor a la 641 es corta; apenas unos metros. En el umbral, la primeras palabras de Pepa:

—Veo que te leíste el informe de la Científica.

Amador no contesta. Los dos saben que dicho informe pone de manifiesto que Meritxell Llopart y Beneyto subieron a la sexta en el mismo ascensor que acaban de abandonar. Meritxell conocía a la perfección la anatomía íntima de la Mole. Sabía, pues, que de la salida de dicho ascensor a la habitación el trecho es mínimo. Mínima era, en consecuencia, la probabilidad de ser vista en compañía de Beneyto. Según parece, la víctima tomó esa precaución. Por desconocido que fuera su presunto asesino en el hospital. Y por poco reconocible que fuese en las condiciones en que había ingresado.

La Científica confirmó el trayecto de ambos del ascensor a la habitación, y luego los pasos dentro de la misma. Por otra parte, queda descartado que anduvieran por el pasillo, a lo largo de la planta. Las huellas indican que él permaneció en la 641, y que ella

regresó al ascensor. La ojeada de Amador en el suelo de este, hace unos minutos, venía a reconocer los límites de la Policía Científica: el ascensor es utilizado a diario por muchas mujeres que calzan zuecos del mismo número que Meritxell Llopart. Ahí tocaron decenas de dedos que, el día después del asesinato, borraron todo resto de sus huellas dactilares, así como las de Beneyto. No; los agentes solo disponen de lo que hay en la 641, donde estuvieron solos el presunto asesino y su víctima. O eso asumimos. En buena medida, porque solo se hallaron las huellas de ellos dos.

La habitación, ahora, tal y como la dejó la Científica. Del mismo modo en que la visitaron Pepa, Curro y Laureano, horas después del homicidio. El escenario inequívoco de una batalla campal. Amador impone silencio mientras realiza su inspección personal. De arriba a abajo y de izquierda a derecha, provisto de guantes de látex. Pese a ello, intenta no tocar absolutamente nada: una nueva pista, un nuevo testigo mañana, o dentro de cuarenta y ocho horas, y podría ser necesario realizar una nueva inspección, buscando algo en concreto. Porque siempre se puede pasar algo por alto. Así rastreen la habitación una docena de investigadores avispados.

De repente, los ojos azules de Amador se encienden, excitados.

—Una cuestión, Pepa… ¿Por qué estamos asumiendo que la tiraron desde esta planta?

—Es la única vacía. Para tirarla desde otra, tendrían que haberla inmovilizado y trasladado a otra planta llena de pacientes, familiares y personal del hospital. Sería casi imposible que no hubiesen dejado huellas. Y habría testigos por todas partes, ¿no te parece?

—Magnífico, Pepa; sin querer, acabas de darme una clave. Un acto fallido de tu excelente cerebro.

—¿Cuál?

—Acabas de decir «tendrían», ¿no te das cuenta…? Tercera del plural. Admites implícitamente que, para el crimen, fue precisa más de una persona.

—*Touchée*, maestro, y por si fuera poco, tenemos que incluir al «demonio» en nuestra hipótesis, reconocido en la escena del crimen por dos testigos. Beneyto y él podrían haber…

—Ahora, tiras por lo fácil; otro acto fallido, Pepa.

—¿Por qué?

—Dime, ¿por qué Beneyto…?

—¿Quién si no, Amador? La Científica no encontró más huellas que las de Llopart y él.

—La ausencia de otras huellas no prueba la ausencia de otras manos. Y la presencia de las de Beneyto no prueba su autoría del crimen. En cualquier caso, es casi imposible que lo hiciera solo. Pero, además, hay cosas inexplicables, Pepa… Las huellas de las deportivas que

entran en la habitación y no vuelven a salir… Un presunto asesino al que todo el mundo le atribuye el crimen perfecto, actuando solo, sin dejar una sola huella…

—Tus especulaciones han terminado por darme la puntilla, Amador.

—Y a mí también, te lo confieso.

—¿Entonces…?

—…ni idea, Pepa. A ver si lo atrapa el Brito, se cuelga su medalla y, sobre todo, nos enteramos de una pajolera vez.

***

Nada más que sacar de la sexta. En esta ocasión, las paredes se negaron a hablar. Y tampoco quisieron hacerlo las baldosas. Puede que una médium mejor dispuesta hacia la ultratumba fuera capaz de devolvernos los gritos sofocados de Meritxell al ser arrastrada al abismo. Amador se asoma al hueco de la escalera y no, no detecta vibraciones extrañas.

«¿Qué últimas imágenes se le representarían a la mujer al ser transportada en volandas y precipitada al vacío? Con la muerte inminente, ¿confeccionaría su cerebro una onda energética capaz de impregnar maderas, mármoles y azulejos? ¿Podría otro cerebro captar esta onda y reconstituirla, permitiéndonos trazar un boceto de su asesino?».

Amador fantasea unos segundos con esta hipótesis. Sin embargo, no se atreve a comunicársela a Pepa. Teme que esta le sugiera la posibilidad de remedar la experiencia de Merixell — con un colchón debajo —, a ver si logra comunicarse con ella. Lo cual no impide al agente seguir cavilando acerca del tema. Puede que se lo cuente un día de estos a Luis Martín, fiel adepto a las hendiduras del ultramundo.

Escalera abajo: quinta planta. Gente, por fin. Sana normalidad. Un paso, pues, hacia la calle. La vía de Meritxell, sin embargo, fue el camino al suelo, y del modo más rápido posible. A la muerte: el infierno o su descanso eterno. Porque Amador se insiste: nadie sabe lo que hay debajo del cemento, ahí abajo. Nada, con toda probabilidad. Aunque, tal vez…

Rellano de la cuarta, a continuación. Calco de la planta anterior: los ascensores, al centro y, más allá, un distribuidor. Ala sur, a la izquierda, y la norte, a la derecha. Por allá vaga el acompañante de algún paciente ingresado, harto de estar sentado en la habitación, haciendo tiempo para el alba. Y de entre las sombras surge una nueva silueta, más voluminosa. La recién aparecida va de pijama de trabajo, atada también al balde y la fregona.

En la semioscuridad, a Amador se le ocurre que podría tratarse de

una bruja en la noche eterna de la Mole. Pero, en este caso, el vuelo se le antoja difícil: la fregona tendría que sostener el cuerpo orondo de la limpiadora, a fin de transportarlo a las nubes con sus hermanas. La mujer tendrá, pues, que conformarse con desinfectar las miserias hospitalarias. Para aliviarse la ansiedad, alternará los dulces con escupir los chismes que lleguen a sus oídos. Y, puesta a ello, de vez en cuando esputará alguna verdad amarga. Aunque esto último quizás sea de utilidad en una investigación criminal. Siempre que nuestros agentes sean capaces de diferenciar el cotilleo de la enjundia, claro está. Viéndola Pepa, acuden a su memoria las palabras de Curro:

«*Se trataba de una mujer relativamente joven, muy gorda y con un acné marcado. No quiso decirme su nombre. Tenía miedo; era evidente*».

Puede que sea ella u otra similar. Pero es de parvulario policial: las coincidencias no existen. El aspecto de la mujer es un calco de lo descrito por Curro. Hasta en el miedo que destilan sus poros. Pero incluso a nuestra bruja gruesa le puede la curiosidad. Aquí acude otra vez, al olor de la placa y la lupa del investigador, a ver lo que saben y, tal vez, a sondear lo mucho que les queda por saber.

—Buenas noches tengan los señores agentes — susurra la mujer desde su esquina del rellano. A todas luces desea evitar que el familiar del paciente oiga la conversación.

—Disculpe, señora… — una vez más, el tono de Pepa denota irritación. Da la impresión de que alguien va anunciando sus pasos en cada planta.

—¿Señora…? — suelta la limpiadora, sonriente —. En esta ciudad, solo hay una, y la veneramos en la Basílica. El agente, aquí presente, lo sabe muy bien: allí anduvo hace muy poco. Permitan que me presente: soy Mila, limpiadora de lo antiguo.

—Pero, ¿cómo sabe usted…? — Amador acaba de entrar en cabreo, y no acierta a salir de él.

—¿Que son agentes de Policía…? — la tal Mila no pierde nunca la sonrisa —. Me lo acaban de soplar las vigas de la Mole; me quieren mucho y me cuentan todo lo que pasa.

—No; decía lo de la Basílica — gruñe el madero, rojo de la cólera.

—¿Se lo tengo que repetir, agente? — la limpiadora acentúa la expresión sarcástica —. Estoy especializada en espacios añejos. Lugares perturbados por las reverberaciones de las almas que partieron antes de tiempo. Por ejemplo, los mármoles de la Basílica. Soy muy amiga de don Luis, que me compensa con generosidad. Pero vamos al grano, que sé a lo que vinieron.

—¿Te lo dijeron tus compas de allá abajo? — ahora es Pepa la que va al grano.

—Me lo soplaron las vigas; se lo acabo de decir, agente. La Mila nunca miente. Como también le digo que la Mole tiene vigas de carne

y hueso.

—Ya — responde Pepa con expresión de impaciencia —. Otra que habla con adivinanzas… ¿Os lo enseña el sindicato?

—¿Estabas aquí cuando lo de la Llopart? — pregunta Amador con brusquedad.

—Aquí mismo, donde me pusieron.

—¿Viste u oíste algo? — prosigue el agente.

—Nanay… La Llopart voló al infierno sin decir ni mu — susurra Mila, dejando de sonreír —. Solo oí las voces de los celadores, abajo, cuando la mujer presentaba sus credenciales en la mansión de Lucifer.

—¿No viste a nadie más, alguien sospechoso? — ahora es Pepa, visiblemente incómoda con la forma de hablar de la limpiadora.

—Esa madrugada, las vigas me hablaron de presencias extrañas. Pero se les vio por urgencias, no aquí. Me imagino que subirían por los ascensores. Me acaban de decir algo del Señor de las Tinieblas. Pero a este no conseguí verlo… Esa vez, claro.

—Esta gente se cachondea de nosotros, Amador — Pepa sofoca un rugido de ira e impaciencia.

Amador la contiene con suavidad, poniendo una mano sobre su hombro. Ciertamente, la situación que se arrastra desde urgencias parece chacota o comedia.

Y sin embargo, la mujer les habla con gravedad. La sonrisa se le fue desde que comenzó a hablar del asesinato.

—Perdone usted, Mila.

Amador observa a la limpiadora con detenimiento. Concluye que la tal Mila no se burla de ellos. Por un momento, el madero experimenta una vivencia extraña, parecida a un sueño. Se repite para sus adentros: «es imposible; esto no me está pasando». Solo la presencia de una Pepa irritadísima le indica que, en efecto, lo que está viviendo es real: que ha entrevistado a tres testigos extrañísimas, que emplean un lenguaje difícil de definir, entre esotérico y apocalíptico.

—Si vuestras mercedes no me necesitan para otra cosa…

Amador resuelve que tiene que hablar con Luis acerca de esta Mila, a fin de averiguar cómo es posible que sepa de él más que él mismo. Ya viene a mosquear, pese a la paciencia que uno le echa al menester. Enfilan ya hacia la escalera, cuando la rolliza limpiadora les envía una por la espalda:

—Se me olvidaba decirles que la vi una vez, minutos antes de que la mataran.

—¡Joder, hostia! — maldice Pepa, volviéndose —. ¡Lo importante, después de un chorro de palabras sin sentido!

—¡Cállate, coño! — le espeta Amador. Le recuerda que, en esto, siempre se adapta el oído a la lengua del testigo. A sus ritmos. Y a sus manías.

—Las vigas me susurraron que la Llopart subía acompañando al Buen Jesús. Y que, detrás de ellos, venía el Maligno. Pero yo no vi nada de eso, entregada a mis baldosas. Sin embargo, poco después, la mujer bajó a esta planta, de pijama. Yo andaba ahí, en la cuarta sur, quitando un vómito. Entonces, la vi aparecer. Procedía del fondo de la planta. La reconocí enseguida, la melena recortada contra la semioscuridad. Pero ella pasó de largo, como si una no existiera, y se adentró en el ala norte. De ahí volvió, en un minuto escaso. Con la luz lunar ahora de frente, redoblé la seguridad de que se trataba de ella y no de otra. Pasó a mi lado, ignorándome por segunda vez. No me importó demasiado; es lo habitual aquí. Para los poderosos de la Mole, los inferiores somos invisibles. Y más aun cuando nos cubre la oscuridad y el olor de la inmundicia. La Llopart se perdió enseguida por donde había aparecido, en las negruras de la cuarta sur. Yo seguí en lo mío y, minutos después, escuché un ¡ptaff! que no supe identificar. Pensé que alguien se habría caído de la cama. Aunque no, lo reconozco: el ¡ptaff! que oí era mucho más fuerte. Después, las voces de los celadores, abajo. Y creo que eso es todo.

—¿Seguro? — la impaciencia aflora en los ojos de Pepa, una vez más.

—Tan seguro como que la Llopart baila ahora al son del tamboril de Satanás, agente.

Considerando agotada la conversación, Pepa y Amador emprenden el camino a la tercera planta, siempre por las escaleras. Llegan a un rellano calcado al de la cuarta, de donde proceden. Con una diferencia: la puerta de uno de los ascensores está abierta. Y dentro, Mila, la sonrisa de oreja a oreja. Pepa se sobresalta. Le acaba de dar la impresión de encontrarse ante una aparición fantasmal. De pura brujería.

—No se sorprenda la señora agente. Solo usé el ascensor para salirles al paso. El redoble del tamboril del Oscuro me refrescó la memoria. Y me devolvió un simple detalle. Tal vez no tenga la menor importancia.

Silencio absoluto en el rellano.

—Al entrar en la cuarta norte, la Llopart llevaba un maletín en la mano derecha. Al salir, sin embargo, las manos bailaban libres. Se rascó la oreja con la derecha; lo recuerdo con nitidez.

Después, cierre del ascensor, la mujer dentro. Ahora, los agentes a la segunda planta, camino de la calle.

—Pepa, a un orate, en su idioma siempre. Y sin impaciencias. Como si te quiere recitar primero el credo en latín. Le dices «amén» y, luego, lo que quiera.

—Amén, Amador. Te has ganado un café.

—Yo solo y sin azúcar, ¿y tú…?

20. El Vuelo de Ícaro

La una. Buena hora. Aproveché que hoy es domingo para levantarme tarde; las persianas y los visillos ya no podían contener la luz del mediodía. Sin embargo, el sol ya me había visitado al amanecer. Entonces, a su saludo cortés entreabrí los ojos con una pereza infinita. Bajo las sábanas, sin moverme apenas, me acaricié el vientre, los senos. Aún no soy madre; todo llegará. Pero mujer sí que soy; lo noto con más intensidad que nunca. Piel, calor, deseo, humedad, pezón oscuro, pecho sensible, ingurgitado, estallido íntimo.

Podría haber abierto las piernas, y lo que sigue. Pero me detuvo la profundidad del sueño de Mario. Aunque, no sé; aún fantaseo con la idea de que se despertara con mi jadeo íntimo. Después, la mirada decidió vagar de su cuerpo a la persiana, y de ahí al techo. Casi enseguida cerré los ojos, mecida por el ronroneo de mi hombre, tan cerquita.

Me desveló el olor a tostadas, horas más tarde. Mi chaval se había levantado sin despertarme, del todo ignorante acerca de mi momento. No le conté nada acerca del particular; no hacía falta. Luego, los dos juntos; ya os lo imagináis. Tal vez sea la progesterona de la preñez; me tiene muy relajada. Demasiado. Porque tengo cosas que hacer, por mucho que este proteste.

—Que sí, cariño; que me he levantado tardísimo. Pero no puedo dejar el lío aparcado hasta mañana… Sí, el embrollo en el que estoy metida.

Y lo retomo por donde empecé: la una de la tarde, buena hora. Y así fue como solté el abrazo de Mario y me cité con Amador. A ver lo que me cuenta en este magnífico mediodía.

***

Lo sabía. Iba a añadir que conozco a Amador como si lo hubiera parido. Pero no es verdad; dentro de unos meses, será la primera vez que traiga algo al mundo, y entonces os diré de qué va la historia de conocer a alguien tan íntimamente. Hecha esta salvedad, barruntaba yo que Amador no andaba por su casa, a esperar si su Leo regresaba de la ultratumba. Antes se tira por la ventana a buscarla. Le pueden el amor y la impaciencia de ir a verla, aunque tenga que desenredarla de las barbas de San Pedro. Es por eso que no puede estarse quiero, la

criatura. Claro que ahora caigo que no os conté nada acerca del particular. Me aplico, pues, a deshacer el entuerto, y recuperaros del despiste.

Amador era algo en la vida mientras vivió su Leo. Pero el cáncer se la llevó, y lo dejó ahí, tirado en la calle, olisqueando ratas y cubos de basura. Cualquier cosa que hediese a desmán y fechoría, y le justificase el pasar noches enteras en compañía de gentes de mal vivir y peor reposar. Pero nunca regresar a una casa imposible de llenar sin la voz de su Leo. Por mucho que Luis le insistiese en contagiarle su creencia en el más allá y la devoción por la Virgen Santísima. Todo en vano. Volver Amador a casa, derrengado, es tirarse sobre una cama deshecha, anhelando oír un portazo inexplicable o, mejor aun, la apertura de un grifo. A la caza, pues, de una nimia sugerencia de que el más allá existe y, por tanto, de que su Leo no se le disolvió en la nada. Algo que le permita mantener la esperanza de que, en algún momento, se producirá el reencuentro. Pero nada. Nunca. Recogerse en casa, para él, es un tormento insufrible. Es saludar, una vez más, al último par de zapatos que Leo se compró en rebajas — «¿no son una monería, Amador?» — y se le quedaron ahí, en el armario, casi sin estrenar, alineados como dos centinelas al detectarse el bulto fatal.

Amador se volvió a ennoviar, pero con las olas del mar, en el Algarve. Aunque les fue infiel, una y otra vez, con las gaviotas de la orilla. Y las olas, mortificadas de los mismos celos, llegaban a sus pies, ora con furia, ora a besárselos mansamente, perdonándoselo todo a un corazón que le habría inspirado tema al más sentido fado. Y yo, puta del demonio, voy y me lo traigo del cielo al infierno de sus recuerdos, sabiendo que, hace apenas un rato, se despertaba bajo un techo que no puede ver sin notar una tenaza al cuello. Y que, para librarse, corría a la ventana, a otear un horizonte que no puede escudriñar, por haberlo hecho tantas veces con su Leo. Eres peor que una guarra, Pepa. Eres una egoísta de cojones.

Ya veis que, a estas alturas de mi vida profesional, Amador es para mí algo íntimo. Que antes le cuento a él lo de hace un rato, el yo conmigo misma, que a mi chico.

Lo de después, entre Mario y yo, no se lo tuve que contar; Amador me lo vio en la cara. Fue echarme el ojo encima, el muy cabrón, y espetarme: «¡qué polvazo te acabas de echar, hija de la gran puta!». Y la sonrisa se me convirtió en un río de carcajadas, confesión inmediata, qué le vamos a hacer. La sin alcohol me entró que para qué deciros, imposible oponer resistencia. Poquitas las ganas que me quedaban de hablar de trabajo. Claro que, con mi Amador, el trabajo parece un cotilleo, una historieta, un relato, un pasatiempo. Algo divertido siempre. Se me ocurre ponerlo en las antípodas del cabronazo del jefe, pero no, enseguida desecho la idea. Porque llevo

un domingo de lujo asiático y la sola mención del tipejo — aunque lo haya hecho yo sola, en mi interior — es capaz de apagarme la vela de la felicidad. Al lío, pues.

No os conté que, tras nuestro periplo nocturno por la Mole, dejé a Amador en su *keli*. Serían las cuatro, más o menos. Y que, antes de la ronda, no lo veía desde el martes, en la Kasbah. Por tanto, el tipo había tenido tres largos días para hacer su santa voluntad, sin darme explicaciones. Antes de la visita al hospital, me había soltado un resumen a vuelapluma; lógico, por otra parte, dada la prisa del momento. Sin embargo, ahora tocan los detalles, como a él le gusta. Me atornillo, pues, a la barra y me ponen por delante unas pavías de bacalao que son una delicia. Cuéntame lo que te dé la gana, Amador, que me lo voy a creer todo sin ponerte pegas…

***

Lo sabía de sobra. Sabía que no se había estado quieto, el culo de mal asiento. Lo que os acabo de decir: que me lo traje de la arena y el sol, y me siento culpable. Pero, por otra parte, creo que olvidarlo allí era dejarlo morir, poco a poco. Me cabe la duda, eso sí, de si lo hice por él o por mí, para que me ayudara a desatascar el caso. Pero viéndolo ahora tan animado, bebiendo cerveza mientras entremete las pavías de bacalao, me da la impresión de que acerté llamándolo, que la calle le da vida, brío, pasión.

Viejo guerrero: el olor de la pólvora le instala la sonrisa. No sabe solo, y ni siquiera se da cuenta. Tal vez lo intuya; por eso se dejó tan fácil cuando lo llamé. Pero mira cómo manotea, sonríe, y se echa otro trago al coleto. Luego agota la *cerve* y levanta la mano, pidiendo más. Está a gustísimo en el bar de Juani. Y en el de Trini, en la Kasbah. En todas partes.

Me dice que, a fin de aliviarse la soledad, anduvo con Luci — ya la conocéis —. La relación entre esos dos es difícil de catalogar; es imposible despacharla con un par de simplezas. Así que se queda para otra ocasión; cuando disfrutemos de un momento más relajado. Lo dejo en que, al conocerse, lo normal es que hubieran terminado a hostias — la muchacha me echa la pata en eso del mal genio —. Pero ya estáis viendo que, para liarse a puñetazos con Amador, hay que ser poco menos que un tarado. Como nuestro jefe común, por poner un ejemplo.

Tocando ciertos resortes, Luci le procuró una bata a Amador y le hizo imprimir una placa donde rezaba «inspección de centros sanitarios». Blindado de este modo, nadie osó hacerle preguntas o comprobar sus credenciales. Nada raro, por otra parte: en la Mole, es fácil entrar y salir — sobre todo en período diurno — sin que nadie te pregunte

nada. Hay un vigilante en cada puerta, pero, puestos a testar su eficacia en el menester, el hombre o la mujer más parecen elementos decorativos que otra cosa. Y una vez traspasada la coraza de papel, el interior es completamente hueco a efectos de seguridad. Si a uno le parece bien, puede adentrarse hasta el área de quirófanos a darle palique al anestesista, mientras termina una operación a corazón abierto. Las prohibiciones o limitaciones de paso expuestas en vistosos carteles, aquí o allá, no son sino meras sugerencias, que cada quién puede interpretar a su libre albedrío.

A veces, Amador se pone pesadísimo. Insiste en que no pudo resistir la tentación de plantarse en la sexta, anticipándose a nuestra visita de hace unas horas. Allí anduvo un rato, viendo las cosas desde una perspectiva y de la otra. Con la luz de la primera hora de la mañana y con la del mediodía. Pero sin tocar nada, como ayer. Y llegando a la misma conclusión: «no comprendo nada, Pepa».

Luego, siguió indagando acerca de la Llopart, en compañía de Luci. Claro que tuvieron que andarse con una cautela especial. Y motivos, los había sobrados: en los primeros momentos de la investigación, los cargos directivos del hospital ofrecieron una versión sospechosamente unánime acerca de la asesinada. Todos parecían atenerse a una consigna, a un guion del que nadie se apartó un solo milímetro. Se nos trazó, una vez y otra, el perfil de una mujer que vino de lejos; una persona sin raíces o lazos de amistad. Nadie nos comentó, por ejemplo, que le gustara el jazz o que tuviera un gatito. Nadie le destacó tal o cual cualidad o debilidad. Nada, por seguir con la palabra que más repite Amador en esta tarde de domingo. Y nos da en la nariz que, cuando se repite la palabra «nada», por ahí abajo suele haber algo escondido, por alguna razón. Algo que suele ser mucho, o conducir a mucho. A la llave de algo más, suculento o terrible.

Amador y Luci visitaron los lugares en que solía recalar Meritxell Llopart en los últimos tiempos. Sobre todo la cafetería y ciertos despachos. Sin embargo, esperaron a que los jefazos o sus afines anduvieran lejos; intuían que era importante disimular el interés. Del mismo modo, tampoco podían esperar mucho de los médicos residentes o eventuales. Todos han invertido mucho tiempo y esfuerzo en estudiar y formarse, y están bajo el ojo escrutador de sus mandos. Afirma Luci que, para los doctores jóvenes, un comentario inoportuno puede acarrear graves consecuencias sobre sus expectativas profesionales. Su día a día es ver, oír, callar y, sobre todo, obedecer; obedecer siempre. En este sentido, la Mole funciona como un cuartel: un lugar donde la disciplina se impone de un modo que ya les gustaría en la Comandancia de la Guardia Civil más cercana. Solo así se explica que un médico se gane dos puñetazos durante una guardia y se guarde muy bien de hablar con los medios.

Sin embargo, toda dictadura es imperfecta por definición. Y la peor imperfección va implícita en la soberbia. En el caso que nos ocupa, podría proponerse que no hay engreimiento más acusado que pretender controlar una mole hospitalaria a través de una jerarquía funcionarial, casi cuartelera. Control ejercido por una serie de cargos que, muchas veces, menosprecian a la persona que les sirve el café. Persona esta que posee oídos con que hilar retazos de conversaciones y tejer un tupido tapiz. De este modo, el sufrido trabajador de la hostelería confecciona un tesoro valioso para quien sepa ganarse su confianza. Esta y no otra es la esencia de un buen sabueso, como Amador me enseñó en su momento. Lección que se aplicó a sí mismo, tras convencerse de que la sexta no albergaba a fantasmas dispuestos a establecer una comunicación extrasensorial con él.

Amador me cuenta que Luci se lo llevó en busca de dos camareros, tres administrativas y una auxiliar de clínica, a fin de juntar los jirones de una historia. A la caza del testimonio, por poco dispuesto que estuviese a mostrarse en un principio. A susurrarle Luci a este o aquel: «oye, aquello que me dijiste…», y recibir por toda respuesta una mirada asesina, como diciendo: «ahora no, carajota, que está aquí tó Dios; vente cuando no haya nadie».

Ello justifica tres días de vagabundeo hospitalario, a fin de localizar a cada uno en su rincón, en un momento oportuno. Es obvio que nadie conoce la historia completa. Pero entre todos se articula el esqueleto de la mitad, más o menos. Algo que dé para pergeñar el remedo de una hipótesis de trabajo. «El clavo de la verdad extrae el clavo de lo oculto», como repite Amador. Y, de este modo, se consigue un perfil que se nos venía negando por el conducto reglamentario.

Ya en sus años universitarios, Meritxell Llopart tenía conciencia de su escasa afición al alivio del sufrimiento humano. Por otra parte, se trata de una peculiaridad difícilmente ocultable, y mucho más en la Mole, donde los viejos del lugar clasifican con facilidad a tirios y troyanos. De este modo, la etiqueta es adjudicada por una auxiliar de clínica, antes que por una enfermera. Y por el celador, antes que por la auxiliar. «No sirve», por muchas matrículas de honor que traiga de la carrera, y por buen número que sacara en el MIR. Y no sirve porque al tipo o la tipa en cuestión no le interesa la gente. Y los enfermos son gente, antes de estar enfermos. Y más enojosos, si cabe: gente dolorida, quejumbrosa, demandante…

Meritxell Llopart pertenecía a esta categoría profesional y todos lo sabían. A la categoría, además, de los que no saludan si pueden evitarlo. De los que se hacen el distraído o miran a otra parte al toparse contigo en la calle o en el aeropuerto. De esos que emplean el saludo de modo selectivo: se cumplimenta a este o aquel para situarse de cara a un próximo ascenso. Entonces, les estalla la sonrisa en la

cara y el saludo resuena en toda la cafetería. Así me lo cuenta Amador, y detecto como el sarcasmo se adueña de mi expresión. Porque los dos tenemos un buen ejemplo de esto en la Jefatura, que solo por insinuarlo empieza a oler a azufre por aquí.

Según el relato, la Llopart concluyó su formación clínica a trancas y barrancas, poniéndole una cara angelical a los de arriba, pero escaqueándose todo lo posible del pestazo a humanidad. Después, escaló rápido, percatándose de que lo que pitaba en la Mole eran los números y la gestión: maquillar estadísticas y listas de espera de cara a los medios. Justo aquello de lo que abominaban sus compañeros, enamorados de la profesión. Sin embargo, se trataba de lo perentorio para la dirección, siempre necesitada de sicarios bien provistos de impermeables contra las críticas, y dispuestos a machacar al más pintado en un vis a vis en el que una excelente trayectoria profesional no es precisamente el mérito más valorado.

El siguiente capítulo me es más familiar. Porque, en buena medida, ya lo conocíamos a través del destripado electrónico de Paco Chaves. De cualquier forma, nunca está de más conocer la versión de los invisibles de la Mole: Meritxell fue saltando de jefaturas pequeñas a direcciones de más entidad y, de ahí, a los servicios centrales. De algo le tenía que servir su militancia política. La mujer tenía claro que no volvería a padecer los lamentos de una muchedumbre doliente, aliñados con los suspiros de unos compañeros de nervios quebrados ante la insuficiencia de medios o las presiones del público y la dirección. Más valía formar parte de esta última, sin lugar a dudas. Y mejor aun, subir un peldaño más, y amenazar a los directores con propinarles un puntapié y hacerlos bajar al escalón de médicos, del cual proceden. La trayectoria ascendente era cómoda y pingüe: al alcanzar al fin el cargo de Consejera, obtenía una dosis inapreciable de autonomía financiera. De este modo, lograba el contacto directo con Berta Frías, y la asesoraba de modo estrecho y constante. Podía favorecer a sus elegidos y destituirlos con un simple comentario. El sombrío placer de los dioses…

Amador desgrana este relato como el que cuenta un chiste. Un cuento que versa de cómo Meritxell Llopart soñó con llegar hasta el sol y, al igual que Ícaro, se fabricó unas alas de cera y se puso a la faena. Solo que, para hacerse más ligera, se desprendió del peso de las emociones. De este modo, se subió en la noria de la élite y, poco a poco, empezó a contemplar a la humanidad como hormigas que arrastraban mínimas existencias. Y fue ahí, en lo más alto, donde se le derritieron las alas. Nada nuevo bajo el sol, por otra parte.

«¿Qué le pasó…? Aún no lo sabemos», masculla Amador. Allá se encontró con gentes tan desalmadas como ella o más, si cabe. Gentes que le averiaron el motor y, al poco, la enviaron de vuelta a la Mole.

Sin cargo, pero con mando. Probablemente, con expectativas de volver a la política activa, pasado un tiempo. No sabemos casi nada de su trayectoria; nunca dijo palabra al respecto. Pero sí que regresó a su casa, a la Mole: el macizo que dominaba a la perfección, cuyas vigas añejas conocía cada una por su nombre, y que le obedecían sin rechistar.

Allí volvió hasta su trágico fin, a todo y a nada, según se mire. Lo que nos consta es que su puesto oficial consistía en coordinar los ensayos clínicos, algo a lo que el hospital se ha vuelto muy aficionado en los últimos tiempos. Y de creer al que le servía el café, a la Llopart se le instalaba una sonrisa que no le cabía en la jeta cada vez que se firmaba un ensayo en fase II. El camarero añade que, de vez en cuando, la mujer comentaba cosas sobre sus estancias en Marruecos. Además, el hombre recuerda con nitidez una ocasión en que la asesinada le soltó a la actual gerente que, tras su paso por la Consejería, se le habían conservado ciertos privilegios en cuanto a su autonomía de gasto. Con todo, Amador sostiene que intentar corroborar esta historia con la directora carece de sentido: seguro que Isabel Ternero no recuerda nada acerca del tema. Maniobra contraproducente, caso de llevarla a cabo: no conseguiríamos ningún dato adicional, y pondríamos de manifiesto que el muro de silencio no es tan perfecto. Y conviene que se nos siga suponiendo en la inopia.

Me comenta Amador que una línea de acción podría ser bucear en el jaleo de los ensayos clínicos. E insiste en que ese laberinto no se entiende bien desde fuera; es preciso procurarse un hilo de Ariadna para adentrarse y esclarecerlo. Luci le dijo que ella se encargaría, pero que el asunto parece más allá de su alcance. Al menos, de momento.

Después, el resto. Amador me cuenta que durmió poco esta madrugada. Se levantó con el primer sol y enseguida le pegó un telefonazo a Luci, que aún estaba de turno. La informó de que quería rastrear la cuarta planta en lo que pudiera, dado que está en funcionamiento. Y reitera: «el maletín, Pepa, el dichoso maletín…». Luego se echa un trago y suspira con hondura. Se toma una pausa eterna mientras observa la espuma de la cerveza. Como si esta le recordase las olas del mar sobre sus pies, allá en la playa. Al cabo, rompe el silencio para repetir la letanía: «el maletín, Pepa, el maletín de cuero…». Como si lo invocara para que emergiera de la cerveza al modo de una botella depositada en la orilla por el mismo mar. Una botella cubierta de incrustaciones que, rota al fin, nos ofreciera un mensaje que lo aclare todo.

Porque, para Amador, ahí está la clave. A saber: aquella madrugada, Beneyto surgió de las sombras llevando su maletín. Atravesó la batalla acunando dicho objeto como si se tratase de su bien más preciado. Según contó la enfermera, lo tenía consigo al ser evaluado en *triaje*. Lo

tuvo sobre sus rodillas en todo momento mientras esperaba en la sala de espera. Entró con él a que lo viera la residente hasta la llegada de la Llopart. Cuero contra la piel, de la mano o al pecho; no consta que lo dejara a los pies ni un solo segundo. Luego, a admisión con la Llopart. Pero el maletín siempre en mano. Todos los testigos rescataron la misma imagen de la memoria.

Más tarde, en el ascensor con la Llopart, de camino a la sexta. Y después, la Llopart sola, con el maletín a la cuarta. Lo recordaba con precisión la *peculiar* limpiadora. Fue la primera vez que Beneyto se separó del objeto. Sin embargo, la Llopart salió de la cuarta norte sin él. También eso quedo grabado a fuego en los sesos de la mujer de la limpieza. La estancia de Meritxell Llopart en la cuarta norte duró — estimamos — un minuto, poco más. Luego, nada. Su vuelo a la muerte. De cabeza a la sala de autopsias, y nunca mejor dicho.

Luci se ha empeñado en este asunto. Tras la llamada de Amador, ha verificado quién estaba de turno en la cuarta norte aquella madrugada. Y ha conseguido sus números de móvil. Con esta información, Curro ha interrumpido su descanso dominical y se ha puesto a llamarlos. A ver si alguno vio u oyó algo extraño. Respuesta uniforme: nada. O nada hasta el asesinato, claro está. Porque aquello puso a la Mole patas arriba. Pero se constata la existencia de la calma más absoluta hasta el momento de la tragedia. Con una ventaja respecto a otros entornos: en un control de enfermería — y mucho más en el turno de noche — nadie está solo. En todo momento, se controlan los unos a los otros. Y se suelen conocer bien; son compañeros desde hace cierto tiempo. Con lo cual el dato adquiere más seguridad: nada fuera de lo normal.

—La Llopart le pasó el maletín a algún paciente. O a su acompañante — le digo a Amador —. Tenían que estar esperándola.

—Bravo — me sonríe este —. Pero también podría haberlo escondido con la intención de recuperarlo en otro momento.

—Si nos ponemos a pensar en todo, igual convino con alguien dejarlo en algún escondrijo con la idea de que esa persona fuera a buscarlo cuando pudiese.

—Excelente, Pepa — nuevo trago de Amador y mirada al vacío —. Entre el lío que se formó con el asesinato y, más tarde, el cambio de turno, es el escenario ideal para que nadie se percatara de la presencia del maletín. Si alguien lo recibió, lo hizo desaparecer, sin más. Y si la Llopart lo escondió en cualquier parte, Luci afirma que no consta nada. Y mejor que no conste. Porque… ¿Qué me dices del «Satanás» de urgencias?

—Esa limpiadora no anda buena de la cabeza.

—Estoy de acuerdo, pero cuadra con lo que nos dijo la de la voz de pito.

—Otra que también está para que la encierren — le replico —. ¿De dónde se las traen?

—Pocos cabos de donde tirar. Y si me los quemas…

—No sé lo que vieron ni lo que creerme, Amador.

—Que Satanás existe — el tipo se guasea de mí en toda mi cara —. Le pasa como a las meigas: «*haberlas, haylas*». Pero hace falta ser meiga para reconocer al macho cabrío.

—Me tomas el pelo; esto es serio — digo, y creo que la irritación se me nota.

—En serio te digo que en urgencias había un nota que venía tras Beneyto y no le quitó el ojo de encima; Satán o no, es otra cuestión. Lo que aún no sé es si iba a por él o tras su tesoro más querido.

Las palabras se secan en la boca de Amador. Probablemente porque, antes, se le ha agotado la fuente de las ideas. Acude Juani, cojeando. No la terminan de llamar para cambiarle la cadera.

—La lista de espera, hija… ¡Qué fea es la vejez! ¿Os saco una de paella, que acaba de salir?

Asentimos los dos con alegría. A ver si con la manduca se revuelve el torbellino de las asociaciones. Nuevas hipótesis y posibilidades; otras directrices, más terrenales y menos demoníacas. Amador apura su *cerve* y suspira otra vez:

—El maletín, Pepa… El dichoso maletín de cuero… — de inmediato se interrumpe para echarle un vistazo a su móvil —. Whatsapp de Luis: ya tenemos un ventanuco en la fortaleza del Parlamento. Una grieta por donde penetrar.

21. Una Grieta en el Muro

Lo que voy a contar a continuación os va a resultar familiar. Sin embargo, vale la pena detenerme unos minutos en aclarar dos o tres cosas. En parte, porque guardan relación con algunos detalles que aún ignoráis. Pido disculpas; el trajín policial no me ha dado resuello para comentar todo lo que habría debido.

Al volver del Algarve, bastaron dos palabras de Laureano para que Amador se hiciera una imagen precisa del berenjenal en el que se estaba metiendo. Y dos palabras más, con un móvil prestado en el área de descanso de la autovía, para que el viejo madero organizara una reunión allá donde nuestro jefe no tuviera ojos ni oídos. Pero el propósito iba mucho más allá de la reunión: se trataba de contactar con Luis Martín a través de su ama de llaves. Esta es una mora de la morería, habitual del bar de Trini — y amiga suya —; una vieja conocida de Amador y Luci.

Pero vamos a por Luis, del que alguna noticia tenéis ya. No lo conozco, pero como si fuera de la familia; Amador lleva tiempo hablándome de él. Podría despachar el asunto con que se trata de uno de sus contactos, bien ubicado en las alcantarillas aristocráticas de la ciudad. Sin embargo, me es del todo imposible engañaros con medias verdades: la relación entre Amador y Luis no es de simple contacto. Porque, sin la fuerza del ascendiente, el milagro no habría cuajado. Pero todo a su tiempo, como veréis enseguida.

Luis es *tiernecito*, para qué os voy a decir otra cosa. Y tiene sus rarezas — mucho más de lo habitual —. Profesa una sincera fe católica, apostólica y romana, y desempeña un cargo de relieve en una de las más enraizadas agrupaciones sacramentales de esta ciudad. Esto se considera aquí perfectamente compatible con su pertenencia a uno de los linajes más conspicuos del Partido Popular Progresista local. En plata: lo que llamamos el Partido, sin más. Insisto en ello, por si alguno se me despistó al pasar las páginas.

Lo importante es que Luisito viene presenciando reuniones y cenas de todo quién del Partido desde que llevaba pañales. Y, por tanto, que ha sido testigo a su pesar de discusiones o de la siempre conflictiva confección de listas electorales, sea porque estaba castigado en su cuarto, o porque se quedaba jugando con la colección de *Nancys* de su hermana Paula (antiguo alto cargo del Partido, fallecida en accidente

de automóvil; otro día os cuento algo más acerca de las *peculiaridades* de esta mujer, descanse en paz).

A ver: a estas alturas ya habéis intuido que Luis no muere tras escotes, taconazos y labios insinuantes pintados de rojo carmín. Sin embargo, hay ciertos aspectos acerca de él que tienen la consideración de materia reservada — y Amador me insiste en que no salgan de estas líneas —. Solo para vosotros, y me guardáis el secreto: Luis ha mantenido amores inconfesables con dos o tres varones que no tienen poder, pero que saben cosillas acerca de otros dos o tres que sí mandan, o mandaban hasta hace muy poco. Y disponiendo Luis de pruebas documentales de sus arrebatos pasionales — alguno que otro con señores felizmente casados y con hijos —, asegura que sus examantes estarían más que dispuestos a facilitar información fehaciente acerca de los poderosos, sea en activo o en el retiro. Como, por ejemplo, las cuentas de Rosendo Beneyto, hasta ahora blindadas contra hackers tipo Paco Chaves por orden de Su Majestad, la Reina del Parlamento y el Gobierno Regional. Sin que nuestro Beneyto tenga nada que ver en tal red de amoríos, que todo hay que decirlo.

¿Que cómo logró Amador la colaboración de Luisito? Mejor que se lo preguntéis al mismo Amador. Aunque este me comentó que algo sabéis al respecto. Aun a riesgo de aburriros, os diré que Luis Martín anda escaso de afectos y seguridades. Se crio sin papá y con una mamá lejana y fría, entregada a lo peorcito de la vida del Partido. Lo acunó su hermana Paula, que le sacaba algunos años. Fue esta la que le detectó pronto su homosexualidad, sin concederle la menor importancia. Advirtiendo la fragilidad de Luis, Paula le diseñó una existencia acomodada entre la Agrupación Sacramental y la Universidad. Sin embargo, al joven se le torcieron algunas cosas en el camino, aunque esa es otra historia. Solo decir que en aquella tesitura terció Amador, de cuyo estilo ya vais teniendo noticias. Visto desde fuera, cualquiera diría que manipuló a Luis con tal de aclarar un caso. Pero a los hechos me remito: donde un hijo de puta tipo nuestro jefe genera miedo o resentimiento, Amador va sembrando la vida de agradecimientos.

En cualquier caso, lo de ahora se antojaba radicalmente diferente a lo de aquel entonces. Hasta este momento, Luis no había tenido que entrar en conflicto abierto con sus lealtades. Lazos que, digámoslo de forma clara, no son poca cosa: el Partido aquí funciona como *una vera famiglia siciliana*. Hace décadas que dejó de luchar con el Estado para colonizarlo con singular eficacia. Conseguir hacerle una grieta a este bloque por mor de una amistad reciente suponía un desgarro mayúsculo para Luis.

A estas alturas, Amador aún me sigue sorprendiendo. ¿Manipulador…? Decídmelo vosotros. A mí me parece que confrontó a

Luis con un dilema de conciencia y de coherencia política y religiosa. Y, al hacerlo, nos permite avanzar en una investigación criminal. La verdad es que le doy mi aprobación, cuando no mi admiración por la sutileza de sus procedimientos. Pero quiero oír vuestro juicio. Luis, por su parte, solo espera el de Dios — cuando le toque, que tampoco hay que correr para eso —. Pero me da la impresión de que, a día de hoy, el joven cree estar mejor dispuesto para afrontar el dictamen del Altísimo. Y, por ello, su conexión con Amador es, si cabe, mucho más intensa que antes.

22. Un Pen-Drive en la Kasbah

Una vez más, me descubro ante Amador: sacar un activista de un atildado *señorito*. Pero, permitidme un matiz: el Luis actual es más *topo* que *maquis*. Claro que, dadas las peculiaridades del caso que nos ocupa, lo primero es mucho más conveniente.

«Para lo que tenemos entre manos, y para lo que está por venir», como decía Amador. Luego, este me contó una extraña pirueta. Según me dijo, no es aconsejable que Luis chantajee a sus correligionarios. Ello nos lo pondría en la lista negra, inhábil para cualquier otro asunto, más adelante. «Para lo que tenemos entre manos, y para lo que está por venir», insistía Amador entre dientes, no se sabe si riendo o masticando las palabras.

Así que él y Luis — pero sobre todo Luis — idearon una historia aun más enrevesada: que este obraba a instancias de la propia Berta Frías, que se temía que varios boyardos del Partido estuviesen urdiendo una conspiración. De hecho, los ambientes palaciegos estaban más que caldeados con los recientes acontecimientos. En este contexto, se ideó que era la misma Berta — que de ningún modo podía ser contactada — la que requería extraoficialmente a un par de individuos toda la documentación encriptada del «caso Beneyto». Y que no podía hacerlo de otro modo, a riesgo de quedar seriamente comprometida. Según se les dijo a estos dos — antiguas «locuras» de Luis, como ya os comenté —, la gente del entorno de Berta tenía que analizar las implicaciones del «caso Beneyto» mucho antes de que la información cayera en manos de la jueza. Algo que, según se desprendía del tufo del juzgado, estaba a punto de suceder.

Dicho y hecho: cuestión de confianza, asunto de *famiglia*. De mano en mano, pero siempre dentro del Partido: un *pen-drive*, un dispositivo de memoria pequeñísimo, pero capaz de albergar millones de datos de modo organizado. Todo lo relacionado con Beneyto… y mucho más. Las manos que compartieron pasión, comparten ahora información ultrasensible, sin querer compartir una última mirada de complicidad. Como susurrando: «yo no te he dado nada, Luis… Si algo trasciende, llevo la tira sin verte». No andarían los tipos demasiado seguros acerca de la veracidad de la historia de Luis sobre el entorno de Berta. Pero, vista la delgadez del hielo sobre el que patinaban, era mejor no hacer demasiadas averiguaciones.

Y a eso voy ahora, al bar de Trini. A conocer al tal Luis, por fin. Por lo que me cuentan de él, seguro que lo asusto al hablar, por muy preñada que esté una. Laureano me acaba de confirmar que lo acaba de recoger en el centro histórico, donde vive. El joven no se atreve a salir solo, y mucho menos acercarse a la Kasbah, por mucho que le gusten los moritos guapos. Gay sensible, que no aparatoso; es muy probable que se nos arrugue en un ambiente tan rifeño. Mejor bien acompañado, con su valioso *pen-drive* en el bolsillo.

***

Confieso que Luis no me entusiasma; no me gustan los hombres tan asustadizos. E intento abstraerme del hecho de que sea gay. De hecho, el asunto no es aparente. O «no tiene pluma», como se dice vulgarmente. Por destacarle una cualidad, elegante sí que lo es, el muchacho. Se nota que ha cuidado cada pieza del atuendo, desde los mocasines — ni una mota de polvo — hasta los gemelos dorados de los puños. Y ha tenido que perder peso en los últimos tiempos. Porque, de lances previos, Amador me lo describía como un poco pasado en este sentido. Y el joven que tengo delante está perfecto, palabra. Pero se le advierte enseguida que está como un pez fuera del agua. Es la mirada huidiza: a la puerta, a la barra, a las muñequitas de flamenca… Luego, a la bandera preconstitucional, sobre la puerta de los servicios. No entiende nada, y se le nota. No comprende tanta parafernalia «facha» en el corazón de la Kasbah, en la ciudad que lo vio nacer. Y después, un moro que entra y otro que sale. Demasiado estrés para sus frágiles nervios. Demasiada gente nueva. Gente por lo demás de gesto adusto, como Laureano y yo misma. Y, sin poder echarse un pitillo para aliviarse la ansiedad, comprendo que poco le falte a Luis para echarse a llorar.

El *pen-drive* sobre la mesa. Fue lo primero que hizo, sin atreverse aún a mirarnos a los ojos. Luis gritaba en silencio: «¡ahí lo tienen… dejen que me vaya!». Pero no se atrevía a abrir la boca. Solo huía con la mirada; lo acabo de decir. Enfrente, los ojos azules de Amador, atrapando la oscuridad de los suyos. Como pretendiendo sosegar su espíritu atribulado, reiterándole que no traiciona al espíritu de *famiglia* con que lo acunaron y lo amamantaron.

Trini, lejos; prudente como siempre. Sabe de sobra que le está prohibido acercarse hasta la señal de Amador: un simple parpadeo y, luego, una mirada a Luis. La mujer se aproxima, risueña, y se les dirige con el habla típica de la ciudad, tan familiar para Luis:

—¿Qué van a querer los señores?

Piden todos. Luis se queda para el final. Pero duda. En este momento, duda hasta de sí mismo.

—¡No te lo pienses tanto, *shiquiyo*! — ríe simpática Trini —. Me propuso amores mi Pepe, que en gloria esté — se santigua —, y no me lo pensé ni un momento *asín*. ¿Tú sabes lo malamente que está la cosa, ahora y entonces?

La espontaneidad de Trini consigue el milagro. La sonrisa se instala en el rostro de Luis. Al final, pide un té a la yerbabuena. No podía ser de otro modo, estando en la Kasbah.

—Te lo *viá poné* como no se lo toma esta gente en Xauen… Y te *viá traé* unos dulces de miel, almendra y canela que te vas a chupar los dedos, chaval… ¡No te digo más!

Pasa un minuto. Pasan dos. Viene Trini con las cosas y se va. Amador empieza a charlotear de esto y de lo otro, de chorradas sin ton ni son. Me pongo nerviosa, pero me meto los nervios en las tripas. Menos mal que ya no me dan los vómitos. Vuelve Trini, se nos sienta un rato y cuenta uno de moros. Carcajada general. Era simpático, el chiste; no tenía mala leche. Luego se vuelve a ir. Y el milagro sucede: el *pen-drive* habla. Lo hace por boca de Luis.

—Es la hostia, y que Dios me perdone por la blasfemia — suelta el joven mirando al pequeño objeto sobre la mesa.

Silencio general. El oráculo acaba de abrir la boca.

—La persona que me lo entregó me dijo que ahí hay dinamita como para volar el Gobierno Regional.

Cuatro pares de ojos como platos. Laureano parece una estatua, aquí al lado. Amador iba a decir algo, pero ha optado por contenerse. Conociéndolo como lo conozco, creo que está buscando las palabras y no, no las encuentra. Trini, quieta sobre la barra; acaba de percatarse de que algo terrible está pasando. Y yo, mudita como cuando me cogían copiando en un examen.

—Bueno — suelta Luis con una medio sonrisa tensa —, lo de dinamita es una suposición de mi compañero; una forma de hablar. En cualquier caso, anticipa que les van a hacer falta tiempo, ganas y un equipo de expertos para analizar todo lo que hay ahí dentro.

Escucho a Luis, y no puedo sino reprimirme la sonrisa. Me imagino a Paco Chaves destripando los datos dentro de unos minutos.

«Sí, Luis; nosotros disponemos de un cerebro capaz de hacerlo en un tiempo récord, y con una solvencia que ya querría la antigua CIA. Y lo mejor, sin que el idiota del Brito se percate de que, bajo sus pies, se acumula la dinamita necesaria para volar a un Gobierno. Si el *pen-drive* responde a las expectativas, claro está».

Se siente una rescatando el espíritu de Guy Fawkes. Pero esperando que los conjurados de hoy tengamos mejor suerte que aquel desdichado.

23. La Caverna

Es peculiar, la vida de Paco Chaves. Apenas distingue la noche del día. Morador eterno de las sombras, se levanta siempre antes del alba. Lo demás depende de la estación: en verano, recibe las primeras luces del día, y en invierno, la oscuridad más absoluta. Si acaso, la luz lunar y un frío que sube de la tierra y le cala los huesos hasta la médula.

Hoy no es un día diferente en su rutina vital. Se despierta el hombre contento: le ha vuelto a ganar la carrera al sol. Tiene interiorizada la enseñanza de su abuela: «a quien madruga, Dios le ayuda». Luego, bosteza en la cama sin hacer ruido y mira a su derecha, al bulto tierno que le hace su Paqui. Paco y Paqui: no son casualidades del destino. Nueve años de novios y, después, varias décadas de matrimonio. La deja ronronear en la profundidad de su sueño: debe ser de lo más dulce.

De la oscuridad del dormitorio a la penumbra del cuartucho, sea en el sótano de casa o en la Jefatura, según convenga. Lo hemos consignado páginas atrás. Horas y más horas hurgando en ficheros ajenos, a miles de kilómetros de distancia. O tal vez solo a diez metros. Pero quizás estos sean los peores, protegidos por blindajes mucho más difíciles de allanar.

Los que quieren a Paco — que son muchos — saben que es así, el hombre. Una cueva subterránea por reino. Una mesa con varios dispositivos electrónicos, un bloc o dos, y un lápiz o un boli, depende. Y, sobre uno de los blocs, campan a su antojo hordas de garabatos ininteligibles, donde se entremezclan trazos sin sentido y abreviaturas inventadas para la ocasión. Luego, se intuye que se cabrea y lo tacha todo con rabia. Hace un gurruño del papel y lo arroja al suelo, para comenzar de nuevo. Así se conforman las estructuras imposibles del paraíso del friki-hacker. Y, por tanto, las desesperaciones de su señora. Que lo soporta solo por amor desde los quince, cuando los amores son eso, amores, y resisten pruebas imposibles. Como el paraíso del friki.

Pero no todo en Paqui es un amor estoico, resignado. Su Paco la quiere a morir; la adora a su modo, y ella lo sabe. A lo largo del día, de modo inesperado, la mujer recibe un whatsapp suyo. Un par de palabras. Por ejemplo: «demasiado oscuro». Cualquier cosa que se le pase por la cabeza a este ermitaño. Pero solo se le ocurre remitírselo a ella, y a nadie más. Porque lo otro, lo oficial, las conclusiones —

incluso las apresuradas —, se las envía a Pepa. A su Paqui le manda confesiones personales, cosas de ellos dos. «Hace calor», «me duele el cuello» u «hoy sí vuelvo antes», donde «antes» significa las once y veintiséis de la noche, comer algo juntos, un rato de descontrol en el lecho — a esa cita no falta —, y seguir currando un ratillo más en la cueva de casa. Hasta que el plomo se le acumula en los párpados, y el hombre se va rendido a encontrarse con el mismo ronroneo que dejará al levantarse, antes del alba.

Tras lo de Luis, en la Kasbah, Pepa se quedó intranquila. Corrió a entregarle la «dinamita» a Paco, no sin antes hacerle una copia de seguridad. En el sótano de la Jefatura, los ojos atónitos de este recibían el material y oían el relato de Luis por boca de Pepa. Otra copia de seguridad y, después, un silencio sobrecogido. No se le traspasan a uno todos los días las cuentas ocultas del gobierno regional. Con esto, Pepa no consiguió aliviarse el desasosiego. Ponía sobre las espaldas de Paco un inmenso bloque de granito, a escudriñar con premura de tiempo. La agente no disponía de más personal ni mejor. Solo podía callarse la boca, y esperar. No le cabía la menor duda de que Paco se dejaría en ello los ojos, la piel y los sesos.

Por otra parte, la «Operación Jaula» se agota. El dispositivo de «caza al hombre» es caro, difícil de mantener en el tiempo. Pepe Brito ha ocupado portadas de noticiarios, asegurando que Beneyto sería capturado y puesto a disposición de la Justicia. De este modo, el crimen de Meritxell Llopart sería aclarado, y — lo que es más importante — él mismo estaría en una situación inmejorable para culminar su ascenso. Tal vez con el objetivo de promover su salto a la política, por supuesto dentro del Partido.

Desafortunadamente, Beneyto sigue tragado por la tierra. Hecho este bastante enojoso tanto para Pepa como para su jefe, aunque por motivos bien diferentes. Así, mientras que para este se trata de la frustración de sus ambiciones, para la primera es un desafío profesional. Pero Pepa, además, añade a sus cuitas dos brazos de tenaza: por arriba, la presión inmisericorde de su jefe que, ante el fracaso de la «Operación Jaula», busca en ella el chivo expiatorio que presentar ante la superioridad. Y por debajo — por hablar de algún modo —, la dulce presión de su Mario que le ruega, una y otra vez, que acepte que esta hostia no merece la pena en su estado actual. Que se lo pase al que sea y que se dé de baja por cualquier nimiedad.

Y ahora, seis pisos por encima de la caverna de Paco en la Jefatura, Pepa tiene que rendir cuentas ante la superioridad. Otra cueva, la de Pepe Brito, pero esta de ambición y mala baba. Preferible la primera, sin lugar a dudas. Aunque el sol solo se vea en la foto del fondo de pantalla.

El despacho de Brito, en cambio, es amplio, luminoso. A través del

ventanal, sobre el horizonte, se recortan las siluetas de la Mole y el Parlamento. Como si quisieran hacer más perentorias las exigencias del momento. Sobre una de las paredes, el tipo tiene enmarcada la camiseta del equipo de fútbol de sus amores. Encima de la mesa, una foto de sus hijos — la mujer desapareció de su vida hace ya tiempo —. El hombre está, pues, como en casa.

Al llegar, Pepa se encuentra con la puerta abierta y Brito sentado, vuelto hacia la pantalla del ordenador. La mujer le da los buenos días, y permanece de pie, esperando la venia. Y ahí se queda dos o tres minutos, como si fuera una simple mosca, revoloteando. Al cabo, Brito se percata de que ahí anda la preñada, y le señala una silla con displicencia, sin dignarse apenas a mirarla. El tipo sigue a lo suyo durante unos quince minutos más. Recibe una llamada telefónica — la nonada de un amigote —, que resuelve al milímetro. Concluye su historia y sigue tecleando, antes de soltar en un hilo de voz:

—Dime, Pepa.

—¿Qué quieres que te diga?

—Cuándo lo dejas — Brito sigue tecleando sin mirar a su interlocutora.

—¿Cuándo dejo el qué, si puede saberse? ¿El Cuerpo Nacional de Policía?

—Mira, sería una decisión acertada — el tipo sigue impasible, sin levantar el tono.

—Seguro que no me has citado para que charlemos de mis decisiones personales — responde Pepa, airada.

—Seguro que no — le corrobora el jefe, sin dignarse aún a mirarla.

Otra llamada. Es su prima, que le felicita el cumpleaños. Que es hoy, por cierto. Pero Pepa se guardará de sumarse a las felicitaciones. Un rato largo, la prima y el tipo, hablando de los viejos tiempos. Después, el silencio. Solo los teclazos. Y el ruido que sube de la calle.

—Quiero tu renuncia a seguir en lo de Meritxell Llopart y Rosendo Beneyto — le suelta Brito, mirándola fugazmente por primera vez. Luego, de nuevo al teclado.

—¿Ya tienes un sustituto?

—Cosa mía — murmura el hombre —. Tu renuncia. No vales para esto.

—Tampoco a ti te ha ido muy bien con lo de la jaula.

—Cosa mía — se reitera el jefe, irritado —. Tu renuncia. Ahora mismo.

—Échame tú, Brito — Pepa apaga la voz hasta el susurro —. Si tienes cojones.

—Testaruda… Como todas… Siempre tienes que quedar encima.

—Pues tú no eres como todos los tíos, que lo sepas, cabronazo — un hilillo de voz, pero el tono ensordecedor —. Que he formado un

equipo de tíos inteligentes y generosos; gente con la que da gusto trabajar. Y voy a aguantar lo que pueda, por ellos. Y ahora, a ver si puedes demostrar que te estoy diciendo que eres un hijo de la gran puta… Un mal bicho y una mala persona. Un chupaculos y el peor profesional que me echado a la cara en mi perra vida.

«Es imposible que me lo haya grabado… ¡Por Dios, que a gusto que se queda una! Así me mande a clasificar partes de tráfico…».

24. ¿Una Tarjeta… Black?

Así que esas sombras que se mueven en la pantalla del ecógrafo son mi criatura. La que llevo en la barriga desde hace unas quince semanas, más o menos. La ginecóloga va radiando los hallazgos, comentándoselos a mi Mario, fijo al pie de la camilla.

—Mira cómo se lleva la manita a la boca, Pepa…

Él sí se acuerda de mí; menos mal. Pero solo tiene ojos para la pantalla, para su nene o su nena, que aún no se sabe el sexo. Pero a Mario la cuestión le da lo mismo. Ya se le está cayendo la baba por el mentón, y más que se le tiene que caer hasta el parto. Míralo ahí: poco le falta para echarse a llorar de felicidad.

Tengo que reconocer que esta tipa me hace perder la paciencia. Insiste en darle toda la información a él, antes que a mí: la próxima cita, los cuidados prenatales, la analítica… A punto estoy de soltarle una fresca. Y ya sabéis que tampoco hace falta demasiado para sacarme de mis casillas. Ayer lo visteis con la cucaracha que tengo por jefe. Que no se atrevió a cesarme, ahora que el tipejo sale a colación. Y no lo ha hecho porque, de atreverse, sería él, en persona, el que tendría que asumir el peso de la investigación, al cancelarse la «Operación Jaula». Y a Brito, eso de pisar la calle, como que no le apetece. Para el menester, tendría que reclutar sobre la marcha a un sabueso baqueteado. A Amador, por ejemplo, si no estuviera «de baja». Y al mal bicho le tiembla la mano ante eso de traerse a otro todoterreno fogueado, capaz de airear sus vergüenzas organizativas. Me imagino, por tanto, que la víbora de la Jefatura habrá resuelto que lo mejor es quedarse como está. Lo de ayer fue un farol de los suyos, sin duda. Pero se arrugó enseguida, como suele hacer. Por no saber, la mala hiena no sabe ni jugar al póker. Lo que se dice un mierda, digno acreedor del repertorio que le solté en todo el morro y que se tuvo que tragar, palabra por palabra. Os tomo por testigos de lo dicho.

Pero me voy del asunto, una vez más. Ahora sopeso por qué la ginecóloga se dirige a mi Mario, y no a mí. Y es que es manifiesto que tengo la cabeza en otra parte, y tengo delegados los asuntos de mi embarazo. No, la mujer no le tira los tejos a mi chico; estoy desvariando. Ella sí que está donde debe, y se acaba de percatar de que servidora solo está aquí de vientre presente. Tendrá que perdonarme, pues, mis pensamientos hostiles. Además, creo que ya os

he confesado algo acerca de mi tendencia misógina. No es porque sí; tuve malas experiencias al respecto. Pero las que voy acumulando con mi superior jerárquico van equilibrando la balanza a pasos agigantados.

¿Cómo voy a tener la cabeza en mi barriga, cuando la tengo en el sótano de la Jefatura? A primera hora, mi móvil estaba atascado por una ristra de whatsapps de mi Paco. Me vi obligada, pues, a leerme el uno tras el otro, a forzarle a dar las debidas aclaraciones, a poner en orden la causa y el efecto, y a confeccionarme un resumen con que organizar una estrategia de trabajo. Todo ello de modo provisional, porque la criatura tiene ahí para entretenerse hasta el día del Juicio Final.

Cualquier chufla soltaría que Paco se está planteando ponerle un catre a su Paqui allí abajo, e instalarse una cocinilla para los dos. Ya se asean luego de cualquier modo en los servicios de la Jefatura. Parece pitorreo, pero, del Paco Chaves, me espero eso y más. Sin embargo, lo fundamental está conseguido: con el dichoso *pen-drive* se acaba de abrir la caja de Pandora. Ahora tenemos una locomotora en marcha en el sótano de la Jefatura. Solo le hace falta un cargamento de café, leerme todos sus whatsapps para rebatir sus hipótesis alocadas y, aspecto no menor, asegurarme de que pase por casa todos los días. Porque el hombre tendrá que hacer un mínimo de comidas y un aseo en condiciones. Con todo ello, el éxito está garantizado.

En este sentido, hay que destacar que, entre las innumerables ventajas de Paco, está la de ser madero antes que analista de datos, y detective antes que *friki*. Por tanto, comprende a la perfección que no podemos esperar un informe definitivo de su actuación — dentro de dos o tres años —. De este modo, va emitiendo impresiones o hipótesis según sus aproximaciones, con el objeto de orientar nuestros pasos. Acciones que, además, servirán para proporcionarle más datos que analizar. Por si no tuviera bastante, la criatura. Solo por su compromiso con la causa, ya tengo todos los requisitos para proponerlo para una estatua. A él, con su Paqui. Los dos de la mano; como en la vida. El Brito no nos puede paralizar la máquina porque no dispone de alternativas, ni tiene pajolera idea de cómo montar algo remotamente parecido. Así se trague carros y carretas de su propia soberbia e incompetencia.

A veces, Paco me habla como el Evangelio: me larga una frase genérica, y luego cae en la cuenta de que no la entiende ni él mismo. Entonces, realiza una especie de exégesis, y la cuestión va encajando en mis sesos, mal que bien. Otras veces, Paco me graba un mensaje de voz infinito, que tengo que oír dos o tres veces para intentar comprenderlo a medias. En uno de ellos, empieza a relatar algo acerca de *tarjetas black*, ligadas a distintas cuentas, cuyo titular es siempre el gobierno regional.

Según me cuenta, las tarjetas black tienen una intrahistoria conocida solo por los versados en la materia. A ver si consigo transmitiros la sustancia de lo que me acabo de enterar. Las tarjetas de marras fueron ideadas por las grandes empresas, representadas de un lado al otro del mundo por ejecutivos voraces. Tipos estos que tienen que comer, alojarse e invitar, y hacer todo ello a cierto nivel, claro está. Se trata de gente que hace ganar millones a las empresas; había que facilitarles un mecanismo con un margen de gasto superior a las dietas clásicas, y otro sentido de la flexibilidad.

Con este fin se inventaron las tarjetas black, cuyo nombre representa una realidad: al fin y al cabo, se concibieron como un dispositivo opaco para el fisco. Esta peculiaridad, por tanto, facilitó que se convirtieran en una forma de incentivar o premiar a los ejecutivos más valiosos. De este modo, era imposible controlar si un gasto vehiculado a través de una tarjeta black — por sustancial que fuera — cubría un desplazamiento de trabajo o un coche de alta gama, comprado por antojo. O si se trataba de pagar los cargos en una sucesión de boutiques de gran lujo por capricho de una nueva amante. O si se estaba liquidando una juerga en un burdel de alto standing, invitando a los amigos para celebrar una victoria del equipo de fútbol común. U otras mil combinaciones, abundando en perversiones y detalles escabrosos. Todo esto me lo explica Paco con una paciencia digna de encomio, para introducirme a lo que verdaderamente tiene enjundia.

El gobierno regional, como parte de las administraciones públicas de este país, ha jugado a comportarse como una gran empresa. En este sentido, tiene sus ingresos y sus gastos — y dentro de cada categoría, los hay confesables e inconfesables —. Para gestionarlos, el gobierno dispone de un equipo de ejecutivos. Y ahí vamos.

Como afirma Paco, los altos cargos actúan en parte a la luz de la legalidad y en buena parte a la sombra, engrasando ciertos engranajes para que funcionen del modo más conveniente. Y, de modo nada sorprendente, el lubricante del artilugio es el vil metal. Afortunadamente, Paco tira por un atajo y me alivia los detalles más farragosos de sus pesquisas. Pero me lo imagino analizando datos, y cotejándolos luego con sentencias y noticias, durante horas y horas. Y ello es solo lo que se desprende de un análisis superficial de lo almacenado en el *pen-drive*.

Paco subraya que Rosendo Beneyto es tan solo una de las figuras destacadas de estos moradores de la sombra del *régimen*. Las cifras hablan por si solas: empezó cotizando a la seguridad social de administrativo, a los diecinueve, y a los veintinueve era alto cargo. A los cincuenta y cuatro ya tenía cotizado el máximo; podía prescindir de formalidades, y lo hizo. A partir de ese momento, no ostentaría cargo ni nómina. Todo sería mucho más fácil: cobraría siempre a

través de una tarjeta black, cuyo límite sería secreto, incluso para Berta Frías. Aspecto este que permite extraer una conclusión, según Paco: Berta no es la que más manda en este cotarro, sino tan solo una persona interpuesta, útil a los efectos de lo que se disponga. El o los verdaderos responsables actúan desde la comodidad del anonimato. Así comprendemos mejor el comentario del correligionario de Luis al pasarle el *pen-drive*: que no había en el entorno de Berta una sola persona capaz de descifrar la maraña. No se equivocaba, el cortesano. Solo que los datos no fueron adónde el tipo creía, sino a Paco Chaves, capaz de extraerle las tripas y sacar conclusiones concretas.

Al final, de entre la miríada de datos, Paco Chaves ha entresacado los movimientos de la tarjeta black que ha nutrido las idas y venidas de Rosendo Beneyto durante los últimos años. Ahora sí que podemos trazar sus pasos: restaurantes, gasolina, hoteles, billetes de avión y un larguísimo etcétera, factura a factura.

Es peculiar, la vida del individuo. Vive en alquileres de lujo, de aquí para allá, con cargo al erario público, pero fuera del control del fisco. Paco hurga, esculca, escudriña y coteja los datos. Beneyto alterna la vida en pisos céntricos de trescientos metros dotados de jacuzzi y gimnasio con chalets en urbanizaciones exclusivas. No se priva de nada, sin permanecer demasiado tiempo en un lugar concreto. Viaja a menudo al extranjero, con los más variados destinos, frecuentando especialmente Marruecos. Se aloja siempre en hoteles de cinco estrellas gran lujo, donde alquila berlinas de alta gama, servicio de chófer incluido. Según se deduce, representa al gobierno regional dentro y fuera del territorio, sin que le conste cargo oficial en el organigrama.

En todo este maremágnum, Paco destaca un gasto fijo, una transferencia periódica y abultada. No me preguntéis ahora cuánto, que no logro recordar. Pero cuando me lo dijo esta mañana, a punto estuve de caerme en la ducha, del mismo mareo. Parecía que Beneyto engordaba mes a mes la cuenta de cierta empresa. Poco después, Paco me envió el número de la cuenta en cuestión. Como si los dígitos del IBAN, tomados de modo aislado, tuvieran el don de decir algo. Paco me insistió en que tenía que personarme en la entidad, permisos judiciales en mano, a ver qué, cómo y desde cuándo. Que él no tenía autorización para descolgar el teléfono y pedir explicaciones. Además, era del todo imprudente. Podía saltar la liebre antes de tiempo, cercenando la progresión de la investigación.

—¿En qué demonios estás, Pepa?

Joder, es mi chico, al volante. No sé ni cómo he salido del hospital, con los sesos en otro lugar, y he llegado al coche casi sin darme cuenta. Ahora voy camino de casa, como quien dice en Babia, sin percatarme de la sonrisa instalada en la cara de mi Mario. Soy dos,

pues, cabeza y cuerpo; ya lo estáis viendo. La cabeza persigue a un tipo sospechoso de asesinato, aunque Amador no se lo termina de creer. Y si Amador no se lo traga, servidora tiene la obligación de sumarse al escepticismo. Pero mi cuerpo anda a su aire, inconsciente de cuitas profesionales, y felizmente preñado de este guapo chaval sentado aquí al lado, al volante. Más feliz él que mi cuerpo, que todo hay que decirlo.

—En ná… — respondo sin responder.

—Va tó de puta madre, Pepa.

—Lo de mi barriga, sí — tercio.

—¿Y entonces qué te falta? — sonrisa picarona del Mario. De las que exorcizan mi mal humor y me abren a otras posibilidades. Y ya sabéis de qué hablo.

—Ná… Idioteces — respondo sin responder una vez más.

«Al carajo por hoy. Ya pongo al día a Amador dentro de un rato».

25. Treinta Mil Pavos al Mes

Me toma el pelo. La directora de la sucursal se cachondea de mí. Llegué hace diez minutos, estirando la jeta hasta los pies, placa en mano y permiso judicial bajo el brazo. Como acostumbro en los últimos tiempos. Porque no me da la real gana de que el tipo o la tipa en cuestión tenga tiempo de prepararse la defensa si concierto la entrevista con antelación. Así que al asalto, factor sorpresa. Tal y como me lo recomendó Amador. Que, por cierto, no sé a qué se dedica últimamente. Desde el martes no le veo el morro. Andará por ahí, olfateando la calle en busca de pistas.

Mientras vuelve la fulana, os pongo al día de esta milonga. Conecto con lo de ayer: el IBAN que me mandó el Paco, instándome a plantarme en la sucursal bancaria a exigir todo tipo de explicaciones y documentos. Nada más aterrizar por aquí, me topé con la jefa. No tenía ni que preguntar por ella. Una se huele quién manda; es olfato animal. La tipa, vestida de Prada de la cabeza a los pies, medía el alcance de cada palabra emitida a través de la sonrisa enlatada. Dientes perfectos, de ortodoncista prohibitivo. Y después, blanqueados hasta lograr el blanco sepulcro. Seguro que esta es de las que denuncia en falso al pobre diablo del marido con tal de sacarle los ojos. Que no me meto en que sean muchas o pocas, pero que *haberlas, haylas* —como las *meigas* de Galicia —. Y esta es una de ellas, ¿qué nos apostamos? Pepa, contrólate, que te puede la tirria por las tipas escurridizas y refinás.

Que me aparto del hilo, como siempre. Pero aquí vuelvo: le estampé la placa en todo el morrito cursilón, y le ordené casi que pasásemos a su despacho. La individua tenía toda la pinta de ir a tomarse un café, ahí al lado. Y llego yo y la clavo en su asiento, el ademán más que contrariado; la boquita de piñón, estirada como el cuero. Eso: te prefiero así, bonita; de sonrisitas nada, que se me sube la hiel a la boca y me rebosa por los ojos. Y muy poquito me faltaba para colmar el vaso, la verdad sea dicha; fue traspasar el umbral de la sucursal y detectar a la concubina del demonio, pidiéndome jarana.

La dos encajadas, la una frente a la otra. Le saco el IBAN y le exijo toda la información disponible acerca de la cuenta de marras. Sus labios de finolis me espetan lo de la información reservada y, cuando va a soltarme lo de la preceptiva autorización judicial, voy y se la

refriego por toda la naricilla de colegio de pago. Que a ver si se entera, la *pijitonta*: que tiene enfrente a la versión desabrida de la Ley. Que me entrega lo que se dice todo — y volando —, o me la empapelo por obstrucción a la Justicia. No se imagina la imbécil esta cómo me las gasto cuando me levanto atravesada.

La pedazo de inútil me suplica un segundo para pedir parabienes a la superioridad: «esto es de lo más serio, agente». Mira a la remilgadita: por una vez estamos de acuerdo en algo, sí señor. Pero termina por dejarme aquí plantada, más mosqueada que un pavo en Navidad, si cabe. A ver a quién demonios está telefoneando la moza en estos momentos eternos. Aquí vuelve, meneando el culito respingón sobre los taconazos de diez centímetros.

—Ya — el rojo carmín muestra un temblor apenas perceptible —. Es que no es fácil…

Teclea deprisa frente a la pantalla, sin mirarme. De repente, emerge un papel de la impresora.

—Ahí lo tiene todo — escupe la tipa en un hilillo de voz.

Le arranco el papel de las uñas esculpidas, y me dispongo a la lectura detenida, sin dignarme a liberar a la susodicha hasta que me proporcione todas las aclaraciones de rigor. Son pocos, los datos: un fijo, un móvil, un domicilio, una dirección de correo electrónico, un NIF de empresa y un nombre: Sandra Rochefort, Agencia.

—¿La conoce? — le espeto.

—Llevo poco tiempo aquí — contesta.

—Se trata de transferencias mensuales de mucho dinero, ¿ustedes no hacen preguntas?

—Llevo poco tiempo aquí, ya le digo — me repite —. Además, nosotros nos limitamos a cumplir la normativa a rajatabla. El resto, allá ellos.

Le dejo mi número de móvil. Le informo que el asunto es objeto de investigación criminal e insisto en que, caso de que la titular se dejara ver, que cualquiera de las dos contacte conmigo a la máxima celeridad. Me despido con cortesías secas y me largo pitando.

De camino al coche, aprovecho para echarme el broncazo, ya que mi mamá no anda cerca: me dejo llevar por las primeras impresiones con demasiada frecuencia. Sí, lo admito: me relaciono nada más que regular con media humanidad. De modo casual, se trata de los bípedos cabezudos con los que comparto una doble equis en el cariotipo. A ver si alguien me pasa las señas de un buen psicólogo. Y no me vale psicóloga, ya lo estáis viendo.

***

Le envío un whatsapp a Paco con toda la información disponible. A

ver qué consigue de la tal Sandra Rochefort, Agencia. A qué clase de negocios se dedica y desde cuándo está en funcionamiento. Que se centre sobre todo en el número de identificación fiscal. Y que abandone de momento el laberinto del *pen-drive*. Antes de montarme en el coche, se me ocurre echar un cafelillo conmigo misma. *Avec ma solitude*, como cantaba Moustaki. Un momento de intimidad. Me gusta, la verdad. Me permite aclarar las ideas. De hecho, es lo que hace Paco en su cubil del sótano. Y Amador, a su modo, mientras camina por la calle. Le da vueltas a la peonza, estimula las asociaciones. Pues yo voy a hacer lo mismo, recapitulando, analizando, intentando poner las cosas en conexión, rescatando de la esquina oscura hallazgos que parecían no tener la menor importancia.

De repente, una idea me brota de entre los sesos. Debe ser el efecto de la cafeína. Envío un nuevo whatsapp, pero a Mónica Casado, que la tenía olvidada. Me replanteo lo que os decía antes acerca de mi misoginia. Porque le tengo verdadero aprecio a esta chavala. Pero voy a dejar mis malditas manías de género, por tratarse de una solemne estupidez y porque no vienen al caso, que es lo que importa a fin de cuentas. Además, Mónica está en línea y responde de inmediato. Breve intercambio de amabilidades con ella, como es habitual. Ya sabéis que con Mónica no finjo — lo hago poco, en esta vida —. Después, al grano: le suelto a Mónica que necesito que se sumerja a bucear en sus redes de malignidades. A ver qué se sabe de la tal agencia Sandra Rochefort en los mentideros periodísticos. De inmediato, llamada de voz. Es ella:

—¿Pepa?

—Me alegro de oírte, antes de cualquier cosa.

—Yo también. Siempre. Y eso me suena.

—¿El qué te suena, Mónica?

—Lo de Sandra Rochefort.

—Concreta.

—Lo habré oído dos veces, Pepa. Y solo de pasada.

—Estruja los sesos.

—A ver, charlas de bar, tercer gin-tonic; tú sabes cómo son las cosas para una *free-lance* como yo. O le sueltas la lengua a la gente, o no te comes un rosco. Entrevistando a este o aquel del tema de las ayudas al campo — no me preguntes a quién, que ya no me acuerdo —, se le pone a uno la risa floja y me suelta: «aquello lo arregló fulano con una llamada a Sandra Rochefort».

—«Una llamada a Sandra Rochefort…» — repito, como anotando mentalmente.

—Se me quedó el nombre porque me pasó otra vez, pasados unos meses, charlando con otro a propósito de la gestión de un contrato de varios millones para los ordenadores de los hospitales. Una vez más,

salió el asunto: «todas las dificultades se allanaron a través de Sandra Rochefort». Pero ni idea de qué va la historia, Pepa.

«Ni idea de qué va la historia… Pero a la tal Sandra Rochefort le llueven treinta mil pavos mensuales del tesoro público a través de una tarjeta black asignada a Rosendo Beneyto».

26. Maldito Lunes

Maldito lunes, podría decir. Se me ocurre también que podría ser más original o tal vez más divertida, y soltar una ocurrencia. O podría callarme y suspirar, mientras abandono el lecho. Quedarme en ser una más, y sentir lo que sentimos todos al arrancar la semana, a las seis o siete de la mañana, cuando el odioso despertador nos saca del sueño.

Sin embargo, esta mañana no hice nada de eso. Tal vez porque había dormido mal. Cuando al fin sonó el aparatejo, hacía un buen rato que miraba al techo, esperando la predecible visita del timbrazo. Salí de la cama lenta, sin ganas. Ni de quedarme en ella, ni de abandonarla: una sensación extraña. A lo largo del fin de semana no había hecho nada digno de mención; me había fundido con la decoración. O, quizás, pretendiendo retener algo de vida, me había convertido en una maceta. Pero, en este caso, no recuerdo haber sido regada convenientemente por mi Mario. Ni haber disfrutado siquiera de la caricia de su mirada. Aspecto este que me preocupa más de lo que podáis suponer. Ya os he contado varias veces que sus manos cálidas son el contrapunto a las patadas en la boca de una calle infernal. O, cuanto menos, molesta, impertinente.

Concluyo que el caso se me está convirtiendo en algo enfermizo. Una enfermedad penosa, paralizante. Cojo el móvil cada minuto, cada seis, en busca de un whatsapp caído del cielo que me diga que el puto Beneyto por fin ha sido localizado, que se acaba de entregar en una comisaría de Marbella o de Montpellier. Repaso mis notas a cada poco en busca de la iluminación divina. Se me ocurre que el bueno de Paco Chaves anda atascado ante el exceso de información, que los árboles no le dejan ver el bosque. Y hurgo una y otra vez entre las notas que me ha proporcionado, como si jugara con un rompecabezas, lanzando sus piezas al aire, a la espera de que caigan correctamente y todo se aclare de una vez. Pero no: solo los ronquidos de mi Mario, aburrido ante mi falta de atención.

Ello no obstante, tengo la obligación de espantarme el derrotismo: la investigación progresa, aunque a paso de tortuga coja. Lo hace ofreciendo retazos, medias verdades, pistas sugeridas y posibilidades más o menos remotas. Pero, a medida que se incorpora una nueva pieza en el puzzle, más se me incrusta aquella madrugada en la cabeza, como una película que empezara una y otra vez, al modo de

un juego de PlayStation en el que surgen nuevos personajes con potencialidades diferentes y amenazas renovadas. Un sudoku de imposible solución.

Una ducha y un café negro-negrísimo. Atrás quedaba el apartamento y mi Mario, entregado al sueño. Tengo que ver cómo lo protejo de mí y de mis circunstancias.

Jornada vacua en la Jefatura. Holas y adioses sin sustancia. Rutina. Informes. Me invade una serena certeza: por fin me dejan en paz. Tras el fracaso de la «Operación Jaula», la caza de Beneyto se ha convertido en una orden internacional de busca y captura. Una alarma a la interpol: foto, huellas dactilares, datos de identificación y un largo etcétera.

En los últimos días, el caso iba desapareciendo de los noticiarios. Alguna mención, de pasada. Poco más. Como las chavalas o los niños que desaparecen y de los que no se vuelve a saber nada. El mundo se olvida de ellos. Asume lo de siempre: «haberlos vigilado mejor». Nada nuevo, por desgracia. Lo mismo pasa con los criminales huidos, aunque sea en grado de presunción. Empieza la cuenta atrás para la prescripción del delito.

Cierto que el Brito no me ha vuelto a convocar. Me lo encuentro por los pasillos y no me saluda. No existo para él. Mejor. El tipo no anda en su mejor momento: le vendió el oro y el moro a la superioridad, asegurando que en breve Beneyto estaría a disposición judicial. Pero nada de eso pasó, pese al dineral invertido y a la seguridad desasistida en otros lugares. El cambio es notorio: Brito ya no se pasea como un pavo real de despacho en despacho, y de la Jefatura a la Consejería de Interior. E insisto en lo que os dije hace unos días: no se atreve a destituirme y a buscarme un relevo.

«Mejor no arriesgarse», pensará el tipo. «Dejamos que el caso muera, y luego se le entierra. Total, un caso más sin resolver. Se lo achacamos a los recortes del gobierno central. Que nos tenían cortitos y que, por ello, la Operación Jaula presentaba agujeros. Y nos vamos al siguiente caso, en el que seguro que puedo brillar por méritos propios». No, si no le falta sentido al hombre. Viéndolo desde su perspectiva…

Pero ahora se trata de la mía. Y mi punto de vista es que el tipejo me deja en paz con un caso que da por perdido y un puñado de agentes a tiempo parcial. No sé por cuánto tiempo podré mantener este tinglao. Me irán deshaciendo el equipo, miembro por miembro, y nos quedaremos Amador y yo solos. Hasta el parto y la baja maternal, que esa es otra. Si no me tengo que coger la baja antes por cualquier complicación del embarazo. Que la barriguita ya va diciendo aquí estoy yo. Menos mal que me encuentro bien, por lo pronto.

Siguiente asunto, ya en la tarde. Reunión de grupo, pero sin Amador. Porque a ese no lo pueden ver por Jefatura, motivos obvios. Que

Curro y otra agente se plantaron esta mañana en el domicilio que figuraba en la documentación bancaria de la Agencia Sandra Rochefort. La táctica de siempre: que no les dé tiempo a organizar la defensa. En el supuesto que la directorcita de la sucursal no haya volado con el chivatazo, claro está.

Se trataba de un local comercial, a pie de calle. Un local cerrado a piedra y lodo con aspecto de abandono: cartel de «disponible» con un número de móvil. Un número diferente al que constaba en los datos de la cuenta bancaria. Mis muchachos llamaron al número que figuraba en el cartel, fingiendo interés comercial. Les respondió una mujer de edad media, nada sospechosa. Mis chicos le dijeron que se trataba de abrir una franquicia de zapatería. Le dieron unos datos ficticios que llevan preparados para estas cuestiones y quedaron con ella al rato, en un bar cercano. Le contaron que la prisa venía respaldada por la lógica más elemental: que no son de aquí y están de paso. Que tenían otras alternativas y querían echarle un ojo al local. Y que no disponían de otro día. Al llegar la buena señora e identificársele la Policía, un poco más y se cae de espaldas.

Resumen de las pesquisas: el local está desalquilado desde hace unos dos años. Es de sentido común que la propietaria quiera darle alguna utilidad: alquiler, venta o lo que sea. Es mal sitio para el comercio: muy apartado de todo. Ya le extrañaba a la mujer que alguien quisiera poner ahí una zapatería. La dueña comenta que antes se lo tenía alquilado a una señora muy rara. Solo la vio una vez, hace años, y apenas conserva en la memoria un retrato de ella. Rebuscando entre los sesos, la recuerda alta, rubia, muy elegante y con acento extranjero. Pero poco más. Confirma que pagaba el alquiler con puntualidad, y que nunca tuvo quejas de ella.

La buena mujer les dice que su antigua inquilina la llamó un buen día, hace un par de años, para notificarle que abandonaba el local. No se vieron para despedirse. Le dejó las llaves al propietario del mismo bar donde ha tenido lugar la conversación con los agentes, esta mañana. Cuenta Curro que el dueño del bar soltó una apostilla valiosa desde detrás de la barra. El hombre se había empapado del interrogatorio y añadió unas palabras escuetas: «el local siempre anduvo cerrado a cal y canto, señora. A usted le pagarían el alquiler religiosamente, pero ahí no se ha visto un alma en cinco años, al menos».

Al final de todo, Curro se ha quedado con el número de móvil de la dueña, que va a buscar los papeles del contrato de alquiler. Si consigue encontrarlos, nos llama de inmediato.

Después, me informan que los números fijo y móvil registrados en la información bancaria han sido dados de baja hace mucho tiempo. Es del todo inútil, por tanto, solicitar permiso a la jueza para obtener el

flujo de llamadas. Y que el correo electrónico enviado a la dirección que consta en los datos del banco ha sido devuelto por el servidor. Sin embargo, la agencia Sandra Rochefort ingresa al mes un montante abultado transferido por Beneyto y otras fuentes. *Cobro, luego existo*, que podríamos afirmar. Pero sus datos han migrado, cuidando de no actualizarse en el banco. Ante este vacío, hemos enviado la debida requisitoria a Hacienda, adjuntando la autorización judicial, obteniendo una contestación inmediata.

En primer lugar, el NIF de empresa no proporciona mucha ayuda. Se constituyó años atrás bajo el epígrafe «establecimiento permanente de entidades no residentes en España», y se dio de baja poco después. Sin que nadie se preocupara de actualizar el dato en la sucursal, una vez más. Buscamos, por tanto, a la persona física. Y he aquí el comunicado apresurado del encargado del fisco:

«Tras las debidas comprobaciones, sea como Alejandra, Sandra, Alexandra, Alexia o Alessandra Rochefort — probando en cada caso a cambiar la «a» final por «e» —, encontramos a una persona física llamada Alejandra Rochefort Beauville, en efecto, pero no le constan declaraciones positivas o negativas en los últimos años. Nacida el dieciséis de agosto de 1932, es muy posible que sus rendimientos brutos no alcancen el mínimo para declarar. Ello no obstante, estamos realizando una búsqueda más extendida, con otros algoritmos. Informaremos en breve».

Cobro, luego existo. Y sin embargo, se mueve. Se mueve la cuenta corriente, quiero decir. Vaya si se mueve. Ni local, ni teléfono, ni correo electrónico, y la primera aproximación del fisco nos ofrece el retrato de una dulce ancianita sentadita a su mesa de camilla, contando los euros de su exigua pensión. Como tantas, en este país.

Maldito lunes, admito al fin, como hacen tantos ciudadanos, tras reconocerme que estoy enganchada con este maldito caso de mierda, y me maldigo por haber maldecido tres veces en tres líneas. Porque tengo todos los motivos para pegarle carpetazo a este maldito asunto — y ahí va la cuarta maldición —. Conducimos sobre una carretera que termina en un acantilado, sobre un mar picado. No nos lleva a ninguna parte. El puto Partido es una fortaleza acorazada a prueba de bombas. Con Luis Martín o sin él.

De repente, sonido del móvil. Whatsapp entrante. Amador. Que qué se sabe. Lo que me faltaba. La voz de la conciencia, cuando seguir en esto es intentar vaciar el mar sobre la arena con el cubito de un niño. Una estupidez, purita inconciencia. Resuelvo no enfangarme en una discusión con él. Por favor, un hilo del que tirar. Algo, por Dios y por la Virgen que está en la Basílica frente al cenagal parlamentario, democrático solo en apariencia. De pronto, me viene una fe que no tengo. O, mejor dicho, que creía olvidada en la parroquia de mi

pueblo, cuando chica. Pero, en esta ciudad, todo es posible:
«Dios te salve, María…».
Y se hizo el milagro. No os riais, por el amor de la Virgen Santísima — ¡qué Estocolmo me está entrando con esta ciudad, por Dios! —, que el prodigio divino acaba de suceder. Fue invocar a la Dolorosa, y aparecerle un whatsapp a Curro. La señora de esta mañana. La arrendadora del local vacío, que le está mandando a Curro los detalles del contrato de alquiler. Sí, señor: la antigua inquilina se llamaba Alejandra Rochefort Beauville; no puede ser una casualidad. Pero el número de móvil que puso en el contrato de alquiler es otro. Sí, uno diferente del que consta en la cuenta del banco y que está dado de baja.
Silencio espectral en la sala. Grabamos la llamada al nuevo número. Un tono, dos… Esta línea esta activa. Tres tonos, cuatro… Al cabo, conexión. Se oye una voz femenina. Da la impresión de mujer de mediana edad, no una anciana.
—Sí, ¿dígame?
—Perdone, me gustaría contactar con la agencia Sandra Rochefort.
Las palabras se apagan a ambos lados de la línea. Solo las respectivas respiraciones, nada más.
—¿Quién le ha facilitado este número? — se oye al cabo. En efecto, a la voz se le aprecia un inequívoco acento francés. Por un momento, da la impresión de que la mujer va a colgar bruscamente.
—Le ruego que no cuelgue — me oigo una voz diplomática que me cuesta trabajo reconocer.
—¿Quién me obliga a atenderla? — se advierte la tensión de la mujer, al otro lado.
—La Policía, señora — digo con suavidad, una vez más —. Me llamo María José Losada Villanueva y soy la subinspectora encargada de una investigación criminal. Por su tranquilidad y la de su madre, le aconsejo que se mantenga al habla.
—¿Qué tiene que ver mi madre con esto? — estalla la mujer.
—Señora, si fuera usted una empleada de la agencia, no habría respondido como acaba de hacerlo. Usted es Sandra, sin lugar a dudas. Insisto, no me cuelgue, que el asunto es de la mayor gravedad.
Una vez más, se hace un silencio tenso. No puedo contenerme una tosecilla molesta.
—Sandra, para el alquiler del local que nunca utilizó, dio usted el nombre de su madre con un número fiscal de empresa — prosigo, ateniéndome a los datos.
Me callo, a ver si *madame* dice algo. Pero no osa abrir el pico. Me atengo al viejo dicho: «el que calla, otorga». Y decido continuar con audacia.
—Pero no sé por qué, en Hacienda no figura usted para nada; solo su

madre. Claro que usted comparte nombre y primer apellido con ella. Aunque supongo que también comparte el segundo. La tuvo como madre soltera, ¿verdad?

Al otro extremo de la línea, se nota la respiración de la mujer un poco más entrecortada. De fondo, el ruido del tráfico.

—¿Hasta dónde quiere llevar esto, agente?

—Le comunico que intentamos resolver un crimen. Un caso oscuro, en el que avanzamos con muchas dificultades. Su colaboración es crucial, Sandra. Pero si me cuelga, me veré obligada a solicitar una orden de detención a su nombre… Que, desafortunadamente, es el mismo que el de su madre. Será imposible evitar que su madre se encuentre con un par de agentes preguntando por ella… Cuando, en realidad, se trata de usted. Pero seguro que usted y yo encontramos el modo de evitarle ese disgusto, Sandra… Ella la crio sola en un país extranjero. Se merece un poco de tranquilidad. Y no tiene en el mundo a nadie más que usted.

27. Reina de Corazones

Sandra Rochefort; mírala erguida en su asiento: alta, rubia, taconazos, estilo, glamur, elegancia. Un Potosí encima: se le ve, lo ve cualquiera. Lo veo incluso yo, que no gasto en modas; que para mí son trapos, algo que quitarme a toda prisa cuando mi muchacho me mira con ojos brujos y sonrisa de duende. Pero, vergüenza me da, lo confieso, que me he ido del tema una vez más; os retransmitía en vivo y en directo acerca de los arreos de Sandra Rochefort, y he terminado en una absurda comparación conmigo misma. Porque esta señora y yo somos el día y la noche, en lo que se ve y en lo que se habla.

A ver, que os dejé ayer en la última estocada del duelo telefónico. La mujer se avino a entrevistarse conmigo, pero no en cualquier lugar. Quedamos, pues, a tomar café en el mejor hotel de la ciudad, edificio histórico, cinco estrellas gran lujo. Donde se alojan los de Hollywood cuando se dejan caer por aquí a rodar unos metros.

Esta vez, *madame* me arrebató el primer saque. Quiero decir que llegó antes que yo, eligiendo mesa y perspectiva. Es del *catecismo* de Amador: el que llega el primero al campo de batalla, pelea con el sol a la espalda. Esto es, combate con ventaja, mandoble al enemigo. Por lo demás, el lugar es más que elegante: coqueto, maderas nobles, zócalo de azulejería polícroma a la usanza del lugar, pero con unas alfombras, cojines y cuadros que permiten evitar el empalago localista. En este decorado tan peculiar, *madame* ha escogido la esquinita que le permite divisar a todo quién sin ser divisada. Y sentar a esta vuestra segura servidora enfrente, en situación de ser divisada con facilidad, sin más campo visual que los caireles de mi interlocutora. Que no son pocos, como acabo de decir.

Encajado el primer gol del partido, termino por aposentarme y veo venir la mar picada: *madame* se comporta como la reina de este hotel de superlujo. Según se le ve, es archiconocida del servicio, que la saluda como «señora» y le ofrece todo el respeto y los parabienes. No tarda en acudir un alto cargo del establecimiento, que besa la mano de la gran duquesa y comprueba si todo está conforme al gusto y las necesidades del personaje. Y los que me van conociendo intuyen con rapidez cómo un ataque de malhumor amenaza con echar por tierra todas las posibilidades de la entrevista.

«Ven acá ahora mismo de donde estés; coge un taxi, corriendo», le

escribo a Amador por whatsapp mientras *Madame de Pompadour* departe con el servicio. Le concreto el lugar y añado que la voy a fastidiar sin remedio. De él depende, chantaje emocional.

Pasa un minuto, pasan dos; angustia creciente. La señora, enfrente, encantada en su lugar en el mundo. O, a decir mejor, en una de sus estrellas de la galaxia.

—¿Todo a su gusto, *ma chérie*? — me suelta a modo de saludo con acento de Catherine Deneuve en el Hôtel Ritz, Place Vendôme, Paris. Sonrisa delicada y tono susurrante.

—Sin problemas, Sandra.

La mujer parlotea como si me conociera de toda la vida. Rellena el silencio con habilidad, sin levantar la voz. Habla de esto y de aquello; de modas y de trivialidades. Tendrá una edad indefinida entre unos cuarenta y dos mal llevados y unos gloriosos sesenta y uno, dieta y estilo, gimnasio y cirugía estética. No quiero darle el gustazo de examinarle el atuendo del suelo al cielo, pero ello se me impone, segundo a segundo, minuto a minuto. No sobra ni falta nada. En una palabra: obra perfecta. «Da hasta coraje», como suelta en estas la mujer de Paco Chaves. Una más en las antípodas de *madame*.

Sandra cuenta cosillas sin importancia de este y de aquel que pululan por el salón en este momento. Se sabe todos los cotilleos y secretos de alcoba de los habituales y de los que faltan. Según refiere, el lugar está lleno de ex: exmillonarios, exartistas, extoreros, exfutbolistas, expolíticos, y sus exmujeres o exmaridos, exnovios o novias y examantes. «Pero, lo más divertido», deja deslizar insinuando una sonrisa burlona, «es que aquí todos se quitan el «ex» como el que se quita las canas, *ma chérie*; quiero decir que pasan por millonarios, artistas, toreros, futbolistas, políticos, etcétera, etcétera… pero *en ejercicio*. Y, en cruel consecuencia del engaño, juegan a emparejarse sentimental, carnal o empresarialmente, sin saber aún que el objeto de sus deseos comparte la misma ruina moral, física o económica que ellos mismos. Un verdadero baile de máscaras. Una corrida compuesta con desechos de tienta, como decís en España…».

—¿Y cómo se entera de todo eso, Sandra?

—Sé… — suspira mi interlocutora —. Las mujeres de mi posición acceden a los baúles de todas las miserias. Y, puestas al microscopio, las debilidades humanas pueden ser muy entretenidas, ¿sabes, *ma chérie*?

Estoy de acuerdo, y noto una súbita mutación en mi estado de ánimo. Mi malhumor se está disipando, y empiezo a encontrar fascinante a la señora. Una amistad a cultivar; lo digo con sinceridad. Me asalta la tentación de escribirle otro whatsapp a Amador: que le diga al taxista que se lo lleve de nuevo a la Kasbah con su amiga Trini. Desgraciadamente, ya es tarde para la contraorden: ahí entra el tío, lo

último que podría esperarse en un hotel de gran lujo.

Para mi sorpresa, la expresión de Sandra pone de manifiesto que no le hace ascos a Amador. Si una comparte poco con mi interlocutora, lo de Amador son las antípodas, o más lejos aun. No os extrañe, pues, que la sonrisa de *madame* a su llegada sea una gota más en el vaso de mi desconcierto.

Las debidas presentaciones. El camarero no tarda. Pedimos algo cada uno.

—¿Ya estamos? — pregunta *madame*.

Asentimos Amador y yo, por ese orden.

—*C'est dommage*… Disculpen, que se me cuela el francés; quería decir «¡qué pena!» — nuevo suspiro de Sandra.

Cara de interrogación, por mi parte. Amador, sin embargo, permanece impasible. Debe intuir la razón.

—Me parece que comienza lo serio, *n'est-ce pas*? — susurra la señora, repasándose las uñas, perfectamente pintadas de rojo vivo.

—Me temo que no tenemos más remedio —le contesta Amador.

Al final, me alegro de haberle obligado a venir. Además de eliminar mi hostilidad inicial, Sandra había conseguido que me olvidara del propósito de la entrevista. Tengo que concluir que posee un don, llamémosle magia personal o capacidad de manipulación. En cualquier caso, el resultado es encantador.

***

El té, servido con gracia. La tetera me atrapa la mirada durante unos segundos; es una monada, y también lo es el juego de té. Todo aquí parece una prolongación de Sandra Rochefort. Rebusco en mi interior y encuentro un palabro cursi, pero de moda: *epítome*. Resuelvo que esta mujer es epítome de la armonía, sin lugar a dudas. Ello es manifiesto al sonreír al servicio, al servirse la infusión y, por supuesto, al llevársela a la boca sin que impacte sobre la pintura de labios. Hasta acertó en la combinación del color elegido — rojo vivo — con la nota predominante en el juego de té.

A mi lado se sienta Amador, epítome a su vez de la paciencia en este bazar de lo exquisito. Pero no se me descompone, la criatura. Me podría haber descompuesto yo mucho antes, pero os acabo de decir que me rendí hace rato a los encantos de *madame*. Tanto, que ahora me sorprende la brusquedad de Amador. Como si hubiera pegado un puñetazo sobre la mesa, haciendo saltar el juego de té.

—Díganos de qué va lo suyo, Sandra — la voz, monocorde, apagada, termina casi en una amenaza.

—Como lo suyo, Amador, *de la vida* — responde la mujer, destensando el tono. Me acaba de recordar a Isabelle Huppert en una

de Chabrol. Parada súbita y silencio. Amador se vuelve hacia mí, irritación contenida.

—Ya veo que me presentaste antes de mi llegada, Pepa.

—No lo ha hecho, Amador — sonríe la dama, ante la evidencia de que la primera estocada fue certera.

—Entonces, ¿nos conocemos, señora? — pregunta Amador, apagando la cólera que le asoma apenas por los ojos.

—Usted a mí, no; ya se ve — responde Sandra, satisfecha —. Tengo que reconocer que mi situación en la vida me ha impuesto la obligación de conocer a medio mundo. Al medio mundo que cuenta, claro está.

—Viniendo de usted, no sé si tomármelo como un halago o como motivo de preocupación, señora.

—Si quiere un consejo, no se lo tome de ningún modo y acepte lo que venga; es mucho más divertido.

—Intentaré seguir su recomendación, Sandra, pero advierto que huye usted de la cuestión principal: de qué va lo suyo.

—Se lo dije antes, Amador: de la vida, como usted. Aunque, si me lo permite, añado un matiz: me dedico a proporcionar alegría a la vida de otros, mientras que usted, en cambio…

—Contribuyo, en mi modesta medida, a limitar las alegrías que se toman aquellos que tienen conceptos peculiares acerca de la vida y del prójimo… Sí, lleva usted razón, señora; es lo mismo, siendo muy diferente. Prosiga, se lo ruego. Háblenos acerca del tipo de alegrías que proporciona usted a la humanidad.

—Alivio la soledad, tan terrible en nuestro tiempo.

—De acuerdo, estamos aquí reunidos para conocer sus métodos al respecto, Sandra. Le hago saber que lo sé todo acerca de la soledad.

—Hasta eso me consta de usted, Amador. De hecho, me preguntaba cómo no acudió a mí antes. Le hubiera procurado las curas precisas.

—Pues a mí, en cambio, me intrigan los motivos por los que una dama tan filantrópica como usted se ha interesado por los problemas anímicos de un sabueso callejero como yo. Pero ello nos llevaría a distraernos de nuevo. Intuyo que las cantidades que se transfieren a su cuenta no sirven precisamente para financiar acompañantes a los abuelitos sin familiares.

—Usted no es lo que se dice un abuelito, Amador, y, de modo implícito, me acaba de reconocer que podría tener el honor de contarlo entre mis clientes.

«Está claro que *madame* es una empresaria de primera; no pierde un segundo. No sé si haber llamado a Amador fue buena idea».

—Señora, le admito que este encuentro acaba de encaminarse de una forma adecuada.

«¡Amador, por Dios!».

—¿Desea una entrevista más personalizada, tal vez en privado?

«Servidora aquí ya no pinta lo que se dice nada».

—Creo que me he expresado mal, Sandra. Mi satisfacción con el rumbo de la reunión se debe a que por fin comenta algo acerca de sus clientes, como los acaba de definir. Por otra parte, le aseguro que bajo ningún concepto voy a prescindir de la presencia de la subinspectora Losada.

«Gracias, Amador, infinitas gracias… No te interrumpo porque este lenguaje alambicado es chino para mí. Y la infinita paciencia que estás demostrando es ajena a mi carácter, como bien sabemos los dos».

—En cualquier caso, sepa que no le doy por perdido, Amador. Digamos que replantearé mi oferta en otro momento. Y en el supuesto nada remoto en que lleguemos a un acuerdo, puedo asegurarle desde ya que sus datos son confidenciales; no sé si me explico con claridad.

—Un poco más, Sandra… De claridad, quiero decir.

—Los datos de mis clientes se alojan en una base de datos encriptada y ubicada en un servidor fuera del país. La información está a salvo de las intromisiones de cualquier experto en redes e informática.

«Tú no conoces a nuestro Paco Chaves, guapa… Espérate a que te ponga en el centro de la diana».

—Disculpen, ahora que lo pienso: también me gustaría ofrecer mis servicios a *monsieur* Chaves, de su Jefatura. Llegó hasta mis oídos que tiene capacidades sorprendentes para penetrar en blindajes informáticos y analizar bases de datos a miles de kilómetros de distancia.

«¡La madre que parió a *madame*…!».

—Pero, Sandra, visto el montante de las transferencias y la situación tan privilegiada de sus clientes, creo que se mofa usted de la exigua capacidad económica de un agente de Policía como Paco y yo mismo.

—Amador; me ofende usted al suponer que todo en mí son transacciones pecuniarias. Es infinitamente más complejo, y ahí sí que podrían compensarme con una moneda diferente. Una joya inestimable en los tiempos que corren.

—Disculpe, señora, pero no comprendo qué nos propone — estalla mi sonrisa al fin, de un modo educadísimo para lo acostumbrado.

—Discúlpeme usted a mí, subinspectora, pero ni se me pasa por la imaginación que se convirtiera en una de mis clientas — Sandra me dispensa una mirada cálida —. Lo de *messieurs* Amador y Chaves es diferente. Y la compensación para mí, se la pueden figurar. Les daré un botón de muestra: a estas horas, el marido de Berta Frías se ha bebido ya su quinto *Bourbon* y, del sexto, le queda apenas un veinte por ciento. Lo que significa que va a pedir el séptimo dentro de seis minutos, más o menos. Además de un viagra y un preservativo. No se trata de una baladronada, sino de simples trivialidades que controlo

con facilidad a través de whatsapps. Les admito que mi vida tiene facetas que les parecerán más interesantes que estos detalles sin importancia. Pueden preguntarse por qué, de modo súbito, acabo de decidir que les concedo el acceso a zonas reservadísimas de mi vida profesional. Seré franca: la conversación que mantuvimos ayer me impresionó, subinspectora. Admito que me indujo a aceptar que más me vale colaborar… hasta el punto que me sea posible. A este respecto, les confieso que gozo de la confianza de personas bien situadas y de diversa procedencia. Disculpen mi inmodestia, pero tengo que reconocer mi capacidad de prever cambios de gobierno. Y, a veces, de provocarlos. Como pueden suponer, ello no se consigue sin la ayuda de colaboradores de una cualificación extraordinaria. Ese es su perfil y el del señor Chaves, Amador.

«¡Demonio…!».

—Su oferta es interesante — prosigue Amador, impertérrito —. Pero tenemos que centrarnos en el asunto que nos reúne en este lugar tan elegante. Insisto en que nos aclare qué clase de alegrías ofrece usted a los poderosos o, en su caso, a humildes cooperantes como Paco Chaves o yo.

—Pongo en contacto a personas necesitadas de compañía con otras capaces de proporcionársela — susurra *madame* —. No sé por qué, pero me da la impresión de que los agentes ya saben de qué se trata; para qué seguir jugando al ratón y al gato. Y, sobre el particular, les agradecería que evitáramos lo explícito.

—¿Deja usted por fin de dar rodeos elegantes y nos hace el favor de contestar con claridad? — pregunta Amador, imitando el hilo de voz de la interrogada.

—Solo si me explican cuál es el objeto de este interrogatorio — acota Sandra, tras ingerir un nuevo sorbo de té.

—Beneyto — escupo con fuerza. Tenía ganas, la verdad.

—Lo sabía — responde la mujer —. Si delimitamos el alcance de sus preguntas, puedo facilitar las cosas.

—¿Lo conoce usted, Sandra? —insisto en la brusquedad. Se acabó la magia.

—¿Acaso les cabe la menor duda? — contesta *madame* —. Ya han visto las transferencias que me hacía.

—¿Sabe dónde se oculta? — Amador, a degüello.

—No, y mejor no saberlo.

—Sin acertijos, haga el favor — Amador, tras la presa.

—Conocer ciertas cosas puede ser letal para uno mismo.

—¿No me ha oído? Acabo de decir que sin acertijos — Amador, que no ceja.

—Mejor no desafiar al monstruo. Viene a por ti, de madrugada, para engullirte y, ¡zas!, desapareces para siempre… Saber algo, para la

bestia, constituye un desafío. Tal vez fuera ese el problema de Beneyto, pero no estoy segura.

—Pepa, avisa a un intérprete de francés. A ver si conseguimos una buena traducción de lo que es «ir al grano» y «responder a lo que le estamos preguntando». Me confunde usted, Sandra — Amador está irritado, estupefacto.

—No me sorprende: todo alrededor de Beneyto ha sido siempre pura confusión — comenta la mujer con una sonrisa cínica.

—Todo, menos su hija — acoto con determinación.

—Está usted bien informada, subinspectora — *madame* replica de modo pausado —. En su vida, Lucinda es como una misión.

—¿Lo supo usted por él? — pregunto impaciente.

—Lo supe por otra persona. Rosendo Beneyto estaba en mi microscopio mucho antes de solicitar mis servicios. Cuando acudió a mí, ya disponía de una ficha bastante completa acerca de él.

—Háblenos de Beneyto: cómo lo conoció y sobre qué fueron sus transacciones, por llamarlas de algún modo — llegados a este punto, creo que es mejor dejarla hablar que acosarla a preguntas.

—Verá, agente — hondo suspiro de *madame* —: en mi lugar en el mundo, veo pasar diputados, directores generales y altos ejecutivos. Hombres, sobre todo, pero también mujeres, no se crea. Gente situada en el vértice de la pirámide de las decisiones, haciendo valer su poder sobre miles, pero viendo cómo las consecuencias vuelven sobre ellos, multiplicadas por mil, por un millón. El vértice de cada pirámide no es sino un nuevo punto minúsculo de la base de una nueva pirámide, y así hasta el infinito, en un crescendo de fatiga, ansiedad y soledad que solo se alivia transitoriamente con el whisky, algunos medicamentos, la morfina o ciertas compañías exclusivas entrenadas para complacer sin incomodar. Una se limita a escuchar a esas almas atormentadas por la propia ambición y la pasión por el poder, y les proporciona una de las sustancias dopantes que les permite seguir en las calderas de Belcebú, un día y otro más. Y esa droga es compartir un buen rato con una de mis *asociadas*, por llamarlas de algún modo. Seres exquisitos, adiestrados en su menester: el placer y la discreción. Mujeres, sobre todo, pero también algunos hombres.

—Beneyto, Sandra. No se nos vaya por las ramas — Amador vuelve a centrar el asunto, sin impacientarse.

—La introducción que acaban de oír era precisa. Abusando de su paciencia, les añado otros datos. Mis *asociadas* consiguen beneficios inestimables de *mi red*. Sobre todo, la seguridad de que mis clientes gozan de toda solvencia, en lo físico, lo psicológico y lo económico. Que no se van a encerrar a solas con un psicópata que les pegue una paliza, *quelle horreur*... Yo me encargo del engorro de las transacciones; Paco Chaves lo acaba de ver, *n'est-ce pas?* Y además, les

gestiono el alquiler de una serie de *apartamentos* donde el buen gusto y el ambiente propician un encuentro de lo más agradable. No extraña: ser *asociado* no es una profesión; se trata de una actividad transitoria, y no es para todo el mundo. El aspecto físico es importante, pero hay cuestiones más determinantes. La amabilidad y la educación, por ejemplo. Y cierta *joie de vivre* a la hora de hacer las cosas, usted me entiende. Porque eso es, justamente, lo que demandan mis clientes: un poco de alegría para sus vidas desoladas. Pero, ¿saben lo más interesante?

—Estamos a la espera, Sandra — Amador comienza a impacientarse.

—Que sus apartamentos pueden albergar micros y cámaras. Pero nunca para el chantaje, como alguno podría imaginar. Se trata de hacerme imprescindible para gente que paga bien por estar informada. Pero íbamos a lo de Beneyto…

—¡A Dios gracias! — Amador suspira y yo sonrío: confieso que la historia de Sandra me interesa. Todo lo que podemos llegar a pagar con nuestros impuestos sin tener la menor noción.

—Le acabo de decir que la introducción era obligada, Amador. Solo así puedo explicarle cómo sé cosas de usted, de Paco Chaves… Y cómo sabía tanto de Beneyto antes de conocerlo en persona. Durante años, diputados, directores generales, gerentes y otros altos cargos no hicieron más que hablar de Rosendo Beneyto con mis *asociadas*. Con el segundo o tercer gin-tonic, antes de culminar o después, charlando de todo o de nada, de sus expectativas o de sus miedos, la palabra «Beneyto» aparecía siempre. Y supe lo que ustedes ya saben: que, sin figurar en ningún organigrama, era el fantasma de todos los conciliábulos, la presencia invisible de todos los consejos, la voz muda de todas las reuniones.

—Como usted dice, eso ya no es ningún secreto — Amador contiene un bostezo, y continúa —. Me gustaría meterme en harina: Beneyto y usted, usted y Beneyto. ¿Cómo entraron en contacto?

—Estaba desolado, como usted lo está ahora. Pero los motivos eran en parte iguales y en parte radicalmente diferentes.

—Céntrese en Beneyto, señora. Desolado, ¿no dice usted?

—Usted y él, dos hombres abandonados por mujeres a las que querían con locura. Lo de usted, Amador, fue la visita intempestiva de la muerte; lo de él… otras cuestiones casi igual de dolorosas. En cualquier caso, Beneyto tampoco quiso explayarse sobre el particular.

—No estamos aquí para hablar de la vida de Amador, Sandra — estoy a punto de darle una bofetada a esta *madame* de Prada y sadismo, pero Amador me contiene con un gesto expresivo. Que me siente y me calle.

—Tiene un buen compañero de trabajo, subinspectora — me replica la tipa sin el menor asomo de cinismo —. Su leyenda lo precede. Y le

hace justicia. No me equivoco nunca en estos juicios. Créame, no pretendo zaherirlo; es un examen de catadura humana, sin más. Le hice lo mismo a Beneyto y lo superó del mismo modo, *ma chérie*. Lo cual no le quitó un ápice a lo avanzado de su herrumbre interior. Llegó a mis brazos descompuesto, y tuve que correr a buscarle la mejor compañía.

—Bellas palabras, sin lugar a dudas, para ocultar un menester vulgar — la corta Amador.

—Le recuerdo que acordamos evitar lo explícito hace unos minutos — repone *madame* —. Y seguro que Beneyto tendría calificativos sustancialmente diferentes para la relación con la persona de la que estamos hablando.

—¿Cuándo lo vio por última vez? — pregunto, por ir a algo más concreto.

—Una sola vez, al inicio de nuestra relación. Una entrevista prolongada, por cierto. Luego, algunos whatsapps, hace meses.

—¿Se convirtió en uno de sus informadores? — prosigo, atando corto a la profesional del mundo.

—Él no, bajo ningún concepto. Es mucho más inteligente que la mayor parte de mis clientes. Y la *asociada* en cuestión no admitió ser grabada en modo alguno. Aunque le parezca una burla, esgrimió algo que presentó como ética profesional. Lo que oye.

—Ahora que emplea ese término, de profesional a profesional, comprenderá usted que insista: ¿tiene usted una idea de dónde se ha escondido? — atravieso sus ojos risueños con los míos, circunspectos —. ¿Sabe al menos de alguien que pueda aportar alguna información útil al respecto?

—Le agradezco el tratamiento que me acaba de dar, *ma chérie*. Señal de que nos entendemos. Insisto sobre lo dicho hace unos minutos: ni sé, ni sé de quien sepa. Beneyto entró en apagón, no cuando el asesinato de Meritxell Llopart, sino varias semanas antes. El susurro de muchas grabaciones, el comentario de varias de mis *asociadas*: los *amigos* dicen que hay «nervios» respecto a Beneyto. Que hay «nervios arriba», usted me entiende. La «caza al hombre» de la Policía comenzó con el asesinato de Meritxell Llopart, pero la de «arriba» empezó varias semanas antes.

—«Arriba»... Berta Frías, ¿no...? — Amador enarca las cejas.

—De eso no puedo hablar, Amador; se lo dije. Le diré una cosa más y espero que no insista: «arriba» es mucho más que Berta Frías. Y mucho más alto.

—Pero de Meritxell Llopart sí que puede hablarnos — replica Amador —. Su asesinato es el origen y motivo de nuestra investigación.

—De la Llopart sí puedo, pero voy a serles de poca ayuda. En primer lugar porque, en términos de poder, era un personaje de segunda fila,

una actriz secundaria o una marioneta de teatrillo, como quieran ustedes calificarla. Y porque, nombre que no comentan mis *asociadas*, o no existe o no tiene importancia. Sí les puedo asegurar que no era mi clienta. Lo que se dice por ahí corresponde con la realidad: sus necesidades no eran carnales ni emocionales. Hay personas así, las he conocido; no se las puede manejar en esa frecuencia de onda. Pero solo hay que buscarles la frecuencia íntima. Tal vez Beneyto la conociera.

—¿Qué más? — dice Amador, un poco cansado del juego.

—Nada. Nada por hoy.

—¿Se quedará en contacto con nosotros? — Amador sonríe, extendiéndole un papelillo con su número de móvil.

—Yo siempre estoy disponible; es la base de mi negocio — sonríe a su vez *madame*, encantadora siempre, aceptando el papel e intercambiándoselo por una tarjeta de visita.

—El contacto. Su *asociada* para Beneyto — suelto de lo más tiesa; esta no se me escapa así, por las buenas —. Tenemos que conseguir dos palabras con ella.

—Está aterrorizada — responde *madame*, la sonrisa perdida en la taza de té —. Y buenos motivos que tiene. La hemos cambiado de ciudad y de número de móvil. Le va a costar mucho hablar con la Policía. No se fía. Porque no se fía del poder. Y buenos motivos que tiene, insisto: lleva acostándose con el poder varios años. Fue ella la que me lo dijo.

—¿El qué? — escupo casi.

—Que «saber algo, para la bestia, constituye un desafío». Se lo acabo de decir, subinspectora.

—Pero no puede usted obstaculizarnos una investigación criminal hasta tal punto, Sandra — Amador insiste, ruega casi. Es su secreto, su maestría profesional. Yo la habría amenazado. Y no funciona, no.

Silencio en la esquina del salón. Solo murmullos de conversaciones y el paso apagado de los camareros, de aquí allá, sirviendo y retirando los servicios. *Madame* mira a la mesa, pensativa. La sonrisa cínica es incapaz de resucitar del poso frío de la taza de té. De repente, Sandra alza una mirada radiante y la lanza contra los ojos azules de Amador. Me acaba de dar la impresión de que el mar se encontraba con el cielo, sentados frente a frente.

—Usted… Usted es como Beneyto, Amador. Sus pasos resuenan seguros, pero se desmorona por dentro. Es la impresión que me provocó Beneyto hace tantos meses, sin que se parezcan físicamente. Usted puede causar en mi *asociada* el efecto que acaba de causar en mí… si se presenta como cliente, enviado por mí, y no como agente de Policía. Por la simple razón de que acaban de cesar las transferencias de Beneyto y, por tanto, ella tiene que volver… a sus actividades habituales.

Cortesías y despedidas. Invita la señora. Al fin y al cabo, las consumiciones son una minucia para su abultado caché. Y de cualquier modo, este se financia con los impuestos del contribuyente, o sea nosotros. Estrechamos manos. No puedo evitar darle un par de besos y, sí, estoy realizando un curso acelerado para encauzar mi misoginia. Porque admito que la inteligencia la desmonta.

28. Llamadme Amador

Llamadme Amador. Así hacen todos: los que me quieren y los que me detestan. ¿El apellido…? Consta en el documento, en los ficheros de Hacienda o en el banco. Pero, a fuerza de no utilizarlo, apenas lo recuerdo. Para el mundo, soy Amador, sin más adornos: así de simple.

Creo que Pepa os ha contado cosas de mí. Así que doy por hecho que ya sabéis lo más importante acerca de este humilde rastreador callejero, y del berenjenal en el que se encuentra metido. Aunque podría decir «…el berenjenal en el que se encuentra metido a su pesar», pero sería engañaros. Y uno tiene defectos ostensibles, pero no el de mentir.

Ya os han contado que la muerte me arrebató a mi Leo, y me dejó entregado a mí mismo o, peor, a lo que de mí quedaba: las greñas, la barba crecida y la placa. Porque el arma reglamentaria se queda en la Jefatura, bien custodiada. Ya le repito a mis chicos que no sirve de mucho. Ni para defenderte, ni para intimidar. O, mejor, sí que sirve: para ponérsela uno en la boca y apretar el gatillo, cuando esté uno hasta los huevos de todo. Pero mientras me sirvan la cerveza bien tirada, fría-hielo, y haya mujeres hermosas por la calle, va a ser que hay motivos para seguir viviendo. Porque embelesarse con la belleza no es delito, ¿verdad?

Me dejó mi Leo y me negué a encerrarme entre cuatro paredes con su recuerdo. Me tiré a la calle con mis farolas y mis adoquines, a atornillarme a mis benditas barras de bar a interrogar a todo aquel que oliera a sospechoso. Pero ya me cosco de que os estoy aburriendo. Mejor callarme las miserias. Me las llevo al Algarve y se las cuento *às gaivotas, como dizem em Português, a língua dos sussurros*. A vosotros, lo que os importa: la hostia esta en la que ando metido.

Al asunto, pues, y resumiendo: ya habéis visto que todo fue idea de la *madame*, Sandra Rochefort. Que tenía que meterme en la piel de putero de lujo y dejarme caer por un picadero cuya dirección se me facilitaría puntualmente. Y, a partir de ahí, convertir el comercio carnal en interrogatorio con el objetivo que todos conocéis: que la mujer en cuestión nos diga todo lo que sabe sobre Rosendo Beneyto.

Pasada la primera impresión, os podéis imaginar el ataque de risa de Pepa. Se le encasquetó la guasa en la cara, y no se la quita ni la mención del Brito de los santos cojones. Fue verme la jeta al salir del

Gran Hotel, y saltársele las lágrimas de purito cachondeo.

—No tienes que jurarme que no has pagado por sexo en tu puta vida — dijo, mientras se retorcía entre carcajadas —. Y esa tipa, ofreciéndote sus servicios…

Días después, la cita. El lugar y la hora, lejos de la ciudad. A continuación, a disfrazarme de putero de alto standing, tipo director general del gobierno regional dotado de tarjeta black, que son los que suelen recalar por esos puertos. Sandra nos dijo que no nos preocupáramos por el parné, que Beneyto había dejado una buena provisión antes de desaparecer del mapa. Y aunque no lo hubiera hecho: con tal de afianzar *las nuevas relaciones, madame* corría con los gastos. A cada paso, la mujer subrayaba su formidable inteligencia empresarial.

Ahí andaba yo, afeitándome hasta el apurado, corte de pelo, repaso de uñas y aseo con *zotal* y jabón *lagarto*. Claro que luego me tuve que quitar la peste a *zotal* y jabón *lagarto* con un frasco entero de agua de colonia. Y no os creáis que fue «Varón Dandy», sino un bote de «Calvin Klein» sustraído por Pepa del tocador de su Mario en un ataque de generosidad perpetrado con el mayor de los sigilos. Después, a casa de Paco Chaves en procesión. Porque, según dicen estos, tengo sus hechuras: talla, anchura y percha, poco más o menos, y el compañero tiene por ahí un traje casi nuevo. Es el que le planta la mujer encima todos los Domingos de Ramos; único día al año en que, como conquista matrimonial, consigue tener a su hombre lejos de cualquier instrumento electrónico.

Ahí llegamos, avisada la Paqui; un punto de diversión para la mujer, que no abundan en su vida. Lo que sea con tal de sacar al marido de la cueva, aunque una tenga que prestarle el traje del cónyuge a un desconocido para un asunto que la Pepa dice que ya le explica más adelante. El Paco, aquí delante, encajándome la chaqueta. El ajuste queda regular nada más, pero… ¿hay algo perfecto en esta vida? Paco es un poco más encogido de hombros que yo y, por el contrario, anda más sobrao de barriga. Paqui se ofrece para meterle al traje, pero andamos cortos de tiempo. «Directivo en crisis con un traje prestao, que vas a parecer», me suelta Pepa siempre con la guasa en los ojos, pero se le ve enseguida el arrepentimiento en la boca. Porque, como Paqui se huela el garbeo indecente que le voy a pegar al traje, me hace el «vade retro, Satanás» para los restos. Mejor tenerla al margen de la historia. Me prometo que, al final del periplo, le llevo el traje al tinte y se lo devuelvo como nuevo.

Me deja el Curro sus «Ray Ban» y el Laureano me planta en el bolsillo de la chaqueta un paquete de Marlboro abierto, faltándole dos o tres cigarrillos. Da tono, me dicen estos. Seguro que me echo uno a pecho, y me mareo. Luego, insisten en que no hace falta que me lleve el

móvil. En cualquier caso, que ni se me ocurra llevar encima la mierda de telefonino que me proporcionaron al volver del Algarve. Sandra nos ha dicho que a la susodicha no le va a extrañar. Porque, al dejarlo en casa, los clientes evitan ser localizados. Termina la caracterización y me miro al espejo. Después, un ojo a la troupe, a los lados y a mi espalda. Espero la carcajada general. Pero no, silencio.

—Vaya pinta — suelto, a ver si alguien comenta algo.

—Da el palo — es Pepa; quién si no.

***

Al coche, rumbo a la costa. El Paco se quedó en casa, haciendo de las suyas. Devolvimos a Curro y Laureano a sus menesteres. Allá que vamos, Pepa y yo. Doscientos diez kilómetros, dos hora y media de autovía. Tiempo que nos da de revisar el caso de arriba a abajo y de repasar los viejos tiempos. No os lo cuento: un aburrimiento. Y además, ya lo sabéis todo. Pero, para los maderos, es útil. En este darle vueltas y más vueltas al monotema, surgen puntos de vista inesperados. «¿Por qué no le preguntamos a Sandra esto o lo otro?». O «¿por qué no le decimos a Paco que investigue lo de más allá?». Nunca está de más estrujarse el cerebro alrededor de lo mismo. Nos queda una desazón que se fortalece día a día, kilómetro a kilómetro. Algo indemostrable, una intuición singular. Un soplo cerebral que compartimos desde Pepa al jardinero del centro de discapacitados, para terminar en mí mismo: que Rosendo Beneyto no se cargó a la Llopart, pese a todos los indicios en su contra. Puro olfato de sabuesos. Porque todos lo somos. Y, además, una está preñada hasta las trancas.

Sobre lo demás, un mutis molesto. Es cierto: jamás me fui de putas; Pepa se lo acaba de oler, perra vieja que es, que no tuve que hacerle confesiones al respecto. La tipa me conoce mejor que las farolas y los adoquines — que ya es decir —: por ser mujer, por pasar de los treinta, por trotadora de las aceras y, por si fuera poco, por el vientre crecido, que me la inunda de hormonas. A ver quién es el guapo que le huye la mirada y le pega un quiebro con medias palabras. No le hizo falta para saber lo que, de mí, ni siquiera mi Leo llegó a saber nunca. Porque no se atrevió a preguntarlo.

Pepa conduce más cortada que yo mismo. Situación del todo inédita: sacar al *tito* Amador a darle una alegría a las canas. O, mirándolo a la inversa, como la que lleva al colegial de la manita a desbravarse por primera vez, que manda cojones, a mis años. Si jodido es este silencio, peor es el que me espera a la vuelta: la íntima vergüenza, pecado mortal a mi edad, que es tener una cita pagada con una geisha de lujo, y convertirla en un interrogatorio policial. Pero, mirándolo bien, al menos no tendré que darle explicaciones a la Pepa, que lo sabrá todo

con echarme un ojo encima.

Pese a todo, se me impone la maldita placa, aunque no la lleve encima. Como si la tuviera incrustada en las entrañas. En breve, me voy a encontrar con la última tipa que vio a Beneyto tal y como su madre lo echó al mundo, antes del vuelo de la Llopart a la nada. O, al menos, la última de la que hay constancia.

Estamos llegando, al fin. Circunvalación de acceso. Rotondas y jardinerías. La parte más elegante de la ciudad, cerca del mar inmenso. Tal vez el azul infinito sea capaz de poner un poco de orden aquí dentro: qué le digo, cómo y con qué cadencia. Situación novedosa en mi devenir profesional. Porque, meretrices, hablé con miles. Pero placa por delante siempre, presentándome como agente. Las vi yonquis, tatuadas, desgreñadas, elegantes, callejeras, recluidas o liberadas; las encontré solas o en grupo, con sus chulos o sin ellos, con su permiso o sin él, por la tarde, la noche o la madrugada.

Ya veis lo que da de sí una puta vida, en la puta calle, persiguiendo todo tipo de putadas, evitando que me las hicieran o se las sigan haciendo a tantos — o a tantas —. Una vida puteado, recalando en casas de putas, persiguiendo a este hijo de la gran puta o al de más allá. Pero putero, nunca. Y mucho menos, disfrazado. Ahora me planteo que habría sido mejor haber tomado unas lecciones prácticas. Lo malo es que mis compañías son de cervecita y altramuces, a las dos de la tarde. ¿Os decepciona…? Es la vida de uno, y no tengo a quién rendir cuentas. O, mentira, que sí tengo, y me repito: rindo cuentas a los contenedores y los grafitis, a la espuma de las olas y a la brisa, allá en Portugal. Y cuando caigo rendido por la noche, antes de meterme en la piltra, me confieso con el retrato de mi Leo. Que no me dejo morir porque, sin mí en el mundo, se extinguirán mis recuerdos. Los recuerdos de mi Leo. Mi Leo viva en mi sesera, más allá de su vida aquí en la tierra.

29. Llámame Lidia

Lidia es hogar frente al mar. Se lo intuí al oírle decir «Amador», aun sin verla, perdida como estaba al fondo del apartamento. De ella esperaba maquillaje perfecto, lencería, rojo carmín, insinuación, tacón alto, uñas decoradas de fantasía y filigrana. Esperaba todo eso y más: algo que removiera mis cimientos, que proporcionara un electroshock al yo íntimo e intimidado que acababa de salir del aparcamiento.

Pepa y yo nos habíamos dicho «hasta luego» en un hilo de voz. Ella no sabía qué decir ni qué sugerirme para abordar a una *escort* como cliente. Sandra Rochefort había sido explícita al respecto: de interrogarla como poli, podíamos estar seguros de que los labios de la mujer continuarían sellados. Porque la susodicha sabe de sobra que ni una nueva identidad, ni el escondite más recóndito la defenderán de la misteriosa amenaza que la acecha.

Antes de abandonar el coche, le despaché a Pepa la última mirada. Ella me correspondió, sin decirme nada. Sus ojos oscuros se clavaron en los míos durante un segundo más de lo acostumbrado. Quizás tuviera en la boca: «tú mismo, Amador; esto está pagado…», pero no llegó a despegar los labios. Las palabras se le detuvieron en un parpadeo, suspendidas de los ojos. Porque los míos le anticiparon que ni siquiera era cosa mía; era asunto de mis recuerdos. Y uno no traiciona a lo más íntimo de su memoria. Porque se acuesta con ella todos los días; se adormece en su compañía. Pero de eso ya os hablo otro día.

Pepa susurró al fin que me esperaría en el hotel, haciendo tiempo con el portátil y el móvil, organizando a los otros a distancia. Que no había prisas: lo que tuviera que tardar. No se atrevió a más, la mujer. Los buenos amigos saben que hay puertas que no deben cruzarse.

La urbanización es lujosa, un vergel. De jardín en jardín, y tiro porque me toca. Nadie diría que aquí se desarrollan encuentros mercenarios. Interfono, verificación de voz e imagen. Para esto último, había tenido que suministrar una foto; «estas cuestiones son muy delicadas, garantía de identidad», explicó Sandra Rochefort. Seguridad para el cliente, la *asociada* y la agencia, para todos; un *sine qua non* de la satisfacción y la justificación del caché, según nos comentó *madame*.

Segunda comprobación de voz e imagen en el portal interior. Nada que te haga sospechar que te adentras en un tugurio. Luz, flores,

niños, ancianitas. Como si fuera a visitar a mi hermana o a mi madre. Al llegar al piso, la puerta abierta, y vuelta al principio: Lidia es hogar frente al mar. Y me explico.

No son las diez o las once de la noche, hora en que el manto azul oscuro se extiende desde levante para hacer pardos a todos los gatos y convertir en hadas a las hechiceras. Es mediodía, y acabo de entrar en un apartamento donde la luz entra por todas partes poniendo de manifiesto espléndidos macetones de interior, lindos cuadros y sofás decorados de llamativos colores. Nada particularmente sórdido u oscuro.

—Disculpe, ¿permite? — digo en una voz algo elevada de tono, a fin de llamar la atención de la persona que habita en este espacio de belleza y tranquilidad.

—¡Sí, pasa y acomódate, Amador! — suena un trino de alegría proveniente de alguna habitación —. ¡Enseguida estoy contigo!

Estupefacto. Eso estoy: petrificado en el zaguán. Toda la vida interrogando, investigando a mujeres dedicadas a esto y, cuando tengo que simular que utilizo los servicios de la más cara — o eso supongo, tampoco lo sé con certeza —, es como si entrara en casa de la vecina a pedir prestada una alargadera.

Mi nombre resuena en mi oído unos segundos más, y me hace dudar de si debí haber usado un *alias* para contratar el encuentro o si era mejor hacerlo a las claras, como hice al final. Resuelvo que mejor por mi nombre: nunca se me dieron bien los camuflajes y, en estas, iba a ser poner más follaje de por medio. Cuando se trata justo de lo contrario, de desenmascararse rápido, y poner el toro en suerte. Pero ni un segundo antes de tenerlo en situación, eso sí.

Me quedo en el zaguán durante un par de minutos. Después, envalentonado por el silencio, doy unos pasos hacia el salón. El apartamento es enorme, al modo de un jardín techado, amueblado con un gusto refinadísimo, extendiéndose a una terraza igual de amplia, sin que la frontera entre el interior y el exterior sea advertible con facilidad.

Retrocedo dos pasos de forma involuntaria. Quizás sea mi cuerpo, que ha querido advertirme que ya no estaba solo. En efecto, una presencia. Una mujer. Pero no puedo examinarla, porque algo en ella acaba de capturarme la mirada. Son sus ojos. Llenos de mar. Y de todo el cielo de ahí fuera. Un azul que, extendido en medio de la estancia, se me antoja risueño, nítido, intenso. Un espacio infinito que, al verme pasmado en medio del salón, me pregunta:

—¿Te pasa algo, Amador?

Pero Amador se acaba de quedar ciego. Tuvo que cerrar los ojos, llevarse las yemas de los dedos a los párpados para darse un masaje y, luego, un pellizco en el costado, a fin de cerciorarse de que no sueña.

De que no estoy soñando, vaya. Después, una sensación de mareo. Como si el salón comenzara a dar vueltas a mi alrededor.

—Siéntate, Amador — propone la mujer, con un tono a medio camino entre la amabilidad de la acompañante y la autoridad maternal.

Lo hago sobre una de las *chaise-longues* de la terraza, estirando las piernas y los pies, sintiéndome incómodo, de lo ridículo.

—No te preocupes — me tranquiliza —. Pasa a veces.

De inmediato, se me aproxima y se aplica con dulzura a descalzarme y aflojarme la corbata. Me empiezo a preguntar qué clase de enfermedad — «pasa a veces» — me acaba de atacar hasta el extremo de dejarme noqueado. En el intento de diagnosticarme, advierto por primera vez que, bajo el azul mediterráneo de unos ojos sin maquillar, se alberga una sonrisa fresca hecha a base de perlas.

Me acerca enseguida una jarra de agua y un vaso. Sirve un poco, y me lo aproxima a la boca.

—Solo un buchito, bruto, que te va a sentar mal — sonríe otra vez.

Silencio. El vuelo de un par de gorriones, ahí fuera. Se acerca la hora del almuerzo y aprieta el calor.

—Vamos dentro — me susurra.

Me voy recuperando lo suficiente como para ser capaz de apreciar algunos detalles. La uñas, cuidadísimas, no están pintadas. La sonrisa y la paz, como única forma de cosmética. Un vestido blanco y verde que solo pone de manifiesto unos hombros delicados, apenas bronceados. Es largo hasta los tobillos, amplio y vaporoso, de donde emergen, al final, unas babuchas de tipo oriental.

—¿Qué te apetece para comer, Amador? — dice en una voz apenas audible.

***

Degusté manjares exquisitos. De algún modo, sabía de mis preferencias; mi visita había sido preparada con esmero. Mientras comía, me servía sin dejar que la conversación decayera en ningún momento. No me acompañó a comer, eso no; me dijo que ya lo había hecho antes de mi llegada. Para servirme, se puso un delantal tan elegante que apenas se distinguía del vestido. Iba y venía de la mesa a la cocina, sin interrumpir nunca un parloteo alegre que llenaba la estancia sin cargar los oídos. Hablaba del cielo, del mar, consiguiendo establecer una sintonía precisa con el azul de sus ojos. Los míos iban de los suyos a las imágenes evocadas por sus palabras, al modo de una narradora mágica capaz de desarmar cualquier iniciativa que no fuera seguir escuchándola. Tanto, que su sonrisa la contradecía, una y otra vez: «pero come, hombre, ¡se te va a enfriar!».

Me rondaba, cariñosa, retirando todo plato de más, cualquier cubierto

que ya no estuviera en uso, las migas de pan, sirviendo siempre un poco más de vino. De repente, preguntaba «¿de dónde eres, Amador?» y otras nimiedades por el estilo, destinadas a mantener la conversación sin franquear líneas rojas o plantear cuestiones incómodas como, por ejemplo, si estaba casado, tenía pareja o el cometido de mi trabajo. De cada plato, insinuaba si se me apetecía repetir o, a veces, apeteciéndoseme, me contrariaba: «no puedes, cariño, porque si te doy más, te vas a saciar antes de llegar a un postre maravilloso que te tengo preparado… Y eso no lo puedo consentir, de ninguna de las maneras».

Tras el postre, me preparó un gin-tonic poco cargado, recitando «si el amor moja sus alas en alcohol, no puede volar…», seguido de una risa picarona. Claro que el vuelo del amor podía ser antes o después. Luego, me sugirió que podía echarme una siesta, que me esperaría tranquila para proseguir con nuestra conversación un poco más tarde. Como se me apeteciera. Y se me apeteció, claro.

***

La seis de la tarde; el sol pierde fuerza. La cama es amplia, mullida, pero sin otras fantasías. El lecho de una persona que vive sola, sin disfrutar particularmente de sí misma. O eso interpreto, tampoco lo sé; no la conozco de nada. Fuera, la tarde transcurre en un silencio casi absoluto; solo se oye a los niños jugando en el jardín, a lo lejos. No difiere de mi despertar habitual, en la soledad del apartamento. Solo echo de menos el saludo de mi Leo, desde la mesita de noche.

De inmediato, al cuarto de baño, junto al dormitorio. Me esperaba el arsenal de la cosmética. Pero sorprende, de lo elemental: un jabón hidratante, champús del mismo estilo y poco más. Me lavo la cara y busco con qué peinarme. Me compongo el hato como puedo, y salgo a ver dónde está esta. Al fin y al cabo, uno vino a lo que vino.

Al salón, por segunda vez. A ver por dónde empiezo. Y ahí me topo con sus ojos, que me escrutan con una curiosidad implacable. Además, me encuentro con un ademán circunspecto, a diferencia de la sonrisa que dejé hace un rato. También cambió el vestido por una camiseta sencilla y unos vaqueros. Y se recogió la melena en una cola. Se esfumó la magia, pues. El aspecto de ahora es el de una chavala normal. Con unos ojos impresionantes, eso sí, pero nada que la diferencie de una mujer — hermosa — que te encuentres en la cola del supermercado.

Su seriedad impresiona, insisto. En consecuencia, me es imposible adoptar otra expresión que no sea el reflejo de la suya. Sin abrir la boca, me indica que me siente frente a ella. Lo hago. Y no puedo evitar pensar que algo empieza a averiárseme.

—¿A qué has venido, Amador? — me espeta.

Me quedo clavado a sus ojos, inmóvil. A ver cómo salgo airoso de esta, y saco adelante algo parecido a un interrogatorio policial. Me asalta la idea de que cualquier palabra mal calculada puede cerrarme esta puerta a cal y canto.

—¿Tengo que repetírtelo? ¿A qué has venido, Amador? — la segunda pregunta lleva un añadido de irritación.

Sigo hincado en el sofá, mudo, petrificado, helado, incapaz, rogando al cielo que le hizo los ojos a esta mujer que me regale las palabras precisas para que no se rompa el debilísimo hilo que la mantiene hablando conmigo.

—Tú no vienes a lo habitual; no soy idiota… Pero esto está pagado y bien pagado. Y yo soy la mejor, una profesional; dan de mí las mejores referencias. Así que es mejor acabar con esto cuanto antes.

Miro al techo, a las plantas, a las cortinas y, al fin, ahí fuera, a la luz de la tarde. Algo a lo que aferrarme.

—Bueno, si no te apetece, tampoco es necesario — añade con el esbozo de una sonrisa sarcástica.

—Beneyto — me sale al fin —. Busco a Beneyto.

De repente, la mujer palidece. ¿Miedo…? Tal vez.

—No he oído nunca ese nombre — dice atropelladamente —. Y creo que es mejor que te vayas. Esto ha sido un error. No te preocupes por el dinero; se te devuelve por completo. Ya me encargo, en serio. Y la comida, cortesía de la casa. Nada. Pero olvídate de mí. No sé nada.

—Sí que sabes — replico, más resuelto —. Lo sabes de sobra. Ha sido tu único cliente durante meses. Mi nombre es Amador; no lo camuflé para este encuentro. Soy agente de Policía. Del mismo modo, sabes que Rosendo Beneyto está en paradero desconocido, en busca y captura como sospechoso del asesinato de Meritxell Llopart.

—¿Mi único cliente…? — repite mis palabras con una risa nerviosa —. No tienes la menor prueba de lo que estás diciendo.

—A ver, como te llames, ¿cómo he conseguido dar contigo? —me oigo decir en tono desafiante.

Una vez más, el silencio se adueña del salón. De repente, el cielo me concede las palabras que me negó antes, y que van llenando, poco a poco, una estancia donde las sombras consiguen eclipsar a la belleza.

—Vayamos por partes. En primer lugar, tenemos pruebas de los pagos de Beneyto a tu jefa, Sandra Rochefort. Una cantidad mensual, y muy abultada. De esta, *madame* se quedaba una tajada por gastos de agencia y el alquiler de este apartamento. Con el resto, hacías tu vida sin que Hacienda se coscara de nada. Pero, tranquilas, que no se os va a perseguir por delito fiscal. Lejos de mi imaginación convertirme en el hazmerreír de la Agencia Tributaria. Lo mío es una investigación criminal: homicidios y desaparecidos. Y de no colaborar, Sandra y tú

podríais ser procesadas por complicidad o por obstrucción a la Justicia; ya lo veríamos. Hablando en plata: que con los indicios de que dispongo, puedo detenerte ahora mismo, y das con tus huesos en el calabozo hasta agotar el *habeas corpus*. Te lo explico, guapa: según la Ley, se trata de un plazo de setenta y dos horas, al término del cual te tenemos que poner obligadamente delante del juez. Pero Sandra me advirtió que bajo ningún concepto hablarías con la pasma. Está más claro que el agua: algo sabes de nosotros que te hace cagarte de miedo. Es probable que se trate de *info* sensible que te soplara Beneyto en su día. Porque, desaparecido tu cliente en exclusividad, te faltó tiempo para desaparecer del mapa protegida por un nombre de guerra nuevo. Claro que si no te muestras más receptiva, no podré evitar detenerte; te lo acabo de decir. Y enseguida se sabrá en Jefatura que *la chica de Beneyto* está en chirona, mínimo durante cuarenta y ocho horas. Una celda al alcance de ciertos mandos, por cierto. La gente de la que huyes, aún no sé por qué. Imagínate el titular de prensa, mañana o pasado: «*la chica de Beneyto* aparece colgada de una sábana». Oficialmente, «no pudo soportar la tensión». A ver si me explico, ojazos: tú me ayudas con lo mío, y yo te salvo el pellejo. No sé si lo pillas, bellezón, pero me parece que tú sales ganando con el trato. Y ahora, tú decides, *miss Costa Soleada*: ¿me quedo y lo hablamos, o me echas de tu palacio y sales conmigo con las esposas puestas…?

La luz del atardecer me impide apreciar los detalles de su rostro. Se le oye un primer sollozo, eso sí.

—Mientras te lo piensas, un detalle sin importancia: ¿cómo te diste cuenta de que yo no era un cliente?

—Tú no has estado en la vida con una como yo, ¿me equivoco…? —dice, conteniendo las lágrimas.

—Cosa mía, *guapi*. Y ahora, Beneyto. Todo lo que sepas. Y sin medias palabras.

—Has dado conmigo — susurra apesadumbrada ante la evidencia —. De seguro que ellos también lo harán, antes o después. Mi nombre figura alto en su lista. Y no hace tanto que les puse un inocente en el matadero.

—Insisto, como te llames: solo Beneyto. Y hasta el último detalle.

—Primero, una cuestión de orden: llámame Lidia.

—¡Por fin! ¿Tu nombre de verdad?

—No, por supuesto. Pero nos servirá.

30. Confesiones Íntimas de una Profesional

El sol se fue. Queda la calma. Los dos fuera, en la terraza. No hace fresco; se está bien. Aún queda luz, le veo la cara: el retrato del miedo, la congoja, la desazón. Son dos Lidias diferentes: la que me recibió esta mañana y la que veo ahora, sentada frente a mí, mirando al vacío, como pretendiendo encontrar palabras para retratar un ayer no tan lejano.

Se arranca con dificultad, a pasos cortos, erráticos, esbozando apenas ideas mal conectadas. Como queriendo afirmarse sobre imágenes confusas extraídas de un sueño. Luego, levanta los ojos y busca los míos, buscando determinación, un asidero, palabras concretas.

—¿Por dónde empiezo, Amador, por el final o por el principio?

Reconozco que no sé qué decirle. Confieso que he sido violento. La he amenazado de muerte. La he chantajeado sin saber si su terror tenía sustancia. Até cabos e imaginé el resto. El resultado está a la vista: por un lado acerté; la joven que se hace llamar Lidia está aquí sentada de puro miedo. Por el otro, admito que tendré que coger su relato con pinzas. Si no todo, al menos parte de él. Y me lo he ganado a pulso; es viejo como el mundo: las confesiones obtenidas bajo tortura apenas tienen valor. Me acuso, pues, de torpeza; he desandado kilómetros en el camino de la confianza.

—Como te sea más cómodo — resuelvo, al fin.

Como respuesta, me encuentro con una sonrisa amarga. Me pregunto qué la trajo a este menester. De inmediato, desecho la cuestión; no es prioritaria.

—¿Qué te dijo Sandra de él? — suelta en un susurro.

—Apenas nada — respondo con rapidez —. Todo lo que Sandra cuenta está limitado por las implicaciones potenciales sobre su red de contactos. Tú ya sabes.

—No; yo tampoco sé nada — replica rápidamente, a su vez —. De Sandra nunca se sabe nada; ¿no te diste cuenta?

—Un poco sí; parece la base de su negocio. Por tanto, dependo de lo que me quieras contar tú — me oigo con un tono muy diferente, y empiezo a acariciar la posibilidad de retomar esta conversación por la vía de la cordialidad.

—Rosendo apareció hace meses — suspira, mirando los tonos naranjas del ocaso —. Se te parecía en algo; te lo acabo de decir. Un

poco perdido, aunque bien trajeado; mucho mejor que tú, que todo hay que decirlo. Por cierto, se te nota a legua que ese traje no es tuyo. Tú no tienes uno, ¿verdad? El de Rosendo era de sastre, factura impecable. De esos que le permiten a una deducir el caché del visitante. Y el resto del hato, en sintonía. Es curioso este mundo, Amador. Ves pasar a hombres que, al invertir tanto en lo externo, creen que con ello adquieren el aplomo que les niega todo lo demás. Y se comportan en consecuencia. Pero Rosendo, no; tras soltar los adornos, de corbata para adentro, parecía un chiquillo en la puerta del colegio, a la espera de su mamá.

—Y, según la impresión que compartes con Sandra, los dos nos parecemos en eso. ¿Os pusisteis de acuerdo sobre el particular?

La mujer niega con un gesto vehemente y prosigue:

—Ahora apenas hablo con Sandra; es su secretaria la que se encarga de todo lo relacionado conmigo.

—Volvamos a Beneyto — centro el tema, una vez más.

—Fue el mismo rito que contigo, incluida la siesta — Lidia recupera una sonrisa tierna —. Solo que, con él, no sospeché nada fuera de lo habitual. Se levantó y se aseó, como tú. Lo oí trastear en el cuarto de baño, y fui a ver. Me quedé contemplándolo desde el quicio de la puerta. Y… Y fue diferente a todos. Bueno, a casi todos.

Silencio en la terraza. En el cielo, ya poco queda de los naranjas. Solo penumbras y, a levante, el avance del azul oscuro, casi negro. Lidia se levanta a encender un foco con que atenuar la semioscuridad ambiente.

—¿Por qué te interrumpes? — pregunto con un hilo de voz.

—Porque me da vergüenza.

—¿El qué?

—Confesar que el tipo me gustó desde el primer día, Amador. No es profesional.

—¿Es la primera vez que se lo cuentas a alguien?

—La primera, Amador. Y no es fácil. De tanto que luché con esto, llegué a no saber lo que sentía en realidad. Y hace sangre dentro. Más de lo que quería reconocerme.

—¿Seguimos, pues?

—Seguimos. Fue un chispazo. Algo eléctrico. Como un relámpago en día de tormenta. Y enseguida, el incendio. Él y yo. Una explosión, aquí dentro. Ya me entiendes, Amador. Sin fingir, como con los otros. Ni siquiera me acordaba de cómo era, hacerlo así. Y después del fuego, las brasas. Todo el fin de semana. Vigor recobrado, una y otra vez. No sé si me explico, Amador. No son lo mío, las palabras.

—Es de lo más explícito, Lidia.

—Dejábamos la piel para entregarnos a la risa, sin abandonar el apartamento ni un momento. Comimos juntos, nos aseamos juntos y

todo lo que se pueda imaginar, salvo las necesidades íntimas. Anulé otras citas para extrañeza de Sandra — me lo comentaría días después —. Y nunca le di la verdadera explicación del asunto. Solo me sucedió algo parecido una vez, y destruí la historia; pero aquello no viene a cuento. Lo importante para ti es que Rosendo se fue el lunes de madrugada. Tras su marcha, me quedé en la cama toda la mañana disfrutando de su calor y de su olor a hombre.

—¿Cuándo volviste a verlo?

—No tardó mucho; Sandra me lo advirtió: «Beneyto quiere verte, ¿te anulo todo el fin de semana?». Al otro lado de la línea, la vieja alcahueta intuyó mi sonrisa. La criatura volvió. El resultado fue el mismo; no te lo voy a repetir. Sandra suavizó sus quejas: el flujo de la *Black* de Rosendo era generoso; nadie le pone peros a un cliente habitual. Y yo, menos que nadie, ya te lo imaginas. Solo que, de volver una y otra vez, fue surgiendo un Beneyto diferente.

—A ver, que ese me interesa más…

—Comenzó poco a poco. Nos quedábamos los dos desnudos, abrazados sobre el lecho. Pero a veces lo sorprendía lejos, muy lejos. «¿Qué te pasa, Rosendo?», le decía. En una ocasión, me contestó con otra pregunta: «¿tienes hijos, Lidia?». Le dije que no — es la verdad — y permanecí en silencio, atenta. Entonces se animó a desgranarme la triste historia de su única hija, gravemente discapacitada. Una chiquita de casi veinte, ingresada en un centro para deficientes severos. Por si fuera poco, padece una epilepsia de difícil control, pese a los reiterados ajustes de medicación. Semanas después, lo oí discutir con la directora del centro. La chavala había estado en urgencias la noche antes por convulsiones. Lo vi llorar desesperado, dar puñetazos al aire, e irse enseguida a ver a la niña. Volvió al cabo de un rato, más tranquilo. Al fin de cuentas, una había reservado el fin de semana para este único cliente — no te puedes imaginar lo que eso cuesta —. Le preparé un gin-tonic y nos lo tomamos a medias. Me enternecía su devoción de padre, Amador. Acabamos en la cama otra vez. Y, besándole el ombligo, me atreví a decirle: «¿y tu mujer?».

Las palabras huyen de nuevo de la terraza. Tal vez hayan decidido convertirse en semillas, para germinar más tarde, en los espléndidos macetones. Fuera, noche serena, una temperatura magnífica. Abajo, los niños juegan en los jardines, ajenos a nuestro trasiego.

—«¿Y tu mujer…?» — repito al fin, invitándola a continuar.

—Otra vez: me da vergüenza.

—¿Por…?

—Falta absoluta de profesionalidad: no se incomoda a un cliente recordándole a *la oficial*.

—¿Y…?

—No sé, Amador… Rosendo se me estaba convirtiendo en alguien

especial.

—Insisto — mi voz suena con autoridad —. Te lo dije antes: lo quiero todo.

—«¿Mi ex?», soltó con amargura. Y se encontró con mis ojos. De repente, algo se le rompió dentro, y empezó a hablar y sollozar sin que mis caricias pudieran aliviarlo.

—Pues dime — ordeno casi.

—Rosendo me contó que conoció a su ex en las juventudes del Partido, junto a Berta Frías y a otros muchos. Amor pasión como él lo concibe, sin medias tintas. Un vino que se agrió años después con el nacimiento de Lucinda. Su ex jamás aceptó la carga de tener una hija discapacitada y culpó de ello a Rosendo, en cuya familia existe algún que otro caso. Él se lo tomó al revés: se volcó en los cuidados de la niña, y se aseguró de que dispusiera de lo mejor en caso de que él llegara a faltar. Era una época compleja: Berta y él estaban trabajando en la autoridad portuaria de Algeciras, y pasaban mucho tiempo fuera de casa. Aunque la ex de Rosendo nunca tuvo motivos para los celos: ni el amor ni el sexo son pasiones para Berta; ya se compensa con otras menos comprensibles para la gente de a pie. Es de las pocas confidencias que se permitió Sandra conmigo en su momento. La que sí tiene un problema con el sexo es la ex de Rosendo. O al menos lo tenía. Solo que mi pobre Rosendo se enteró tarde y de mala manera.

—Sigue — me oigo, mientras intento anotar cada palabra.

—Pasó algún tiempo. Rosendo y su ex mantenían una relación tirante. Esta pertenece a una familia muy tradicional; un divorcio a cuenta de la discapacidad de la hija no se habría comprendido. Por otra parte, el Partido había ganado de nuevo las elecciones, y había que optar entre Berta y Rosendo para una consejería clave. Pese a su relativa juventud, los dos se habían convertido en pesos pesados del Partido. Él daba saltos de alegría; era su gran oportunidad. Y de repente sobrevino el bombazo, detonado de puertas adentro. Explotó en la sede, en *petit comité*: Berta, él y un grupo selecto. Berta le hizo ver un vídeo de calidad deficiente, pero que permitía reconocer las caras. Se había grabado dos años antes, en una romería donde algunos compañeros de Partido se habían reunido para celebrar un festín. En el vídeo se apreciaba lo que sin lugar a dudas era una orgía de alcohol, cocaína y sexo. En uno de los números — y no precisamente el más fuerte —, la mujer de Rosendo realizó un striptease integral, que concluyó en una felación a un conocido compañero. Aquello fue más de lo que Rosendo era capaz de soportar. Además, Berta le comentó que, a lo largo de los últimos años, habían menudeado las bacanales y se habían secuestrado otros vídeos con dificultad. Era del todo imposible saber si existía alguna copia en este ordenador o en aquel, o en algún rincón de la nube. En aquella reunión, se le venía a

transmitir a Beneyto una orden de la cúpula, bajo palabras amables: que se olvidara de aspirar a la primera línea de la política. Porque una consejería sería una sobreexposición que haría inevitable el empleo de un arma de burla como aquel vídeo, fuera por parte de los adversarios políticos o por los enemigos, dentro del mismo Partido. Berta le prometió a Rosendo que, si optaba por ser su hombre en la sombra, ella misma se encargaría de perseguir y castigar a los cómplices de su deshonra.

—Joder, Lidia… ¿Y qué pasó después?

—Me explicó que no le quedaba más alternativa que aceptar la propuesta de Berta. Había hecho de la política su vida; para él, no había nada fuera. Pero, poco después y con el aval de Berta, fue expulsando de la vida política a todas las caras que aparecían en el vídeo. Fuera de los cargos y de las listas electorales, a la frialdad del desempleo o, en el mejor de los casos, de vuelta a la grisura del funcionariado. De ahí la leyenda de ese Beneyto *killer* de los suyos bajo el auspicio de una Berta que nunca se libraría de la sospecha de haber sido a su vez *killer* del propio Beneyto. Sin embargo, fue a su ex a la que reservó una venganza fría y calculada. De entrada, un divorcio en que, con los vídeos como prueba, Beneyto obtuvo la guarda y custodia de su hija. Habida cuenta de que la mujer disfrutaba de una buena posición en el Partido, la jueza determinó que no tenía derecho a percibir pensión compensadora. Superado dicho trámite, Rosendo logró la expulsión del Partido de su ya exmujer, con el prometido apoyo de Berta. Era fácil de argumentar, ante la comisión de disciplina de los órganos centrales, que tal merecía la que había adoptado una conducta que ponía en riesgo el buen nombre del Partido. Poco después, Beneyto no tuvo reparo alguno en mostrar el vídeo a los cuatro hermanos de su ex, pertenecientes todos a una prestigiosa agrupación religiosa de la ciudad. Fueron ellos los que se encargaron de lograr el ostracismo de la susodicha del seno familiar, y que la madre modificara el testamento para dejarle solo la legítima. Bajo la insinuación de que el vídeo en cuestión y otros más estaban en difusión progresiva e incontrolable, la mujer optó por iniciar una nueva vida lejos de la ciudad. Según parece, este arranque de cero no fue nada fácil, dado que la infortunada no tenía una capacitación profesional concreta. Algo frecuente dentro del escalafón del Partido, dicho sea de paso. Hace poco, ha trascendido que consiguió un puesto en la limpieza urbana, a setecientos kilómetros de la ciudad. «Ojalá consiga ser feliz», suspiró Beneyto al contármelo. Me parecía del todo imposible que aquel hombre cariñoso fuese capaz de ejecutar tal venganza. Pero así me lo dijo, mirando al techo, sin asomo de cinismo.

—Y de este modo fue como llegó a tu puerta…

—Aún le quedaba un buen trecho, Amador.

—Dime, entonces.

—Enseguida. Rosendo había sido vejado por su mujer y sus compañeros de Partido. Pero esa herida podría haber cicatrizado con el tiempo y la distancia. Para lo que no había arreglo posible es para la afrenta de Berta. En esencia, significaba quedarse a su merced y a sus órdenes, pese a haber sido la mensajera del ultraje. Y quién sabe si tuvo algo que ver en la grabación de los vídeos, a través de terceros. En su inmenso dolor, Rosendo fue matando. Y ya se sabe: mal amigo queda al matador. Ahí lo llevaron, de burdel en burdel, armado de su tarjeta *Black*. El mejor champán, refinadas compañías: salitre para una sed insaciable. Un ansia que intentaba mitigar propiciando la caída de diputados, alcaldes y altos cargos en una espiral que ya excedía con creces el propósito inicial de la venganza.

—¿Y cómo apareció en tu vida?

—Tan peligroso se había hecho que el Partido se rebeló, por así decirlo. La misma Berta tomó cartas en el asunto: era preciso neutralizar al monstruo que ella misma había creado. Sandra se le hizo la encontradiza en un *happening*; ya sabes cómo es. Trabó confianza con él, y de ahí a nuestro fin de semana.

—¿Se apaciguó la bestia en tus brazos?

—Te lo acabo de contar. Pero sus demonios de dentro le devoraban el alma. Me decía que era mejor que no supiera; era más seguro para mí. Pero, poco a poco, comencé a notarle el miedo en los ojos, en la piel. Venía todos los fines de semana. Empezaba a portarse de un modo chocante: llamaba antes y me pedía que saliera a la calle, a ver si detectaba presencias extrañas, como, por ejemplo, coches aparcados en lugares inusuales o con gente dentro durante demasiado tiempo. Y antes de dejarme, lo mismo. Que bajara a ver. Y cuidado con las llamadas sospechosas.

—¿Te dijo en algún momento a qué le temía?

—Nada en concreto. Palabras inconexas. Se le intuía un temor vago a todos y a sí mismo. En los últimos tiempos, se había ganado muchos odios. Se había hecho incómodo para Berta, según me decía. Porque en el Partido hay una máxima de oro: «ni muertos, ni heridos».

—¿Y eso qué significa?

—Que si alguien cae en desgracia, tiene que ser recolocado. Un compañero jamás cae sin red. Según afirmaba Rosendo: «no es porque nos queramos mucho, sino porque todos conocemos demasiados trapos sucios de los demás». Solo que él, en su venganza, infringió muchas veces este código no escrito y obligó a Berta a rescatar a tantos otros del desierto. La excepción a esta norma fue su ex y los *amigos* del vídeo. Claro que aquí mediaba la promesa de Berta y, entonces, le convenía respetarla. Con él, sin embargo, Berta lo tenía más complicado: Rosendo lo sabía todo de todos — con pruebas

documentales —; no se lo podía quitar de en medio de un modo simple.

—Sigue, Lidia.

—En los últimos meses, Rosendo me hizo una propuesta insólita. Me quería en exclusiva. Que anulara a los demás; solo para él. Lo hablé con Sandra. No era la primera vez, y la experiencia previa había sido catastrófica. Ahora volvía a verme en las mismas, y con sentimientos parecidos: me resistía y lo deseaba a la vez. El rojo carmín, sobre mis labios, me traicionaba y sonreía. Algo en mí se sublevaba contra las normas de la profesionalidad. Pero no fui yo, sino Sandra, la que impuso un montante astronómico. Y Rosendo aceptó. O, mejor dicho, la *Black* lo soportó sin mayores estreses. Rosendo Beneyto disfrutaría de una ficción de hogar y de esposa cariñosa. Claro que esta esposa cariñosa aceptó con gusto el papel; no le costaría nada *fingir* por segunda vez en su vida profesional.

—Sin embargo, de tu galán al mendigo andrajoso que atendieron en urgencias va un trecho.

—Algo sucedió; algo ligado a su relación con Berta. Un problema que no me reveló, según insistía, por mi propia seguridad. Mascullaba: «hijos de puta, esto no se hace…». Y una vez y otra: «¡me las van a pagar!». Pero nada en concreto, Amador. Un día…

—Un día… — repito.

—Un día vino desencajado, nervioso. De su ropa, se advertía que había rodado por el suelo. Cuando pudo articular palabra, me dijo que alguien había intentado atropellarlo. Y que se había salvado por chiripa; se olió el asunto, y dio un respingo que le permitió esquivar a la muerte. El coche asesino se dio a la fuga, sin que pudiera tomar nota de la matrícula. «¿Denunciaste?», le pregunté con ansiedad, recibiendo como respuesta una risa nerviosa. «El demonio infiltra la pasma; está en todas partes», me soltó apresuradamente. «Nena, desaparezco unos días», me dijo. «La tengo cogida… Lucifer atrapado por los cuernos», añadió. «Tengo todas las pruebas. Solo hay que ponerlas en las manos adecuadas y el lugar preciso, fuera del control del maligno… Y la Llopart me ayudará; no tiene otra alternativa».

La noche oscura, sobre la terraza. Cesaron hace rato los juegos en el jardín. Las pocas luces que quedaban se van apagando, dejando a tres o cuatro insomnes, no más. Como luz suplementaria podría invocar a mis ojos, que deben estar abiertos como lunas, ahora que llegamos a lo que parece el quid de la cuestión:

—¿Las pruebas…? ¿Qué pruebas?

—¿Qué sé yo, Amador?

—¿Las manos adecuadas…? ¿No dijo nada más?

—Nada más. Te lo diría, palabra.

—Y de la Llopart, ¿dijo algo más?

—Fue la primera y última vez que la mencionó. No volví a oír ese nombre hasta la noticia de su asesinato, semanas después. Pero una cosa tuve bien clara, Amador, entonces y ahora.

—Dime.

—Que Rosendo no la mató. En su mirada había rabia, deseos de venganza, amor de padre… había muchas cosas, pero nunca encontré al asesino. Y a este lo conozco bien. Porque bebí de la piel de tipos que han matado, que lo hacen de modo habitual. Esnifaron nieve de mis muslos; les serví platos y se los retiré de la mesa. Comieron de mi mismo ombligo. Y otras cosas que no te cuento. Hasta la náusea, Amador. Hasta pensar: «ahora, este me coge del cuello y me estrangula». No, Rosendo no es capaz de una cosa así. Ni siquiera de imaginarla o pensarla seriamente.

—Alguna idea, Lidia. ¿Dónde se mete?

—Ninguna, Amador. Ni si está vivo o muerto. O si está en el monte, haciendo fuego en una gruta, esperando a que la legión de demonios se olvide de él.

—¿Me llamarás si te llama o lo vuelves a ver? — le digo, extendiéndole mi número.

—No te lo puedo asegurar, Amador — confiesan un par de ojos azules que se pierden en lo oscuro —. Tal vez venga a por mí, a huir muy lejos, los dos juntos. Y no podré decirle que no. Porque ya hundí mi vida una vez.

31. Un Cadáver Abandonado

Al anochecer, Pepa decidió que no esperaría la vuelta de Amador. La agente intuyó que la peculiar interacción con la desconocida sería brevísima o, por el contrario, duraría horas. Tras adelantar trabajo en su habitación, Pepa pidió que le subieran algo para cenar. Luego, charla subida de tono con Mario, por móvil. Un rato que concluyó en caricias íntimas. Se lo merecían los dos. Un poco más tarde, se dejó adormecer entre pensamientos tiernos. No oyó el trasteo del compañero al llegar de madrugada a su habitación, pared con pared. Y, ahora, la acaba de ofender la luz mortecina del día que comienza.

La misma luz golpea los ojos de Amador y lo arranca de un sueño de apenas tres horas. No importa; para él, es lo habitual. Para funcionar al cien por cien, le bastan un rato exiguo en la cama y un café negro. Se rasca la coronilla y se lleva los dedos a los ojos, pretendiendo aclararse la vista. Dentro de poco, desayuno con Pepa; preparado, pues, para contarle lo de ayer. Un relato que, sin embargo, no arroja luz sobre el escondrijo de Beneyto. Y el azar, tan caprichoso, pura tragedia, se encarga de servirle la noticia a la cama. De un modo tan impetuoso como los porrazos que sobrevienen sobre la puerta de la habitación:

—¡Ponnn, ponnn, ponnn, ponnn!

—¡Amador, despierta, coño! — grita Pepa en el pasillo del hotel.

—¡Ponnn, ponnn, ponnn, ponnn!

—¡Coño, Pepa…! ¿Qué hostias…? ¿Se quema el hotel? — Amador abre, Pepa se mete por la hendidura de la puerta, la cara desencajada, y se abalanza a por el mando de la tele sin decir palabra.

—Pero, ¿qué coño…? — repite Amador, mientras Pepa lo sienta en la cama de un empujón. Trastea en el mando, buscando una cadena de noticias. Da igual; todas muestran lo mismo:

«ÚLTIMA HORA: ENCONTRADO EL CADÁVER DE ROSENDO BENEYTO».

Amador y Pepa, sentados sobre el borde de la cama, mudos. La presentadora desgrana la noticia: el cadáver, descubierto por un yonqui en un bloque de apartamentos abandonado. Según refiere el portavoz de la Policía, el yonqui tuvo que ingresar en un hospital y, al volver a *su hogar*, se topó con el macabro hallazgo.

—Yo conozco ese lugar… — comenta Amador, los ojos bien abiertos.

De inmediato, la entrevista con la doctora Carreño, portavoz del anatómico forense.

—La misma que abrió en canal a la Llopart, Amador.

La forense afirma que, en efecto, se trata de Rosendo Beneyto. El cadáver estaba en estado incipiente de descomposición. Mismo sexo, misma edad aproximada y, por si fuera poco, vestido con pijama de paciente con el logo de la Mole. El cotejo radiológico y dental mostró una compatibilidad del noventa y nueve por cien. Con posterioridad, se han recibido los datos correspondientes a la identificación por huellas dactilares, que ha ofrecido plena concordancia. No se espera que la jueza que lleva el caso exija, además, la verificación de la concordancia genética, aunque ello es posible, dada la disponibilidad de Lucinda, su única hija.

—¿Dónde vas, Amador? — resuena en la habitación.

Este se ha levantado como un resorte, y se quita el pijama delante de Pepa. Se vuelve a poner el atuendo de hace unas horas, encajado de cualquier manera. No se detiene ni a ponerse los calcetines. Ni agua, ni peine. Nada. Ni un adiós, ni un hasta ahora. Sale corriendo, dejándose la puerta abierta. Dentro, Pepa en pijama, la boca abierta, la presentadora dando aún los últimos detalles.

***

De vuelta al apartamento de Lidia, Amador sortea cancelas con habilidad y paciencia. Basta esperar a que entre o salga alguien, y hacerse el despistado. Arriba, la puerta de la entrada está abierta; no tiene que llamar. Dentro, todo permanece extrañamente similar a como lo dejara hace pocas horas. La luz del día, ahora grisácea, penetra con dificultad, ofreciendo claroscuros. Un murmullo familiar dirige su atención hacia la cocina, cuya puerta encuentra entreabierta; da la impresión de que hay alguien dentro. Al menos, la luz está encendida.

—¿Lidia? — dice con voz queda tras anunciarse con dos golpecitos. Le responde el murmullo: una mezcla de música y voces. Pero nada inteligible.

Una vez dentro de la cocina, encuentra los restos de un desayuno sobre la encimera. Algún que otro cajón medio abierto y el cubo de la basura fuera de su sitio. Sobre el frigorífico, un televisor retransmite el parte del tiempo. Era el origen del ruido que acaba de atraerlo hasta aquí.

—¡Lidia! — grita Amador, para anunciar su intrusión.

Solo le responde el parte del tiempo. Y enseguida, la publicidad. Amador decide adentrarse en el apartamento. Tal vez la mujer esté

duchándose, y se asuste ante una presencia inesperada.

—¿Lidia? ¡Soy yo, Amador!

Pero nada. La tele, a lo suyo. Amador se admite un estremecimiento. Podría encontrarse con el cadáver de Lidia en cualquier habitación. O el cadáver junto a su matador, este arma en mano. O incluso dos matadores. Se maldice por no haber traído el arma. En su ímpetu salvador, ha transgredido todas las normas de la profesionalidad policial. Ahora, ni de móvil dispone para pedir ayuda. Pero algo le dice que aquí solo están la tele y él.

Un toc-toc a cada puerta. Nada tras nada. Nada en los armarios, perfectamente ordenados. Al fin, el cuarto de baño. Ligero desorden: compatible con una ducha reciente. Ahora, el dormitorio. La cama deshecha. Lidia durmió pocas horas, como él mismo. Y se levantó con esta luz espesa, insolente. El armario del dormitorio de par en par, las zapatillas dispersas por la habitación. Un cajón del armario abierto, su contenido revuelto.

Amador se vuelve sobre sus pasos. Al salón-vergel. Y ahí estaba, pisado por una macetilla, sobre la mesa de centro. Un papelito blanco. Pasó desapercibido en la primera inspección. Amador alza el papel y lo acerca a la terraza, a la luz. En tinta azul, la letra clara, con mayúsculas: «NO ME INTENTES LOCALIZAR». Sin firma.

¿Se dirigía a él, Amador, o a otra persona? Imposible saberlo. De repente, el tono del móvil, sobre el sofá. El aparato también pretendía pasar inadvertido. Amador conecta y permanece a la escucha, sin decir palabra. La llamada entrante está encriptada, sin identificar.

Silencio a los dos lados de la línea. Sin embargo, ninguno de los interlocutores interrumpe la llamada. Así, un minuto eterno; de fondo, alguna tos y las respectivas respiraciones. Juego de póker en las ondas, a ver quién descubre antes sus cartas.

—*Voyons*, Amador, no has sucumbido a la tentación, por seductora que fuera — el acento francés es inconfundible.

—¿Cómo sabías que se trataba de mí, Sandra?

—Pepa no conoce la ubicación exacta del apartamento. Solo tú y yo sabemos que Lidia estaba ahí.

—¿«Estaba»?

—*Évidemment* ha huido, Amador.

—¿Y si te digo que está aquí sentada?

—Como mentiroso, vales poco; ¿crees que te dejaría su móvil un solo instante? Se fue, *bien sûr*, y tú volviste a por ella.

—¿Por qué la llamabas, Sandra?

—Por la misma razón por la que tú has regresado, Amador.

—¿Y tú qué sabes? ¿Hablaste con ella de madrugada? ¿Esta mañana?

—Sé lo que tú, Amador: lo que acabas de ver en la tele. A ti y a mí nos cabía la duda de si Lidia lo había visto. Y ahora tenemos la certeza

de que es así, en efecto.

—¿Cómo podemos estar tan seguros?

—Porque se ha dejado atrás su móvil. No ha sido un descuido, Amador. Lo ha hecho aposta, para asegurarse de que los demonios no rastreen sus pasos.

—Ya la encontraré yo, Sandra. Aún no conoces el alcance del olfato del sabueso. Y su tenacidad.

—Olvídate de ella, *mon petit chihuahua*. Sé de sobra lo que es una orden de busca y captura. Trenes, autobuses, ferris, aeropuertos… Pero no tenéis un nombre real, ni una foto. *Rien du tout*. Fin de la historia.

—Otra cosa, ¿qué sabes tú si Lidia y yo llegamos… bueno, a lo habitual?

—Conozco a los hombres. Y tú no eres de los que pagan. Aunque te lo regalen. Por cierto, la oferta de trabajar conmigo sigue en pie.

—Y si me conoces tan bien, ¿cómo insistes en que trabaje para ti?

—Yo te conozco a ti, pero tú a mí no. Aún no sabes que nunca acepto un «no» por respuesta. *C'est juste une question de patience*. Pero ya lo hablamos, Amador, que yo también me disuelvo en las calles. Al menos, de momento.

32. Cui Prodest

«*Cui prodest scelus, is fecit*»
(Aquél a quien aprovecha el crimen es quien lo ha cometido)
Séneca. *Medea*. Acto 1º, escena 1ª, versos 500-501.

El cielo es papel de lija; transmite al alma la aspereza de los elementos. Jirones de gris se dilaceran en lo alto y se precipitan al suelo sin conceder una gota. Nada. Solo angustia. Cruces y mármoles. El fin de todo. Tres mujerucas que cuchichean entre flores marchitas tras ver pasar una comitiva fúnebre.

—Pasó rápido, el cortejo — suelta la más alta.

—Fue un hostiazo de carretera — le responde la bajita —. El tipo quiere un juicio rápido, ahí arriba.

—Lo tiene complicado — apostilla la gorda —. Se llevó por delante a tres ciclistas.

—Tenía prisa por ver a Belcebú — de nuevo, la alta —. Al gran maestro en asuntos de cuernos.

—¿Y por eso iba a ciento ochenta por hora? — pregunta la bajita —. Ganas tenía de dejarse los cuernos en un árbol.

—O de quitárselos de la misma hostia. Volaba a comprobar si la que llora detrás del ataúd estaba en la cama como su madre la echó al mundo — comenta la alta, sarcástica —. Acompañada de aquel mozo tan guapo que camina detrás de ella.

—En breve, aquí otra vez, a las exequias del amante — profetiza la obesa —. Su esposa está al tanto de todo, y pronta anda ya a verterle arsénico en el gin-tonic. ¿Nos volvemos a la Mole?

—Aún no: Beneyto, último acto; ahora en el tanatorio — replica la pequeña —. Aguardemos a la comitiva, que promete.

—Promesa de miseria: Beneyto nació príncipe, vivió como truhan, acaba de morir como un perro y se le entierra hoy como un mendigo — sentencia Pepi, la más alta.

—El Maligno quiere su alma y no la quiere — apunta Rosi, la pequeña.

—En las cartas a su sobrino, el Amo Negro admite que no puede digerir su amor de padre y el afecto empalagoso que se tomó por una meretriz — concluye Mila, la rotunda.

—El Divino Cabrón anda indagando quién se atrevió a presentar a su

puerta un ser tan impuro, a sus ojos — comenta Pepi, atusándose las greñas —. Malo solo en parte; alma meliflua que podría incluso promover su devolución a ese lugar tan insulso llamado «purgatorio».

—¿Cuándo nos vemos, pues? — pregunta Mila, acariciándose la panza.

—Dentro de muy poco — responde Pepi —. Nuestro Padre Cornudo está de hostias. La ofensa no quedará impune. Preparad, pues, el tanatorio, una vez más.

—¿Y quién se atrevió a embromar al Oscuro, si puede saberse? — ahora, la curiosa es Rosi, con su inconfundible voz aflautada.

—¡Silencio! — Pepi ruge de la ira —. Por lo pronto, solo tendrás esto: *cui prodest scelus, is fecit.*

***

Tanatorio, a unos cientos de metros. Salas y más salas, con sus duelos y abatimientos. Expresiones serias, a veces desgarradas. Fuera, el cielo persiste gris oscuro, aunque no se decide a estallar. Da la impresión de que se recrea en la intimidación, en mantener el suspense.

Última sala. Nadie en la entrada. Junto a la puerta, un letrero: «Rosendo Beneyto Bengoa». Es esta; no hay error posible. Dentro, un hombre sentado frente al cristal, chaqueta y corbata negra. Amador y Pepa se aproximan con cautela. Con respeto. El hombre levanta la mirada, gesto inquisitivo. No hay duda: son las facciones de Beneyto; debe ser su único hermano. Amador y Pepa se presentan. La acogida es fría, hostil casi:

—Ya está en paz, ¿no?

Imposible extraerle otra palabra. No es el momento, ni el lugar. Pasan minutos, cuartos de hora. Una hora, dos. Se anuncia el responso, abajo. Ahí van, Amador y Pepa. A ver si algún otro se deja caer.

Ya en la capilla. Aún no traen el ataúd. En el primer banco, el hermano. Solo. El funeral de un apestado, o casi. Y, clavados en el último banco, Pepa y Amador. Quizás venga alguien más, en el último momento. Nunca se sabe. Minutos eternos, antes del responso.

—Ahí que llega uno, Amador — suelta Pepa.

Un tipo de unos sesenta, la cara curtida. Se sienta en la fila de atrás. Y al poco, Luis Martín, que toma asiento junto a Amador y Pepa. Mira al frente y suspira.

—¿Tú en un funeral, Luis? — susurra Amador.

—El finado no era nada mío, pero no hay otra forma de hablar con usted, Amador — cuchichea Luis —. Y creo que, en estos tiempos, todos hacemos bien en evitar los móviles, ¿no les parece?

—Completamente de acuerdo — responde el poli —. ¿Alguna novedad?

—Discos duros desaparecidos — la voz de Luis es casi inaudible —. Miles de documentos triturados. La jueza no está encontrando nada. A su alrededor, un ejército de administrativas aterrorizadas. Nadie sabe nada.

—Como si Rosendo no hubiera existido, ¿verdad, Luis?

—Ganas me dan de decirle que se acerque usted al ataúd, a echar un ojo — sigue murmurando el joven —. Porque ya no estoy seguro de nada. Y mucho menos de que Beneyto esté muerto. A lo mejor llevan razón y nunca existió. Era solo un fantasma que usaron durante un tiempo para aterrorizarnos.

—Sosiégate, Luis — ahora es Pepa la que replica —. La autopsia la ha realizado María Luisa Carreño. Cien por cien fiable. Beneyto fue salvajemente torturado durante días. Te ahorro los detalles; luego te paso el informe completo, Amador. El mecanismo de la muerte fue estrangulación a lazo. En el cadáver no hay tóxicos o fármacos dignos de mención.

—Dios misericordioso — reza Luis, menos audible, más profundo —. Otra cuestión…

—Dinos — contesta Amador, mismo volumen de voz.

—Hace un rato, en la Basílica, de rodillas ante Nuestra Señora. No se ría, Amador, que para mí es Reina y Madre. Y para usted también, aunque ande extraviado.

—¿Me ves reírme, acaso?

—A mi vera se arrodilló una mujer de negro. No la reconocí; el velo le tapaba la cara. Tampoco podría describirla; no había en ella nada de especial. Unos segundos rezando, y luego…

—Luego…

—Luego, al santiguarme, me espeta en un hilo de voz: «mejor que los hubieran tirado a los dos juntos por el hueco de la escalera». Su cara, siempre oculta tras los encajes del velo, vuelta hacia la Virgen Santísima.

—¿Y le dijiste algo, Luis? — ahora es Pepa, mirando al frente, los ojos más que abiertos.

—Sí, algo como: «¿mejor que los hubieran tirado? ¿Acaso sabe usted quiénes fueron?». Y me respondió: «las vigas de la Mole son antiguas. Tienen oídos». Me quedé perplejo, sin saber qué decir. En esto, añadió: «que le digas a Amador que el maletín está a salvo, esperando la ocasión». Luego me distrajo Cristóbal, desde la sacristía. Y al volverme, la mujer ya no estaba allí. Salí a buscarla a la calle, pero ni el menor rastro. Ni siquiera alguien que pudiera atestiguar su presencia. ¿De qué maletín hablaba, Amador?

—Ha sido una pesadilla, Luis — concluye Pepa —. ¿Sigues en tratamiento para la ansiedad? A veces, las pastillas generan alucinaciones.

—Disculpe, agente, pero…

—Pepa, conozco de sobra a Luis — la conversación amenaza con subir de tono. Y no es el lugar.

—Agente, yo les entregué un *pen-drive* lleno de *dinamita* — murmura Luis, airado —. Hasta hoy. Cuando *los otros* den con que fui yo, ¿qué no serán capaces de hacerme? Más me vale quitarme de en medio durante una buena temporada. Dejé algunos amigos en Lisboa, ¿recuerda, Amador?

Entra el sacerdote e inicia el responso. Se levantan todos. Se abre una puerta lateral, por la que introducen el ataúd en la capilla. Ante la presencia, Luis no puede evitar un escalofrío, imaginándose las últimas horas de Rosendo Beneyto.

***

Tras el responso, el pésame. Quedan cinco y el cura. Los pasos resuenan en la capilla. Después, salen todos. Luis desaparece enseguida, impresionado por lo visto y oído. Solo Pepa y Amador en el hall, planificando los próximos pasos. Si hay adónde darlos. Y si tienen algún sentido, aparte de salir de esta historia y que apague el último.

—¿Quién lo ha hecho, Amador?

—¿Quién se beneficia, Pepa?

—Se lo podrías haber preguntado a tu amigo Luis. Lástima que se haya esfumado tan deprisa. Toda la cúpula del Partido, cargo por cargo, respira hoy aliviada con Beneyto bajo tierra. O esparcido al viento, si al hermano le da por incinerarlo.

—¿Y la mujer de negro?

—Ya me oíste, Amador: pesadillas de Luis. O se pasó de dosis.

—¿Le contaste tú lo del maletín, Pepa? Porque yo, no. Y ahora quiero que analicemos lo de: «mejor que los hubieran tirado a los dos juntos por el hueco de la escalera…».

—No sé qué más le quieres sacar al comentario de una desconocida que podría ser una simple alucinación de Luis.

—La enlutada usó la tercera del plural: «los hubieran tirado». Una contingencia que tocamos en su día, y que no hemos valorado debidamente: que el asesino no fuera uno, sino varios; que hubiera otros, además del misterioso «diablo» que los siguió desde urgencias.

—Una mera conjetura, Amador. Nadie vio ni oyó nada esa madrugada. Y creo que el tal «Belcebú» no es sino un invento de las limpiadoras de la Mole. Una más que se pasó de pastillas y le contó su alucinación a las compañeras, convirtiéndola en colectiva.

—No le falta lógica a tu postura. Y toda la comodidad del mundo, dicho sea de paso. En cualquier caso, tenemos que ir encajando la idea

de que tanto el asesinato de la Llopart como el secuestro de Beneyto fueron fechorías imposibles para una sola persona. Y mucho más si las dos se ejecutaron de modo simultáneo. Y lo que nos acaba de contar Luis…

—¿Te fías de él?

—Ahí tienes el *pen-drive*, Pepa. Se la está jugando. Está cagao de miedo y se quita de en medio. Como Lidia. Y como Sandra.

—Aceptado. Aceptado también que Luis no podía saber lo del maletín. Al menos, no por nosotros dos. Pero, entonces, tenemos que concluir que alguien más conoce tu vinculación con el caso y con Luis. Y que también sabe lo del maletín. Aspectos que hemos intentado guardar en el mayor de los secretos. Tenemos que pensar que ese alguien no está del lado del crimen; sería estúpido. Pero, por otra parte, algo le impide dirigirse a nosotros. ¿Quién…?

—Ahora, la frase de la mujer, Pepa: «las vigas de la Mole son antiguas; tienen oídos». ¿No te suena? Es algo muy parecido a lo que nos dijo aquella limpiadora.

—Podemos interrogarla otra vez, si te parece. Pero me da la impresión de que se trata de un dicho común entre los trabajadores de la Mole. Además, Luis tampoco nos ha dicho que la mujer de la Basílica fuera obesa. En el caso de que no sea una alucinación, podría ser cualquiera.

Los dos se disponen a abandonar el tanatorio. Podría empezar a llover en cualquier momento. El viento viene agreste; levanta la hojarasca. Pepa y Amador se abrochan los chaquetones y se protegen los ojos de la polvareda. Pero no pueden marcharse sin más. Se lo impide una figura junto a la salida. Se trata del desconocido que estaba sentado al final de la capilla. El único cuya presencia era inexplicable. Y que, según se ve, desea explicarse. Pepa termina por invitarle a que se acerque.

—Ya veo que la señora agente no se acuerda de mí — suelta el hombre, sucinto.

Pepa lo observa de arriba abajo, sin responder. La expresión de estupor responde por ella: ni la menor idea. El hombre tendrá unos sesenta años. En el rostro, las cicatrices de la vida. En el atuendo, la dignidad de lo elemental. Y poco más.

—Atienza, el jardinero del centro de discapacitados, ¿me recuerda ahora?

La luz se abre paso en el cerebro de Pepa. Su expresión le comunica al hombre que por fin lo recuerda.

—Seré breve — prosigue el hombre —. Lucinda, que estos días atrás no paraba de preguntar por su papá. Todos vimos en la tele que encontraron su cadáver, aunque nadie se ha atrevido a decirle nada a la chiquita, como es normal. Se impuesto el silencio sobre la cuestión.

Nos da en la nariz que la directora recibió un telefonazo con instrucciones concretas. Con todo, yo me imaginé que Beneyto se enterraría como un animal: solo y abandonao. Y he creído que era mi deber traerle el adiós de la niña, ya que ella no podía venir a despedir a su padre. Y les dejo ya, que empieza a chispear. Vayan ustedes con Dios y cuídense bien las espaldas. Porque Dios existe, pero el demonio también.

33. Hipótesis de Trabajo

«El maletín, Pepa; el dichoso maletín. Te lo dije: ahí está la clave. Al buscar refugio en la Mole, Beneyto pretendía algo más que salvar el pellejo. Me lo huelo, y pocas cosas desafían a mi olfato. Sin embargo, Beneyto tenía todas las razones para huir. De todo y de todos. Del pasado y del presente. Cada paso le devolvía una legión de enemigos jurados. Gentes que, de noche y de día, lo convirtieron en la médula de sus pesadillas, de sus odios, de sus más secretos deseos de venganza. Tal fue la siniestra habilidad de Berta.

Triste, el destino de Beneyto: envilecido por su rival para terminar besando la mano que lo degradaba. Convertido a su pesar en arma mortal de la reina y señora contra conspiradores e intrigantes. Me figuro que, mucho antes, para Berta sería pan comido conocer el punto flaco de la mujer de Rosendo; la conducta de esta sería notoria en los mentideros del Partido. Del mismo modo, es más que probable que Berta halagara el ego de Beneyto suplicándole que la acompañara en tantos cometidos lejos del hogar. No hago sino imaginarme sus palabras en aquella época: «eres imprescindible», «no me organizo sin ti». Torcidas intenciones: despejar el camino para que la entonces mujer de Rosendo diera rienda suelta a sus inclinaciones menos confesables. Y, de paso, documentarlas poco a poco, para eliminar al compañero cuando se convirtió en rival. Pasarlo a la categoría de rottweiler mordedor, de los que no sueltan el bocado con facilidad, y menos aun con la honra escarnecida. Acabar con él, aunque no con su mordida. Porque sus colmillos seguían siendo útiles. Útiles a ella, a Berta. En tanto que a la fiera no se le pasara por la cabeza morder a su ama. Entonces, no quedaría otra alternativa: el animal tendría que ser sacrificado en la perrera.

Todos se beneficiaban de la eliminación del perro rabioso. Pero nadie más que su ama, que al ponerle el collar le inoculó el virus de la rabia. Maligna combinación, hija de la maldad personal y de la política contemporánea. O tal vez de la política de todos los tiempos.

Aunque, por alguna razón, Rosendo se volvió contra Berta. Y esta advirtió una mutación en el hálito de su cancerbero, antes incluso de que este se percatase de su propia metamorfosis. Nada escapa a la mirada sagaz de la reina, ni siquiera un parpadeo de asombro. Sin embargo, lo ignoramos todo al respecto; ni siquiera Lidia consiguió la

llave de la verdad. Porque saber algo equivalía a ser liquidada. Sí, no cabe la menor duda de que Berta detectó pronto el cambio de humor de la fiera que ella misma había acunado. No sé cuándo, cómo, ni por qué. Lo que sí sé es que Lidia cuenta que Beneyto mudó el rictus y, poco después, fue objeto de un intento de asesinato. Y que desapareció un poco más tarde. Para reaparecer de mendigo, en la madrugada fatal de la Mole.

Pero Rosendo huía de otros. De otro u otros, que no me queda claro. Otro u otros que son la mano de no sé quién o quiénes. Se trate de Berta o de gente relacionada con Berta. O de gente por encima de Berta. O gente sin relación con ella; ¿quién coño conoce las ramificaciones de esta hostia? Las viejas del lugar y varios más no hacen sino hablarme de demonios. Con todo, esta historia diabólica ya me está tocando las narices. Porque treinta años de callejeo me bastan para saber que solo hay algo más diabólico que la humanidad: los engendros que esta es capaz de concebir.

Por otra parte, me huele que lo de la Llopart fue daño colateral. Porque Meritxell era la *apparatchik* perfecta. Incluso en su forma de abandonar el poder. Son así, los de la *nomenklatura*. Caen en desgracia, y ni siquiera pían. Siguen sonriendo en su huequito, bien agazapaditos hasta que alguien se acuerda de ellos, una vez más, y una mano amiga los devuelve al candelero. El poder — aunque sea una mínima dosis de él — es así, adictivo. Se añora siempre. La vida de *mindundi* no se llega a asumir nunca.

A Beneyto y Llopart no se les conocía amistad o afinidad previa. Son el tipo de gente que no gasta empatía con persona alguna, a tenor de lo que estamos viendo. Máscara y cara, persona y personaje, todo en uno. Y no hay más que lo que va emergiendo. Un poco en Beneyto, por su chiquilla. Y algo extraño y tardío por Lidia. Pero nada más.

¿Cómo es posible que la Llopart apareciese aquella madrugada en urgencias a dar la cara por Beneyto? Lo poco que sabemos acerca de ella indica que jamás de los jamases tuvo una implicación de este tipo con nadie. A falta de otros datos — casi imposibles de obtener, a estas alturas —, sospechamos que Beneyto la estaba chantajeando, aunque ignoramos de qué modo.

Imposible sacar más de las plantas hospitalarias. Hemos repasado los testimonios una y otra vez. He vuelto a la sexta y a todos los lugares relacionados con el crimen. He recontado los pasos de Meritxell Llopart, uno por uno. Se lo he repetido a Pepa hasta la saciedad: «las baldosas hablan». Y esta mole hospitalaria es peculiar: tiene ojos y oídos, como dicen estas. Pero no tiene boca. A ver si encuentro una buena médium, que la haga hablar. Aunque uno ya no se cree esas paparruchas.

Rosendo Beneyto debía llevar dinamita en el maletín. Tan explosiva o

más que la del *pen-drive* de Luis, que sigue su curso inextricable, desencriptándose y analizándose con meticulosidad. Aguardaremos su estallido con paciencia. Pero no con los brazos cruzados, como estáis viendo.

Sin embargo, el maletín de Beneyto no pasó inadvertido y puso en marcha lo que esta gente llama «legiones de demonios». Que no sé en qué consisten, ni siquiera de modo aproximado. Supongo que serán pandas de sicarios. Aunque no sé bajo las órdenes de quién. Tampoco me puedo imaginar el móvil de Beneyto al armar su torpedo particular… ¿La venganza? ¿Ahora que habían pasado unos años y nadie se acordaba de su íntima vergüenza? Con todo, Beneyto había alcanzado un nuevo equilibrio en el Partido y de repente decide quebrarlo, de modo fatal. El porqué, agradezco cualquier sugerencia.

Es probable que Beneyto desapareciera por su propia seguridad pero, sobre todo, para asegurarse de que el maletín llegara a las manos adecuadas. Conocedor de las administraciones, sabía bien que, depositado en cualquier juzgado o en la Jefatura, llegaría antes a las manos del Poder — nebulosa palabra — que a las de la Justicia — otra palabra nebulosa —. Dos nubes que andan confundidas por estas latitudes. Era preciso que el dardo alcanzase una diana concreta en tiempos concretos. Y era posible.

La hipótesis de trabajo, por tanto, es que aquella madrugada aciaga Beneyto abandona la nada de modo planificado a entregar su maletín reclutando a Meritxell Llopart contra su voluntad. Que no sé por qué de madrugada, por qué a través de un ingreso forzado y por qué no podía entregarlo en otro lugar. Y, por supuesto, ni la menor idea acerca del destinatario del maletín. Y ni Beneyto ni la Llopart están en situación de aclararnos nada.

Pepa, ayúdame a elegir entre dos caminos: el razonable o el estúpido. Lo sensato es olvidarnos de esta hostia. La barriga te crece día a día; no vayas a encontrarte con dolor y sangre entre las piernas. Eso, ni pensarlo. Por mi parte, yo ya no soy nadie. Ni en esto en particular, ni en la Jefatura en general. Estoy en el caso por ti y por el olor a pólvora. Son vitaminas para mi espíritu, y por ahí me enganchaste. Aunque, con la deriva que llevamos, seguir es pura idiotez. Mejor me vuelvo a la bajamar, con mis cangrejos y mis pececillos.

Te lo acabo de decir: el sentido común o la necedad. Dejarlo a tiempo o empecinarse contra un muro. Pero no sé por qué carajo tengo que perderme siempre por el camino más absurdo».

—¿En qué piensas, Amador? Hoy estás de lo más aburrido. Y se te calienta la *cerve*.

34. Harlem

Vine al Harlem sin pensar, al albur de mis pasos desmadejados. Aun sin saberlo, vine buscando una historia. O mejor, la llave del baúl de las historias. Para rebuscar a conciencia, y sacar a la luz el secreto de la más terrible. La más sórdida y, a la vez, la menos comprensible. A fin de cuentas, el Harlem es eso: el caos ordenado en su propia violencia. Y, puesto que de demonios se me hablaba a cada instante, vine en busca de Pedro Botero. Al lugar de la ciudad que más apestase a azufre, tras la sede parlamentaria.

Aquí recalé sin proponérmelo, en un paseo impulsivo. Di vueltas y más vueltas, tras dejar a Pepa en su casa. Su cuerpo preñado precisaba reposo, y mi cabeza estallaba con mil asociaciones en danza. Imposible recogerme, pues; necesitaba la santa calle, la segura comprensión del asfalto y la sinceridad desnuda de los contenedores de basura. La familia que me queda, después de que la sonrisa de Leo migrara para siempre a mis recuerdos. De este modo, vagabundeé de la Basílica al Parlamento, y de ahí al hospital. Y encontré a la Mole más amenazadora que nunca: una fiera inmensa, capaz de devorar cuerpos y almas. Confieso que, al aproximarme, cambié de acera. Y no fui yo, sino mis pies. Piensan por mí, y me llevan donde quieren. Y aciertan, las más de las veces.

Seguí adelante, hasta la vía del tren. El ir y venir de los vagones me devolvieron a los sueños de juventud. La estación, la libertad de la escapada. Y vino el recuerdo, de sopetón: de cuando uno se plantaba lejos y, pese a todo, seguía batallando con sus fantasmas familiares. Reconociéndose que, en el fondo, uno no había escapado de nada. Al fin y al cabo, no se puede escapar de uno mismo. Vuelta a casa, pues; el rabo entre las patas. Mis evocaciones me inspiraron una tierna sonrisa. Después, crucé la vía por debajo, a través del puente y, más allá, la noche, el Harlem. Ni siquiera pensé en peligros o atracos. O en pintas amenazadoras. Solo quería buscar demonios, o extraérmelos de la cabeza. O puede que ni siquiera eso.

No sé a qué vine aquí, la verdad. La calle es triste y oscura, bajo la luz mortecina de las pocas farolas que aún acogen el despiste de mis pasos desangelados. Coches abandonados — última morada de este yonqui o aquel —, que se alternan con automóviles de alta gama. Bloques cerrados a piedra y lodo, pared con pared con casas adornadas con

macetas y cortinitas. Pero, sobre las aceras, la desolación más absoluta. El corazón del Harlem, de madrugada. Nadie.

Me repito argumentos, una y otra vez. Me compongo las imágenes y sus sombras. Me represento la causa y el efecto. Mil y una posibilidades. Y al final, nada. Nada a lo que aferrarme. Me vuelve la idea de hace unas horas: esta hostia no tiene sentido. Pepa, a cuidarte a tu keli. Y yo, a la retaguardia. Donde me quiere la Jefatura. Y donde me quiere ya la vida, a estas alturas.

«¿Qué coño hace uno en el Harlem a estas horas?».

—Eso mismo digo yo, Amador — de repente, una voz de mujer, tonalidad grave. Procedía de las sombras, aquí cerca.

Mi sorpresa es absoluta. Me quedo tan mudo como la farola que hace tímidos esfuerzos por alumbrarme. Más allá, nada. Solo bultos en la oscuridad.

—No ponga esa cara, que no soy una aparición — continúa la mujer con un inequívoco acento latinoamericano.

Al fin, emerge de la negrura, de lo que parece una furgoneta. Negra ella también, delgada, el cabello recogido en un moño alto, vestida de negro de pies a cabeza. A esta luz anémica, solo se le aprecian los dientes, blancos y perfectos. Y un par de ojos vivaces que no se pierden puntada.

—Habla usted solo, Amador — sonríe la mujer —. Se lo digo para que no se sorprenda de las contestaciones.

—¿Cómo sabes…? — atino a espetarle a la recién llegada.

—¿Que cómo sé quién es usted…? — responde la sonrisa, mucho más luminosa que la farola, por supuesto —. Pregúntese mejor cómo no le asaltaron aún. Cómo no le pusieron una navaja en el pescuezo y no le quitaron los *pisos* o la chaqueta.

—¿Tanto se me nota? — recobro el discurso, poco a poco.

—¿Que es usted un *bolillo*? — la mujer se parte de la risa —. *¡Hay que estar moscas!* Desde que cruzó la vía, *ombe*; huele a poli a kilómetros.

—Pero me has llamado por mi nombre.

—Un poli solitario en el Harlem, a estas horas. Dígame quién más podía ser.

—¿Y qué les impide, pues, quitarme la chupa y los botines?

—¿A estos…? Que hay que tener *llaves* hasta en el infierno, Amador. Y sobre todo en el infierno, que es donde hace falta tener amigos.

—A eso vine, mujer. A buscar la caldera del cornudo.

—*¡Nanay cucas!* Se equivocó usted de lugar. Aquí somos un poco bruscos, pero tenemos normas. Pero *páreme bolas*, este encuentro no es casual; vine a buscarle.

—¿Cómo diste conmigo?

—No es difícil; solo hay que preguntar a las señales de tráfico. Todas le conocen bien. Y le quieren mucho, *papito, ¡qué chévere!* No sé qué

les da.

—Las trato con cariño, ¿sabes? — respondo a la sonrisa —. Pero aún no sé con quién tengo el placer.

—Con mucho gusto: amiga de una amiga de Pepa — la negra acentúa su sonrisa —. Su nombre le sonará, sin duda. Una vieja historia que salió bien: Fanny Adelaida, de Guayaquil.

—¿Fanny…? — la alegría se me apreciaría incluso si la farola se fundiera —. ¿Qué es de ella?

—Repuestita del todo, allá en su tierra. Agradecidísima por todo lo que hicieron por ella. Le salvaron la vida. Pero por aquí no vuelve ni muerta.

—Del todo comprensible. Pero aún no me dijiste…

—¿Mi nombre…? No importa. Tres palabras en un pasaporte. Aquí se me conoce por mi nombre de guerra. Seguro que le va a sonar, sí señor. Porque, en su día, Fanny se lo sopló a Pepa, y fue la clave para lo del hermano de Luci. Me llaman Colombianita, Amador, a la orden. Y le tengo reservadita una historia. Una narración de su seguro interés, *bolillo*. ¿Hablamos?

35. Colombianita

Colombianita es mucho más que un nombre de guerra. Cinco sílabas para esconder un secreto que sorprende, de lo hermoso. Colombianita es, sin lugar a dudas, una luminaria para la madrugada más lúgubre. Una sonrisa limpia que danza en la oscuridad, llevando la claridad a cada rincón, incluso debajo de los pocos muebles con que adecenta este huequito del Harlem. Su voz con acento parlotea sin aburrir. Espanta al tedio y la tristeza. Luz en la boca, música al hablar. Y, por si lo dicho no bastase, véase el ritmo sabrosón que le mete a interruptores y picaportes, sillas y cajones. Una verbena en apenas siete metros cuadrados.

—Está usté en su casa, *bolillo* — repite hasta la saciedad, a ver si logra metérmelo en la cabeza.

Se me ocurre que podría ir al grano y prescindir de su historia. Pero, esta vez, me detengo en ella. Y me disculpáis por ello. Porque son estos hallazgos los que me anclan al asfalto. Además, imagino una pasión similar en Rosendo Beneyto. Solo así comprendo la absurda obsesión que me impide abandonar esta hostia, pese a todos los consejos de la prudencia. Se me ha instalado la idea peregrina que, esclareciendo este caso, tal vez encuentre algo de luz sobre mí mismo, ahora que mi Leo no puede reñirme ni reprocharme acerca de esto o lo otro. O quizás son solo figuraciones mías; algo para seguir en pie, con la cabeza ocupada.

Os cuento lo de Colombianita, pues. Los golpes de la vida no pudieron con ella. No la vencieron la miseria y la violencia en los Altos de Cazucá, en Bogotá. No acabó con ella el engaño de los traficantes. Le prometieron un curro decente, acá. Pero la secuestraron en una red de hoteles de carretera. Esclavitud sexual, boca callada, sin horarios. Sus carceleros le hicieron ver que estaban en contacto con los que la reclutaron, allá en Colombia. A la mínima desobediencia, le sacarían un ojo a su hermano pequeño.

Pese a todo, no consiguieron apagar su sonrisa. Porque *Diosito* existe — así dicen estas —, y no iba a permitir tantísimas putadas. A ella, la luz roja se le encendió cuando asesinaron a una en el sótano, por rebelde. Después, se deshicieron del cadáver y nunca más se supo. Presa del terror, Colombianita se lo contó a una colega de infortunio. Una guayaca bien conocida por los maderos de esta ciudad: una tal

Fanny Adelaida.

Fannecita sabía mucho. Demasiado. El predecesor de Pepe Brito estaba pringado en la trata, el muy cabrón. Y en mil porquerías más. Fanny dedujo que cualquier día el gran madero advertiría que el cerebrito de su puta preferida era capaz de pensar y recordar. Y ese día sería fatal para ella. Fue así como desafió a sus miedos y salió huyendo en medio de la madrugada. Lo normal es que la hubieran cazado y liquidado, pero Diosito anduvo atento ese día. Tal vez tuviese mala conciencia por andar despistado en el caso de la otra. Ya eran demasiadas negligencias.

De este modo, Diosito puso a Pepa por medio, y ahora Fannecita intenta alejarse del infierno en su Guayaquil natal, con su mamá y su Dani. Sin embargo, Fanny no olvidó a tantas otras, encerradas y explotadas en los hoteles de carretera de España. Y desde luego nunca olvidaría la sonrisa limpia de Colombianita, bailando en la negrura del club, espantándose la tristeza infinita con la alegría del cielo y del campo. Al fin y al cabo, al cuarto de baño sí que la dejaban ir, y ahí tenía dos macetillas en una ventanita. Y a lo lejos se divisaba un horizonte que, a veces, ofrecía una preciosa paleta de colores.

Fanny Adelaida escribió mil cartas desde Guayaquil, alertando de la trata. De tantas mujeres engañadas y esclavizadas por las mafias de aquí y allá, con la necesaria complicidad de tantos. Y algunas oenegés respondieron y difundieron su nota, penetrando en redes sociales: «Colombianita, escapé… Es posible».

La mujer pasa revista a sus recuerdos mientras que el olor a buen café se apodera del pisillo. En su casa, no hay lugar para el alcohol. Tanto mejor.

Colombianita se acuerda con nitidez del momento en que la madama vociferó su nombre de guerra. Acababa de llegar un cliente preguntando precisamente por ella. El tipo había oído hablar de las alegrías de la negraza del local, y no se conformaría con menos. Subieron, entraron y el nota se sentó en la cama. «Mi mejor sonrisa para el combate, Amador», dice la dueña de la sonrisa más linda de Colombia. «Aunque yo me venía oliendo algo raro», añade, como queriendo dejar claro que a ella le cuelan pocos goles. No le dio tiempo a desnudarse: la jeta tiesa del tipo, y que se sentara a su vera. Dedo en boca y susurro: era un infiltrado de la pasma. Y de inmediato le mostró el mensaje de Fanny en la pantalla del móvil:

«Colombianita, escapé… Es posible».

La negra se me echa a llorar, reverdeciendo el llanto desconsolado de aquella noche sobre el hombro del *bolillo*.

Luego me cuenta que acto seguido se comió las lagrimas y las convirtió en ira y fuego. Pero no me quiere aburrir con los detalles. Al fin y al cabo, es agua pasada. La sonrisa vuelve de inmediato a su cara

de ébano. Y, con una alegría descarada, te lo dice así, sin ambages:

—Soy negra, Amador. Una puta negra. Lo peorcito que una puede ser en la vida. Que no me venga ninguna sabihonda con la mariconada de ser «de color» o «afroamericana». Las palabras bonitas no cambian la realidad ni esto así. Mujer, pobre, negra y puta. Lo peor. ¿Qué me queda en la puta vida? Yo se lo digo, Amador: solo Diosito. Porque Él sí que nos ama como somos: pobres como ratas. O mujeres sin un dólar. O putas. O negras. Fíjese, papito: yo soy todo eso a la vez. Y Él se dejó crucificar por nosotros, cuando podía haber hecho como el Che. Pero si da igual, al fin y al cabo: al Che lo ametrallaron en la Higuera, preso de los milicos. Recuerdo a un comunista que me soltó la cantaleta de morir de pie y vivir de rodillas… ¡Y una mierda para el comunista, Amador! Porque el que se jode siempre es el muerto: sea Nuestro Señor Jesucristo o el Che Guevara. Los de arriba siempre ganan, Amador. A menos que Diosito les mande un infarto o un cáncer. Porque Él sí está encima de ellos y los juzgará después de muertos.

Colombianita se ríe, pese a relatar una historia amarga. Porque no la jodieron, aunque curre jodiendo. Y sin joder a nadie, eso sí. Al final, se escapó de la trata sin que la cazaran, remedando a Fanny. «Gracias a Diosito, Amador… Y a que en este país aún quedan *bolillos* como Pepa y tú». Me cuenta que se planteó volver a casa, pero se planteó también lo de volver a qué y adónde, y se dijo que *nanay cucas*, que no regresaba a la favela. Y que este país, sin la trata, no estaba mal del todo.

—Porque los pobres, aquí, están gordos, Amador. Allá, en la favela, están en los huesos; ni fuerzas tienen para levantar la vista del suelo.

Inasequible al desaliento, Colombianita. Intentó currar en esto y en lo otro, dos perras gordas por hora, con esta jefa y la otra de más allá, que le gritaban «negra» y «sudaca». Aguantó un tiempito, cambiando de curro cada dos por tres, a esperar que los aires mudasen de humor. A ver si la suerte se le ponía de cara, por fin.

—El viento siempre sopla a favor de los de arriba, Amador —sentencia entre carcajadas.

Una mala racha. Sin curro. Y la casera, a punto de largarla. Harta de «esa negra, que no tenía donde caerse muerta». Pese a todo, la adversidad no pudo tumbarla. Porque ella tenía un oficio, sí señor; clientes no le iban a faltar y no se iba a quedar tirada en la puta calle. Le quedaban cuatro perras en el bolsillo. Lo suficiente. Irse al mercadillo a por el «mono de trabajo»: lápiz de labios, medias baratas, plataformas estridentes y un conjunto llamativo. A la calle. Adónde una sabe. Un par de taconazos sobre el asfalto. Misión cumplida: a la casera, con la mensualidad y los atrasos. Y con la sonrisa, que no había desaparecido. Pero, esta vez, purita satisfacción.

—A saber cómo lo has conseguido, negra…

—Ande usté segura de que no tendrá quejas por mi causa.

Indestructible, Colombianita, y me ahorra detalles, una vez más. Me pone unos dulces, y la sonrisa alterna el merengue con la salsa. No hace falta interrogar, porque la respuesta viene a ti, antes de que se te ocurra formular la pregunta. Que esto del comercio carnal es como el comercio en general: mucho contacto, satisfacción del cliente y posicionar el producto. Que no me quiere aburrir, insiste. Pero en un peregrinar no demasiado largo acabó en un club donde la relación con la nueva madama era, digámoslo así, más civilizada.

—Es que la mujer tenía estudios — se ríe la negra —. Sabía que el márquetin pasa por los recursos humanos. Si me puteaba, puta triste, y traslado el puteo al cliente. Chungo, Amador. Si me trata bien, buen rollito y alegría: el local sube como la espuma. El club debe sonarte: *Don Flavio*, no muy lejos del Parlamento. Y a dos pasos del hospital. A veinticinco minutos de aquí, caminando.

Colombianita se toma un sorbo de café y admite que en el *Don Flavio* empezó a degustar el saborcillo de la plata. Y que, sabiamente aconsejada por su nueva jefa, diversificó y refinó el vestuario. Que no llega al de una *escort*, pero se acerca. «Ese es el siguiente paso, papi… Esas manejan, ¡uau!». Le pregunto cómo es que sigue alquilada en este nido de ratas, y me responde la versión serena de la sonrisa:

—Todo lo envío allá, Amador. Desde mi huida del tugurio, mi mamá y mi hermanito ya no viven en los Altos de Cazucá. Y mi chiquitito termina los estudios en una buena escuela, chico… Pero no les contaréis cómo me gano la platita, ¿verdad?

Colombianita se disculpa por enredarme en su laberinto. E insiste en que estamos en su casa para hablarme de lo que me interesa a mí, y no a ella. Sin embargo, admito que ha conseguido que olvide el desconcierto que me trajo al Harlem. Pero, al devolverme a la realidad, me hace recordar algo del diablo, aunque solo vagamente. No obstante, resuelvo que Satanás tendrá que esperar en la puerta de Colombianita. Tal es el hechizo de la maga que me tiene aquí sentado, a la escucha de lo que me quiera contar.

Sus recuerdos vuelven al *Flavio* y la risa se le enciende, una vez más. Se sorprendió de cómo pasaban por su piel los labios de tantos que luego chupaban cámara en el Parlamento, el Ayuntamiento o el Gobierno Regional. Cómo encendía el televisor por la mañana, y veía en el noticiario a este o aquel, de chaqueta y corbata. Varones perorando como gobernantes responsables y sufridos padres de familia. Enseguida le venía la carcajada al recordar la visita de esos mismos labios a sus pezones, su ombligo o su entrepierna, con el olor y el sabor inconfundibles del Moët & Chandon, Veuve Cliquot o el Dom Pérignon. Y así, semana tras semana, mes tras mes.

Colombianita refiere que se aficionó a detenerse en los quioscos a ver las portadas. Y los telediarios. Y luego le decía al que fuera, tras el íntimo contacto:

—No te pega nada la corbata verde, chico. El otro día en la tele parecías enfermo.

A otra, un comentario similar le habría merecido una reprimenda por parte de madama. Porque el cliente acude al club a desfogarse de los azares de una vida al filo de la navaja. Hoy eres César, y mañana nada. No suele gustar que la amante de unos minutos le haga ver a uno que es reconocido. Pero entre los milagros de Colombianita se cuenta el de provocar la sonrisa recíproca en lugar de la incomodidad. La complicidad que el susodicho no encuentra ya sobre la faz de la tierra.

—Así fue como apareció Rosendo en el *Flavio* — la sonrisa se extingue por vez primera —. Enseguida supe que no habría champán capaz de llenar ese pozo de tristeza. Era un poco como tú hace un rato, extraviado en lo más oscuro del Harlem. Pero a ti te acompañan siempre los recuerdos de tu Leo. Y, para muchos, eres una especie de icono. Un modelo de *bolillo*. Lo eres para Pepa, para Paco. Y para Curro y Laureano, que ya te van calando. Y para los semáforos y las señales de tráfico. Para una calle que te acuna en tu inmensa soledad, Amador. Pero Beneyto no tenía nana que lo arrullase. Su corazón estaba abrumado por el frío del asfalto. Esa era la diferencia contigo. A ti los adoquines te dan calor, chico.

Me acaba de dejar clavao, la jodida negra. En un sorbo de café, ha pasado al tuteo sin sonreír ni pedir licencia. Algo nada habitual en su tierra, cuando de la autoridad se trata. Y ahora se me queda callada, perforándome con sus ojos negros como el azabache. Al rato, consigo balbucear algo como: «¿qué carajo sabes tú de mi vida, Colombianita?».

—Sé, Amador — asegura, recobrando la sonrisa —. Por eso fui a buscarte a la calle. Viniste a por una historia, sin saber por qué. De algún modo, era magia negra en la noche oscura. Así que ahorita a escuchar la historia de boca de la negra. Con los oiditos bien abiertos, *bolillo*.

Me habla del Rosendo de antes de recalar en la piel de Lidia. De un hombre de sonrisa amarga y palabra elemental: «¿tienes fuego?» o «¿dónde está el cuarto de baño?». Una cara sin ángel, estoqueado y resuelto a vengarse con otras mil estocadas que propinaría, semana tras semana, mes tras mes, a los que primero serían sus compañeros de juerga en el *Flavio* y, más tarde, sus victimas propiciatorias.

Afirma que Beneyto buscaba una mujer, no un orinal. Solo que vivía con el tormento de que su mujer se hubiese convertido justo en eso, en un orinal. O eso intuyó Colombianita tras muchas noches de

intercambio desesperado. Porque Beneyto volvió al *Flavio*, una y otra vez. Y siempre a por la negra. Que no quería otra piel, ni otra sonrisa. Una piel negra como la amargura que le llenaba el alma. Unos ojos oscuros que supieron acoger al náufrago en su orilla. Y una sonrisa limpia que intentaría componerle las heridas.

—Hay hombres de una sola mujer, Amador — sentencia la sonrisa —. Una puta lo sabe mejor que nadie. Y tú eres de esos, ¿te crees que no me di cuenta?

Colombianita rescata imágenes de aquella época, y sonríe de otra manera. Como si aquello no fuera currar o como si, currando, hubiera hecho algo diferente. «Con Beneyto hacía otra cosa», dice, aunque no encuentra la palabra justa. Que no era amor, pero se le parecía un poco. Porque, de ver a aquel hombre tan desolado, rabia infinita metida en chaqueta y corbata, se le despertó un impulso desconocido. Colombianita duda si llamarlo «amadrinamiento carnal». Luego se echa a reír, una vez más, y suelta: «valiente parida, ¿verdad…? Aunque en el fondo me gusta». Y enseguida me ofrece más café. El de su tierra, por supuesto. Porque el de aquí le sabe a matarratas.

En aquel inusitado maridaje de pasión salvaje, Beneyto le reveló la vida y los milagros de cada quién que por allí pasaba a celebrar un contrato con la administración — Dom Pérignon y jacuzzi, en buena compañía —. Jetas que ella encontraba luego en las portadas de los periódicos o en las entrevistas de los telediarios. Caras que desaparecían del mapa poco después, tras una orden de Rosendo. Eran días de champán, rojo carmín y tarjetazo.

Más tarde, fue el mismo Beneyto el que desapareció, dejándola desangelada. La sonrisa se le esfuma, pero solo durante un cuarto de segundo.

—Mi compa de piso, acá, me espetó qué me esperaba… ¿se iba a casar conmigo, acaso? Una es lo que es, al fin y al cabo, con más mierda encima o menos. Gracias le doy a Diosito por ser la putita negra de un club decente donde viene gente con platita. Se come bien, se bebe mejor y se ahorra para mandar a casa. En fin, historia pasada y a seguir viviendo.

Transcurrieron muchos meses desde aquello. Se sumergió de nuevo en su rutina de negra. De casa al curro y vuelta, sin prestar demasiada atención al ruido de alrededor. Así, hasta aquella noche.

Volvía del club, poco antes del alba. Es buena hora: el Harlem duerme, por fin. Una no se espera un mal encuentro. De cualquier modo, la negra es prevenida: nada de valor encima. Y, fuera del tajo, viste como una yonqui. Además, ya la conocen en el barrio. La compa y ella vuelven juntas por los lugares menos peligrosos. Aunque, en el Harlem, en cualquier parte te asalta lo imprevisto. Que llegó, como su nombre indica, del modo menos previsible.

Se encontró a Beneyto igual que a mí, vagando por las calles. Jamás se le habría ocurrido buscarlo aquí, en el Harlem. Es más, nunca se le habría ocurrido ir a por él. Porque, en su oficio, no se busca a un cliente que no vuelve; es él quien la busca a una, y no al revés. Sin embargo, Beneyto no había venido al Harlem por ella.

—Le pasaba como a ti, Amador: sus pies lo trajeron hasta aquí, sin darse cuenta. Algo extraño. Magia negra. Si no, no se explica.

Hacía muchos meses desde la última vez, en el Flavio. Me lo describe como un espectro de su *cliente favorito*. Había perdido peso y lucía barba de varios días. Por supuesto, ni rastro de su chaqueta y corbata. Más bien al contrario: vestía harapos, y le urgía un aseo en profundidad. Paseaba la mirada por las penumbras del alba, como si noche y día fueran un continuo en la nada. De ese aspecto, no desentonaba en el panorama general del barrio.

Por su parte, Beneyto no la reconoció. Había en ello alguna lógica: Colombianita estaba fuera de lugar, sin afeites ni *atuendo de trabajo*. Ella a él sí, pese a los estragos de los últimos tiempos. En buena medida, la tristeza era la misma, imposible de disfrazar. Una marca indeleble sobre la frente. La mujer se detuvo a comprobar que se trataba de él, y le susurró a la compa que luego la vería en casa. Lo dejó pasar unos metros y le soltó:

—¿Rosendo…?

La figura se volvió, vacilante. Es probable que le sorprendiera que alguien lo reconociese por estos pagos. Fijó su mirada en la mujer que lo llamaba. Y se quedó paralizado, sin emitir palabra.

—Rosendo — repitió Colombianita, ya segura del todo, avanzando hacia él.

—No me has visto — le contestó él, balbuceante.

—Rosendo, ¿qué te pasó, *papito*? — insistió ella.

—Vete, mujer; no me has visto — insistió él, a su vez —. Corres un peligro mortal.

Pero Colombianita conoce el peligro. No en vano se crio en los Altos de Cazucá, donde la vida no vale ni un peso. Nada ni nadie ha conseguido tumbarla. Justo porque Diosito está con ella, y solo morirá cuando lo decida el Altísimo, ni un momento antes. El Buen Jesús lo dijo claro: «amaos los unos a los otros». Por si fuera poco, el Che lo remachó muchos siglos después: «el revolucionario verdadero está guiado de grandes sentimientos de amor». Y a los dos los mataron, por carajotes. Pero, de repente, la negra se sintió carajota, y se dejó renacer la idiotez del «amadrinamiento carnal». Aunque así, como estaba el hombre, no era para arrimarse, la verdad. Un poco de asquito sí que daba, por mucho cariño que una le profesase. Pese a todo, la idea de amadrinarlo ya había arraigado en su cabezota. Así que a ver cómo le vendía a la compa lo de llevárselo a casa.

Sin embargo, todo fue inútil. A su ahijado se le había metido en la cabeza que era un apestado y que llevaba la muerte encima.

—¿Qué es la muerte, el maletín ese que llevas colgando? — se rio la negra, para quitarle yerro al asunto.

—Más o menos — sonrió Beneyto con amargura.

—Si no vienes tú a mi casa, tendré que ir yo a la tuya — soltó Colombianita, sin dejar de reír —. ¿Desde cuándo no comes en condiciones? Porque del aseo no voy a hablar.

Beneyto advirtió que su hada madrina no lo abandonaría así, por las buenas, y le señaló con la nariz una furgoneta apenas visible tras un seto sobrecrecido. Colombianita lo dejó allá, tumbado sobre un colchón viejo, y fue a por un poco de sopa y café. No hizo falta darle explicaciones a la compa; ella también sabe de las aventuras y desventuras de los ángeles caídos.

En los días que siguieron, allí se plantó Colombianita con comida y tabaco, edredones y ternura. Compartían cigarrillos y silencios. El Harlem es apropiado para estas tesituras. Al fin y al cabo, allá no son infrecuentes los inquilinos como Beneyto. Se deja caer, este o el otro, preguntando por una ventana oscura donde conseguir el pico. Y siempre se encuentra un coche abandonado. Un agujero donde un tirado puede pasar una noche o dos.

Colombianita cuenta del frío de aquellas noches. Y cómo le apañó a Beneyto un coñaquito para la tiritona. Lo compartieron, para olvidar la pena. Y, traguito a traguito, volvió la rumba a la boca de la negra y se le fue soltando la lengua al hombre. Confesó este que tenía cogida a una tal Llopart por los huevos, y Colombianita asegura que era la primera vez que oía tal nombre. Roto al fin el candado de la boca de su ahijado, este le fue desgranando los granos del ascenso de la que parecía tan poderosa.

El café de Colombia acelera y ensambla los recuerdos de la negra. Afirma que, en aquellas noches de furgoneta y coñac, Beneyto le dibujó una Llopart hermosa y fría como una nevada, aunque despiadada como un cuchillo afilado. Y su navaja particular era la Sanidad Pública. Un monstruo que se traga la parte del león del presupuesto: un euro de cada tres, para ser exactos. Por tanto, la Llopart asumió que cualquier ahorro o contención del gasto en hospitales sería un motor a reacción en la carrera política de cualquiera que supiera hacerlo. Pero, ¿por dónde empezar?

Meritxell Llopart tenía una idea clara, por obvia: los médicos son la llave del gasto, los que recetan u operan. El secreto consistía en hacerles trabajar mucho más, gastando menos. Y, por si fuera poco, lograr que se sintieran culpables de todo. De este modo, emprendió la operación *dinamitar la autoestima profesional*, cuyo fin último era que cada quién dejara de creer en su médico para poner en el podio al

Sistema de Salud. El Sistema que, en esencia, era el Partido. Y el Partido delegaba en Meritxell Llopart.

Aquellos y no otros fueron los peldaños del ascenso. Las alas de Ícaro, en su vuelo hasta el sol. Pero el sol era Berta Frías, que soporta mal la compañía. Y mucho peor una compañía hermosa y fría como una nevada. Que, para despiadada, ella misma, Berta. Fue su soplo de fuego el que derritió las alas de Meritxell, haciéndola regresar a las rutinas de la Mole.

¿Su error? Según Beneyto, hablar con voz propia dos o tres veces. Sin pedir permiso. Sin percatarse de que solo a Su Majestad debía su presencia en el Consejo de Gobierno.

Beneyto comentó que Meritxell Llopart sacaba lecciones de cada tropiezo sin dejarse caer en el abatimiento. No conocía la rabia, ni la desesperación. A la espera de mejor destino, la Llopart aprovechó su nueva situación en la Mole para explorar las posibilidades que le proporcionaba la coordinación de los ensayos clínicos. Un verdadero filón, al decir de Rosendo. Y a la vez, una tentación. Fue ahí donde la atrapó, aunque sin explicarle cómo a la Colombianita. Algún error de calado cometió la Llopart en relación al asunto. Un desliz de bulto sostenido sobre pruebas documentales. Una pifia que, de algún modo, llegó a los oídos de Beneyto. Algo que le permitía a este dictarle los pasos exactos, en un orden preciso.

Pasaron unos días con sus noches. Beneyto seguía mal durmiendo en la furgoneta, abrigado con el edredón de Colombianita y alimentado con lo que esta pudiera bajarle de casa. La mujer soportaba con estoicismo el tufo a mendigo. De algún modo, se creó allí un ambiente peculiar. Las puertas traseras estaban siempre abiertas, salvo de madrugada. Podía verse a Beneyto sentado sobre el borde posterior, y más tarde en una silla de plástico que alguien le consiguió. Colombianita lo acompañaba todo el tiempo que le era posible. Al fin, se trajo un infiernillo, y se ocupó de que su ahijado hiciera comidas calientes. Con todo ello, impregnó aquel espacio de un halo de hogar que se extendió a muchos metros a la redonda.

En el centro, Beneyto tenía el aire de todos los Quijotes. Ahí estaba, tras la paliza que le habían propinado los galeotes, después de pelearse inútilmente con los pellejos de vino. En la pobreza violenta del Harlem, reflexionaba por qué había terminado chocando con las fuerzas vivas del mundo, para reverdecer aquello de «¡con la Iglesia hemos topado, Sancho!». Sorprendía que, oliendo a suciedad y desprovisto de todo, irradiase cierto magnetismo.

Tarde tras tarde, los yonquis y los enfermos mentales acudían a la furgoneta a participar en aquella extraña conjura de los necios. Sobre ellos se derramaba la sonrisa de una negra que, con el pasar de los días, terminó por aprenderse todos los nombres. Un día, uno trajo un

generador de electricidad. Y al siguiente, vino otro con un televisor. Era la época de los carnavales, y las chirigotas les hacían reír. Los coros les emocionaban. Algunos traían cosas de la parroquia, de los comedores y de alguna oenegé. De este modo, cuajó una comunidad imposible en otro lugar.

—Al fin y al cabo, esto es el Harlem, Amador: una cueva de ratas. Y aquí las ratas están bien. Porque Diosito vino para todos. Y todos tienen que comer.

Colombianita pone su sonrisa triste para decirme que todo tiene fin en esta vida. Porque se acaba con la muerte, lo quiera una o no. Y Diosito quiso que aquel día llegara. Tal vez Beneyto estuviera esperando a que se dieran las circunstancias. Que se dieron, inexorablemente. Como la tormenta, que llega cada cierto tiempo.

Prosigue con la crónica negra, lo archiconocido: que el Harlem alberga a otro tipo de alimañas. Como, por ejemplo, los lobos y las serpientes que se disputan el tráfico de sustancias que se consumen en clubes como el *Flavio*. Sin embargo, se almacenan y se venden aquí, entre otros muchos lugares. Y cualquier disputa entre clanes prende la mecha de la pólvora. En este sentido, la chispa puede ser un alijo perdido o no pagado a su debido tiempo. Cuentas que se cobran en sangre. Venganzas que se ejecutan en la casa del otro, a tiros. Disparos que alcanzan, a veces, a una niña de tres años. Y al fin, dos familias sedientas de sangre en las urgencias de la Mole.

Colombianita intuye que su protegido esperaba el momento. Sin embargo, a ella la refriega le pilló en el *Flavio*. Aquella madrugada no pudo volver; la pasma tenía tomado el Harlem. Cuando regresó, la furgoneta estaba vacía. Solo quedaban el edredón, el infiernillo y las fotos que ella puso: el Buen Jesús y el Che.

—Que me lo mataron, como a los otros dos. Y por el mismo motivo: por carajote perdido. Lo del libro ese, Amador: «¡con la Iglesia hemos topado, Sancho!».

Y aquí está, Colombianita, sonrisa en la oscuridad, dientes blanquísimos. Punto amargo que se diluye como un azucarillo en la primera luz del día. Sin embargo, la claridad me lo asegura: nada va a poder con ella. Nada la va a tumbar. Solo Diosito, que le tiene puesto el día y la hora. El momento en que se las verá con el Che, para espetarle que la chingó con su frase favorita.

—Siempre es mejor vivir que morir, aunque sea de rodillas. Porque, al sobrevivir hoy, a una siempre le cabe la posibilidad de ponerse de pie mañana, aunque sea un ratito. Y si no, que se lo digan a él, que se lo cargaron en la Higuera con su revolución universal, mientras que Fidel se murió en la cama con noventa y tantos.

36. Rogelio

Dejé a Colombianita rayando el alba. Me fui de puro sueño. Con todo, no me dejó ir sin meterme un café y una tostá con manteca colorá entre pecho y espalda. Me despedí repuesto, con su número de móvil en la cartera y su alegría inagotable en el corazón.

Vuelta a casa, duchazo y cama. Pasé horas rendido en la oscuridad. Volví a la vida a media tarde. Imaginé que Pepa querría saber pelos y señales, pero la dejé estar. Pensé que tenía derecho a su barriga y su chaval; podía darle la brasa más tarde o, mejor, mañana. Hice una comida frugal y, después, me dediqué a devorarme la cabeza. Beneyto campaba a sus anchas por mis sesos. Sorprende la vitalidad de algunos, tras la muerte.

Me lo figuraba degustando la entrepierna de la negra, para luego ascender al ombligo, los pezones, los labios, la sonrisa bailarina, y terminar zambulléndose en el pozo de sus ojos. Me lo representaba tras el éxtasis, charloteando ella de cualquier trivialidad, relatando él las mil tropelías cometidas por este y aquel. Me la imaginaba, divertida, al volverse hacia Beneyto y advertirle otra erección. Y noté el clímax de su sonrisa al verterse sobre él como una cucharada de chocolate caliente, para iniciar un nuevo trote, al modo del chapoteo de un potro sobre la orilla del mar.

Después, lo vi entregarse al azul del cielo. Los ojos de Lidia lo deslumbraron, sin lugar a dudas, como hicieron conmigo. Del mismo modo, es probable que sintiera que el suelo le fallaba y subía a golpearle en la frente. Que tanta belleza no era posible en la tierra, ni había con qué pagarla. Como tampoco era posible ahogarse en su mirada y seguir anclado en la tristeza.

Me lo imaginé contemplándola, intuyendo que tampoco ella comprendía sus propias emociones. Lo vi apreciando cómo la novedad de esta relación la venía a confundir, y la llevaba a buscar un mínimo blusón, algo. Como si hubiera sido sorprendida en su desnudez, o en algo más reprobable en su profesión, como la desnudez del alma. Pero enseguida la mujer mira al frente, y se asombra de lo cómoda que se encuentra en la nueva situación. De inmediato, se avanza sobre él, más como amante que como meretriz, y se sumerge en sus labios, sus ojos, su pecho, logrando reiniciar el fuego, las manazas de él sobre sus nalgas, vuelta, pues, a la pasión nunca satisfecha. Me lo supuse, al fin,

acunado por sus senos, sin más horizonte que perderse en su mar en calma, para terminar los dos fundidos en un abrazo que se resistían a deshacer, de miedo a que fuera el último.

Sin embargo, mi pensamiento rechazaba las imágenes del mendigo en la furgoneta, en medio del Harlem. Y, mucho más, las del cadáver arrojado al esqueleto de aquel edificio abandonado. El bloque maldito que nunca terminó de construirse, y que ya en su día fue el escenario de otro crimen. Me representaba a Beneyto torturado durante días. ¿Por quiénes? ¿Con qué objeto? Y, una vez más, volvía la idea obsesiva: «el maletín… El jodido maletín».

Pasé horas planteando la ecuación, sin despejar las incógnitas. Y se me fue el sol esquivo, proyectándome en la noche, que me proporcionó una simple sugerencia: que todas nuestras averiguaciones se hicieron en el interior de la Mole, pero ninguna en los alrededores. Y empecé a darme de bofetadas, por estúpido. Por el tiempo perdido. ¿Cómo no se nos había ocurrido antes?

Domingo, una vez más. Las primeras horas de la madrugada. Pero, esta vez, sin guerra de clanes. Las urgencias estaban atestadas. Algo habitual, por otra parte. Los familiares de los enfermos fumaban, nerviosos, pateándose los alrededores. Las ambulancias no paraban de llegar. Invertí una eternidad escudriñando la Mole por fuera. El murete externo, las verjas, las puertas de acceso. Los guardias de seguridad, los celadores en los accesos. Y, al lado, una calle transitada. Allá al fondo, la vía del tren. Y detrás, el Harlem. Todo era terriblemente familiar para mí.

La madrugada seguía su curso y la gente menguaba. Se notaba que unos ingresaban y a otros les iban dando el alta. Las inmediaciones de las urgencias se iban aclarando. También se notaba menos tráfico. Pero las farolas no me decían ni mu. Y mucho menos los contenedores de basura. Y eso que los quiero bien. Nada. Ni una recomendación. Yo caminaba arriba y abajo, desde la vía hasta el final del murete de la Mole, inspeccionando la parte externa del área de urgencias.

Me imagino a Pepa en casa, feliz con su barriga. No sé cuántas veces le he dicho que es mejor que se olvide de esto. Nadie la obliga. Lo mío es diferente: yo… yo no tengo nada en la vida. Nada, salvo esto. Pero ya son las cinco y diez, y me duelen los huesos. Un solo bar abierto, frente a las urgencias.

El bar es la hostia de cutre. No le cambian el mobiliario desde que entré en la academia. Pero, al menos, está limpio. Nadie, salvo el encargado: un tipo más feo que Picio. Ahí está, viendo la tele; lo que le echen a estas horas. Me siento; no puedo soportar la punzada en la rodilla derecha.

—¿Qué va a ser?

—Café solo.

Me lo trae. Las gracias. «De nada», responde el hombre. El café, a sorbitos de fuego. El ratito justo para aliviarme el dolor. Y para terminar echándole un ojo al poso, al fondo de la taza. Que, a veces, habla. Dice cosas. Y ahora, decide hacerlo. De repente, me sopla una idea. Una formidable. Me levanto con la taza vacía, y me dirijo a la barra.

—No hacía falta — suelta el hombre —. Ya iba yo.

Me detengo y lo miro con fijeza. El tipo es bajo y delgado, con una buena cicatriz que le parte la mejilla izquierda desde la sien al mentón. A priori, uno habría dicho que el nota no tiene una hostia. Sin embargo, da miedo. Es instintivo: hay algo de animal en él.

—Disculpe, ¿tienen el local abierto las veinticuatro horas? — le pregunto con suavidad.

—Los papeles están en regla — responde tieso —. ¿Es usté inspector? Ya pueden pagarle bien, para pasarse por aquí un domingo de madrugada.

—No se moleste usted — replico —. Mi interés es otro.

—Pues está claro, oiga: si esto está abierto ahora, es que lo está a todas horas.

—Y usted ya sabe por qué se lo pregunto, ¿verdad?

—Le esperaba, Amador; ya ha tardado en dar conmigo — contesta de lo más serio —. Lo de inspector era cachondeo.

Tengo que sorprenderme, una vez más. A veces, parece que llevo una chapa identificativa.

—¿Cómo…?

—¿Que cómo lo sé…? — la primera sonrisa que le aparece al tipo —. Porque me lo enseñaron ayer, en el Harlem. Se le distingue de lejos. Usté estuvo charlando con la negra. Una tía legal. A veces se un toma un té rojo aquí, cuando vuelve del *Flavio*.

—¿Y con quién tengo el placer…?

—Rogelio… Rogelio Ramos.

***

Rogelio: menudo, nervioso, mirada esquiva. Controla cada rincón del negocio, una y otra vez. Dice que es hábito del *trullo*, pura supervivencia. Ahí dentro, la amenaza viene de este lado o de aquel, sin esperársela uno. Me cuenta que cayó en el *talego* por un mal paso, pero que se ganó la ruina por la exageración de un testigo: «uno que me la tenía jurada». Después, la pasma le arreó una paliza que lo mandó derechito al hospital. Ahí no daban dos perras por su pellejo. Y él solo suplicaba que todo acabase de una vez, porque, si salía, solo le esperaban la mugre y los barrotes.

—La *trena* de entonces, y no la mariconada de ahora, Amador.

Salió adelante porque Dios quiso. Dios y Fray Leopoldo, que se lo puso su madre — que en paz descanse — en la cabecera de la cama.

—A los convictos solo nos queda el amor de madre, Amador. Por eso lo llevo tatuado aquí, cerca del corazón.

Rogelio dice que lo pasó muy mal en el *trullo*; no se lo desea a nadie. Me lo deja para otro día o, mejor, me lo alivia; se lo queda para sus ratos de soledad. Y enseguida reanuda su historia: que, de ver a su *mama* envejecida antes de tiempo, no tuvo más remedio que cumplir con lo que esta le impuso:

—Hijo, sé bueno, y en breve a casa, tu libertad.

Afirma que le rajaron el careto por negarse a colaborar con el trapicheo. Insistieron los compis, y se obstinó él en su negativa: que no podría mirar a la *mama*, cada vez más vieja. Entonces, los compis lo brearon a hostias. Y luego otra tanda a cargo de un *boquis* majara, por no *berrear* quién le había puesto la jeta como un *ecce homo*. Pero Rogelio se aferró al balde y la fregona, y cerró la boca como una puta. Asegura que no le dieron por culo de mismo feo; ni pá *lumi* lo querían. Sobre la piltra, el Gran Poder y Fray Leopoldo. Fregoteo y pelar papas. Aprender a coser y engrasar las puertas. Y callárselo tó. Hasta las hostias que le daban.

—Ahí dentro, uno es una mierda pinchá en un palo, Amador.

Solo se le salta la lágrima al recordar cuando vinieron a decirle que la *mama* se le había muerto. *De cagalástima*, le dejaron ir a enterrarla. Penilla que le dio a un *baranda* con cuarto y mitad de alma. Eso sí: esposao tó el tiempo, pá vergüenza de la familia. Y de la suya propia, por supuesto.

—Que no me quitaron las *manoplas* ni pá persignarme delante del ataúd, Amador.

Pero Rogelio le había *prometío* a su *mama* que sería bueno, y bueno que fue la criatura con tal de pisar la calle como hombre libre. Y de persignarse delante de su muerta como buen cristiano, sin las manoplas de la vergüenza. Así lo hizo, al poner unas flores en el nicho. Aunque solo pá darse cuenta de que ya no tenía quién lo quisiera, ni dónde caerse muerto. Pero que por ná del mundo volvía ahí dentro.

—Por el alma de mi muerta, Amador, se lo juro.

Acabó haciendo esto o lo otro, lo que nadie quería. Antes de salir del *talego*, conoció a un tal Atienza, que consiguió *la bola* un poco antes que él. Otro tarambana de juventud que lo pagó pero que muy caro. Un mala cabeza con buen corazón. Un colega que te echa un cable. En el infierno de dentro y, luego, en el de fuera.

—Atienza me encontró más tirao que una colilla, y me puso en contacto con mi jefe de ahora, Amador. Esto que ve usté es estable: de diez de la noche a ocho de la mañana. Y me da pá alquilar en el

Harlem. Ahí, al lao de la negra. Tela de colega, que se lo digo yo…

Podría llevarme una eternidad charlando con Rogelio, pero todo me devuelve a aquella madrugada fatal. Tengo que reconducir la conversación con suavidad, intentando llevar su memoria a la última batalla de los clanes.

—¡Hostia puta! — blasfema.

A Rogelio se le encienden los ojos. A su cerebro afluyen las amenazas, los gritos, los destellos de las navajas bajo los neones. Pregunta que si quiero más café, cortesía de la casa. Lo acepto, más por su amabilidad que por el gusto. En mi paladar, aún vive el de Colombianita. Pero tenemos tiempo, y aquí solo estamos él, yo y, sobre todo, un baúl de recuerdos reventando detrás de esos ojos endurecidos. Una mirada torva que, aquella noche endiablada, dudó de atrincherarse en el bar, viendo cómo venían aquellos, exigiendo su libra de sangre.

—Pero no, hostia — prosigue el relato —. Pasaban de largo, gracias a Dios. Ya los conozco, que con ellos vivo. No me meto en sus cosas, ni ellos en las mías. Ellos, derechos a urgencias, a degüello. Y yo, cumpliendo con lo mío: tener esto abierto. Y en esto, aparece el de la furgoneta.

—¿Perdón, cómo dice? — le interrumpo. Debo tener los ojos como bandejas.

—No se haga el tonto, Amador, que la negra ya le ha contado el cuento — Rogelio esboza una sonrisa sarcástica —. El portalito de Belén de la furgoneta era precioso; solo faltaba el niño Jesús. Y ahí que asoma San José por la puerta del bar. Él y yo solos, como usté y yo ahora mismo. Aunque, a decir verdad, era un poco antes, tal vez las dos. Ya le habrá contao la negra la pinta del nota. Y pá qué vamos a hablar del tufo. Le pregunto al tipo: «¿qué le pongo?», y me contesta que café negro, sin azúcar. Y ahí se sienta, abrazado a su maletín como el que se enrosca a su primera novia; no se le fuera a escapar. Me pasó por la chorla que fuera un alijo: *nieve, chocolate o pastis*. Pero no, no cuadraba. Porque un camello viste *deabuten*, no de tirao. Y el tío venía asqueroso, oiga, que ganitas me dieron de plantarlo de patitas en la calle. Pero andaba la guerra ahí fuera, y no tenía ganas de *pajarraca* con un tipo que me podía sacar la *chori* en un momento dado. Y a la *trena* no vuelvo; se lo juro, Amador, por el alma de mi *mama*. Luego pensé que la negra es legal, que no trapichea. Que se gana la vida con la entrepierna, como servidor aquí, en el mostrador, a falta de curro mejor. Pero la negra deja el *puti*, y ni pío. Como servidor. La negra y yo no queremos líos. Ni con la pasma ni con esos. Porque muchas veces son lo mismo, ¿sabe usté? Que la negra me contó cá hostia…

—Rogelio, el San José de la furgoneta — lo tengo que centrar, una vez más —. Venga, fuera, la guerra de las familias rivales.

—Ay, la hostia, que se me va la *chorla* — sonríe el nota, y arruga la cicatriz de la mejilla —. Le puse el café y seguí con mis cosas. Era una excusa; ya se figura usté. Aquí no quedaba ná que hacer; limpiaba sobre limpio. Yo solo quería que el tipo se largara cuanto antes. Pero teniéndolo ahí, a pocos metros, lo vi de otra manera. Porque míreme la jeta, agente: muchos años ya, muchos palos encima. Y mucha gente mala, remala. Dentro del *trullo* y fuera. Internos y *boquis*. Y ahí mismo, en el Harlem: tíos que entran y salen del *maco*. Si no acaban tiraos en un descampao o en cualquier obra, como el Beneyto ese. He visto la cara del demonio: he dormío con él, comío con él, me ha puesto las manoplas a la espalda y la navaja al cuello. Se ha reído en mi jeta cuando me meaba de la *jindama*. Y luego me ha escupío en los ojos, gritándome: «¡maricona!». Esos ojos no se olvidan, Amador. Lo repito todas las veces que hagan falta: antes muerto que encontrármelos de nuevo. Y el de la furgoneta no era de esos. Por la gloria de mi muerta, que no lo era.

Rogelio se detiene y se persigna. Mira al techo del bar, traspasándolo con los ojos. Busca un lugar que, en su fe o su imaginación, acoge a la gente buena. Después, hace la cruz con el pulgar y el índice de la diestra. Le da un beso, y prosigue. No, no me miente. Ni se reserva este detalle o el otro. Porque Rogelio cree con firmeza que, más allá del neón del techo, lo observan un par de ojos dulces. Los únicos que lo acunaron en este perro mundo.

—El nota, ahí sentao, donde está usté. Y yo, como el que limpia. Pero sin quitarle un ojo de encima. Lo aprendí en el *talego*; me iba la vida en ello. El tío estaba hasta arriba de mierda, pero era un señor. Y viéndolo con la taza en alto para aspirar el aroma, me trajo recuerdos del *trullo*. De cuando vino un inspector, metro ochenta, traje de chaqueta cruzada, espaldas anchas y andares de marqués. Se sentó en el despacho del jefazo de aquel infierno, y se hizo servir un café solo. Como usted. Como Beneyto. Y, tomándose su café a sorbitos, como ustedes, le susurró al *baranda* que lo expedientaba de cómo tenía los aseos, la cocina y la enfermería. Que hacía poquísimo habían tenido que sacar de urgencia a un chaval con una hemorragia tras una violación en grupo. Luego resultó que el chavalín estaba allí por error. Una denuncia anónima… Pero Dios tiene ojos y oídos, Amador. Y manos. En aquel entonces, se dijo que fue el enfermero el que había denunciado los hechos. Un tipo raro, este; apenas hablaba. Poco después, desapareció del mapa. Nos llegó que se había quitado de en medio en un hotel de la costa, atiborrado de pastillas.

—Se me pierde otra vez, Rogelio — lo vuelvo a interrumpir. Aunque reconozco que la historia del chavalín y el enfermero me suena. Creo que me la contó en su día Mónica Casado.

—Un detalle más, agente — replica —. Al ver al tipo, me acordé de

un compi con el que compartí celda, un exlegionario que tenía siempre en la boca lo del «Novio de la Muerte», ya sabe usté: «soy un hombre a quien la suerte hirió con zarpa de fiera…» — se entona en voz baja —. Viendo a Beneyto ahí sentao, empecé a canturrearlo sin querer. Al oírme, el hombre levantó la mirada, y le encontré una sonrisa de… de… ¿cómo se la describo, Amador? Eso, justo la que está usté poniendo ahora. En aquel momento, Beneyto era un desconocido para mí. Al poco, se convirtió en un hombre en caza y captura, sospechoso de asesinato. Pero, aquí solo, yo veía los telediarios y me decía que no era posible. Porque lo que le vi a Beneyto no… no… Era lo del «Novio de la Muerte», agente: «un gran dolor le mordía como un lobo el corazón».

—¿Qué pasó después? — le pregunto con mi enésimo sorbo.

—Empezó a llamar por el móvil. A ver si se lo pongo en orden. La primera, para un tal Rafa. Fue muy breve. Creo que: «Rafa, listo… Aquí lo tengo todo conmigo. Ya… Casi ya… Avisa». Tal vez alguna palabra más.

—¿Qué más…? — la ansiedad se apodera de mí, mientras anoto cada palabra en mi libreta.

—La segunda llamada le puso una sonrisa en la cara, Amador. Se trataba de una mujer. Lo supe antes de que abriera la boca. Porque ese tipo de hombre solo sonríe así cuando habla con una mujer. Y no con cualquier mujer. Es para haberlo visto, agente; la expresión decía mucho más que las palabras. A ver si me las saco de la sesera. Algo así como: «acabo esta mierda y lo dejamos. Nos piramos muy lejos. Suramérica. Conozco sitios de ensueño, ¿sabes?».

—¿No soltó un nombre? — pregunto, mientras anoto.

—No. Solo eso.

—Más — exijo.

—Tercera llamada, y última. La cara era otra. Del amor al asco, o casi. Las palabras fueron muy pocas: «voy para allá… No tardes». Y ahí acabó.

—¿Y después?

—Pagó y se fue. Una despedida educada, pero escueta: «buenas noches». Para allá se fue, al meollo de la batalla. Me pareció una temeridad, pero libre era de jugársela. Al verlo adentrarse entre navajas y tiros al aire, otra vez se me vinieron a los labios los versos del himno: «cuando más rudo era el fuego y la pelea más fiera, defendiendo su bandera, el legionario avanzó».

—¿Fin de la historia? — pregunto.

—¿Tiene prisa, Amador?

Digo que no, sin decirle ná. Solo mirar de frente y esperar.

—Vale, madero; le pongo otro negro-negrísimo. Y deje usté la libreta abierta, que esta madrugá la revienta.

Se vuelve tras la barra, a preparar el café.
—¿Conoce al demonio, Amador?
—Solo sé de lo que hay sobre el asfalto, Rogelio. Y ya estoy hasta los mismos cojones; a cada paso que doy, me quieren reventar los sesos con historias de machos cabríos y pentalfas. Si me va a contar una de esas, cierro la libreta y volvemos a sus recuerdos del talego.
He estado brusco, lo admito. Pero quiero decirlo ya, sin ambages: fantasmas, meigas o trasgos no tienen cabida en mis cerebro. Ni siquiera en la ficción. Con este mundo me basta y me sobra. Si hay gato encerrado, huele a gato y maúlla. Solo hace falta buscarle las cuatro patas, en ningún caso tres. Y que no le den a uno gato por liebre. Un gato negro, a fin de cuentas, solo es un animalito, no un mal presagio. Y un macho cabrío, una bestia egregia, no la encarnación del ángel caído. Yo los he visto en muchos sitios: te dejan en paz, si los dejas tranquilos. Como las serpientes, vaya. Así que, al próximo que me sugiera que Satanás está detrás de toda esta hostia, lo mando derechito al infierno. Al calentarse la cabeza en el caldero. Y vuelvo mis ojos a Rogelio. Eso sí, endemoniados de la cólera. Y de la impaciencia.
Me sirve el tercer café y se me sienta delante. Sus ojos, negros. Como el café. Su mirada humea. Como el mismo café. A ver si lo del demonio va a ser verdad, coño, y lo estoy convocando con mi descreimiento.
—Se largó Beneyto, y llegó el otro — escupe Rogelio.
—¿Cuánto tiempo después? — escupo yo, a mi vez.
—Enseguida, pero este no entró. Se quedó en el umbral, gracias a Dios — concreta el encargado, y se persigna de inmediato —. No le quitaba el ojo de encima a Beneyto, en su marcha hacia la Mole.
—¿Cómo era el tipo?
—Los ojos…
—¿Los ojos…?
—Me miró una vez, Amador.
—¿Y…?
—Una sacudida. Un escalofrío que me devolvió al *talego*, hace años.
—¿Lo reconoció…? ¿Un recluso, un funcionario?
—No, Amador. Es la mirada del demonio. Se lo dije antes. No se la encontré a Beneyto, y sí a este. Pero no me cree, ¿verdad?
—¿Y luego?
—El tipo se mantuvo en el umbral y sacó el móvil. Dijo: «ya está dentro», desconectó y siguió los pasos de Beneyto. Lo mismo. Entre tiros y navajas.
Me relajo. Su mirada, aún en la mía. El silencio de la madrugada flota en el bar. Se insinúan las penumbras del alba, y van aportando grises donde hasta ahora solo había oscuridad. Fuera, el tráfico se va

haciendo presente. Aún solos, empero.
—Usted cree que eso es todo — me adivina Rogelio.
—¿Y no es así?
—Conozco las rutinas de la Mole, y detecto cuando una se altera, Amador.
—Continúe.
—¿Ve usté ese portalón, ahí enfrente?
A su indicación, mis ojos detectan un portalón oscuro, en la Mole. A esta luz, es imposible saber de qué color es. De notable tamaño, da la impresión de puerta metálica para el acceso de ciertos vehículos. Se sitúa detrás de una cancela instalada en el murete que rodea el hospital.
—Si me acompaña usté media hora más, verá que se trata de verde benemérita. Lo abrirán exactamente a las ocho y cuarto. Así todos los días, de lunes a viernes; sábados y domingos, cerrado a cal y canto. Funciones de mantenimiento de la Mole. Lo abre personal de mono azul. Y nunca jamás, en el tiempo que llevo aquí, se abrió de madrugada.
—¿Adónde me lleva, Rogelio?
—Se largó Beneyto y, detrás, el demonio. Créase usté lo que le dé la gana. Las horas pasaron y llegaron los celulares de la pasma. La Mole parecía en estado de sitio. Hubo detenciones. Muchos se volvieron al Harlem o se perdieron por los barrios vecinos. Serían las cinco o las seis, que no calculo. Fue entonces.
—¿Entonces, qué..? — otro sorbito del café, y me lo finiquito.
—La verja y el portalón, que los abren a deshora. Al poco, una furgoneta negra que viene del Harlem. Giró frente al bar para meterse en la Mole.
—¿La matrícula, el modelo…?
—Con la pasma y la desbandá, me entró *jindama*. Esos volvían de urgencias con los hierros en la mano y sed de sangre. Podían metérseme aquí para continuar la batalla. O para pelearse con la pasma. Podía pasar cualquier cosa. Así que me encerré, eché las persianas y apagué la luz. Y entonces la vi llegar. La furgoneta hizo un giro a gran velocidad pá meterse en la Mole; el conductor debía ser un experto. No me dio tiempo de ver los detalles.
—¿Y qué pasó luego…?
—La furgoneta salió de la Mole, minutos después de entrar. Con los faros hacia el bar, no podía verla bien. Pero al girar a la izquierda, de vuelta al Harlem, vi en el lugar del acompañante del conductor al tipo que había visto antes, en el umbral del bar.
—¿Cómo está usted tan seguro, Rogelio?
—Porque, al salir, el giro fue algo más lento. Durante unos segundos, el acompañante, sentado a la derecha, queda a pocos metros de ese

ventanal, e iluminado por la farola. Y el hombre iba mirando a derecha e izquierda. Yo pude verlo a él, pero él a mí no, escondido tras la persiana, a oscuras. Y la mirada era la misma, Amador.

—¿Lo reconocería usted, Rogelio?

—Entre gente como usté y Beneyto, sin lugar a dudas. En el *trullo* y de noche, no estoy seguro. Ahí hay muchos como él.

—¿Quién más iba en la furgoneta?

—Desde aquí, no pude ver al conductor. Ni a la entrada, ni a la salida. Y, por cierto, la furgoneta no tenía más ventanillas.

—A ver, Rogelio — pido confirmación —, usted vio abrirse la verja de fuera y, detrás de esta, el portalón. Ya estaban abiertos antes de llegar la furgoneta. Según me acaba de decir, esta no se detuvo en la calle, sino que entró del tirón. Llegó a velocidad y giró rápidamente para meterse en el hospital.

—Así es — me confirma.

—¿La verja y el portalón se abren desde dentro del hospital, de modo automático?

—¡Se me olvidaba! — sonríe Rogelio —. Ya le digo que se me va la *chorla*… Vino a abrirlos un tipo. Pero no llevaba mono azul, sino un pijama clínico blanco. Se le veía a distancia.

—¿Lo conoce? ¿Toma café aquí? ¿Algo que sirva para identificarlo? — atropello al hombre a preguntas mientras emborrono la libreta sin orden ni concierto.

—No lo conozco, pero sí, trabaja en la Mole. Un tipo alto y gordo. La verdad es que hacía una buena silueta en la oscuridad. Como pá esconderse, Amador…

La luz del nuevo día irrumpe a raudales en el bar. Gente que llega a desayunarse. Caras variopintas, preocupaciones diversas. Personal que prefiere tomarse la colación acá, y no en la Mole. Seguramente por no encontrarse con el jefe, o con algún compa que les da mal fario. Enfermos con sus familiares, que vienen a consulta; a ver si las nuevas de hoy son tranquilizadoras o inquietantes.

Los compas de la mañana le dan el relevo a Rogelio. Este se asea en los servicios y se viste de calle. Se despide, y al descanso. Lo acompaño unos metros, camino del Harlem.

—Lo último, Rogelio.

—Diga usté, Amador.

—¿Por qué no corrió a contarnos esta hostia?

—¿Adónde…? ¿Al cuartelillo, Amador? ¿A Jefatura…? Aquí anduvo la pasma, los primeros días, a preguntar si había visto algo raro. Imagínese que les canto *La Traviata*. ¿Quién me dice que el demonio no era madero, Amador? ¿Quién me habría asegurado entonces que no vendría él en vez de usté, y que esta vez sí traspasa el umbral del bar?

—Yo también soy madero, Rogelio.

—Usté mira como Beneyto, Amador. Y sonríe como él. De usté, habla Colombianita. Y los demás del Harlem. Y los trenes de cercanías, cada veinte minutos. Si llego a saber que estaba usté en este fregao…

37. Florencio

Ni siquiera sé cómo conseguí llegar a casa. Imagino que se lo debo a la pericia marinera de mis pies, como siempre, y a los tres cafelazos que impregnaban mis sesos. Si quisiera quedar bien, soltaría que las hipótesis y las cábalas me trazaron el camino de vuelta. Pero mentiría como un bellaco: las dos madrugadas pasadas en la calle me habían dejado el cerebro hecho papilla. Me palpaba la libreta en el bolsillo, y le temía como a una vara verde. Le tenía pánico al desorden de mis notas, garabateadas al tuntún, deprisa y corriendo. Sin embargo, tenía que pasarlo todo a limpio antes de atreverme a hablar con Pepa. Era prudente: de presentar el caos de mi libreta así, tal y como estaba, era probable que Pepa me la estampase en todo el morro. En claro, solo tenía que necesitaba dormir como un lirón, volver a ser el niño que fui, durante muchas horas. Aunque para ello tuviera que volver a orinarme en la cama. Y si se lo cuento a Pepa con estas palabras, se mea ella también, pero de la misma risa.

Dicho y hecho: una vez llegado a casa, me zambullí en la piltra. Ni siquiera recuerdo los últimos metros. Tal vez saludara a un vecino en el ascensor. O quizás le gruñera un «buenos días», sin más. Tampoco recuerdo haber sacado la llave del bolsillo. Es posible que me preocupara al encontrarme con la puerta abierta: «joder, ya vienen a por mí, los tipos esos». Aunque enseguida sopesé la posibilidad de que se me olvidara cerrarla al salir. O, simplemente, que era incapaz de recordar que, al llegar, me la encontré bien cerrada, y que la abrí como un autómata para tirarme en la cama y caer en coma profundo, pese a la sobredosis de café, la ventana abierta y la omnipresencia de la luz de la mañana. Aunque también puede que me levantara adormilado a echar la persiana. Y puede incluso que haya oído la voz de Maru, la vecina de enfrente, diciendo: «Amador, ¿estás en casa?», desde la puerta abierta. Que no la dejé abierta al salir, pero sí al regresar, de puro agotamiento. Y es más que probable que la buena mujer se haya adentrado en el apartamento hasta oír mis ronquidos, y se haya sonreído al salir, mascullando: «siempre igual, la criatura», mientras cerraba la puerta sin hacer ruido.

Me desperté hace un rato. Estaba soñando con Rogelio y Colombianita. Pero, al abrir los ojos, me fue del todo imposible

organizar los recuerdos del sueño. Por otra parte, no tenía la menor idea de qué hora podría ser. El sol ya caminaba bajo, eso sí. Me di cuenta de que, al echarme, ni siquiera me había quitado los zapatos. Era mejor comer algo y pegarme un duchazo en condiciones. Lo hice. Empezaba a encontrarme mejor. Me planteé desconectar y entregarme a cualquier mierda que me enchufaran por la tele. Lo que fuera. Y mientras más chorra, mejor. Pero los recuerdos me asaltaban, el uno tras el otro. Y ahí, sobre la mesita de la cocina, la puta libreta, gritando en silencio. Creo que aguanté unos siete minutos tragándome un bodrio de cualquier cadena. Después, la libreta otra vez. Mis garabatos, esquemas y abreviaturas habían confeccionado una sinfonía rebelde. Una manifestación sorda y muda que escapaba de las páginas amarillentas y llamaba mi atención, una y otra vez. Por si fuera poco, el móvil, al lado. Pero le espeté que no, que no iba a llamar a Pepa. Eso, de ningún modo. No, Pepa, a tu bola. Acaríciate el vientre, date una ducha tranquila, piérdete en la cama mirando el techo o, mejor, mirando los ojos de tu Mario. O haciendo una tortilla de papas, yo que sé; lo que te dé la gana. Y, de pronto, el móvil se puso a chillarme. Era la Pepa. Está claro: tenemos telepatía.

—¿Qué haces, Amador?

—En keli.

—Ya. Digo los dos últimos días.

—De olisqueo por ahí. Descansa hoy, guapi. ¿Mañana temprano, en el bar de Juani?

—Ahora, Amador. Estoy de mala hostia.

—¿Por…?

—Porque me tienes en la puta inopia. Y por si no te acuerdas, soy tu jefa en esto.

—No lo tengo organizado, Pepa. Me va a salir una…

—Me importa un carajo. Desembucha. Ya organizamos tu libreta entre los dos.

—Siéntate cómoda, Pepa. O mejor, orina primero, para que no te tengas que interrumpir.

***

Aquí está, el hombre, al fin: rubicundo, aseado, formal, perfectamente afeitado. Comparado con Amador o con una servidora, se trata de una torre. El baluarte de defensa de una fortaleza. Y el tipo sonríe, pero de los mismos nervios: para qué lo llama la Policía, para qué demonios lo quiere.

Florencio se llama, el gigantón. Florencio Alcázar. Lo de Alcázar es apellido; le vino dado en la vida, es obvio. Sin embargo, parece la mano del destino. No puedo evitar la impresión de que, en este caso,

el apellido moldeó la figura y el sino del hombre en cuestión. Aunque sus progenitores lo estropearon con lo de Florencio. Habría sido mejor ponerle Olmo, como el protagonista de «Novecento». Habría conseguido una combinación más colosal, por decirlo de algún modo.

Tengo que confesar que sentar a Florencio en el bar de Juani no ha sido tarea fácil. De hecho, llevamos tres días con la faena. Amador me contó la película de cine negro el domingo, a última hora. Y sí, era la hostia. Me confirma la idea de que, en los primeros días de una investigación criminal, se nos pasan o se nos ocultan muchos detalles o testimonios clave. Por bien que se quiera hacer o por minuciosa que sea una. Pesa demasiado la presión mediática y de la jerarquía. Esfumado el agobio, una se dedica a lo que debe y sabe: a husmear la carroña. Para eso me saqué a Amador de la manga sin pedirle permiso a nadie. Ni siquiera a él mismo. Y ya se ven algunos resultados: esto marcha, aunque sea a paso de caracol cojitranco.

Con el *noir* de Rogelio en la mano, podíamos tomar cualquiera de dos veredas: tirar por lo alto, con la mandamás de la Mole, o por lo bajo. Y Amador, fiel a sí mismo, prefirió esta última. Decisión que no se adoptó a la ligera, ni a cara o cruz. Porque, con el tiempo que llevamos perdidos en este laberinto, sabemos varias cosas:

En primer lugar, que en la Mole existe un pacto u orden de silencio respecto a lo que pasó aquella madrugada. En segundo lugar, que cada mínimo paso que nos aproxima a la verdad se sigue de un reforzamiento de dicho pacto u orden. Un menudeo del «no sé», «no me acuerdo» o «pregunte usted allá». Como si, a medida que sumergimos el batiscafo policial, la verdad fuera hundida a más profundidad.

En tercer lugar, que esta fuerza de silencio — apenas advertida, por otra parte — se contrapesa con una fuerza de luz, que lucha por emerger. De los mismos pasillos, ascensores y escaleras, venciendo con dificultad una especie de *omertà*, surgen susurros que, muy de tarde en tarde, nos sueltan una pista o nos animan a no desfallecer. No dejamos de darle vueltas a la misteriosa mujer de negro de la Basílica. Y Luci, nuestra Luci, fuerza eficaz donde las haya, en contacto con dos o tres que nos apoyan desde el meollo informático de la Mole. Listas de personal, control al área de dirección y un largo etcétera.

Del relato de Rogelio, podemos extraer algunas conclusiones. En el bar, Beneyto llamó a tres, por orden: a un tal Rafa, a su amor y a una tercera persona — ¿hombre o mujer? —, no identificada aún.

¿Rafa…? Ya podemos marearnos, buscando la aguja en el pajar. Puede pertenecer a la Mole, o no. Enfermo o familiar. O ser una persona de fuera. Pero que, sin lugar a dudas, tiene mucho que decirnos sobre este berenjenal. En cualquier caso, tenemos que poner «Rafael» en el radar, y dar la alarma a nuestro equipo.

De su amor, no tenemos la menor idea. Porque, recordemos, a Beneyto se le detecta otra llamada *amorosa* estando ya en urgencias, mientras esperaba ser atendido. Podemos suponer que era a la misma… o no. De hecho, ninguna de *sus mujeres* comentaron nada de estas dos últimas llamadas. ¿Otra mujer en danza…? Aunque también es posible que tanto Lidia como Colombianita nos hubieran omitido algo, por alguna razón. Puede que para alejar a los *demonios*. Y más vale que Amador no me oiga llamarlos así, que se lo llevan los demonios. Y nunca mejor dicho.

La tercera llamada huele que apesta a toque a la Llopart. Pero solo es olfato; nadie nos lo asegura. Una simple conjetura.

Sin embargo, Rogelio nos proporcionó un dato inestimable: un gigantón gordo de pijama clínico que abrió una puerta que nunca se abre un domingo de madrugada. Jamás de los jamases. Y, a continuación, aplicación estricta de la norma número uno de Amador: no preguntes en el área de dirección. Porque, inevitablemente, pondrás sobre aviso a gente que detectará que hay una fuga en el muro de silencio, y que correrá a sellarla.

Vía Luci, centramos las pesquisas en el personal masculino de turno o de guardia aquella madrugada. Lo cruzamos con los registros de Salud Laboral: peso y talla. No fue fácil, porque los datos están en ficheros distintos. Fue necesario consultarlos caso por caso, y sin despertar sospechas. Para ello, hay que contar con la gente adecuada, a horarios convenientes. Estuvimos horas eternas en esto. Pero, al final, comprobamos que aquella madrugada solo había dos torres en la Mole: un ginecólogo y un celador del Hospital General. Un hombre, este, cuyo puesto estaba justo en el área de urgencias. Florencio Alcázar. En nuestras manos, una copia de su ficha personal, sin que la jerarquía de la Mole hubiese notado nada en absoluto.

A continuación, se trataba de citarlo y de que cantara la *Tosca* sin que le diera tiempo de avisar a nadie. Sin que, además, este paso crucial fuese advertido por la cadena de mando de la Mole. ¿Cómo hacerlo…? De ningún modo podíamos interferir en su horario laboral ni en su vida familiar. Una vez identificado, mi Curro lo siguió con discreción, y constató que se trata de un hombre de familia, de costumbres completamente predecibles. De faltar en casa, aunque fuera tres o cuatro horas, es de esperar que su mujer se inquietara. Y podía llamar a sus compañeros de trabajo. No podíamos correr ese riesgo. Tuvimos que aguardar, pues, a que el hombre saliera a un recado. Apostados frente a su domicilio, Curro y Laureano esperaron el momento. Tenían que actuar con sigilo y rapidez, evitando la alarma del vecindario. Identificarse y confiscarle el móvil. Y trasladarle a donde estamos ahora mismo. Podía salir fatal. O no.

Aquí lo tengo, en un rincón del bar, al resguardo de miradas

indiscretas. Lo hemos invitado a un café. Curro y Laureano ya se fueron. A un lado, Amador, lápiz y libreta en mano; me ha prometido que va a cerrar el pico. Florencio tiene que confiar en que no somos los sicarios de Belcebú. E insisto, no tenemos toda la tarde.

Tras identificarme, le hablo con amabilidad, en voz baja. Le aseguro que no tiene nada que temer de este encuentro. Intento añadir dos o tres frases de manual más. Pero no, el tipo es cualquier cosa menos lelo. El ambiente se corta con cuchillo y tenedor. La sonrisa de miedo se va transmutando en cara de póker. Es imposible saber qué pasa por la cabeza del tipo.

—¿Estoy detenido, agente? — tono neutro, voz baja. Florencio controla cada músculo de su corpachón.

—No; se lo acabo de decir.

—Entonces, si me disculpan — ademán de levantarse e irse —. Por favor, mi móvil. Los otros me lo quitaron al traerme aquí.

—Aquí lo tiene — Amador, con el aparato en la mano.

Me había prometido que no intervendría. Y yo me lo creí, idiota de mí. El muy ladino tenía prevista la situación, se hizo con el móvil de Florencio, y lo tenía guardado en el bolsillo.

—¿Es el suyo, verdad? — añade Amador mientras el aparato cambia de manos —. No lo hemos tocado, compruébelo.

Ya de pie, Florencio se detiene a verificarlo. De inmediato, asiente y da las buenas tardes. Se gira hacia la salida y da dos pasos.

—Un momento — me oigo decir. Miro a un lado y al otro. Solo Amador, el celador y yo. Consigo que el hombre se detenga.

—Escúcheme, por favor; es muy grave — me noto nerviosa. Tal vez porque se me está notando el nerviosismo.

La enorme silueta sigue de espaldas, inmóvil sobre sus dos columnas. Está vacilando. Luego, se vuelve con lentitud, como si desplazase una piedra de molino. Desanda lo andado y se planta frente a la mesa. Nos levantamos todos.

—¿Sabe lo que me juego, agente? — susurra con sequedad, repartiendo miradas entre Amador y yo.

—Nadie sabe que está usted aquí — Amador, una vez más. Tendré que hocicar y dejarle hacer.

—¿Que no? — sonríe Florencio con amargura —. ¿Los está usted viendo, oyendo?

Amador y yo nos quedamos estupefactos, escudriñando nuestro alrededor. Lo que creíamos *zona segura*.

—Pues seguro que, ahora mismo, *ellos* sí nos ven y nos oyen… cada gesto, cada palabra — añade el hombre.

—¿Sabe lo que queremos de usted? — le susurro.

—Por supuesto. Desde que me enseñaron la placa y me quitaron el móvil, hace un rato. ¿Y sabe lo peor, agente?

Mi expresión responde por mí. Ni siquiera miro la de Amador.

—Que *ellos* también saben lo que ustedes quieren de mí. Y saben muchas cosas más: dónde vivo, el nombre de mi mujer y de mis hijos, dónde trabaja ella, el instituto de los chavales, la tienda donde compro el pan y el supermercado donde compro lo demás. Cada cuánto voy a casa de mi madre y a qué farmacia voy. Todo sobre mi vida, agente. Y todo pendiente de un hilo, si de esta boca sale una palabra de más. Que abandonarles no es desacato, ni desobediencia. Es amor por los míos, agente. Por la vida.

—Váyase a casa, Florencio — le oigo a Amador, sin consultarme —. Ahí fuera tiene a un taxista amigo mío. Debe ser el cuarto o el quinto en la parada. Pregunte por el Gelu, y diga que va de parte de Amador. Los primeros taxis de la parada no se van a mosquear. Y no pague, que está acordado con el Gelu. Corre de mi cuenta.

38. Es Niña

Visita de rutina de embarazo: la barriga crece bien, y la niña, dentro, mejor. Por cierto, que es niña; lo acabo de decir. De alguna manera, fue un shock. Porque es de sobra conocido que prefiero relacionarme con el sexo contrario. Y a estas alturas, ruego que no se me haga dar una explicación al respecto. Porque no la tiene; se trata de una completa idiotez por mi parte. Claro que, para Mario, la sorpresa fue diferente. Ahí estaba, el pobre mío, la sonrisa tierna; se le caía la baba como si fuera un niño el día de Reyes.

Le preguntaba yo a la ginecóloga que sexo y embarazo cómo, cuándo y de qué manera. Y mi Mario, rojo como la grana. Con lo sinvergüenza que es para otras cosas. Y la otra me decía que sexo sí, pero *con moderación*. Con lo que tuve que refrenarme el impulso de estrangularla. Porque el refocile con Mario no admite moderación ni mesura. Que, además, la preñez me tiene subidita de tono; ganas me dieron de preguntarle a la mujer si es por el mismo embarazo, o se trata de obsesión por mi parte. La bruja esta no se ha dado cuenta del mal emanado de sus doctas palabras. Que basta que haya prescrito «moderación» para que mi hombre no se me acerque, no se le vaya a escacharrar la muñequita que me crece en la barriga. Definitivamente, el trato con las féminas no es lo mío.

Por lo demás, una tarde más aburrida que unos ejercicios espirituales — o eso dice mi madre; si llegué a ir alguna vez, ya no me acuerdo —. Me llamó Amador a última hora: que me invitaba a una pizza debajo de mi casa. Que, según me llora, está más tieso que una mojama y no le llega para el Oriza. Pero, por otra parte, poco podía esperar de mi hombre, con lo que le había dicho la idiota de la ginecóloga. Que cenara él solito, que su mujer y su hija se iban a orearse.

Tarde noche, pizzería de barrio. Hay que gritar para entenderse. Pero gritando, se entiende la gente. Vaya que si se entienden. Aunque, bien mirado, creo que es mejor venirse aquí que a bares tranquilos. Porque, en esta olla de grillos, seguro que los micros de «ellos» no tienen narices de cazarnos nada inteligible.

Lo que sigue me deja pasmada. Dice Amador que se presentó en casa de Florencio aprovechando que este estaba en el curro. El domicilio y los turnos del susodicho constan en la ficha que nos consiguió Luci.

Así que Amador se plantó en su puerta calculando, no sé cómo, que la señora no estuviese también en el tajo y que los chavales estuvieran en la calle. No hago más que imaginarme la expresión de la buena mujer al ver aparecer a Amador en la entrada. Cuenta este que se llevó al Curro para lo de la placa, etcétera. Que eran de la Policía: «será un momentito solo, señora». Con semejantes avales, Amador se la trajinó, y aquella los dejó pasar sin presentar más resistencia y sin llamar al marido.

Luego, la entrevista. Amador se atropella al contármela. Ya no recuerda qué le dijo antes y lo que vino después. Empezar fue lo fácil. A fin de cuentas, lo de Beneyto lo sabe todo el mundo: hace semanas, ocupó los telediarios de la mañana, la tarde y la noche. Sin embargo, en algún momento le soltó que Florencio está aterrorizado «porque es testigo clave para esclarecer los crímenes, pero no puede abrir la boca». Y enseguida añadió que tiene los labios cosidos «por ella y los niños, que son lo que más quiere en el mundo». Y, llegados a este punto, la mujer se le echó a llorar como una magdalena.

«En fin, señora, no la molestamos más; solo veníamos a pedir disculpas. Porque a lo mejor encontraba usted a su marido un poco tenso estos días. Él no le va a decir nada; es normal. Yo tampoco le habría dicho nada a mi mujer, que en paz descanse. Pero es del todo indigno que personas decentes tengan que vivir con miedo por sus familias. Sin embargo, mi deber es intentar aclarar la verdad. Y créame: me duele horrores alterar la paz de su hogar».

Amador devora una cuña de pizza barbacoa tras otra, y se pide otra cruzcampo — aunque me aclara que prefiere la Sagres; no hay color —. Parece un chaval más, de los muchos que se reúnen aquí, tras pegarse el tute en el gimnasio. Luego me cuenta que la táctica le funcionó. Que, horas después, Florencio le pegó un telefonazo. Para eso mismo le había dejado el número a la mujer. Y que no quiere ni imaginarse la escena familiar que sin lugar a dudas precedió a la llamada; la *atragantá* que le pegaría la mujer a la torre con la que comparte mesa y cama. El caso es que, al conectar, le encontró a Florencio una voz seria, profunda. Nada de reproches airados. Nada de «cómo se atreve usted a irrumpir en la intimidad de mi hogar». Contención tensa. Que se tomarían un café juntos. En el bar de Juani, una vez más. Pero esta vez a solas.

Dice Amador que la historia de Florencio es corta. Que, al fin y al cabo, no tiene tanto que contar. Que estaba allí, en urgencias, porque le tocaba; era su turno y punto. Solo que, a cierta hora, recibió una llamada. Él pensó que se trataba de algo relativo a la batalla que venía desarrollándose fuera. Pero, para su sorpresa, no guardaba la menor relación. En primer lugar, se comprobó el funcionamiento de su móvil, particularmente el whatsapp. Tras estos detalles inusuales, se le

comunicó que quedaba relevado. Y que se dirigiera a cierto despacho, a hacerse cargo de unas llaves que no había tocado en su vida. Se trataba de las llaves con las que tendría que abrir una verja y un portalón del hospital. Florencio tendría que abrirlos en el momento justo en que se le ordenara por whatsapp, retirarse a cien metros, y volver a cerrar en cuanto se le dijera. Orden esta que vino, puntual, a los pocos minutos. Luego, todo fue volver al despacho y dejar las llaves donde se las encontró. Y, después, reintegrarse a su puesto. El hombre cuenta que solo tembló al ver que se trataba de salir a la calle, entre los clanes del Harlem. Pero, conforme avanzaba la madrugada, fueron llegando los furgones policiales, y los beligerantes se dispersaron poco a poco. En el momento de recibir el primer whatsapp, obedecer no entrañaba peligro alguno.

—¿Quién le dio la orden?

—El responsable de turno del personal subalterno.

—¿Le dijo algo más?

—Que mantuviera la boca cerrada.

—Y usted no preguntó nada más.

—En la Mole se obedece y no se hacen preguntas, agente.

—¿Por qué tanto miedo, Florencio?

—Porque esto es asunto de *ellos*.

—¿«Ellos»…?

—«Ellos», agente. Los de arriba de los de arriba. Los que nombran y cesan a directores, subdirectores y todos los que les da la gana. Los que gobiernan la Mole.

—¿Me está diciendo que este hospital está controlado por asesinos?

—¿Cómo se ejecuta si no lo de Beneyto y la Llopart? Maldita sea mi lengua, que acaso me la tenga que comer, agente. Pero mi mujer… Mi mujer dice que así no podemos vivir. Y este sargento mío le mete coraje al más cobarde.

39. Darío

La Mole tiene un agujero. Un resquicio. La formidable fortaleza del silencio presenta, al fin, un punto flaco. Una oquedad desde donde, si te aplicas, se advierten vagos rumores. Un murmullo casi inaudible. Pero al fin tenemos un asidero, un cabo de donde tirar.

Amador está convencido de que es ya imposible progresar sin montar la *pajarraca*. Que los que sean tienen que saber que sabemos. Que, de perdidos, de cabeza al río. Es la intuición del sabueso. Y nos puede salir bien o mal, como todos los movimientos impulsivos. Pero, pensándolo bien, lo peor es quedarnos como estamos: oliendo el tufo sin dar con la alcantarilla. O viendo humo sin encontrar el fuego.

Según Amador, nos creen más idiotas de lo que somos en realidad. No es mucho alivio porque, idiotas, creo que somos un rato. Sostiene el viejo sabueso que en lo más alto hay una serie de tipos que nos juzgan por lo que dan de si figurillas como nuestro jefe, Pepe Brito. Aunque, bien mirado, el ser tomados por lelos nos proporciona una carta valiosa. Una sola.

Doble o nada al jefe de personal subalterno, en su despacho. Tal fue la propuesta de Amador. Aunque no me aclara de quién se trata cuando suelta lo de «no se lo esperan». Lo que tenemos claro es que la jugada tardará segundos en llegar al área de dirección de la Mole — y mucho más alto —. Transmitimos, por tanto, que sabemos que saben que sabemos que se dieron órdenes muy extrañas aquella madrugada. Y que, en consecuencia, vamos a la caza y captura del que dio las órdenes. El que fuera.

Amador no le exigió a Florencio que identificara al jefe de personal subalterno. Se plantea incluso que no lo conociera. Que le constara solo el cargo, dado que no llegó a verlo en persona. Si le reconoció la voz en la llamada telefónica, el celador nada dijo y Amador no insistió. Este consideró que la colaboración del hombre había sido más que suficiente, y machacar sobre el asunto podría añadir una tensión innecesaria. No son esos los modos de Amador. Era preferible dejar la dignidad del testigo a salvo, y que bajo ningún código de valores aberrante pudiera tildársele de delator.

Además, disponíamos de otros medios para identificar al jefecillo. Seguimos los pasos de lo realizado en el caso de Florencio, con la

ayuda inestimable de Luci. Luego, a esperar a que estuviera de mañana para presentarnos de improviso, placas por delante. Darío Zubiri se llama, el hombre. Cambio de táctica ciento ochenta grados: de la penumbra a la luz del día. Cosas de Amador. Está convencido de que en la Mole luchan fuerzas ocultas, y de signo opuesto. Sin embargo, insiste en que no me lo puede explicar: imposible, para una cabeza tan cuadriculada como la mía. Pero, si optamos por una provocación abierta, la fuerza oscura podría dudar de su dominio de la situación. Incluso podría cundir cierto nerviosismo. De este modo, podrían darse las condiciones para que cometieran algún error. Una pifia traducida en acción intempestiva — aunque se le pusiera la sordina — que desencadenase una reacción de la parte contraria. Un estallido en miniatura que nos ampliase el resquicio y nos permitiera oír algo más que lejanos murmullos. A por Darío, pues, con estruendo y trompetería.

Las vigas de la Mole no habrán tenido que esforzarse mucho para asistir al espectáculo de esta mañana. Curro, Laureano y esta vuestra segura servidora irrumpiendo a voz en grito en el ala de servicios comunes: «¡Policía…!». Como si de una redada se tratase. Amador a nuestro lado, sonrisilla cínica, pero sin decir ni mu. Sabíamos dónde hacerlo, claro está: allá no hay pacientes, ni familiares. Ante la algarabía, esperábamos que se personara de inmediato alguien con mando en plaza. Pero ni mu. Como Amador. Buen dato: las altas jerarquías estaban sorprendidas, y se limitaban a ver los estragos de la incursión.

La *razzia* había sido planificada con la ayuda de nuestros «colaboradores internos». Para el ataque, esperamos a que el tal Darío estuviera ausente. Formamos el expolio desde la puerta de la sección, preguntando por el tipo y exigiendo su inmediata comparecencia. Lo dicho: un escuadrón de la Policía ocupa el despacho del susodicho mientras se le localiza allá donde esté. «No responde al corporativo, disculpen los señores agentes; enseguida lo localizamos», nos dice la administrativa, a todas luces intimidada. Mejor. Teléfono a teléfono, planta por planta, toda la Mole está al corriente de que Hitler acaba de invadir Polonia. O poco menos.

Sentada en el despacho del jefecillo, abierta de piernas para mejor albergar mi abultado vientre, madera preñadísima pero siempre a los mandos, me cuesta un Potosí ocultar un rictus de guasa. Serán los cambios hormonales del embarazo. Los procedimientos de esta batida son irregulares, a nadie le quepa la menor duda. Con un funcionamiento institucional normal, ya tendría aquí a la gerente a grito limpio: que qué atropello es este. Y a los dos minutos, una llamada de Pepe Brito sumándose a los gritos: que si me he vuelto loca con la preñez, por ahí me voy a salvar, que a casa y que me coja una

baja de inmediato.

Pero nada de eso ocurre. Nada. Las altas esferas ni se han conmovido. Nada, insisto otra vez. Llego incluso a imaginarme que ahí arriba son tan inútiles como ellos piensan que somos nosotros. Pero no, es imposible: están ahí por algo y para algo. Intercambio miradas con Amador; me da la impresión de que compartimos telepatía. Los de arriba, obviamente, están al tanto de todo y han decidido no actuar, quién sabe por qué.

Llega al fin el tal Darío. Alto, muy alto. Metido en la cuarentena, de aspecto tosco. Bigote cuadrado, oscuro. Debe habérselo dejado para infundir autoridad. Detalle que antes funcionaba, sobre todo en las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado. Se le ve nervioso, sudoroso casi. En mangas de camisa, los dos primeros botones desabrochados. Unas gafitas a la moda. Se me ocurre, de pronto, que se le subió el puesto a la cabeza y se cree sexy. Pero todo su sex-appeal desaparece con el miedo. Y *quien algo teme, algo debe*, como dice mi madre. El tipo permanece de pie, en el umbral de su propio despacho. Dueña temporal de su reino, lo invito a sentarse en su trono. Al nota no le llega la voz ni para presentarse.

—Sosiéguese — me sale de la sonrisa. Me oigo todas las sílabas.

Mirada de soslayo a Amador, una centésima de segundo. Se está partiendo de la misma risa, sin que se le oiga nada. El tal Darío se encamina a su asiento, tambaleándose. Se intuye que el jefecillo suplica a Nuestra Señora que se le aparezca nuestra señora la directora gerente.

Sentados todos. Se esfumaron las sonrisas. A cara de perro, pues. Presentaciones y sucinta exposición del motivo de nuestra visita. Ya no hay subterfugios ni ocultaciones. Que sepan que sabemos. Sin embargo, omito algunos detalles. Como, por ejemplo, el nombre de Florencio. Antes la muerte que revelar mis fuentes.

La expresión del tipo es de tragedia griega. De boca para adentro, sigue rogando una aparición de nuestra señora la directora gerente, advertida con toda seguridad del desembarco policial en Normandía. Pero el soldadito Darío resiste solito en la playa, más tirado que una colilla. Le traiciona la mirada que lleva al teléfono, una y otra vez. Daría su reino por un tiempo muerto, con tal de pedir instrucciones. Pero por nada del mundo se lo voy a conceder.

—No se le acusa de ningún delito — intento conciliar —. Pero tenemos que saber la verdad. Toda la verdad de lo que ocurrió aquella madrugada.

Obstinado, el silencio. Darío tamborilea sobre la mesa. Parpadea, traga saliva, suspira. Y persigue con la mirada un punto impreciso.

—Insisto: tenemos testigos que afirman que, durante aquella madrugada, los accesos de este hospital funcionaron de modo

anormal. Y, según nos consta, obedeciendo sus órdenes.

Darío sigue encerrado en su mutismo. Nada. Ya, ni siquiera el tamborileo. Mano sobre mano, a aguantar el chaparrón. Y los de arriba, sin echarle un cabo.

—Supongo que, al proceder así, usted ignoraba que se trataba de cooperación necesaria para los crímenes bajo investigación, ¿verdad? Porque ello modifica su posición de presunto homicida en grado de complicidad a simple testigo. Su colaboración será presentada como elemento clave de cara al descargo ante la instrucción. Considérelo.

—No tenía ni idea, agente — un hilo de voz, al fin —. Ni idea, oiga. Se lo juro.

—¿Ni idea de qué? — digo, metiendo la cabeza a duras penas por el resquicio que se acaba de abrir.

Pero el silencio es terco; quiere volver a adueñarse del despacho. A sellar los labios de Darío, a dejar sus manos entrelazadas, no sea que digan lo que sus labios no pueden.

—Verá; usted dio las órdenes — decido jugarme un farol —. Estaba todo previsto y usted fue el ejecutor. Pero lejos de nuestro propósito levantar acusaciones injustas contra usted. No lo empeore con su falta de colaboración.

Darío clava los codos sobre la mesa, los dedos sobre las sienes, como si estuviera estudiando. Los minutos pasan y la directora no acude. Ni llama. Y sabe de sobra del apuro en que se encuentra. Está claro: lo han dejado solo frente a la pasma.

—En efecto, yo di las órdenes — otro golpecillo de aire.

—Por eso estamos aquí — corroboro.

—Pero yo no sabía nada de muertes, palabra — susurra el tipo, los ojos sobre la mesa.

—Y nosotros le creemos, pero tiene que contárnoslo todo para que le podamos ayudar a salir del lío en que se ha metido.

El silencio se instala bajo el bigote oscuro, una vez más. De repente, una tosecilla. Es Amador, a mi diestra. La tos no es intencional; conozco sus toses. No pretende llamar mi atención acerca de esto o lo otro.

—Una llamada… — Darío emite un susurro y lo corta apenas iniciado. Miro de soslayo a Amador, y veo que saca su libreta de combate y su lápiz. Después, devuelvo mis ojos al tipo. Pero los suyos han regresado a la mesa. Luego, vuelven a los míos. Una mirada fría y oscura, sorprendentemente tranquila. Se reclina hacia atrás, en su asiento, y prosigue, siempre en voz baja:

—Una llamada, sobre las dos. Lo de la hora es aproximado; pudo ser la una y media o las dos y cuarto. Uno estaba en un chat con los amigos para matar el aburrimiento; ya se puede usted imaginar. Descolgué. Era la doctora Llopart. Fue breve, como siempre: uno de

mis subordinados tenía que abrir el portalón de las comidas.

Darío cierra la boca, como esperando preguntas. De inmediato, me recorre un escalofrío. ¿De qué habla este tipo? Tenemos dos testimonios coincidentes acerca de la apertura del portalón de mantenimiento. Y fue a las seis, o así. Ahora, el hombre nos cuenta una historia de un portalón diferente, abierto a su orden cuatro horas antes. Miro a Amador, que refuerza mi desconcierto. El mutismo viene a ser interrumpido por él mismo:

—¿Y qué más le dijo la doctora Llopart, Darío?

—Que no hacía falta que abriese la verja que permite el acceso desde la calle. Que el celador se limitara a abrir el portalón, y que se retirara de inmediato. Y que el mismo tendría que volver a cerrarlo a los quince minutos. Lo que ustedes saben.

—Pero… — se me escapa un balbuceo estúpido.

—Darío, todo eso ya lo sabemos — Amador me proporciona un toquecito con su pie izquierdo. Que me calle, vaya. Traducción: para nada nos interesa que este tipo sepa que no teníamos la menor idea acerca de la existencia de otra puerta abierta, varias horas antes.

—Dígame, ¿no le extrañó que le exigieran abrir esa puerta a horas intempestivas y solo durante quince minutos? — continúa Amador —. ¿Ha pasado alguna vez, que usted recuerde?

—Ehh… — mirada de nuevo a la mesa —. Sí, admito que me extrañó un poco… Y pasar, como pasar… ¡Sí, ya recuerdo! Una vez que estaba la madre de la consejera de Salud en cuidados intensivos… Me pidieron que abriera de madrugada para una visita «clandestina», por así decirlo.

—No nos perdamos en detalles sin importancia — retomo los mandos —. Porque esa no fue la única orden que le dieron aquella madrugada.

—Ustedes lo saben todo — se engaña el hombre —. La segunda llamada fue pasadas las seis. Que abriera un portalón diferente. Esta vez, el de descarga de material y suministros. Y en esta ocasión, hizo falta abrir tanto el portalón como la verja. Quince minutos, una vez más.

—Orden de la doctora Llopart — pido confirmación, como si la cuestión careciera de importancia.

—Claro, quién si no — responde, en el mismo tono desvaído de la pregunta.

—Y lo de la hora, esta vez es seguro — solicito que corrobore, una vez más.

—Bueno, usted sabe, agente… La noche es larga y, metido en un chat… Las seis menos diez, las seis y cinco, las seis…

—Otra cuestión — prosigo —. Usted ha visto estas semanas atrás a estos compañeros por el hospital… ¿No se le ocurrió, siquiera por un momento, que esta historia sería clave para la investigación?

El silencio no se había ido demasiado lejos. De hecho, regresa a adueñarse del despacho, a congelar expresiones y parpadeos. A fijar la mirada de Darío a la mesa y promover movimientos involuntarios de las manos.

—Claro que se me ocurrió, agente — un soplo de voz sobre el temblor de los labios —. Allá fui, con esto. Y me aseguraron que ellos se encargaban de todo.

—¿«Allá…»?, ¿«ellos…»? — atornillo al tipo en su sillón giratorio.

Esparadrapo en la boca del hombre, una vez más. Nueva patadita de Amador. Que se apodera de la palabra, de nuevo:

—Darío, tenemos dos testigos que corroboran su versión: el portalón de descarga de suministros y su verja se abrieron durante unos minutos, a la hora aproximada que usted dice.

—¿Iba yo a mentirle a la Policía?

—No sé; usted sabrá. Porque nos tiene que explicar un pequeño detalle.

—Dígame usted, agente .

—Según nos acaba de confirmar, el segundo portalón también se abrió a su orden. Y usted lo hace, siempre según la versión que nos acaba de proporcionar, a la orden de la doctora Llopart. Que, por cierto, a esa hora yacía cadáver, cubierta por una sábana. Por otra parte, en ese momento ya constaba el asesinato, cuya voz de alarma fue dada de inmediato por personal directamente a sus órdenes. ¿Siguió usted en el chat después de aquello, Darío? ¿Acaso le pareció irrelevante? ¿Y aún duda de la hora exacta en que sucedió todo?

El silencio se apodera del tipo otra vez. Un segundo, dos. Varios más. Miradas sostenidas, elocuentes. Amador levanta unos centímetros su pobre lápiz, estrella la punta sobre la libreta, y atraviesa al tipejo con una mirada que lo fulminaría, de no tenerla amaestrada:

—¿Por qué nos miente? ¿A quién o quiénes encubre?

El socorro solicitado, sin que nadie sepa por qué, llega por fin al jefecillo: es el teléfono del despacho, que berrea. Y el tipo que lo mira, y me mira de inmediato, como pidiendo la venia. No será preciso: ya descuelgo yo.

—Diga — suelto con toda la mala hostia reconcentrada.

—Deja a Darío en paz, Pepa — se le oye a una voz de tía. No es una voz cualquiera. Es la de una mujer acostumbrada a dar órdenes.

—¿Quién coño eres tú? — le espeto al aparato como si fuera a fundirlo.

—Chabela Ternero, ¿no me reconoces? — suelta la tipa en otro tono —. Vente a mi despacho, y te cuento.

40. De Isabel a Chabela

Las tornas se han vuelto. El viento sopla de otra manera desde que entré en este despacho por última vez. Hace semanas, me recibió una doctora Ternero Gálvez sustancialmente diferente a la que nos recibe ahora. Entonces, se trataba de un ser glacial, epítome del gobierno de una mole tan gigantesca como compleja. El azul de sus ojos recordaba al océano Pacífico, donde el galeón de Manila tenía travesías prefijadas, con tripulaciones seleccionadas y contratos de carga inspeccionados de modo minucioso.

En contraste, la mujer que nos recibe hoy tiene dificultades para mantener el timón contra la galerna. Vio a Amador, y me espetó: «¿y este quién es?». Contesté que un asistente, y me exigió sus credenciales. Le insinué que podía arrestarla por complicidad y encubrimiento, y se nos allanó a regañadientes. No son suaves, los vientos con los que lucha esta mujer. Ya me lo olí hace un rato, cuando se me identificó como Chabela Ternero, y no como la directora gerente, doctora Isabel Ternero. Nos sentamos alrededor de la mesa de su despacho, al fin.

Resuelvo llamarla Chabela; refleja mejor su nueva situación, sea cual sea. La mujer está descolocada, aunque la apariencia indica que aún sigue instalada en su trono gerencial. De cualquier modo, el sillón giratorio le viene grande, así como el inmenso despacho que nos acoge, con banderas y retrato del Jefe del Estado. Me da la impresión de que, esta mañana, Chabela hace una triste figura, perdida en los oropeles de un cargo enorme, al que llegó como caída en el centro de un laberinto, sin que ahora le sea posible encontrar la salida. Nos mira un poco… ¿Intimidada…? De nuestro primer encuentro, no se me habría ocurrido que llegaría el momento de encontrarle un aspecto tan vulnerable.

Miro a Amador, sentado a mi lado, por si, por esta vez, se le ocurre arrancarse a él. Porque confieso que, hoy, esta mujer me inspira una compasión antiprofesional, no sé por qué. De inmediato, recibo la contestación telepática de Amador: qué pena ni qué narices; aquí venimos a sacar un doble asesinato del ovillo de la sexta planta y de un laberinto de complicidades que, con toda probabilidad, comienzan en este despacho. Así que, ahí voy:

—Chabela…
—Dime.
—Explícanos.
—Explícame tú a mí, Pepa.
—Esto no está para que nos vaciles, Chabela.
—Me tendrás que contar tú a mí primero qué hacíais tú y tu gente irrumpiendo en mi hospital de esa manera, sin avisar.
—¿De parte de quién estás, Chabela?
La mujer admite un momento de duda. Recordándome a Darío, lleva sus ojos a la mesa, sobre sus manos cuidadas, con uñas pintadas de un esmalte rosado. Luego, a Amador, un instante fugaz. Y, al fin, a mí. La fragilidad, una vez más. Da la impresión de que el sillón giratorio se la va a tragar, de un momento a otro.
—Meritxell lo tenía más claro que yo, ¿sabes?
—¿Por…? — creo que le sonrío. Hay que destensar.
—Por la política… Para Meritxell, la vida era una trinchera. Ella no había visto enfermos en su vida. Yo, sin embargo…
—Yo, sin embargo… — repito sus palabras, invitándola a continuar.
—Para mí, la vida es la profesión; estoy en este despacho por accidente.
Estoy perpleja. Chabela Ternero, en una confesión íntima. La otrora durísima y gélida doctora Isabel Ternero Gálvez, admitiendo su falta de vocación para la dirección gerencia de la Mole, uno de los hospitales más grandes del país. Mi conciencia policial me exige interrumpirla y redirigirla a la cadena de órdenes que se dieron en la madrugada de autos. Pero, antes, mirada a Amador. Y este se despacha con un gesto sutil: que la deje hablar. Que me enrede a gusto con ella.
—La vida es puro accidente, Chabela — filosofía barata de urgencia, a expender con una sonrisa lánguida.
—Pero, de las maneras de vivir, algunas las eliges, otras las aceptas, y alguna que otra te viene impuesta. Y de cualquiera de ellas pueden surgir venenos inesperados. Es complicado, Pepa.
—No entiendo nada, doctora.
—De eso se trata, de la vida de una doctora.
—De lidiar con los males de la humanidad, ¿no?
—Eso quería, de niña; entonces, todo era simple y hermoso.
—Para eso estudiaste, ¿no es verdad?
—Eso hice, y quise trabajar en esta mole laberíntica.
—Y lo conseguiste, ¿no…?
—Tuve que pagar ciertos peajes.
—Todos los pagamos, Chabela.
—Pero los míos son arduos. Y dolorosos. Por ejemplo, colaborar en las mascaradas propagandísticas del régimen. Maquillar defectos.

Exagerar virtudes. Con el ascenso de Meritxell, me vi forzada, de algún modo, a asumir la gerencia. No estaba preparada, y ellos lo sabían. Me prometieron que me ayudarían. Y lo hicieron, pero a su manera. Yo lo ignoraba todo acerca de los entresijos de la Mole. Al asumir los mandos, quedé adherida al régimen, sin quererlo realmente. Pero la amarga realidad es que me convertí en una marioneta. Firmé cuanto me pusieron por delante, y ejecuté lo que me dijeron.

—¿Por ejemplo…? — Amador, por fin. Demasiado callado que estaba, el hombre.

—Lo de aquella madrugada... Perdone, ¿cuál es su nombre?

—Es mejor que no lo sepas, Chabela — le respondo por él —. No es grosería, sino seguridad.

—¿Qué sabe usted de Beneyto? — prosigue Amador.

—Hasta la muerte de Meritxell, ni siquiera conocía su existencia.

—¿Qué sabe de los manejos de Meritxell en el hospital, tras su vuelta de la política? — Amador, de nuevo.

—De la política no se vuelve. Diga, si quiere, tras su descenso provisional a segunda división. Yo lo ignoraba todo acerca de sus andanzas. Apenas la veía. Hacía y deshacía a su antojo, sin entrometerse en la vida hospitalaria. Tenía que ver con las fundaciones, que tienen ingresos propios.

—¿Ingresos propios? — tercio.

—Es complejo, aunque poco puedo decir sobre ello. Se me dijo que era mejor que no me inmiscuyera en esos berenjenales. Las fundaciones trabajan en el hospital, con personal y medios del hospital, pero disponen de presupuestos propios. Ríete si quieres, Pepa, pero se me escapa. Lo llevaba Meritxell, y depende de Consejería, no del hospital.

—Perdone que vuelva a aquella madrugada, Chabela — lo retoma Amador —. Acaba de confirmarnos que ejecutó cuanto le dijeron. Díganos de quiénes está hablando y qué órdenes le dieron.

—Las órdenes ya las conocen. Ustedes llegaron a ellas sin mi ayuda. Aquella madrugada, yo ni siquiera estaba en la Mole. Dormía en casa, cuando recibí una llamada sobre las dos. Me ordenaron llamar a Darío para que abriese el portalón de las comidas durante quince minutos. Luego, otra llamada poco antes de las seis. Que repitiera lo mismo, pero con el portalón de suministros y materiales.

—¿Solo eso? — inquiere Amador, clavando sus ojos azules en la mujercita, clavada a su vez en el sillón giratorio.

—Solo eso. No es la primera vez que se me ordena algo extraño. Fue una de las condiciones para acceder a este cargo, y a otros que tuve antes que este. De hecho, cualquier cargo en la Mole tiene ese requisito: se ejecuta la orden sin pedir explicaciones. Le aseguro que

ni Darío ni yo teníamos la menor idea de la relación que podían tener estas medidas con los asesinatos. No ha pasado nunca, que yo sepa.

—Que usted sepa, claro — Amador subraya las palabras de la directora —. Y ya, por fin, queda la cuestión clave: de quién procedieron las órdenes.

Un punto negro. El sillón se acaba de convertir en un punto negro de gravedad extrema, capaz de tragarse a la doctora Ternero, a Chabela, a sus viejas ilusiones y sus escrúpulos de conciencia. Nada queda fuera del sillón. La mesa ha sido igualmente absorbida, al igual que los visillos, los sillones, la moqueta o el retrato del Jefe del Estado. Fuera, solo queda el vacío más absoluto. Salvo un zumbido de oídos que nos recuerda a Amador y a mí que seguimos existiendo.

La cuestión clave ha hundido los ojos de la doctora en un abismo y la ha metido bajo la mesa, o casi. No levanta la mirada del suelo. Incapaz, ella. Solo nos llega un hilo de voz:

—Tengo una hija de doce años… Una chavala preciosa, que está en el conservatorio, aprendiendo a tocar el violín. Tienes que oírla haciendo escalas, Pepa…

41. Chabela de Noche

De noche, Chabela es una sonrisa. Impregnada de amargura, pero sonrisa, al fin y al cabo. La tristeza es humana. Y la humanidad me la aleja de la obediencia debida, y me la sitúa aquí, en este tabernucho, tan cerca del poder como de la nada.

Fue ella la que escogió esta tasca de mala muerte. A dos pasos de todo, y a la vez en una galaxia remota. A tres minutos de la Basílica, a diez del Parlamento y a doce de la Mole. Pero, de repente, una abandona el siglo XXI para volver a mediados del XX. A una taberna de los albores de la Guerra Civil, de cuando se cocinaban utopías imposibles y ajustes de cuentas con los de siempre. Los que siguen mandando, como afirma Chabela acentuando la amargura de su sonrisa. Pero suspira enseguida, y añade que esa guerra no es su guerra.

Con un guiño, Chabela le pide su segundo gin al barman. Lo conoce. Y a lo que se ve, más allá de lo epidérmico. Luego me cuenta que fue niña en este barrio desastrado y, por tanto, se conoce cada arruga de la piel de sus desastres personales. Fue con ellos al cole hasta que tantos dejaron de estudiar y, muchos de ellos terminaron de objeto de estudio de ella misma y sus compañeros. Por alcoholismo o por meterse en el cuerpo cualquier veneno, de los muchos que corrían por la calle. E incluso más de uno acabó en la mesa de autopsias, abierto en canal.

—Como Meritxell, Pepa…— susurra Chabela, como si quisiera entonarse un blues.

El barrio, la vida y la muerte. Como para no impregnar la sonrisa de amargura. Esta noche, Chabela quiere revisitar viejos tiempos: sostiene que fue una niña buena, una niña aplicada. Una niña que no se perdió por el camino. Una que siguió las enseñanzas de sus mayores y que coronó con éxito su carrera académica. Solo fracasó en un par de cosas, como reconoce con el tercer trago. La primera y la más grave: olvidarse de la doctora que lleva dentro al asumir la dirección de la Mole.

—Porque el directivo tiene piel de cocodrilo, Pepa. Y más aun, el gerente de un hospital público… Tiene que ver a los de abajo como un hatajo de llorones— suelta Chabela, palabra a palabra. Y de inmediato

se echa al coleto otro trago.

No pudo, dice. La cercaron desde arriba, la vigilaron. No se fiaban de ella. Para ellos, solo era una tonta útil, una muñequita prescindible. Alguien a apartar cuando a la Llopart, por ejemplo, le interesase el cargo de nuevo.

—Pero no me preguntes por qué la ascendieron y por qué cayó, más tarde. Ni por qué tenía que estar un tiempecito en segunda línea. La política sanitaria es política, y la política, a fin de cuentas, es asunto de tres o cuatro. Secreto siempre. La política de verdad, quiero decir. Lo que sale en prensa es una manipulación torticera; lo que quieren meternos en la cabeza.

Chabela me llamó hace rato. Nuestra charla en la Mole había concluido en nada. Amador y yo podíamos haberla triturado allí, en su despacho. Pero, una vez más, la telepatía entre ambos funcionó: mejor no. Animalillo aterrorizado en trampa mortal rara vez esclarece la verdad. Ni siquiera lo elemental para seguir con vida. Para su infinita sorpresa, optamos por darle alivio. Táctica que, como siempre, podía ser torpeza fatal o acierto milagroso. Y fue lo segundo. Cuestión de suerte. Horas después, Chabela quería hablar conmigo a solas, lejos de la Mole. La mujer no me conoce de nada, o casi de nada. Pero no mostró el menor pudor en comunicarme su necesidad de desahogarse.

La dejo hablar; lleva años sin hacerlo con libertad. Sin ver sus palabras cuestionadas, escudriñadas, analizadas y puestas en un cedazo. Sostiene que toda la región se convirtió en un Estado dentro del Estado, donde el Partido implantó una trama subterránea que permite nombrar desde una supervisora de enfermería a un director de instituto de secundaria, pasando por catedráticos de universidad o directores de museos. Una colonización del Estado, que impide su funcionamiento efectivo sin el visto bueno del Partido. Y este, en manos de cuatro. Cuatro intrigantes controlados por la cabeza. Una cabeza llamada Berta Frías. Aunque, esta, no sabemos ante quién responde. Lo que sí le conocemos es la pasión por su oficio: disponer y ejecutar sobre un presupuesto gigantesco. Un dineral cuya parte del león es, sin lugar a dudas, la Sanidad Pública, partida donde los hospitales se llevan la mayor tajada. Y el más grande de todos es el que Chabela tiene el honor de dirigir o, mejor dicho, en cuyo sillón de dirección fue instalada hace tiempo: la Mole. Porque se trata de una verdadera mole: se la divisa a distancia, desde cualquier punto de la ciudad. Y, en íntima sintonía, desde cualquier punto del presupuesto. Por ello, tiene que ser estrictamente vigilada. La Mole es el buque insignia de la flota. Por tanto, no hay noticia acerca de la Mole que no sea supervisada con cuidado por la cúpula del Partido, antes de servirse a la prensa.

Chabela perora; su voz ajada pone de manifiesto el efecto de la

tercera copa. Yo no puedo beber; ella lo sabe y no le importa. La noche ya es algo más que joven, y las pintas del bar son sombrías. Sorprende, el agujero donde hemos recalado: tan cerca del poder y del infierno, al mismo tiempo. Termino por creer que este existe, y que comparte mucho con aquel. Y no solo maldad e hipocresía. También un grado considerable de tortura para el que lo habita. Afortunadamente, cerca nos queda la Basílica. Y enterrado dentro, el que hizo de este barrio un camposanto. Lo dicho, pues, y con más razón: el *Regnum Dei* a la vera del *Regnum Infernorum*.

—No sé de qué carajo va esto, Pepa. Solo sé parte de lo que pasa, y me da miedo contártelo. El público no sabe nada, ni puede saberlo. Solo se entera este o aquel, cuando algo grave le ocurre a él o a un familiar. Pero se silencia enseguida con un control exhaustivo de los medios. Hago lo que puedo. Te lo repito: lo que puedo. Porque en la Mole curra gente de puta madre, te lo juro. Gente que se deja la piel en lo suyo, y a los que tengo que proteger en cada reunión con esa partida de cínicos hijos de puta. Pero esa mierda de Partido está metido hasta la médula, y controla cada ingreso y cada alta. De todo esto, una no sabe nada hasta que está metida hasta el cuello. Y una vez dentro, una se da cuenta de que hay un ejército oscuro, de pasillo en pasillo, de ascensor en despacho, sirviendo datos en paralelo a cierta gente, ahí arriba. Tal vez Beneyto no supiera que, aquella madrugada, se metía en la boca del lobo. O quizás Meritxell no quiso o no se atrevió a avisarle. Ella estuvo en mi puesto y sentó las bases del control que te describo. Tan férreo, que sus manejos eran conocidos arriba, y le sirvieron de cohete para ascender. Pero algo oscuro hizo que tuvo que volver a la Mole, al menos de modo transitorio. Y en ese ínterin, acepté ponerme en la gerencia para intentar defender la trinchera. Ya ves uno de mis peajes: estar dispuesta a recibir una llamada cuando menos se espera. Una voz sin identificar, que me exige dar ciertas órdenes, sin preguntas por mi parte. Una no sabe qué repercusiones va a tener, pero ellos sí que lo saben. Sí, Pepa: yo di las órdenes aquella madrugada… Y no sé nada más, palabra. Un consejo os doy, eso sí: olvidaros del asunto. Esos dos no eran trigo limpio. Con su muerte, no se pierde ná, la verdad.

Los ojos ebrios de Chabela brillan en la luz mortecina del barucho. Solo ella y yo nos sentimos seguras aquí. Ella, por ser Chabela, Chabelita de toda la vida. Nadie osaría ponerle una mano encima. Sobre la barra, el bolso abierto y el IPhone, como la que está en el salón de su casa. Un trato así solo se le da a narcotraficantes de blasones y abolengo, donde una mala mirada te expone a represalias sangrientas. Pero la mano que protege a Chabelita no es el recelo o el temor. De algún modo, recuerda remotamente a la veneración dispensada a Nuestra Señora, ahí en la Basílica. Porque Chabela creció

de las entrañas del barrio y curó a los más tiraos, cuando su sonrisa aún no era amarga. Cuando todo en ella se iluminaba con la resolución de una infección grave o una insuficiencia cardiaca. Luego… Luego el vino se le agrió. Maldiciones de los despachos y sus sillones.

Chabela prosigue en su descenso etílico y da cambaladas. Sonríe y se le caen las babas. Me pregunta si la acompaño a la penúltima y, al barman:

—Josemi, ¿me alargas a casa dentro de un rato, que tengo encima una de escándalo?

No tiene que decir dónde es; todos lo saben. Seguro que Josemi y el que sea la meten en la cama y la arropan con mimo. Podrían cambiarla e incluso ducharla, si llegara a orinarse o vomitarse encima. Y hacerlo con la misma devoción con que se desviste y se viste a Nuestra Señora en la Basílica. Sosteniéndose a duras penas la cabeza sobre la barra, Chabela suelta con voz ebria:

—Josemi, cuéntale a Pepa cuál es mi sueño, que tú lo sabes…

Y el hombre la mira cariñoso — ¿enamorado? —, y le responde, cogiéndole las manos:

—Las cositas que tú me cuentas son para nosotros, Chabeli.

—Pues yo se lo cuento, si tú no quieres… Pepa, cuando esta mierda acabe, dejo la puta Mole y me vengo al barrio, de médico de cabecera. A envejecer con mi gente. ¡A la mierda el contrato programa y la maldita Consejería…! Vente otro día, y te cuento más cosas. A lo mejor, hasta me encuentro con ánimo como para decirte quién me supongo que me dio la puta orden que me hizo cómplice de asesinato, ¿sabes…? Y sin coscarme de ná… Como todo, desde que me dejé amarrar al sillón del demonio; muñeca hinchable de tó Dios…

42. Relevada

Una patada, aquí dentro. Al poco, otra más. Mi niña crece, recordándome que ya no se trata de mí, que a cada paso que doy, cada cucharada que me meto en la boca y cada producto que me aplico sobre la piel, lo hago también para ella. Me pregunto si percibe las cuitas de su mami, aunque sea de modo vago. Pero recapacito enseguida: me estoy poniendo tierna en exceso. En parte, estoy sorprendida de mí misma: reventada a hormonas, soy otra. No me reconozco; todo me da igual. Mario me sonríe complacido, mientras me prepara una tortilla a la francesa. Le gusto así. No le hace falta hablar para hacerme saber que, preñadísima, le gusto más que vacía y hecha una energúmena, como cuando me lo ligué. O me ligó él a mí. Gorda-gordísima, hinchada como un globo, pero feliz, como ya no recordaba. Falta me hacía, la verdad sea dicha.

Acabo de recibir una llamada de mi querido jefe. Y aseguro que lo de «querido» no contiene — esta vez — ni una pizca de ironía. Porque me acaba de relevar. Ya no estoy a cargo del doble asesinato de Beneyto y Meritxell Llopart. El tipo me farfulló una retahíla de palabros que olían a excusa sin sustancia: que la investigación no avanza o que hemos transgredido casi todo el reglamento. Daba igual; apenas le prestaba atención. La voz me sonaba a música celestial, y su dueño me parecía más guapo que Paul Newman en «Dulce Pájaro de Juventud». Sus palabras me llegaban en el momento justo, tras haber oído el *blues* de Chabela — ya mi Chabela, después de lo de anoche —.

No merece la pena. No lo mereció, desde el principio. Solo lo merece esta que llevo aquí dentro, dispuesta a sacar la cabeza por entre mis piernas dentro de muy poco, y dar toda la guerra del mundo. O tal vez no, si sale a su papá. Cuando crezca, quizás le guste hacer tortillas a la francesa con ajito y perejil. Una nada que lo es todo. Un ponerse por montera esta mierda de mundo profesional que nos vendieron a Chabela y a mí, y que, a la hora de la verdad, es papel higiénico para ciertos despachos. Pues me parece que me quedo aquí sentada, haciéndoseme la boca agua con el olorcillo que va despidiendo la tortilla.

Que me sabe a delicia, no puedo decir otra cosa. Me muero por una copa del blanco-frío-como-el-hielo que Mario se mete en el cuerpo,

sorbo a sorbo, mientras me ve masticar. Padrazo, qué es lo que eres; le estás dando de comer a tu nena, y le niegas a tu chica el sabor de la copichuela que te metes entre pecho y espalda. Me mira, el muy picarón, me detecta el ansia, y quita el vino de mi vista, piadoso él. Se lo lleva allá dentro, a terminárselo solo, creyéndose el infeliz que no me doy cuenta. Y yo que no se lo digo, porque… ¿para qué? Lo hizo por su nena y por mí. La tortilla y esconder la copa. Y ahora me pela una pera conferencia con delicadeza, tras lavármela a conciencia. Un amor, ya digo. Me arden los pezones. Y no son solo las hormonas.

Termino de comer, y lo miro. Él sabe lo que me pasa. No ha dejado de mirarme a lo largo de la cena. Conoce mis gestos, mis parpadeos. Y no quiere; evita tocarme como si yo fuera porcelana china. Me lo dice casi todas las noches: le da miedo. Estoy gorda, enorme; lo acabo de decir. La niña, ahí dentro. Falta poquísimo, nada, casi ya. Mario dice que se estremece del pánico de metérmela y sacarla llena de sangre, de precipitar un no-sé-qué que les da a las preñadas a término, y que tengamos que salir corriendo. Que, solo de pensarlo, es incapaz de mantener la erección. Ni de abrazarme, presionando la bombona de butano que tengo debajo de las tetas — ¡menudas se me han puesto! —.

Pero hoy me siento diferente. Ya no noto la Mole en mi cabeza y, sin embargo, sí vida nueva en mi vientre. Vida propia: me patea cuando no lo espero y sonríe — imagino — pese a que no puedo verla. Respiro aliviada. Me pongo a recoger la cocina con una calma inusitada. Me asalta la sorpresa: me gusta lo que estoy haciendo. Cada cosa en su sitio. Maruja feliz, por un día. Al cabo, me encuentro un canturreo en los labios; hace tiempo que no me pasaba.

Yo era luz del alba,
Espuma del río,
Candelita de oro,
Puesta en un altar…
Yo era muchas cosas,
Que ya se han perdío,
En los arenales
De mi voluntad…

La toná surgió de mi memoria y se adueña del momento. Mientras recupero los versos, me parece volver a mis cinco años. Sí, ahí está: la cantaba mi madre tendiendo ropa. Me sonrío al recordar las *pajarracas* estúpidas que hemos tenido en todos estos años. Mi hombre, un poco más allá, la canta al unísono. Me pregunto dónde habrá ido a aprenderse una copla tan antigua. Lo miro, me mira. La sonrisa compartida es mejor que un orgasmo.

Luego, la sorpresa me encaja otro tanto: me encuentro dándole el día libre al lavavajillas. Mis manos, enredadas entre el agua calentita y el detergente. Me siento a gusto lavando los platos, uno por uno. Sin prisas. Con mi cancioncilla. Y mi Mario, aquí cerquita. Que se me pone detrás, rodeándome el barrigón con sus manazas, acariciando a la vez a su nena y a su chica, estampándome un besazo en el cuello. Me arranca un suspiro. Pero yo sigo con los platos. No quiero que el momento acabe: mi hombre atrás, segunda piel, cálida como el agua con que lavo los platos; sus labios, de mi hombro derecho al izquierdo, recorriendo cada centímetro de mi nuca, y sus dedos hábiles, subiéndome el camisón, acariciando mis muslos por dentro y por fuera, sin que a una se le ocurra dejar los benditos platos, sino todo lo contrario: desear que hubiese más, muchos más, que una tuviese que fregar todos los platos del mundo, el restaurante más atestado de la ciudad.

***

Otra patada, aquí dentro. Pero, esta vez, se trata de la conciencia. Aquí estamos, a gustísimo en casa, tumbados en la cama, mi barrigón y yo, por ese orden. Empiezo a creerme lo de ser mamá y que, al estar bien, crío bien. Estoy casi desnuda, acariciándome los pezones inmensos, oscuros, que se me han puesto con la preñez. Mi Mario, en la ducha. Debe estar aliviándose, el pobre. Un poco más y estalla, hace un rato.

Pero algo va mal, aquí dentro. Y digo aquí dentro, en la cabeza. Porque, de cabeza para abajo, todo marcha como una seda. Me levanto, molesta. Me desnudo por completo y me contemplo al espejo. Humana preñadísima, barrigón inclemente, aunque todavía falta algo para el parto. Pero me gusto. Me sonrío. Tengo un toque procaz. Una ligereza que no tenía antes del embarazo. Es peculiar, la vivencia de este estado hiperhormonal e hiperfemenino: se me ha instalado la sonrisa en la cara, y se niega a descolgarse.

Pero, de nuevo, la patadita. Se acabó, el íntimo regocijo. Me pongo ropa interior y un camisoncito, y abro las ventanas a la noche. El tiempo es excelente. Acude a mí un olor a dama de noche que me recuerda otros tiempos, en otras circunstancias. Y, pese a su sensualidad, la noche quiere reconvenirme: no soy yo, somos todos. Me liberaron, y tan contenta que me quedé con mis cosas. Pero tengo que acordarme de aquellos a los que embarqué en esta historia. Especialmente, de alguno que ahora estará solo en su apartamento, o andará sin rumbo en la calle. A solas con la noche, por muy hermosa que esté. Llamo.

—¿Amador?

—Dime.
—¿Mal momento?
—Para ti, nunca.
—Me relevan.
—Me alegro por ti. A cuidarte.
El silencio se apodera de la línea. Dos respiraciones acompasadas. No me atrevo a preguntarle qué se plantea. Me da vergüenza.
—Amador… — me arranco al fin, insegura del todo.
—Dime.
—Tú… — en verdad, no sé qué decirle.
—Olvídate, Pepa. Tienes asuntos más importantes.
—¿Y tú, Amador…?
El silencio responde por él. Y me hace sentir culpable. Al otro lado de la línea, el maestro. Con él, lo aprendí todo, o casi. Salvo lo de hoy: que una preñez te permite replantear muchas cosas, y desentenderte de otras. Pero él no es mujer, claro está. No puedo eludir mi responsabilidad: lo clavé en la sexta de la Mole, y de ahí no se van sus sesos. No vale, no me vale dejarlo solo, su Leo en la tumba.
—Cuelga, Pepa; es tarde.
No cuelgo, hostia. No lo voy a dejar colgado, pensando en el puto Beneyto y la puta Llopart. No me da la real gana, por mucho que se me apetezca desnudarme y tumbarme a acariciarme los pezones. El móvil al oído, la respiración de Amador. Y me oigo, resuelta:
—Amador, tenemos poco. Pero podemos proponer algunas hipótesis: Rosendo estaba complicado con algo que lo cercaba cada vez más. Por eso lo querían liquidar, y buscó refugio en la Mole — no sabemos por qué precisamente ahí —, en un ingreso forzado a través de la Llopart. Seguimos sin saber qué interés tenía esta en protegerle o ayudarle. Los que iban tras él lo siguieron hasta el hospital y lo atraparon. Está claro que su objetivo no era la eliminación física, sino obtener algo de él. Proceso que concluye semanas después, con la tortura y el asesinato. La que no tenía ningún interés para los secuestradores era Meritxell Llopart. Es probable que presenciase lo que no tenía que presenciar. Y luego está el maletín… perdido. Pero, a partir de ahí, todo siguen siendo incógnitas: ¿quién organizó y ejecutó todo esto? ¿Con qué intención? ¿Quién le ordenó a Chabela que abriese las puertas por las que entraron y salieron los sicarios? ¿Cuántos eran? ¿Por qué vía sacaron a Rosendo — presumiblemente sedado y amordazado — desde la sexta planta hasta el lugar donde fue recogido por la furgoneta? Todo sugiere una operación orquestada desde muy alto. Y un conocimiento preciso de un laberinto de ascensores y pasillos, a las cinco y pico de la madrugada.
—Pepa, ya no estás en esto — me responde Amador, lacónico —. Y cuélgame ya, que tienes que acostarte. Te repito que tienes otras cosas

mucho más importantes de qué ocuparte.

—Amador, si te quedas fijo en el caso, mi barriga y yo nos quedamos contigo, te guste o no; piénsatelo. Estemos a cargo o no; a ti eso no te importó nunca.

43. El Doctor Sepúlveda

«El bar frente al ambulatorio». Eso me susurró Luci esta mañana. Aún no le he dicho nada a Pepa. Mejor dejarla vivir con su barriga y su Mario. Se lo merece. Ya le cuento luego, si es que hay algo que contar.

Apenas le pedí explicaciones a Luci. Tenía que ser importante. Cada paso que damos lo es. El cirio que montamos hace poco en la Mole fue sonado. Tanto, que poco tardaron en quitarle el caso a Pepa de las manos. Ello tiene una doble lectura. La buena, que el dardo iba derecho a la diana. La mala, que ya no nos quedan más dardos. Y que nos han escondido la diana, no sea que se me ocurra practicar con el lápiz. O con mondadientes, si hace falta. Por tanto, de nuevo sin saber por dónde tirar. En este contexto, lo de Luci era más que gasolina para un motor exhausto. Con cinco palabras, se me indicaba que la diana volvía a estar accesible, aunque en otro lugar.

El ambulatorio de marras está en el centro. Imposible aparcar, como cabía esperarse. Dejé la tartana en un aparcamiento, a comerse los céntimos y los euros. El centro de especialidades se alberga en un edificio de lo más vetusto; acumula décadas y parches. Está a varios kilómetros de la Mole y del Parlamento. De la Basílica y del cementerio. En el centro de la ciudad, pero lejos de todo.

Enfrente, el bar. Peculiar, como casi todos los bares de esta ciudad. Nada que ver con el de Juani, en el barrio, o el de Trini, en la Kasbah. Aquí, la barra es de madera y se ven más turistas. Sobre la pared, varias cabezas de toros disecadas. Pero no pude ver mucho más. Un camarero entrado en años me abordó enseguida:

—Amador, ¿verdad? — mi nombre escrito sobre la frente, como casi siempre —. El doctor acaba de llamar: lleva un poco de retraso. Que lo espere usted, por favor. Su mesa es esa de ahí.

Las incógnitas del día se van desvelando, una por una. La primera, que estoy citado con un médico. Según parece, Luci no me lo podía decir. De lo que se deduce que este encuentro quiere ocultarse a los ojos del maligno, sea esto lo que sea. Si es que se puede esconder algo a los ojos u oídos del maligno. Lo dejamos como hipótesis de trabajo, bastante ajustada a los hechos de que disponemos.

En segundo lugar, asumimos que el doctor es habitual del lugar y que

«tiene mesa». Como Pessoa en «A Brasileira» o Hemingway en «La Floridita». O sea, que cita secreta, pero menos. El camarero me acomoda y me pregunta:

—¿Algo para la espera? A veces, los pacientes del doctor Sepúlveda son complejos.

Y así acontece, en efecto. El hombre se hace esperar, y yo no espero ni un minuto más para calmar la sed. Aparece el galeno, al fin: camisa blanca, panamá, ojos azules, sonrisa cansada. La jornada ha debido ser agotadora.

—¿*Una limonada*, doctor? — le ofrece el camarero. El interpelado asiente con lo que parecen sus últimas fuerzas. Al cabo, se le sirve una cerveza de barril, y la expresión del médico pasa de fatiga depresiva a entusiasmo desbordante.

El doctor Sepúlveda es nervioso, pasional. Intuyo que el agotamiento que trae a la mesa es fruto de la entrega que le puso al menester a lo largo de la mañana. A cada poco se encaja las gafas, y comprueba que el panamá sigue sobre la silla de al lado. Me mira a los ojos, para holgar luego la mirada por la mesa, y devolvérmela después, inseguro de si me estoy aburriendo, de si sus palabras son las adecuadas, o si necesito otras explicaciones.

—Usted dirá, doctor.

—Sin preliminares, agente. El tiempo es oro. Y usted sabe mucho sobre el asunto en cuestión.

—Está mal informado: en la actualidad, no estoy a cargo de ningún asunto — afirmo con cierta solemnidad.

—Oficialmente — me responde una sonrisa retocada con espuma de cerveza.

—La agente a cargo acaba de ser relevada — insisto; aún no sé con quién hablo.

—No se esconda, Amador; sabemos quién es usted y en qué lío anda enredado.

—¿«Sabemos»…? — no oculto mi indignación —. ¿Quiénes son ustedes…? ¿Qué pretenden…? ¿Por qué no acudieron mucho antes a nosotros?

—En buena medida, porque la subinspectora Losada estaba a cargo del caso. Y ustedes dos, bajo el ojo de la Jefatura — me responde el doctor, conteniendo su nerviosismo —. Al ser relevada, es algo más fácil, aunque solo un poco.

—Hablemos claro, ¿qué sabe usted de todo esto, doctor?

—Algo… ¿Le interesa?

Los dos echamos un trago tenso. Luego, silencio. No puedo evitar un momento de desconfianza. Este tipo, caído en paracaídas, ahora que la capacidad operativa de Pepa — y por tanto la mía — es la cuarta parte de la mitad…

—Diga — resuelvo al fin.
—Beneyto vino a buscarme — me espetan los ojos azules —. Se sentó donde está usted. Justo en la misma silla.
—¿Qué quería de usted, Sepúlveda?
—Saber de fármacos, de Medicina. Beneyto había leído mucho, pero no entendía una palabra.
—¿Por qué usted, y no otro?
—Por dos razones. La primera, por disidencia. Discrepo en público del modo en que los irresponsables del Partido han organizado la Sanidad Pública de la región. Eso no se me perdona, ¿sabe usted? Por esa razón, estoy aquí, alejado de la Mole. Lo concibieron como una especie de exilio. Un castigo, por díscolo. En realidad, ha sido al revés: aquí, lejos de todo, he encontrado cierta paz de espíritu y un área de penumbra donde obrar con libertad.
—¿La segunda razón?
—Mi primera novela. Lo explica todo acerca de lo anterior. Y, sobre todo, el tejemaneje de los ensayos clínicos y la farsa del consentimiento informado.
—No entiendo nada, Sepúlveda.
—Lógico, Amador. Es un mundo oscuro y, por tanto, terreno abonado para prácticas cuestionables. Beneyto tuvo que leer muchas semanas para avanzar en esto. Y, por cierto, llámeme Rafael.
—¿Cómo podría yo…?
—Le traigo un ejemplar; tome, es para usted. A Beneyto le fue de utilidad… Aunque, visto el desenlace, no tengo la conciencia tranquila. Metafóricamente, le ayudé a subir a un avión que le llevaría a la muerte. Y ahora, de modo resumido: los ciudadanos creen que la Mole es una institución magnífica que trata enfermedades de gran complejidad. Una fábrica de milagros factibles, a disposición del común de los mortales. Y, en esencia, se trata de eso. Pero hay cosas que desconocen.
—Pues dígame, Rafael.
—Los ensayos clínicos, se lo acabo de insinuar. Un flujo enorme de pasta.
—Algo sabemos al respecto. Pero prosiga.
—Imagine que todos los estudios son centralizados y administrados por una sola persona, a través de una fundación cuya contabilidad es independiente de la Mole.
—Me va a decir que ese era el cometido de la doctora Llopart.
—Ese y otros, Amador.
—Pues soy todo oídos.
—Además de lo dicho, Meritxell Llopart presidía la comisión regional de ensayos clínicos. Centralizaba y administraba los realizados en la red de hospitales de toda la región. Son varios millones de habitantes,

Amador.
—¿Con qué fin, doctor? Por si lo ignora, le comunico que la muerte exime a la doctora Llopart de cualquier tipo de responsabilidad.
—Va mucho más allá de eso, Amador.
—Pero, dígame, ¿cómo sabe todo esto?
—Porque Beneyto lo investigó, y me lo comunicó en persona. Ahí sentado, donde está usted ahora mismo. No hablamos una vez, sino varias. Junte usted la información técnica que le acabo de dar con la capacidad de Beneyto para meter las narices en cada cuenta de la administración regional.
—Una bomba.
—No, Amador, un maletín. Uno lleno de firmas. Uno repleto de documentos donde se podía objetivar la tinta del bolígrafo y la presión ejercida sobre el mismo al firmar. La evidencia de que la cúpula del Partido había utilizado a la red de hospitales de la Sanidad Pública para la financiación irregular del mismo. En plata, agente: campañas electorales, propaganda, el trato preferente en los medios y un largo etcétera… todo financiado durante años por la gran industria farmacéutica… sobre la salud de una legión de criaturas en tercera o cuarta línea de tratamiento de tal o cual tipo de cáncer, gentes que firmarían lo que sea sin leerse la letra pequeña con tal de aferrarse a la vida. Y, por si fuera poco, la prueba de que Meritxell Llopart le había dado una serie de pellizcos al pastel de los que nadie podía decir nada sin tirar de la manta.
—Suficiente como para hacer bailar a la Llopart como un títere. Pero, ¿de qué huía Beneyto, Rafa?
—Lo sorprendieron reuniendo pruebas. No era fácil hacerlo sin levantar la liebre. Ya intentaron lo del atropello.
—Otra cuestión, doctor: cuando Meritxell se vio con el maletín, aquella madrugada, ¿por qué no intentó huir?
—Porque Beneyto se guardó muy bien de decirle lo que contenía. Y porque le dejó muy claro que las pruebas contra ella estaban en otro lugar, en manos seguras. No iba a ser tan imbécil. Él me lo confirmó, aquella madrugada. Ustedes saben de sobra que contactó conmigo pocos minutos antes de adentrarse en la Mole.
—¿Y el maletín, ahora?
—A salvo, Amador. Esperando el momento. Beneyto me lo hizo llegar a través de personas interpuestas. «Nosotros», ya le digo. Con alguien digno de confianza en Jefatura, se lo habríamos entregado mucho antes. Es más, se lo entregaría todo ahora mismo, pero… ¿adónde iría usted con el material? ¿A un buzón de correos? ¿Al juzgado de guardia? ¿A la redacción de qué periódico? Tenemos que estar seguros de que la detonación no se aborte por un sistema blindado contra filtraciones de este tipo.

Silencio, una vez más. Las cervezas, a medias. Cada uno se echa un nuevo trago al coleto. Debe ser para que no se nos calienten. Porque ganas, quedan pocas. Al menos, por mi parte. Algo no encaja en esta historia. O, mejor dicho, no encaja nada. Es un terrible galimatías, lo de este galeno salvador del mundo, surgido de la nada.

—¿Por qué, Rafa?

—¿Por qué *qué*, agente?

—¿Por qué este contacto, esta revelación? Si es verdad lo que me dice, no me necesita para nada. O no nos necesitan para nada. Ya tienen las pruebas, según afirma. Solo están esperando las condiciones oportunas para la detonación. ¿Para qué me convocó, Sepúlveda? ¿Y para qué me convocó precisamente ahora?

—Porque es ahora cuando son más peligrosos. Para Pepa, para usted… Para Paco Chaves, para todo el equipo. Sus pasos recientes les han llevado muy, muy alto. Tan alto, que Pepa Losada ha sido apartada del caso. Pero ellos no saben todo lo que ustedes saben, ni tienen medios para saberlo. Se habla de una *reu* nocturna entre Chabela y Pepa…

—¿También le ha llegado?

—Para sobrevivir hay que tener las orejas grandes, Amador. Ustedes se han pringado por esta hostia más allá de lo que cabía esperarse. Ahora, todos están bajo la mirada atenta de…

Un parpadeo. Dos. Los ojos azules del galeno se mueven inquietos. Se cercioran de que el panamá sigue en su lugar. Al cabo, regresan. Me cabe la duda de si quiere completar la frase o no. Pero no, no me habría citado para dejarme el soplo a medias. El orate del ambulatorio no concluye porque le faltan datos.

—¿También usted tiene dudas acerca de la mano que mueve los hilos, Rafa…? Entonces, su información no es tan completa como me imaginaba.

—Le dije que sabía algo, no todo. Y tenemos sospechas fundadas de que ustedes están en el punto de mira de los que eliminaron a Beneyto y Llopart. Tienen que tomar precauciones. Evitar la conducción o el paseo por zonas aisladas. Sería fácil eliminarles fingiendo un atropello, como intentaron hacer con Beneyto. O provocarles un accidente expulsándoles de la carretera. También pueden colarse en su casa y tirarlo por una ventana, Amador. Les recomiendo que se vayan de la ciudad durante una temporada. Usted está de baja médica. Pepa va a dar a luz dentro de poco; que se vaya a la capital, donde tiene familia. Y Paco, que se invente otra cosa. Pero que nadie sepa dónde están. Ni que yo he contactado con usted, por supuesto.

44. El Estallido

Pasó un día, otro y otro más. Le conté la historia del doctor a Pepa, y decidimos atribuirle verosimilitud. Dimos tres o cuatro telefonazos: los datos del galeno concordaban. No tenía móvil para movidas extrañas. Allá se quedó, en su ambulatorio del tiempo de la dictadura. Me pregunté, no obstante, si nuestro encuentro lograría quedar a cubierto de los ojos y los oídos de las fuerzas oscuras. Resolví que nunca se está completamente seguro. El buen doctor ya había optado, y cada opción comporta un riesgo. Al reunirse conmigo, apostó por nuestra seguridad, admitiendo la pérdida de algunos enteros en la suya.

Pepa y yo charlamos largo y tendido en un parque acerca de todo ello. Era crucial no permitir la posibilidad de grabarnos o filmarnos. Que nadie pudiera descifrar nuestra conversación por el movimiento de los labios. Al final, acordamos disolver la compañía; nuestra lucha había llegado mucho más allá de lo que cabía esperar, incluso del sentido común. Es de héroes luchar contra gigantes. Sin embargo, es de estúpidos dirigir la nave contra los acantilados. Perseverar en el pulso contra la jerarquía, contra toda la estructura del Estado, al modo de llaneros solitarios, se nos antojaba una baladronada hueca. Era un suicidio absurdo, una quijotada dirigida no contra molinos de viento, sino contra una máquina trituradora. Era mi responsabilidad tomar la iniciativa y decir basta.

Volví al Algarve, a reanudar mis charlas con los acantilados. Tenía mucho que contarles. Me respondieron con la inmutabilidad de los atardeceres, de la orilla y el viento.

Allí me llegó, al poco, el estruendo de la vida nacional. La nuestra, quiero decir, no la de los lusos, pacíficos y ensimismados. Las pantallas de los bares interrumpieron sus retransmisiones habituales de los partidos de la liga británica. Ahora mostraban a una decena larga de altos cargos de nuestro país, arrestados en sus despachos oficiales y domicilios. Casi todos cazados en nuestra región, fronteriza con el Algarve. Según se veía, la operación había alcanzado cotas inauditas de relevancia. Tanta, como para llegar a la primera plana de los telediarios de los países de nuestro entorno.

En el espacio dedicado al escándalo, me medio enteré — se emitía en portugués — que la información disponible era limitada, por estar el

caso *sub iudice*. Se decía, eso sí, que se trataba de las primeras actuaciones de una investigación en marcha. Unas pesquisas cuyas ramificaciones prometían aportar sorpresas, afectando a puntos insospechados del poder. El loco-regional, en primer lugar y, por capas sucesivas, el nacional, pero siempre ligados a la estructura orgánica del Partido.

La noticia añadía que todo había comenzado por una filtración procedente del mismo Partido. Un *pen-drive* que contenía una miríada de datos relativos a actuaciones, documentos y bases de datos. La fuente no informaba del origen del *pen-drive*, pero hablaba de hallazgo casual, en el contexto de la investigación del asesinato de dos conocidos jerarcas de la administración loco-regional. Dos altos cargos del Partido, por supuesto.

El minucioso examen de los datos puso en funcionamiento a la maquinaria judicial durante semanas, aunque de forma silenciosa. Según se insinuaba en el comunicado, parte de la lentitud del procedimiento se habría debido a la necesidad de ocultárselo todo a otras instancias jurídicas y policiales implicadas en el mismo escándalo.

Los vídeos eran explícitos: caras conocidísimas, saliendo de sus respectivos despachos esposados, o *acompañados* por los agentes de la Policía o la Guardia Civil. Se informaba de que el rigor desarrollado era consecuencia de la necesidad de requisar todo el material, a fin de evitar que los acusados o sus colaboradores destruyesen pruebas. Flashes, micros, caras contrariadas. «Confío en la Justicia», «todo va a aclararse», «esto es un bluf» o «dentro de cuarenta ocho horas, en la calle». Alguno, desencajado, a la cámara: «¡esto es una navajá trapera, Berta!».

Berta, por cierto. No se la mencionaba. No figuraba en la redada. *La esposa del pueblo está por encima de cualquier sospecha.* Ni una mota de polvo sobre su chaqueta blanca. Ni un rictus sobre su sonrisa. Ni siquiera una comparecencia ante los medios. Nada. Esto no estaba pasando. O no le estaba pasando a *ella*. Y lo que no le pasara a ella, no pasaba... ¿Para qué molestarse en hacer el menor comentario?

Decidí esperar un día más, a que la prensa nacional y sus editoriales aterrizaran sobre el Algarve. Por una vez, decidí engañarme a gusto, y comprar tres diarios de variada tendencia. Tiempo tendría de engañarme un rato más con la prensa digital. Lo que llegaba eran preliminares; los editoriales estaban obligados a la cautela. El juzgado había emitido un comunicado sucinto acerca de una causa abierta por sospecha de fraude en la gestión de fondos europeos y ayudas al desarrollo. Un falseamiento contable general con la colaboración inestimable de la oposición, que no habría puesto impedimentos en el Parlamento. De ahí, la financiación irregular de partidos, sindicatos

domesticados y medios de comunicación vendidos al mejor postor. La paz social, de tigre a gatito, mediando doblones, ducados y maravedíes. Pagaban en Europa y cobraban nuestros representantes electos, a fin de disuadir barricadas, autopistas sembradas de neumáticos en llamas, y embravecidos piquetes, vaciando camiones y volcando vehículos.

Pero nada del maletín de Beneyto, por cierto. Nada de medicamentos. Y, repito, nada de Berta. Se trataba del estallido de la «dinamita» que se nos entregó en la Kasbah, en el bar de Trini. Y, como es lógico, me hizo pensar en el artífice de la demolición, allá donde tuviera el culo escondido. Que sería en el más profundo de los agujeros, sin lugar a dudas. La última vez que hablé con Luis, me dijo que se largaba a Lisboa, a escuchar fados. Me lo ponía fácil; lo tenía a tres horas de automóvil por una excelente autopista.

Decidí pegarle un telefonazo. Porque algo tenía que ver con esta hostia. Al fin y al cabo, él había oficiado de monaguillo a la hora de consagrarla. Me rebusqué en el móvil. Tengo dos números de Luis, además del de Amina, la mujer que trabaja en su casa. Y, de repente, un soplo de brisa marina me sugirió que empleara este último. Me refrescó los sesos y me hizo recordar que Luisito no soporta la soledad. Por esta razón, consideré improbable que, al final, optara por encerrarse en su apartamento del *Bairro Alto*, como la última vez, entregado al *tranxilium* y a sus demonios particulares. No; era más probable que anduviera escondido en la Kasbah. Además, en la morería no faltan moritos guapos.

Lo llamé desde un locutorio. Ni hablar de usar mi aparato. Aunque el diablo en persona certificase que mi número no estaba pinchado. No podía correr riesgos. Ni por Luis, ni por mí mismo. Empleé un segundo en preguntarme si no haría mejor en callarme como una nube perdida en el horizonte. Pero Luis me trajo recuerdos de cuando lo conocí, en Lisboa. Y Lisboa me instaló en la nostalgia de sus empedrados. La magia magnética de la noche triste sobre el Tajo. La ciudad, a fin de cuentas. Lo mío. Resolví que uno es lo que es, y no puede perderse en taparrabos en una playa hasta el día del Juicio. Me mantuve en la línea, hasta que la voz de Amina respondió:

—*Salam ealaykum*.

Pregunté por Luis, y me contestó que me había equivocado de número. Lo encontré comprensible. Me lo imaginé aterrado, debajo de una cama. Le dije a Amina que era amigo de Pepa, pero aquella seguía sin creer una palabra. A punto estuvo de colgarme. Al límite de la interacción, le confesé que era Amador. Y se obró el milagro — Luis ha debido nombrarme alguna vez en presencia de la doméstica —. Amina cambió el tono, y acudió a buscar al ilustre refugiado en la Kasbah. A través de la línea, escuché: «¡don Luis, que es don Amador,

el señor agente de Policía!».

Pasos. Ruidos. Al fin, una tos. Es lo de siempre: la inseguridad de Luis de que la voz le salga más atiplada de la cuenta. Un «dígame» que es purito temblor de las cuerdas vocales. Porque también esta llamada podría ser falsa.

—Soy yo, Luis, no te inquietes; no eres el único que se muere de la jindama.

—¿Dónde está usted, Amador?

—Tan escondido como tú. Y es mejor que no sepas dónde.

—¿Cómo me localizó?

—Porque te conozco, Luis. Pero voy al grano: esta hostia…

—Se lo dije en el bar de Trini. El *pen-drive*: dinamita para el Parlamento. Ya no deben quedar ni los rescoldos.

—Por más carbón que le echen, el infierno no se quema más deprisa. Arde siempre del mismo modo, créeme.

—Ahora soy un traidor.

—Ahora eres fiel a tu conciencia. A todo aquello a lo que rezas en la Basílica. Ya lo hablamos aquel día.

—Y aquí me tiene, Amador, escondido entre extraños. Más solo que la una…

—Solos siempre estamos. Y, por otra parte, no es verdad. ¿No te da vergüenza llamar «extraña» a la gente que te acoge? Cuando amaine serás un hombre nuevo. Y verás las cosas de otro modo, no me cabe la menor duda.

***

Lo dejé a salvo en el laberinto de la Kasbah. Tras mi llamada, es probable que temblara un poco menos. Y que saliera de su escondrijo, para ocupar un rinconcito en la sala de estar de Amina. Más ruidosa que su casa-palacio, pero también más divertida. Habría querido retener para mí una parte de la dosis de calma que le había infundido. Me sentía responsable de él; no se le hacen chantajes espirituales a un *apparatchik* de tercera todos los días. Con todo, creo que se trata una buena causa. Para él y para mí mismo. Y para la higiene de la cosa pública. Otro asunto muy diferente es el caso de Beneyto y Llopart, inalterado tras el estallido del *pen-drive*. O inalterado tras la primera explosión, que veremos si hay réplicas más adelante.

Temí por el doctor Sepúlveda, pero no me atreví a contactar de nuevo. Habría sido provocar a Satanás, si es que este no se lo había merendado ya. De modo alternativo, decidí llamar a Trini. Era poco probable que el señor oscuro tuviese pinchado el teléfono de una mesonera fiel a los principios del alzamiento nacional. Le pedí a Trini que me hiciera el favor de deslizarse al bar del ambulatorio, como la

que va a un recado. Que, a tal hora, solía tomar café un señor de tal aspecto. Y que insistiera durante dos o tres días, hasta cerciorarse de que el susodicho estaba en buen estado de salud. Así lo hizo, sin más. Fue un verdadero alivio. Fin de la historia, por esa parte.

Me puse a ordenar un poco mi morada playera. Y allí estaba, en un bolsillo de la maleta: la novelita del doctor, puesta a buen recaudo para el viaje. Y olvidada desde que planté los pies a este lado de la frontera. Tengo que confesar que le acepté el ejemplar con una mezcla de escepticismo y displicencia. En buena medida, porque la vida me llevó por las callejas, no por los anaqueles, que uno entre páginas se pierde con cierta facilidad. En segundo lugar, porque hasta ahora creía que la protesta o la denuncia casa mal con la ficción literaria. Que si se pretende denunciar entuertos, hágase un pliego con hechos y cifras, y elévese adónde pueda cundir algún efecto. A tal efecto, inventarse una trama y unos personajes son ganas de no ser tenido en serio.

Con todo, el buen galeno se la había jugado para advertirnos; algo le debía. Más aun cuando Pepa y yo — por ese orden — concluimos que su actitud era genuina. Que, dicho en plata, el hombre no nos mentía. Y si decía verdades, había una en relación a su libro que no dejaba de rondarme: «a Beneyto le fue de utilidad…». Era el momento. Me acomodé en el sillón, y abrí la novela por la primera página.

Confieso que a Sepúlveda le debo varias cosas. Y ahora no atino a ordenarlas según su importancia. Las gracias, lo primero, por arriesgarse a encontrarse conmigo. Profundamente agradecido, en segundo lugar, por la información aportada aquel día, en el bar. Pero me niego a relegar al último lugar lo conseguido mediante la lectura de su novela. No solo por permitirme profundizar en un caso que damos por perdido, muerto y enterrado, sino por haber hecho de mi un lector. Con un solo libro: «K.O.L. Líder de Opinión».

Página a página, trasladado a la tormenta interior de Rafael Sepúlveda, a la profunda decepción con su profesión y a su cruzada imposible por aliviar los males de unos pacientes venidos de barriadas lejanas, comprendí que la hondura de su grito no cabía en la frialdad del ensayo o de la montaña de cifras. Había que oír el drama de sus pacientes, sentirlos, olerlos casi, para entender el asco que Sepúlveda experimentó de su relación con la industria farmacéutica, y de la lucha contra el cinismo despectivo de la gestión clínica contemporánea.

Sí, era una obrita amena, aunque desgarrada. Cuatro páginas para entender cómo la investigación médica no podía ser lucro, y cómo no podía realizarse a costa de las ilusiones y las expectativas de las pobres gentes, ciegas de todos los tejemanejes. Sí, Sepúlveda hizo bien: tenía que adoptar la forma de novela para expresarse de un modo más efectivo, más completo. Solo tras su lectura comprendí la

determinación de Beneyto al subir al avión donde encontraría la muerte, empleando la metáfora del propio Sepúlveda. Quedé ávido de nuevas historias que, sin embargo, tendrán que esperar. Porque ahora me es del todo imposible abrir otro libro. La novela del doctor me ha metido en el avión a empujones.

Y, mientras, Beneyto a todas horas. Me acompañaba a desayunar, y venía conmigo a ver la puesta de sol. Reíamos juntos cuando me pasaba con el *Casal García*. Y los dos llorábamos al oír *Primavera*, de Mariza. Lo veía conducir su deportivo y, al poco, me lo encontraba bajo los andrajos de un mendigo. Como me pasara en tantas pesquisas, Beneyto se me había adherido a la piel, sin otro remedio que desollarme. Se había convertido en un virus terrible que infectaba mis sesos, sin dejarme dormir o vivir. Y sin que, a fin de cuentas, se lo pudiera comunicar a ningún terapeuta avezado.

Fue el mar límpido, al ocaso. Un mar que, desaparecido el sol, ofrecía el aspecto de la plata bruñida. Allí, en íntima sintonía con un océano en calma, recordé aquel comentario repetido hasta la saciedad: «hay algo de Beneyto en ti, Amador». Entonces, acepté que no se trataba de un caso, sino de una búsqueda. Y mi vuelta al Algarve, por tanto, no era sino una huida.

Recogí mis bártulos, y volví a casa mientras la noche se instalaba sobre el cielo y el mar. En la salvaguarda de mi soledad, parecía orillado en *A Baixa*, a la manera de Pessoa. O, dicho de otro modo, condenado a los rigores del mundo, sin participar en él. Esperaba una señal. Una estrella fugaz o la caída de una hoja. Algo.

Y, de pronto, la señal llegó.

45. El Atentado

Berta Frías ha muerto. Me acabo de enterar. Vagabundeaba por el paseo marítimo y ahí, de sopetón, me encontré con la noticia, convertida en protagonista todas las cabeceras de la prensa nacional. La asesinaron ayer, en un acto del Partido. Un tipo que eludió los controles habituales, no se sabe cómo. Se acercó como si tal cosa; parecía uno más de los simpatizantes. Una sonrisa más, que de repente saca un arma corta. Un tiro certero, a quemarropa. Y otro para suicidarse, un rato después, al verse cercado por la Policía.

La prensa cuenta que Berta fue trasladada aún con vida a la Mole, pero que ingresó cadáver. No se pudo hacer nada por reanimarla. Se nos fue en los veintitrés minutos y cuarenta y dos segundos del traslado, pese a los adelantos de la uvi móvil. Nada. Por fin descansa, tiesa y fría, en la morgue.

Del agresor, nada se sabe. Un perfecto desconocido. Iba indocumentado cuando cometió el crimen. Y, en los bolsillos, nada que ayudase a identificarlo. En el momento actual, todo son especulaciones. Que si parece el acto de un desequilibrado o si se descarta la venganza por la actitud de Berta en el escándalo *pen-drive*.

A modo de obituario, uno de los diarios destaca la larguísima trayectoria política y de gestión de la finada, pese a su relativa juventud. Del mismo modo, se subraya su expediente impoluto y su reacción implacable ante la reciente conmoción del Partido. Caiga quien caiga, sin considerar relaciones de amistad o de parentesco. Comportamiento que dio pie a especular con el móvil de la venganza, especialmente en redes sociales.

De repente, acuden varias ideas a la cabeza, sin orden ni concierto. De entrada, que en este país — mejor dicho, en ese, porque ahora sigo en Portugal — es más fácil de lo que se cree hacerse con un arma de fuego. Ni siquiera es caro. El secreto consiste en no exhibirla, usarla de modo puntual y deshacerse de ella enseguida, si uno quiere minimizar la probabilidad de ser atrapado. La segunda idea es que no hay dispositivo de seguridad que proporcione una garantía absoluta. Todos tienen lagunas o poros, permeables con facilidad para una mente fría y decidida.

En este sentido, recuerdo una visita a la ciudad de un destacado

miembro del gobierno, hace algún tiempo. Entonces, yo era un mindundi más del Cuerpo, sin canas y con ilusiones. Es obvio que uno no tenía lugar en recepciones de alto copete. Pues allí me colé, de chaqueta y corbata, sin placa y con un pistolón. Finté al dispositivo de seguridad, y me planté frente al prócer, sonrisa en boca. «Ruego a Su Excelencia un segundo para un agente, por su propio interés». Sonrió el hombre, a su vez; tenía encima un par de riojas. Le enseñé el pistolón con toda la discreción del mundo, y le susurré que me acababa de saltar el dispositivo de seguridad. No se inmutó, Su Excelencia; iba en el cargo. Se limitó a preguntar mi nombre, y anotarlo.

Al poco, me llegó una comunicación. Que si quería un puesto en la capital. Dije que no; estaba enamorado de mis callejones y, peor aun, era correspondido. No quería ahogarme en un océano de moqueta y zancadillas. Pero, a cambio de mi negativa, el hombre me pidió consejo respecto al protocolo de seguridad. Se lo di, por supuesto. Corrían tiempos de bombas-lapa y tiros en la nuca. Creo que ahí podría haber nacido una amistad, de haberla dejado correr. Se quedó en respeto y línea abierta. Me facilitó, eso sí, la vida profesional, llena de inútiles, vendidos e hijos de la gran puta.

Confrontado hoy ante el asesinato de Berta, sigo creyendo que el Cuerpo sigue en manos de inútiles, vendidos e hijos de la gran puta. Para mi desgracia, hace la tira que perdí la línea directa con el Ministro del Interior.

Berta ha muerto, vive Beneyto. O vive aquí dentro; ya lo he dicho. Tan obsesivo, como sus andares por mis vericuetos neuronales. Berta y Beneyto, Beneyto y Berta. Los dos, cachorros del Partido. El dios Janos bifronte, la luz y la oscuridad, el palo y la zanahoria. Los dos eliminados casi a la vez. El uno en circunstancias no aclaradas, tras un periplo hospitalario oscuro. La otra, caliente aún el cadáver — es un decir; yace en una cámara frigorífica —, ejecutada por un agresor desconocido. Demasiadas coincidencias. Y, en criminalística, las coincidencias no existen.

Me planteo olvidarme del tema, sin más. Nadie me exige que me ocupe; sigo de baja por depresión — oficialmente —. Que el mundo se las arregle como pueda. Lo siento, Beneyto; búscate otro poli solitario sacado de una peli de cine negro. Pero yo pido asilo aquí, en el fin de las tierras. Que os den. No vuelvo hasta que instalen una guillotina muy alta frente al Parlamento. Aunque, al ritmo que va la cuestión, todas las cabezas estarán en el trullo o liquidadas en ajustes internos. Corleone va a parecernos el patio de un colegio.

Releo mis palabras, y me sorprendo: acabo de escribir «ejecutada por un agresor desconocido». De inmediato, he pensado en corregirme y sustituirlo por «asesinada». Pero al final lo dejo como está:

«ejecutada». Un acto fallido. Como si el homicidio de Berta fuese el resultado de un proceso que la hubiese considerado culpable y la hubiese sentenciado a muerte. E ignoro si han sido mecanismos subconscientes o fuerzas sobrenaturales que, a través de mis dedos mortales, quieren comunicarme algo. Pero uno no cree en esas paparruchas.

***

Con lo de Berta, se trataba de asumir lo de «muerto el perro, se acabó la rabia». Pero la rabia seguía viva, aunque primero Llopart, luego Beneyto y ahora Berta estuvieran muertos y bien muertos. La rabia se acumulaba entre el cielo y la tierra, como un absceso. Y necesitaba cirujano de urgencia que lo drenara. Fue en el bar querido, frente a la orilla.

—¿*O mesmo de sempre*? —me pregunta el de la barra.

De repente, una llamada ahí dentro. El dueño prefiere dejarla sonar, mientras sirve adecuadamente a su cliente. La Sagres en su punto de frío; poco más pide uno. Allá va el barman, por fin, a ver quién y qué. Vuelve de inmediato, el inalámbrico en mano:

—*O senhor tem uma ligação*…

—Diga.

—¿El señor está a gusto, tocándose los huevos?

—¿Cuánto te queda, Pepa?

—Vete al carajo, Amador; ya sabes lo de Berta.

—¿Han identificado ya al asesino…?

—No; están en ello. Parece un desequilibrado.

—Sí… Es la explicación más simple.

—No te la crees.

—¿Tú sí, Pepa?

—Amador, eres un hijo de puta.

—No lo niego.

—El Pepe Brito ha caído en los coletazos del *pen-drive*. Pero tampoco te llamo por eso.

—Qué te gustan los misterios, Pepa…

—El doctor quiere verte. Está de los nervios.

—Me lo tomo como una señal. Pero transmite que será en el bar de Trini, en la Kasbah. Y tú te quedas en *keli*. A notar las pataditas de tu nena.

—¿Es una orden?

—Ya no estás al mando, guapa.

46. Gigantes, que no Molinos

Os ruego que no me preguntéis por qué vuelvo a este avispero. No lo sabe ni el espejo donde me miro cada mañana. Fue coger un par de autobuses, y aquí estoy de nuevo en la ciudad. Varias horas de viaje clavado en el asiento sin nada que hacer. Lo suficiente como para plantearme, una vez y otra, si no era mejor darme la vuelta y quedarme en la playa hasta que el diablo se haga abstemio. Aunque enseguida reflexioné sobre la estupidez que acababa de pensar: el Maligno no bebe. Por eso es tan peligroso. El común de los mortales necesita la copichuela. Nos duele la existencia.

Acerca de mis resortes íntimos, he decidido no preguntarme nada, ni dejo que nadie lo haga. Asumo mis incoherencias y avanzo impelido por fuerzas insondables. Pero basta ya de enredos filosóficos. El doctor me intrigó en su día. Sabe cosas. Fue importante en la cruzada de Beneyto. Por tanto, tiene algo que decir sobre su vida y su muerte. Y, por la misma razón, sobre la vida y la muerte de Berta. Es preciso romper ese círculo de muerte. Sellar la puerta del infierno. Si no logro sentar a un presunto ante el juez, al menos que consiga cerrar el grifo de sangre. Y, aunque sea de paso, que me entere de una vez quién dio la orden de abrirlo y por qué.

Trini me saluda con un «hola» adormecido. Sabe de sobra que me gustaría estar en otro lugar, y ella detesta a los clientes a la fuerza. Estos suelen ser pobres diablos sentados al fondo del bar en manos de un chantajista. O atenazados por una amenaza terrible. Cuestión de drogas, lo más frecuente. A mí me da el pase; soy amigo viejo. Y, además, me fuerzan las circunstancias.

—El doctor te espera, Amador — me suelta desabrida.

El tipo viste del mismo modo. Parece que siempre lo hace así. Y no puede evitar un aire alelado, contagio inevitable del alelamiento de buena parte de la humanidad que trata a diario. Sinceramente, creo que a la criatura no se le puede pedir más. Al divisarme, hace por levantarse. Lo freno en seco; faltaría más. Educación no le falta, al nota. Él ya degusta un buen té con yerbabuena. Es la especialidad de la casa. Pido otro y nos entregamos a algunos preámbulos amables: si nos encontramos bien, y si dormimos de igual manera. Podría hacerle un par de consultas médicas, pero me abstengo; no es el lugar, ni me

ha citado para ello.

Afirma que — por fin, y a Dios gracias — el maletín llegó a destino, sano y salvo. Manos seguras, ojos de confianza. Ya se preparaba su detonación tras lo del *pen-drive*. Un buen hostiazo para completar la demolición de una administración monocolor de varias décadas. El hombre insiste en que no me podía decir nombres, ni más detalles. Por su seguridad y por la mía. Conozco la cantinela. Y es cierta. Del doctor podría decir algunas cosas, pero aseguro que me pondría en sus manos.

—¿Para qué me cita, Sepúlveda? ¿Ya no teme por mi seguridad? — pregunto y retomo lo de ayer, a modo de sentencia —. Es cosa sabida: «muerta la perra, se acabó la rabia».

—El maletín se ha cargado a Berta — dictamina. Se le adivina mal de conciencia.

—Demasiada imaginación, doctor. Los hechos de que disponemos sugieren que no hay relación. Pura casualidad — mi tono sarcástico sigue provocando. Pero el galeno no está acostumbrado a los dobles sentidos. Consigo reducirlo a un silencio apesadumbrado. Lo justo para ver si las infusiones ya no queman los labios.

—Los hechos de que disponemos… — se arranca la criatura como para sí mismo.

—Vengo del extranjero, y solo sé lo que dice la prensa — digo, a ver si se explaya.

—El contenido del maletín es, en efecto, una bomba con contenido probatorio — asegura el hombre —. Puso al juzgado a trabajar a toda máquina, en contacto con el equipo del caso *pen-drive*. En breve, se pondría en marcha una segunda operación que desestabilizaría a varios gobiernos regionales y a la jerarquía político-sanitaria. Pero lo más importante sería revisar la normativa referente a los ensayos clínicos.

—¿Y…?

—El asesinato de Berta nos ha sorprendido a todos, Amador. Era la principal sospechosa. Es lo que usted me dijo: la muerte exime de toda responsabilidad. Habida cuenta de que Meritxell Llopart también está muerta, mucho nos tememos que el caso se nos desinfle y acabe por diluirse.

Silencio de nuevo y miradas extrañadas. Medio vacías ya, las tazas. Alguna gente, a esta hora. Van y vienen, de la barra a las mesas.

—Me gustó su novela, Sepúlveda. Aproveché mi estancia en el Algarve para leérmela. Tengo incluso algunos párrafos subrayados. ¿No causo impresión en su mundillo?

—Alguna amenaza, en todo caso. Pero, en general, indiferencia. El mundo se mueve bajo la fuerza de una gran inercia. Y los cambios en medicina vienen dirigidos y promocionados por la Industria

Farmacéutica. Me sorprende gratamente su reacción, más interesada y cálida que la de la mayor parte de mis compañeros.

—Porque el asunto me afecta de forma personal, doctor. Pero nos desviamos del tema. Le seré sincero: encuentro algo raro en el *oportuno* asesinato de Berta Frías.

Enfrente, por fin la sonrisa de la sintonía. El deshielo del entendimiento mutuo.

—Es justo de lo que quería hablarle, Amador. Tengo que confesarle que tenemos una amiga común que ha hecho algunas pesquisas.

—Es mejor para todos que ninguno de los dos diga su nombre.

—Nuestra amiga se movió para averiguar la relación de aquellos que intervinieron en lo de Berta. Desde la asistencia en el lugar del atentado, el traslado en la uvi móvil o el manejo en la Mole. Incluso el protocolo de autopsia.

—¿Y…?

—Todos tienen una nota común, Amador: no son gente de plantilla. Son contratados para la ocasión. Contratos de fin de semana, usted sabe. Nada irregular, por otra parte. La Sanidad Pública de Berta, que en paz descanse, se ha prodigado en ese tipo de contratos durante décadas.

—Otra de las coincidencias del día, doctor Sepúlveda.

—Más aun: del juzgado, silencio absoluto respecto al homicida. Caso *sub iudice* y nada más. Se insiste en que cualquier filtración podría dar al traste con la investigación para confirmar o descartar que el tipo actuase solo. En todo caso, lo del pirado ha sido la excusa perfecta para que los medios dejen de preguntar. Pero las horas pasan. Y no advertimos señal alguna de operación de envergadura para cazar posibles cómplices del atentado.

—Doctor, he estado en muchas de esas vainas. A veces, las operaciones de envergadura consisten en un equipo pequeñísimo, pero bien articulado y con los permisos correspondientes. Diga a sus amigos que no se precipiten en sus conclusiones.

—Pero usted me acaba de confesar que algo atufa en esta hostia.

—A ver, Rafael, ¿qué no apesta a podrido en todo esto…? En pocas horas, el mundo ha realizado una pirueta siniestra. Primero estalla un escandalazo que amenaza con tumbar al todopoderoso gobierno regional. Casi de inmediato, comienza la investigación de un caso que podría salpicar a buena parte de su profesión. Por último, justo cuando el asunto de los ensayos clínicos le iba a explotar a la Presidenta, un tipo va y se la carga de un tiro. Le pido disculpas, pero yo… Yo le recomendaría que se tomara unas vacaciones. Su compromiso es extraordinario; mucho más de lo que cabría esperarse. Pero déjelo ya, por su propia seguridad; hoy soy yo quien se lo aconseja. Muchos damos fe de que se enfrentó con los gigantes, y le

aseguro que no tiene ninguna necesidad de que lo atrape un aspa y lo deje maltrecho en el suelo, o peor aun.

A este punto, le capto una mirada airada a mi interlocutor. Y razón lleva, el hombre: en mi afán por descargarlo y protegerlo, lo acabo de tratar como a un orate. Y no es justo: su valentía habría merecido otras palabras.

—He fracasado con usted, Amador. De lo que lleva usted en esto, de todo lo que hemos hablado, no ha comprendido nada. No luchamos contra molinos en el horizonte, sino contra gigantes de verdad. Contra demonios enormes y poderosos, que yo los he visto tragarse a varios de mis pacientes…

47. Muerta y Bien Muerta

El encuentro se deshizo en silencio. Me dejó un sabor agridulce. Al fin y al cabo, de mi breve contacto con el doctor ha nacido un aprecio genuino. Me sucede cuando me topo con el coraje de lo auténtico. Allá en el Algarve, os conté de mi ansiedad ante la posibilidad de que hubiera pagado caro su intento de protegernos. Ahora mi deber era protegerlo a él, una vez ejecutada su misión. El dichoso maletín era la clave, en efecto, y había llegado a destino. Pero ha coincidido con que Berta Frías ha sido enviada a mejor vida. Y lo he repetido hasta la saciedad: las coincidencias no existen.

Por lo demás, Sepúlveda ha hecho conmigo lo que el Quijote con Sancho: aliviarse la locura al traspasármela. Es menester subrayar que fácil lo tenía, el galeno. Solo tenía que soplar un poco para avivar la llama.

Berta está muerta. En su postrer viaje, la acompañó el cortejo propio de una reina. Más digo: el de una reina del *papel couché*. Funerales de gobernante del pueblo tipo Evita, vestida como Elizabeth Taylor en el plano final de «Cleopatra». Me imagino al policía preguntando a la secretaria de la finada: «¿fue honorable la muerte de tu jefa…? Y la asistente, entre lágrimas: «muy honorable… digna de la última descendiente de una noble estirpe de gobernantes del Partido». El asesinato la eleva a la categoría de heroína y mártir, y ahuyenta cualquier nubarrón de sospecha.

Mezclé lo visto y oído para representarme las exequias. Se permitió asistir a los diputados y altos cargos ahora en prisión preventiva por el asunto *pen-drive*. Moría, pues, una forma de entender la tierra y su conjunción con lo humano. Por tanto, Berta está ahora frente a Meritxell Llopart y Beneyto. Si hay otro mundo, ahí están los tres ajustándose las cuentas. Para los descreídos, simple nada tras la incineración.

Berta Frías está muerta y bien muerta, no me cabe la menor duda. Me pregunto por qué me repito el aserto, por qué me asalta una y otra vez desde el envite del médico de su maldita honra. Por qué no me dejó dormir esta madrugada, logrando lo imposible: expulsar al fantasma de Beneyto de mis pensamientos.

***

Bar de Juani, no el de Trini. Ahora no estoy en la Kasbah, sino en la barriada, a varios kilómetros, con la intención de hablar largo y tendido con Luci. Acordamos hacerlo lejos de la Mole. Y evitando el móvil en lo posible. No me fío ni de mí mismo. Confieso que esta historia me empieza a alterar. Que, de no saber dónde acaba la vida y dónde empieza la muerte, al final va a resultar que ya soy fiambre, y no me había dado ni cuenta. Pero no, aquí sigo: Juani me saludó hace nada y me puso un café solo y sin azúcar. Y ahí viene Luci, que me hace «hola» con la mano. No podemos estar todos muertos. Aunque, a lo mejor, ¿quién sabe…?

—Despierta, Amador; miras al infinito, ¿dormiste mal?

—Solo con tu edad se duerme de verdad, Luci.

—Los demonios no me dejan, Amador.

—Tú no sabes de demonios, niña… Solo es tu mala leche habitual.

—Será. Dime, madero.

—¿Hablaste con el doc?

—Todos los días.

—¿Y…?

—Lo que él te ha dicho, Amador.

—O sea, que no está majara.

—No más de lo que estamos tú o yo.

—Es increíble.

—Míralo tú mismo.

Luci extrae un folio de una carpeta. Dentro, una relación de nombres, números de documento, categorías profesionales y otros datos.

—Es la lista de todos los que contactaron con Berta, moribunda o cadáver, el día del atentado. Llevamos trabajo adelantado, Amador. Mientras Sepúlveda te cantaba la milonga, nuestra gente ha ido verificando más cosas. No se trata solo de que todos fueran contratos de un día. Es mucho más que eso. Para empezar, nadie los conoce de nada. Perfectos paracaidistas caídos de quién sabe dónde. Hemos efectuado llamadas y comprobado los códigos bancarios. Son datos falsos. No existen.

Silencio. Una mirada de desconfianza a mi móvil. Un segundo, dos. Al final me decido: echo mano del aparato y pergeño un whatsapp:

«Pepa, envía *Manuel Rodríguez Garmendia* a tu amiga, la forense de la Llopart. Según consta, el susodicho ha firmado en la Mole la autopsia de Berta Frías».

Luci se queda mirándome sin decir palabra. Aprovechamos para dar unos traguitos a los cafés, no se nos vayan a enfriar. Luci va a decir algo. Pero se lo impide un whatsapp entrante:

«Luisa no tiene ni idea de quién es este tío. Se nos ofrece a revisar el

informe de autopsia y preguntar por el nota».

Me entra el sudor frío de la responsabilidad y escribo deprisa:

«Que ni se le ocurra. Es muy peligroso. Puede acabar como la Llopart. Y eliminad los whatsapp de inmediato. Ya te cuento en persona».

—¿Habéis hablado con los que estaban en urgencias el día del asesinato de Berta? — pregunto de improviso.

Luci, los ojos como platos. Petrificada. La boca se abre al fin, para decir:

—Claro que no, Amador. Las vigas de la Mole… Tú ya sabes.

***

«Las vigas de la Mole…». La frase iba y venía en mi cabeza, sin permitirme pensar en otra cosa. No era la primera vez que la oía, ni la segunda. De hecho, se me había convertido en un latiguillo familiar a lo largo de estos meses. Vigas antiguas, pero con ojos y oídos despejados, prontos a detectar y transmitir cada palabra y cada gesto. Cada mutación del estado de ánimo o cada suspiro extemporáneo del que sea. El esqueleto de un edificio donde uno no puede saludar o dejar de hacerlo sin que se registre el hecho, las circunstancias y el rictus o el mohín que acompañaba al saludo.

Todo era falso en el papel que Luci me había entregado. Nombres, documentos, domicilios, teléfonos o códigos cuenta cliente. Pero, además, no podía dar un paso para esclarecer nada. No era quién, ni tenía por dónde empezar. Estaba de baja médica, fuera del caso y sin apoyos. Por otra parte, el Pepe Brito de sus benditas narices estaba en prisión preventiva por el *pen-drive*. Yo ignoraba quién había asumido el caso y qué grado de implicación podría tener en la trama o tramas en investigación. Si era ángel, diablo o medio diablo.

No podía correr el riesgo de presentarme por las buenas y contar mi historia. En el mejor de los casos, un jefe nuevo tontorrón correría a pedir permiso al de arriba. Y es muy probable que ahí nos encontráramos con Satanás redivivo. En el peor, podría toparme de bruces con el cornudo.

Me planteé recurrir a Pepa o a los chicos, pero me pareció cobarde. Era trasladar el marrón, escurrir el bulto. La Pepa, casi a punto. Los chicos, con sus familias. Era innoble, impropio del Amador que conocen y en el que confían. Tendría, pues, que olvidarme del asunto o resolverlo solo, en la sombra, como tantas veces. Contaba, eso sí, con Luci y su *ejército invisible*. Un enjambre del que nada sabía «por mi propia seguridad». Me valía. Así funcionan las células clandestinas. Los comunistas de antes sabían mucho de eso. Ya me había encargado yo de mandar al *camarada* Sepúlveda a descansar a la retaguardia.

Una vez decidido, se me planteaba un problema adicional, en

absoluto menor. Luci podía conseguir la lista de la gente de guardia el día del asesinato de Berta. Como es obvio, la nueva lista no tendría nada que ver con la relación falsa que me acababa de dar. Se trataría ahora de gente conocida y con contrato verificable. *Plantilla real* que no contactó con Berta, pero que estaba en el lugar en aquel momento preciso. Conseguir sus nombres era algo factible. Otra cosa muy diferente era contactar con ellos. No estoy en situación de plantarme en las urgencias, día tras día, a indagar si alguien vio raro cuando lo de Berta.

Lo de menos sería la disciplinaria por meterme donde no me llaman estando de baja. Lo de más es la posibilidad de alertar a la tribu de Satanás, y ruego que se me perdone por seguir llamándola así. Aunque, a estas alturas, tenga por cierto y verdad que esta tribu se compone de hombres y mujeres que comen, beben y hacen sus necesidades en un váter, como cualquier hijo de vecino.

Tuvimos que ser cautos, obtener la lista de marras, filtrar los candidatos a interrogatorio y revisar los hechos. Lo que se disponía, que no era mucho.

Por otra parte, el juzgado seguía cerrado en banda respecto al homicida. Ni una palabra, además de *sub iudice*. No me quedó otro remedio que plantarme en casa de Paco Chaves. No podía arriesgarme a llamarlo por teléfono. Daba por seguro que estaría pinchado; las habilidades de Paco son bien conocidas.

Me encasqueté en su *keli* a las once, cuando me calculé que la cena familiar habría terminado. Al echarme el ojo, su Paqui puso una jeta que habría espantado a una galería de presidiarios. Enseguida, los niños a la cama, la señora a la novela y el Paco para mí, la mirada espantada. Al sótano de sus amores, a romper un blindaje cibernético sólido como el Kremlin y el Pentágono juntos. Tenía que saberlo todo acerca de la muerte de Berta Frías. Cualquier dato. Lo que fuera. Todo el material clasificado. Y sabía como hacerlo: ponérselo como un reto. Le dije que era del todo imposible, que se limitara a toquetear unos minutos, por si acaso. Santa palabra: se le encendieron los ojos. La madrugada iba a ser pero que muy larga.

Dicho y hecho. Como de arriba no se oía nada, Paco se imaginaba que lo opuesto se aplicaba del mismo modo. En consecuencia, ahí lo tuve maldiciendo, dando alaridos o riendo a carcajadas, sin que uno fuera capaz de hacerse una idea de aquello que motivaba cada estado de ánimo. En su favor diré que tiene ahí un sillón como para visitas. Sabe bien que las acometidas contra las cajas de caudales de datos pueden durar horas, si no días. Me ofreció bebidas y revistas diversas. Estuve en whatsapp con Pepa, poniéndola al día. Estaba partida de la risa: alguna vez se vio en las mismas con el mismo.

Las horas fueron desfilando. Me quedé dormido en el sillón. Me

despertaron las claritas del día. Fue la portezuela de la guarida: Paqui, que se iba al curro y quería saber si aún vivíamos. La pinza sobre la nariz fue más que expresiva. El tufo a par de tíos encerrados tuvo que ser de impresión. Abrí los ojos y me encontré a Paquito derrengado sobre el teclado. Le acababa de vencer el sueño. Entornó los ojos, y suspiró:

—Imposible, Amador… El protocolo es nuevo. Nunca en mi vida he visto nada igual. Esto no lo tumba ni un hacker ruso.

Lo saqué de la mesa y me lo llevé arriba, a la ducha. Me disculpé con Paqui, y me dijo que nada. Le toca las narices, pero está acostumbrada. Y que gracias por dejarlo en la ducha; otras veces se casca un cafelazo y prolonga.

En resumen, solo tenía lo que decía la prensa. Que podía ser verdad, media verdad o mentira completa. Solo me quedaba la gente de urgencias. A ver cómo los abordaba sin ponerlos en evidencia y sin situarlos en medio de la diana del ejército oscuro.

***

Fue a las diez. A las diez en punto de la noche. Es lo único que sabemos de fijo: la uvi móvil que traía a Berta moribunda o ya cadáver llegó a urgencias a las diez en punto de la noche.

Ese dato me lo da por seguro Luci Medina. Lo trazamos con exactitud por un testigo: Emma Fuentes. Esta se incorporaba en ese momento a su puesto de administrativa de urgencias. Su turno empezaba a las diez, y justo a esa hora le dio el relevo a la compa, Charo Coronado. Es el momento en que irrumpió la uvi móvil bajo la marquesina de urgencias como una tromba, luces encendidas, sin hacer ruido, como manda el protocolo.

Emma recuerda que despidió a Charo con dos palabras: «mala hora». Lo es, en efecto. Porque, como acabamos de ver, es la hora del relevo en urgencias. Un turno se va, cansado o agotado — según el día —, y otro que no ha acabado de incorporarse. Sin embargo, esa noche Emma tuvo que tragarse lo de «mala hora». Porque todo funcionó con precisión matemática gracias a un personal que ya estaba ahí, perfectamente dispuesto. Emma no vio más, lejos como estaba de la uvi móvil y del área de *triage*. Pero no pudo sino sorprenderse de la celeridad y la eficacia del transporte del paciente — en aquel momento, nada sabía del sexo — desde la uvi móvil al área de urgencias en un momento en que las cosas, con frecuencia, se demoran algunos minutos. Pero esta vez no.

***

No puede ser. No es la misma. No puede tratarse de la misma chavala. La recorro sin pudor de arriba abajo, mi expresión perpleja, y ella se me ríe en la cara, atrapando al vuelo mi sorpresa.

—Soy yo, agente, la de Valladolid. La médico residente que entrevistó usted cuando tiraron a la tipa esa por el hueco de la escalera. En mi casa dicen lo mismo: que no me reconocen.

Salvo por la estatura y las facciones, parece otra persona. Nada queda de aquella chiquita tímida con la que Pepa yo charlamos a propósito del caso, hace ya meses. Se cortó el pelo, se maquilla — *ma non troppo* —, y tiene un toque atrevido en la vestimenta, donde deja entrever un tatuaje. Pero la diferencia más llamativa es la expresión: el toque de seguridad, de desafío. Si no se come el mundo — ¿quién lo hace? —, al menos ya no le teme.

Concluyo que unos meses en las urgencias de la Mole son una verdadera prueba. O te apocas y te hundes, o lo superas. Y de superarlo, sale de ahí una soldado sanitaria contemporánea, capaz de replicar con genio y desparpajo a un jefecillo chulazo. O, llegado el caso, de sobrevivir a un clan en son de guerra.

Nos hemos citado en el centro a través de personas interpuestas. No se le dijo para qué, pero no le arredra. Ya se le ve. Solo se le comunicó que no corría peligro y que su ayuda era precisa. Y bastó; aquí la tengo.

—Fue a la diez, seguro — confirma ella también.

Se pide una infusión y yo un café negro, como siempre. Le ruego que haga un esfuerzo por extraer de la memoria todo lo de aquel momento. Pero es poco, casi nada.

—Estaba de puerta; los demás se fueron a comer — relata sin prisas —. Me encontraba en consulta, atendiendo a un paciente, cuando advertí las luces de la uvi móvil. Me disculpé y salí; nunca se sabe. Porque es mala hora con lo del relevo. Pero todo funcionó como por ensalmo: sacaron a un paciente — no pude ver si hombre o mujer — y lo metieron aprisa en *triage*. Ahí iba yo, por si era preciso reanimar, cuando oí: «¡código uno! ¡directo a observación!». Ni siquiera reconocí la voz de quien daba la orden. Solo que pasaba a un nivel superior de asistencia.

—¿Reconociste a alguien?

—No… Fueron segundos escasos. Comprobé que mi actuación no era precisa y me volví a la consulta, donde había dejado al paciente. No pude ver nada ni nadie.

—Algo más; estruja los sesos.

—Sí; ahora recuerdo. Cuando me asomé al pasillo, me dijo una limpiadora: «a tu consulta, niña, por tu seguridad».

48. Aquelarre

No pasé de ahí en varios días. Pepa me llamaba, a ver qué. Y yo le contestaba que ella, a lo suyo. Pero la muy tozuda insistía en que mis tejemanejes también eran lo suyo. No pude sino maldecirme por haberle inoculado el virus del menester de sabueso callejero. Intenté encauzar al puto virus con dos o tres parrafadas telefónicas. Todo, menos poner en riesgo su embarazo. Cariño que le tengo a la criatura, qué le voy a hacer.

Empezamos a ver más claro. Como si todo tuviera una lógica. Como si, desde la Mole, hubiera existido un complot para que, en un momento concreto, hubiese un equipo bien dispuesto para recibir el último aliento de Berta o su cuerpo. Y que el momento fijado fueran las diez en punto de la noche. El momento del desconcierto habitual en urgencias a causa del relevo. La «mala hora» que dijo Emma Fuentes con conocimiento de causa. La mejor hora, sin embargo, para que un equipo perfectamente preparado realizase su propósito.

Después, Pepa me propuso que podría haber sido al revés. Lo dijo como si se tratase una ocurrencia absurda. Una salida de tono que, pese a todo, no desencajaba con los hechos. En este sentido, Pepa sugirió la posibilidad de que no hubiese sido un atentado fortuito, sino planificado en razón de atender a una moribunda en urgencias a una hora precisa. En un momento en que gente desconocida pudiera hacerse con un cuerpo — vivo o muerto — y vehicularlo de un modo especial. Aunque de inmediato nos reímos y lo descartamos. Se trataba de una hipótesis retorcida: al fin y al cabo, Berta Frías estaba muerta. Sus funerales han sido el acontecimiento más importante desde los de la Mamá Grande, allá en Macondo. ¿Qué duda cabía, al respecto?

Se nos ocurrió que Pepa le pegara un telefonazo a Chabela y se la llevara otra vez al tabernucho del barrio. Pero enseguida desechamos la idea. Porque estamos casi seguros de que la triste marioneta del sillón giratorio firmó la lista falsa de contratos sin saber de qué coño iba la historia. Tal vez se imaginó que era una movida más de Berta Frías, y se inhibió, como siempre. Una firma automática, y a seguir en la inopia. Para darse de bruces, al poco, con que un enajenado había liquidado a la misma Berta, y que habían sido los desconocidos de la lista los encargados de ventilar la cuestión, de puertas para adentro.

Mejor seguir en la inopia y arreglarlo con un gin-tonic o dos en la tasca del barrio. Si es preciso, una siempre encuentra a un tirao que la acompaña a casa.

Fin de la historia, una vez más. Paseos sin rumbo, aquí y allá. A ver si conseguía que los semáforos me chismorreasen algo de enjundia. La Mole se alzaba imponente en la noche, guardando sus secretos. Y, más allá, la Basílica, con Nuestra Señora llorando de pena por su querido Luis, que no venía a verla. Allí fui un ratito, que eso no causa sospechas. Me puse de rodillas como cada quién, a musitarle a la Virgen que anduviera contenta. Que su Luisito andaba asilado donde la morisma. Alojado por los infieles, pero con gente buena. Y, genuflexo ante la imagen, cuestionando por un momento mi ateísmo militante, se arrodilla a mi vera una sombra.

Uno estaba en éxtasis, a lo San Juan de la Cruz. Y, pensando que lo habitual en un templo es eso, tampoco le presté demasiada atención a la recién llegada. Con todo, se me impuso la vena profesional, y terminé lanzándole una mirada de soslayo. Figura femenina, de velo y luto riguroso. Las facciones, por tanto, bien ocultas. De inmediato, noté un escalofrío. Porque, de modo súbito, me asaltó el recuerdo de una interacción similar de Luis en este mismo lugar. Pero, una vez más, se me impuso la racionalidad: es probable que sean muchas las enlutadas que vengan aquí a rogar por un juicio leve para sus deudos.

Al poco, la mujer se levantó y enfiló hacia la salida, haciendo resonar sus zapatos de tacón. Creo que no había nadie más. Casi de inmediato, me llegó una voz femenina: «Amador, la carta, a tu lado». Y ahí estaba. Un sobre cerrado, rotulado a mano y en mayúsculas: «Amador». Miré hacia la puerta, pero ya no había nadie. Como le pasó a Luis en su momento.

Dentro del sobre, una cuartilla. Y en ella, siempre a mano, una dirección y una hora. La letra era de una caligrafía torpe, pero clara. Todo en mayúsculas. Se me pasó por la cabeza tirar el papel y olvidarme de la historia. Pero no; lo conservé en el bolsillo. Más tarde decidiría qué hacer. O si lo hablaría con Pepa.

***

Me fui a casa. Allí anduve con el papelito, dándole vueltas a la mollera. «Voy o no voy a la cita»; «no sé de quién se trata»; «es poco prudente». Cabían varias posibilidades.

En primer lugar, pensé que se tratara de «los buenos»: Luci, el doctor y el enjambre del maletín, por llamarlos del alguna manera. Pero era del todo extraño. Luci no me había comentado nada acerca del asunto. En este sentido, podía llamarla e intentar aclararlo. O que ella lo aclarara con el doctor. Si es que sabían algo y, en caso positivo, el

porqué de este procedimiento tan irregular. Pero, por las mismas, podía estar rompiendo el secreto del procedimiento. Que alguien de «los buenos» quisiera actuar sin comprometer a los demás, y yo terminara fastidiándolo todo. Que se tratara de Lidia, por ejemplo, que hubiera decidido salir de las sombras ahora que Berta era fiambre. No; no podía precipitarme con llamadas intempestivas.

Pero también podían ser «los malos». Que aguijonearan mi curiosidad de este modo tan peculiar. Que me llevaran a un lugar sin defensa para torturarme sin piedad, como hicieron con Beneyto. Pero lo consideré poco probable. Si quisieran asesinarme, ya lo habrían hecho hace tiempo. Al fin y al cabo, uno es presa fácil, expuesta. Cualquier coche salido de la oscuridad haría de mí un guiñapo sobre el asfalto, un cadáver atropellado con un homicida a la fuga. Uno de tantos. Y tampoco creí que supusieran que yo sabía tanto como para someterme a tortura. Me los imagino cavilando: «¿qué tiene el tipo, al fin? Meras conjeturas. Suposiciones».

Podía arriesgarme o no, a mi criterio. Acariciaba el papelito sin saber si dejar pasar la hora o no. Pero me imaginé a mí mismo el día después de faltar a la cita. Y sí, me arrancaría los pocos pelos que me quedan. Puede que no hubiera otra ocasión. Y puede que en esa cita se me diera la última oportunidad de enterarme de algo. De lo que fuera. Sin riesgos, la vida no merece la pena. Se convierte en una rutina pesada, aplastante. Que se lo digan a Pessoa.

Aquí estoy, pues, puntual como un reloj suizo. En medio del Harlem, dos calles más allá del apartamento de Colombianita. Las diez de la noche, sincronía perfecta con la entrada de Berta en las urgencias de la Mole, hace días. Colombianita ya debe estar en el curro. De lo contrario, me hubiera pasado a verla hace un rato. Siempre da gusto echar un rato con ella, y no para lo que echan el rato con ella sus clientes.

Estoy en lo que fue un apartamento de un bloque de mala muerte del barrio menos recomendable de la ciudad. Abajo, mi tartana querida, aparcada de cualquier modo, la llave puesta y las puertas abiertas. No la tocará nadie, ni me será preciso enseñar la placa. De hecho, no la llevo encima. Si algún despistao se acerca a ver a qué huele el viejo auto de un sabueso pulgoso, mil pares de ojos le dirán que se vaya a curarse el despiste a otra parte.

—¿Quién de vosotras fue la de la carta? — pregunto a modo de saludo.

—Todas y ninguna, Amador; eso no te importa — responde la más alta. La vi en la Mole, en su momento, con el habla esotérica y la fregona.

—Tú eres Pepi, ¿no…? — su nombre me quiso venir a la boca, al fin.

—Olvídalo; más te vale.

El apartamento está deshabitado, como el bloque entero. Infraviviendas que debieron ser demolidas en su momento. No lo fueron, y se quiso remediar tapiando los accesos a la espera de que Dios misericordioso proveyera. Pero el Padre Eterno andaba en otros menesteres, como sucede habitualmente. En consecuencia, las tapias fueron perforadas aquí y allá, a voluntad de okupas, yonquis y otras especies urbanas.

La llegada hasta aquí ha sido guiada. Solté el auto en el lugar convenido y eché un ojo alrededor. Unos metros más allá, me esperaba una cara conocida, provista de una potente linterna. Se trataba de una de las tres limpiadoras de la Mole con las que hablamos en su día. Una bajita de voz aguda; Rosi creo que se llama. Me condujo a través de un laberinto de basura y excrementos. Restos de fuegos y colchones abandonados. De ahí a las escaleras: última planta hasta llegar al apartamento. A lo que, en su momento, fue la salita de la vivienda. Ahora carece de ventanas; tan solo le quedan los huecos. Y frente a la sala, la Mole, bien visible en la noche que da sus primeros pasos. La torrecilla que la corona reluce blanca bajo los neones nocturnos.

A Pepi me la encontré ya dentro del apartamento. Mila — la gorda — esperaba sentada en el suelo de la sala. A continuación, se sientan las otras dos, dejando al centro un caldero de bronce con unas brasas. En contraste, me quedo de pie, expectante.

—Tienes que completar el anillo con nosotras, Amador — sonríe Mila, señalándome un lugar en el suelo —. La puerta debe ser abierta.

—¿Qué puerta? Aquí ya no queda ninguna — replico sarcástico.

—La que se nos ha encomendado — Pepi contesta desabrida.

Me siento. Me empiezan a tocar las narices. Porque no he venido a participar en ningún rito. A ver lo que duro en este juego.

—¿Sabéis a lo que vine? — digo impaciente.

—Viniste porque te convocamos — suelta Pepi con displicencia.

—Vine porque lo quiero todo de la muerte de Berta… ¿Estabais las tres de turno?

—¿Y quién se pierde ese guiso? — Mila se lleva los dedos a la boca.

—¡Pues te quedaste con las ganas, tocino! —la reprende Pepi con severidad.

—¡No entiendo nada, hostia! — rujo del cabreo.

—Sosiéguese su merced, si quiere los hechos — viene la bajita a calmar los ánimos —. Llegaron los desconocidos y echaron a los otros. Había orden de arriba. De los habituales, solo quedamos nosotras. Una dentro, otra en medio y la tercera fuera. Enseguida apareció la camilla con el cuerpo. Prisas, mascarillas, sueros. Pero ni una palabra. Fue un pasar presuroso de la puerta de fuera a la puerta de dentro, sin hacer apenas nada.

—Que Berta Frías venía muerta — pido confirmación.
—Nuestro Padre se quedó sin cena aquella noche — intenta aclarar la bajita.
—Sigo sin comprender nada — confieso casi desesperado.
—Que abrimos la puerta para nada, Amador — Pepi, acre como nunca.
—Otra vez la dichosa puerta — contesto con impaciencia.
—La que conduce al festín del Sublime Cornudo — ahora es Mila, sonriente.
—¡Pero Berta está muerta! — insisto en la objetividad del hecho.
—Si es así para la ilusión del pueblo, ¿por qué no se celebró el juicio allá abajo? — la pregunta de la voz atiplada de Rosi penetra en mi interior como un cuchillo afilado. Luego, nada.

***

Al alba, me despertó un intenso dolor de cabeza. Estaba recostado de lado, en la misma sala donde había conformado el círculo con el trío tan peculiar. Frente a mí, el pequeño caldero con cenizas. Me supuse que había inhalado algo que me había inducido el extraño sopor del que ahora salía, con una tensión insoportable en la frente y en las sienes, así como una náusea indescriptible.

Ni rastro de las tres. Ahí me dejaron, a lo que me pasara. Como si hubiesen abierto la maldita puerta y dejado al azar que uno la traspasara o no. Pero aquí andaba uno todavía, jodido pero vivo. Era de día, era yo, y los recuerdos de pocas horas antes afluían, reconstruyendo el hilo de un relato. Hasta el momento justo de la voz aguda de Rosi, en que todo empezó a nublarse. No recuerdo nada después de aquello.

Con la luz de la mañana, el apartamento era incluso más lóbrego. Se le apreciaban la pobreza de sus antiguos moradores, el tiempo desde el abandono, y la miseria y la degradación aun más acentuadas de los que vinieron después, tras la violación de los muros a pie de suelo.

Después, me volví hacia la luz. Y ahí estaba. Tal y como la dejé al anochecer. La torrecilla de la Mole presidía la mañana, recordándome que apenas había dado un paso en la dirección correcta. El contraste entre la soberbia de la Mole y lo miserable de mi situación era un fiel reflejo de la correlación de fuerzas. Suficiente como para replantearme — una vez más — el sinsentido de esta lucha.

Y en esto, el móvil. No lo había perdido en mi aventura nocturna. Ahí lo tenía en el bolsillo, reclamando mi atención, una vez más.

—Diga — gruño sobre el aparato.
—Por Dios, Amador, qué voz de ultratumba… — reconozco la de Luis Martín, al otro lado de las ondas. Se me ocurre que no va

descaminado. Y que me hace falta un café tan negro como la cola de Belcebú.

—Dime, Luis.

—¿Qué hace usted?

—Te cagas patas abajo si te lo explico.

—Entonces véngase, que Amina tiene que contarle cosas.

—¿Adónde?

—*Ancá* la Trini.

—¿Ahora mismo…?

—Con el debido respeto, lo encuentro espeso, Amador. No se tomó su café, ¿a qué no?

—Que me lo vayan preparando. Ya verás como aún quema cuando me veas aparecer por la entrada.

Mi tartana, abajo. Tal y como la dejé anoche. Las puertas abiertas, la llave puesta. Se adivina que nadie se acercó a meter las narices. Porque echa un tufo a madero que apesta cien metros a la redonda.

49. Historias de la Otra Orilla

La llamada de Luis, hace nada, ha sido como oler sangre para un tiburón hambriento. Y no es para menos. Porque Amina es una mujer prudente, callada. De sus mayores, en Marruecos, aprendió a apartarse del poder y de las fuerzas de seguridad. Tiene grabado a fuego que el común — que allí es pobre — solo puede recibir coces del mulo poderoso. A este, mejor tenerlo lejos y dirigirle una mirada baja, en caso de estricta necesidad; susurrarle con voz trémula, y solo si uno es preguntado.

Es muy raro, por tanto, que Amina quiera contarme cosas. Era, pues, como para correr a atornillarme a la barra de Trini y abrir bien las orejas. A ejercer de mí mismo, vaya.

Aquí la tengo, sentada frente a mí. Y, como en otras ocasiones, guarda un silencio abrumado. Es lo de antes: Amina se sabe frente al Poder, el Estado, la Fuerza. De inmediato, no puedo sino sonreírme: yo, el Poder, el Estado, la Fuerza. Un tipejo desaseado que ha sido drogado por los vapores de quién sabe qué, en un agujero de la peor cloaca de la ciudad. Me sigue haciendo gracia. En general, no me tomo el más mínimo esfuerzo para representar lo que soy, según la gente: el Poder, el Estado, la Fuerza. A lo mejor, porque me he visto más de una vez enredado con la fuerza del poder del Estado. Tiene demasiado poder, el Estado. Demasiada fuerza. Pero son demasiados matices para Amina.

Sé que no puedo ir de frente y comenzar a asaetearla a preguntas. Se me cerraría en banda. Prefiero empezar a hablar de naderías con Luis. Mientras degustamos nuestros cafés, Amina observa a su protegido. Se le ve a gusto, a la mujer. Y a él con ella.

Luis perora sin brújula ni astrolabio. Recuerda los viejos tiempos, y está a punto de echarse a llorar. Pero enseguida se anima de nuevo. Piensa en su vuelta a casa, ahora que Berta ha muerto. «Porque lo peor ha pasado, ¿verdad Amador…?», pregunta un par de veces. Echa de menos su casa-palacio, en el centro histórico de la ciudad, y su labor al frente de la Agrupación Sacramental. Los ratos de oración frente a Nuestra Señora.

Al mencionar la muerte de Berta, Luis parece recordar algo. Hace una pausa como para decir algo importante. Algo que no se atreve a

mencionar. O que no se atreve sin echar un ojo a los alrededores. Pero es temprano. Apenas hay nadie. Luego lleva los ojos a Amina, con intención. Pero esta no osa abrir la boca. Es él el que tiene que introducir el tema.

—Amina es de Tánger, Amador.

No digo nada. Reparto miradas, a ver de dónde me vienen ahora los tiros.

—Que es de Tánger — insiste Luis, alzando ligeramente la voz. Como si no me hubiera enterado.

—Ya lo he oído.

—Su hermana Fátima… — y se interrumpe.

—Su hermana Fátima… — lo invito a continuar.

—Amina, es mejor que se lo digas tú.

Amina tose y se arranca con dificultad, mirando a la mesa.

—Mi hermana vino a España conmigo. Consiguió un buen empleo en casa de unos señores a través de doña Magdalena, la madre de don Luis.

—Gente muy bien relacionada en el Partido, Amador — apostilla Luis.

—Hace dos años, los señores se fueron a Tánger y le dijeron a mi hermana que siguiera con ellos. Para Fátima fue una alegría… Volver y estar con los nuestros, imagínese.

—Un chollazo, Amador — recalca Luis —. Le mantuvieron el sueldo.

De repente, las palabras mueren. Mis ojos, a los de Amina. Y los suyos, otra vez a la mesa, a reanimar las palabras. Las que encuentre por ahí perdidas. Luego, las enhebra en un balbuceo.

—Allí están pasando cosas extrañas, agente — por primera vez, Amina me mira a los ojos. Y la preocupación que le advierto rebasa con mucho lo expresado por las palabras. Luis no abre la boca. Yo tampoco. De modo tácito, decidimos que sea el castellano de Amina, mejor o peor. Lo que su Dios tenga a bien de enviarle a los labios.

—Los señores cambiaron de casa — continúa la voz grave de la marroquí —. Dejaron un ático precioso, con vistas a la bahía.

—La gente se muda, Amina — abro la boca al fin. Empiezo a preguntarme para qué demonios me han hecho venir. Me centro en el lado bueno: el café está bueno y el pan de la tostada, inmejorable.

—Sigue — le indica Luis. La mujer ha encajado mal mi expresión de impaciencia y ha vuelto al mutismo. Animada por su señorito, se activa de nuevo.

—Se fueron a una villa enorme, a las afueras — continúa Amina —. Tuvieron que contratar a más gente. A mi hermana la llevan mis sobrinos todos los días.

—Cuando la gente se muda, suele ser a mejor — le hago señas a Trini de que quiero otro desayuno. El aburrimiento me está despertando un

hambre atroz.
—Déjala hablar — tercia Luis, un poco airado.
—Allí pasan cosas raras… — insiste la mujer.
—La rareza es nota común en la casa ajena — filosofo, quitándole yerro a la inquietud de Amina. Le tiene presa la mirada.
—A mi hermana le cambiaron los horarios.
—La gente cambia de costumbres, Amina — suelto con toda mi cachaza —. Es normal.
—El servicio entra ahora a las once y media de la mañana. Todos a la vez.
—Será que los señores le han cogido gusto a la noche tangerina y vuelven de madrugada — a ver si termino mi terapia con esta, y me largo —. Seguro que la señora tiene una jaqueca de muerte a las diez.
—Mi hermana y los demás entran, pero solo a media mansión — continúa Amina —. El resto, cerrado a cal y canto.
—De la noche tangerina emergen costumbres licenciosas, difícilmente comprensibles para el servicio — intento explicar los hechos —. Y, en cualquier caso, cabe esperar que los señores deseen estar al socaire de maledicencias. Tánger no es esto, Amina.
—Cuando han terminado con esta parte de la casa, se les hace salir al jardín. A continuación, se les permite entrar en la otra mitad, que antes estaba cerrada. Al entrar en esta parte, se dan cuenta de que la mitad de la casa en la que trabajaron a primera hora ahora está prohibida, cerrada con llave.
Tengo un acceso de risa mientras Trini me sirve mi segundo desayuno. La hilaridad me dura poco, en cualquier caso. Me la sofocan las miradas serias de Luis y de Amina.
—Luis, dile algo. Estas cosas eran muy frecuentes antes, en casas-palacio como la tuya. El marido o la mujer ocultando al servicio una relación adulterina u homosexual. Una relación inconfesable que, en labios del servicio, obligaría a los señores a volar de la capital…
—Que no, agente, que marido y mujer están allí juntos, muy seriecitos — replica Amina —. El señor y la señora, cariñosos el uno con el otro. En la media casona y después, al arreglar la otra media. Todos los días lo mismo. Y en el mismo orden. Los demás han trabajado para otros señores, y nunca vieron algo así.
—Y, al empezar a currar, ¿no han advertido nunca señales de fiestorro previo? — sugiero, sonriendo entre dientes —. Hay matrimonios amantísimos delante del servicio que comparten luego pluralidades inconfesables. Pluralidades que escapan con sigilo a la mañana siguiente.
—Ninguno vio nada, agente. Ni desde las casas de los alrededores. Usted sabe que todo se sabe.
Silencio al fin, una vez más. Al fondo, el trasteo de Trini detrás de la

barra. Acá, yo mismo, devorando mi segundo desayuno. El café solo, que va ejerciendo su efecto sobre la masa gris, maltratada en el aquelarre del Harlem.

—¿Eso es todo? — mascullo con la boca llena. Al preguntar, se me ha debido caer un migajón a cincuenta centímetros. Y juraría que me fluye un hilillo de café desde la comisura izquierda.

Luis y Amina me observan, expectantes. Cojo una servilleta de papel y me la paso por los morros. Cuando salga de aquí, derechito a casa. A pegarme un duchazo como Dios manda.

—¿Qué queréis que os diga? — suelto —. Gente rara, de posibles. Cada uno dice cómo demonios quiere que le arreglen la casa. Pá eso pagan. Eso no es delito, ¿sabéis?

Me levanto, me mal compongo el hato y doy dos pasos hacia la barra. A pagar. Pero hay algo que… Me vuelvo. Ahí, los dos. Tal y como los acabo de dejar. Clavados en la mesa. Desangelados, eso sí. Desando los dos pasos y me sitúo ante la mesa, de pie. Susurro apenas:

—¿Desde cuándo, la hostia esa de tu hermana?

—¿La hostia…? — Amina no comprende mi cloaca verbal mañanera.

—El agente pregunta que desde cuándo, todo lo que nos has contado. La mudanza a la villa de las afueras y el extraño rito de limpieza.

Amina toma un poco de aire y suspira. Luego, adelanta la cara, poniendo todas sus palabras en un simple hilo de voz, adivinando que el contenido es materia peligrosa:

—Desde el asesinato de la gran señora Berta Frías, agente. El traslado fue semanas antes, pero lo del cambio de horario y limpiar la mansión por mitades comienza veinticuatro horas después del atentado.

50. Azul, como el Azul Marino

Para ir a Tánger hay dos alternativas: el ferry grande y el pequeño. El lento y el rápido, respectivamente. Y la diferencia no es baladí: de un trayecto de dos horas con el primero, a tres cuartos de hora con el segundo. La lógica más elemental me llevaba a tomar el más veloz. Y sin embargo, heme aquí, en la cubierta del más lento, a saborear el paso del Estrecho. Tan incomprensible como mi vida profesional.

Lo irrebatible de la economía de tiempo… No puedo sino sonreírme. Porque la edad, que a fin de cuentas es tiempo, impone su propia lógica: la de la tranquilidad y los recuerdos. La lógica de la experiencia. Y todas esas lógicas se contrapusieron a la de la economía y me hicieron optar por una nave lenta, resistente a los embates del oleaje. Una nave en la que, en otras ocasiones, vi alejarse un mundo y acercarse el otro. Con lentitud. Y con serenidad.

Es sobre esta cubierta donde se aprecia mejor la inmensa mole montañosa de «la Mujer Muerta», el «Yebel Musa» de los moros que domina el Estrecho en su lado africano. El aire del mar me pone las canas en danza y lleva mis ojos, una vez y otra, a un azul profundo y oscuro, un azul limpio hollado solo por la estela del ferry.

Claro que, de lo que acabo de contar, da la impresión de que opté por el ferry lento para entregarme a los recuerdos de otra época y a la belleza del Estrecho. Pero miento y me miento. Confieso que hubiera querido que esas y solo esas hubiesen sido mis motivaciones. Sin embargo, debo volver a la realidad y contar las cosas como son, como vienen siendo.

Vuelvo a Tánger después de muchos años. Y el motivo sigue siendo trabajo, como en aquella época. Y, como entonces, el tiempo corre en mi contra; no puedo invertirlo en deleites a los que no soy inmune. Si cambié de ferry a última hora no fue por capricho, sino por una razón concreta. Os la explico a continuación, después de recapitular.

Antes de dejar la ciudad, informé a Pepa y a Paco de la nueva estupidez que estaba a punto de cometer con este viaje. Y, sorprendentemente, a los dos les pareció de una lucidez fuera de parangón. Puede que por llevar aparejada a una buena dosis de audacia. En esta ocasión, Pepa se me quedaba atrás, próxima como estaba al parto. Y todos pensamos que Paco sería más provechoso en

su cuchitril, bien conectado, recabando información y violando blindajes. Por otra parte, Curro y Laureano no eran de utilidad en esta tesitura. Placa y arma no pueden salir del territorio nacional sin los correspondientes permisos, que conllevan exigencias sustanciales en el caso de Marruecos.

Por tanto, si alguien pregunta, uno va de turista. A darme un garbeo por Tánger. Para este viaje, me he hecho de un móvil nuevo y barato, adquirido con la documentación de alguien que no diré, a fin de evitar pinchazos. A lo largo del periplo me comunicaré a través de dicho aparato.

Dejé la ciudad de madrugada, mediante un autobús de línea. Huelga comentar que dormí poco o nada: un par de cabezadas, en todo caso. Llegué, pues, quebrantado, pero dispuesto a embarcarme en el primer ferry que me pusiera en Tánger. Sin embargo, algo me hizo cambiar de opinión.

El autobús me dejó en destino mucho antes de la hora de partida del ferry. Noche oscura aún; el bar de la terminal cerrado a cal y canto. Ni una triste taza de café para sacudirme la modorra. Nada. Solo matar el tiempo. Andorreé de aquí para allá, buscando el área portuaria. Nadie se va a sorprender si digo que estos andurriales tienen mala fama; podía esperarme un mal encuentro, máxime desprovisto de placa y desarmado. Pero nada, como en el Harlem: uno lleva escrito lo de madero en la frente. No se me acercan ni a pedirme fuego.

Las primeras luces del alba me sorprendieron merodeando por el puerto, el cuerpo hecho puré. No había dormido, ni comido; solo vagado como un mendigo. Con gusto me hubiera echado sobre un parterre, de no ser porque el riego automático con frecuencia salta a estas horas. Abrieron la cafetería al fin, y a punto estuve de darle un beso al encargado. Bastó el olor del café para instalarme tal sonrisa, que a poco que se me rompe la cara. Luego, la tostada con mantequilla; uno empezaba a sentirse persona.

Una vez repuesto, aún me sobraba tiempo. Decidí estirar las piernas por el muelle. La mañana se alzaba impetuosa y me descubría el Peñón, al fondo. Sin embargo, algo muy diferente llamó mi atención.

En el embarcadero, se alineaban los grandes ferris. Parecían una extraña formación de gigantes dispuestos en parada militar. Sus morros abiertos mostraban unas entrañas repletas de camiones enormes. Estos desembarcaban en un flujo incesante, atravesando las plataformas aseguradas sobre los muelles. Transportaban sobre todo fruta, verduras y otros productos agrícolas de Marruecos. Y, cada dos o tres camiones, uno diferente pintado de blanco con un letrero azul donde ponía «Xybra España». Y, más abajo, «Productos Farmacéuticos».

Aún faltaba más de una hora para la partida de mi ferry. Invertí el

tiempo en recorrer los muelles. Interminable, el tráfico de camiones. E igualmente infinito, el flujo de los «Xybra». Mire el reloj. Paco Chaves debía estar a los mandos, en su guarida. Lo puse al tanto de la cuestión, pidiéndole que buceara en la red. Y Paco no me falló. Nunca lo hace. Tardó solo unos minutos. Y la info fue sintética.

«Xybra» es una multinacional farmacéutica radicada en Indonesia. No tiene líneas de investigación ni desarrolla nuevos productos. Se limita a fabricar y comercializar medicamentos cuya patente ya ha expirado. Lo que se conoce como medicamentos genéricos. Su estrategia de penetración en los mercados internacionales es agresiva: ofrece sus productos a un precio tan bajo que nadie puede competir. Tales manejos fueron objeto de investigación en algunos países: se le detectaron deficiencias graves en el envasado, y la multinacional fue advertida primero y después expulsada de esos países.

«¿Cómo es que se permite a «Xybra» operar en España? ¿Por qué aquí, después del desprestigio internacional?», le pregunto a Paco. «Por la puja de Berta Frías», me responde. Me explica que, para ahorrar costes, el gobierno regional ofrece, por ejemplo, todo el paracetamol para la población a aquel proveedor capaz de ofrecerlo más barato. Algo en lo que «Xybra» tiene sobrada experiencia. Y el gobierno regional no ha tenido demasiados reparos en los problemas técnicos que encontraron otros estados.

«¿Ni siquiera se hicieron comprobaciones?», pregunto. «Si se hicieron, no constan en ninguna parte», me llega de inmediato. «Debe importarles poco», remacha Paco.

Se me viene a la cabeza la novela del doctor. Me dijo que se quedó corto en muchos aspectos. De ahí su perseverancia temeraria en la cuestión. Se me ocurre una última pregunta a Paco:

«¿Por qué proceden de Marruecos los camiones de «Xybra España»?». «Ni idea», contesta. «No consta; no tenía por qué… La línea de venta de «Xybra» a Marruecos es diferente, y el envasado va en árabe y en francés».

«Paco, no te alejes de tu cabina de vuelo», le digo sarcástico. «A ver adónde va a ir uno a estas alturas», me responde.

Algo raro, pues. Tiempo, por tanto, de cambiar de ferry. De ir detrás del tufo a podrido. Como siempre. Detrás de los camiones de «Xybra» vacíos, que regresan a Marruecos en los grandes ferris para recargar. A simultanearlo con el olisqueo de las rarezas en la villa donde curra la hermana de Amina. Mucha faena para un simple turista.

Y aquí estoy, como decía antes, tomando el aire en cubierta. Admirando a «la Mujer Muerta». En el bar del ferry, los conductores de «Xybra», alegres, confiados, disfrutando de un rato de descanso. Aún falta un buen rato para la maniobra de atraque en el puerto Tánger Med.

Se me ocurre una idea malvada. Miro el reloj. Tengo tiempo. Me escurro hacia el interior del buque. Porque, además, lo conozco de sobra. Lleva dos décadas de servicio y, en su momento, hice esta travesía con mi automóvil. Conozco, pues, el camino de la borda a las entrañas del barco. Al alojamiento de los vehículos. Fue aquí donde tuve que rastrear alijos en mi época en estupefacientes.

Escaleras y portezuelas. Tener el recuerdo preciso. No dudar. De lo contrario, el personal de a bordo me preguntaría que adónde voy. En este caso, me lo tengo preparado: «a mi coche», con cara de tonto. Pero no me encuentro a nadie. Empleo tres minutos escasos en bajar. Y ahí, inmensos, tres camiones de «Xybra».

Ojo. Oído. Nada. Nadie. Solo el ruido de los motores de la nave. Y la suave mecida de las olas. Con el móvil, fotos de las matrículas. Y marchando para Paco, vía whatsapp — sí, hay cobertura —. Ahora, al primer camión. Ojo. Oído. Nada. Nadie. La compuerta de atrás, cerrada a piedra y lodo. Y las puertas de la cabina, lo mismo. Gente concienzuda, a lo que se ve.

Llega un paisano. Me hago el despistao. Los buenos días. El tipo va a su coche. Algo se le ha olvidado. Vuelve con lo que sea, sin más. Se esfuma. Otra vez: ojo, oído. Y de nuevo, nada. Nadie.

Segundo camión: como el anterior, completamente cerrado. Lo dejo. Vigilancia, otra vez. Vamos a por el tercero. Puerta trasera a cal y canto. Cabina, puerta del conductor: lo mismo. Puerta del segundo conductor, a la derecha. Milagro: se la dejó abierta.

Miro la hora. Tengo tiempo aún. Aguzo el oído: solo los motores del barco. Es crucial saber lo que se busca. Tiene que haber una hoja de ruta. Guantera. Bolsillos laterales. Una carpeta. Y cuidado con cada gesto: no se debe notar mi incursión. Pero nada. Es posible: no llevan carga; van a Marruecos, a cargar. Lo que no sé es adónde. Y de nuevo, el milagro. Bajo el sillón del segundo conductor, una tarjeta: «Café Hammouni», parte en árabe y parte en francés. En sí mismo, no quiere decir nada; puede ser solo un lugar de paso. Pero me llaman la atención unas palabras: «Près de Zone Industrielle Moghogha, Tangier». Hasta ahí llega mi francés. Foto al canto, y volando a las redes de Paco.

Un ruido ahí fuera. No puedo arriesgarme. Tengo que abortar mi registro y abandonar la cabina. Última mirada al interior antes de largarme. Como si no hubiera sido violada. Nada. Un ojo, antes de salir. Nadie. Cierro con suavidad extrema. Me dirijo hacia las escaleras. Me encuentro con una pareja de la seguridad interna del buque. El paisano de antes, que no se quedó tranquilo conmigo. Hizo bien, por otra parte. Les cuento una milonga a los seguratas. Que me mareo menos aquí abajo. Me ven sin nada en las manos y la sonrisa de idiota en la boca. A otra cosa.

En estos minutos, Paco y sus máquinas han estado ardiendo. Afirma que a «Xybra» no se le conocen instalaciones en el país vecino. O, al menos, no de modo oficial. «Xybra» distribuye en Marruecos a través de una compañía francesa, y desembarca sus productos en Casablanca. Le digo que mire si hay algo en la zona industrial Moghogha. Me responde que no. Le indico que amplíe la búsqueda: que si en tal zona hay alguna empresa de distribución farmacéutica. Me vuelve a responder que no. Que se trata de una zona industrial de recientísima creación. Ahí el metro cuadrado vale oro. Le pido que saque un listado de todas las empresas radicadas en dicha zona industrial. Me dice que es grande, que va a tardar unos minutos.

Tengo esos minutos hasta el atraque. Y, además, tengo una corazonada. La tarjeta del «Café Hammouni» puede significar algo. O quizás nada, una simple parada en un viaje de los camioneros al interior de Marruecos. Pero en el Marruecos interior hay poco más que cabras y paisanos. Lo que sea tiene que estar ahí mismo, en la zona industrial Moghogha.

Mi libreta. Aquí la tengo, junto con el lápiz y el sacapuntas. Uno puede viajar sin placa y sin arma, pero no sin libreta. Una maraña de anotaciones sin orden ni concierto. A ver, tiene que estar por aquí… Sí, míralos: los afines al Partido que viven en la villa a las afueras de Tánger. Los nombres me los sopló Luis: Andreu Rigalt Doménech y María Luisa González Romero. Y ayer mismo puse a Paco a currar. Aquí tengo lo elemental: pesos pesados del Partido, ambos en segundas nupcias y limpios, por supuesto, en la escabechina del *pen-drive*. Aún me recuerdo anotando el último whatsapp de Paco: «el matrimonio, citado en ecos de sociedad: inversores de éxito a caballo entre Europa y África, empleo provechoso de subvenciones europeas con el beneplácito del gobierno regional, presidido por Berta Frías, y el gobierno de Su Majestad, el Rey de Marruecos».

Ahora, de nuevo a Paco. Que me cruce los nombres de los susodichos con «Xybra». «Nada, Amador», responde. «Pero se me ocurre algo», añade. Yo sigo con la vista al horizonte. Mientras tanto, el barco inicia la maniobra de atraque en Tánger Med. «Espera un segundo», le leo. Y enseguida: «esta pareja ha realizado inversiones millonarias en la zona industrial Moghogha».

«Bingo, Paco», digo. «Dile a tu santa que eres mi héroe», le remacho. «Pues ella sostiene que le he arruinado la vida», me contesta socarrón. «Inversiones en *Acier du Maroq*», prosigue Paco. Y amplía el dato: «en Moghogha, esos dos no poseen metros sino kilómetros cuadrados. Te envío el link, y tú mismo. Ahí dentro cabe «Xybra España» y lo que te dé la gana, Amador. Sin que se cosquen los mejores satélites espía de los americanos».

Una última mirada al mar antes de atravesar la bocana del puerto.

Siempre me impactó ese azul tan profundo, salpicado de blanco cuando la mar se pica. Prometí volver, una y otra vez, y acabé cumpliendo. Heme aquí un último instante, sobrecogido ante el azul marino, el horizonte límpido, y allá, al fondo, la tierra que me vio nacer.

Y ya, por fin, el aviso para desembarcar por el morro del buque, bien abierto y asegurado al muelle. Desciendo de nuevo a las tripas del barco y contemplo los camiones de «Xybra», los camioneros ahora en sus cabinas. Los pasajeros atravesamos las filas de vehículos y desembarcamos primero, los pasaportes en mano. Y ahí, tras el cordón fronterizo, mi viejo amigo Ahmed, la sonrisa de oreja a oreja.

No será preciso mostrar mi pasaporte. El viejo comisario de Tánger se avanza delante de sus subordinados, y se funde en un abrazo con su amigo Amador. Conmigo, vaya. Y tengo que decir que, en estas orillas del mundo, un achuchón como este es el mejor pasaporte. La mejor tarjeta de presentación.

51. Ahmed

Tánger, una vez más. El calor es insoportable. Le digo a Ahmed que me lleve de inmediato a la zona industrial Moghogha, y este me contesta que para qué. Que ante todo soy su amigo y que el trabajo puede esperar. Y que nada va a cambiar por echar una parrafada juntos, que no nos vemos desde la Marcha Verde, o casi. Lo acepto. Decido, pues, dejarme llevar por esa sonrisa de mil cartones de tabaco y todo el café del mundo, donde no falta ningún diente, pese a los avatares de una vida policial.

Le pregunto adónde me lleva y me ordena que me calle, siempre con la sonrisa puesta. Es seductor hasta para eso. Me mete en un coche coqueto y pulcro, conducido por un chófer jovencísimo que, de español, solo sabe lo de «olé», «guapa» y poco más. Ni falta que hace, por otra parte. Porque le tengo que contar a Ahmed la milonga que me trae por tierra africana, y no me conviene tener cerca oídos inteligentes.

Tánger Med es el modernísimo puerto construido bajo «la Mujer Muerta» a cincuenta kilómetros al este de Tánger. Desde ahí, la carretera serpentea por la costa hasta la ciudad. Le explico a Ahmed mi película y él me describe los cambios de la zona desde mi última visita. Insiste en que me echaba de menos. Le contesto que las cosas al otro lado del Estrecho también han cambiado mucho. En la pasma ya no nos movemos con la libertad de antes. Tenemos que informar de cada paso. Y pedir permiso para el siguiente.

—¿Vienes en misión? — pregunta burlón. No se ha creído ni por un momento lo de informar y pedir permiso. O no en mí, obviamente.

—En misión propia. Propia y secreta, Ahmed… Si alguien pregunta, llevas décadas sin verme.

Atravesamos el nuevo Tánger, y me quedo atónito. En un parpadeo, doy por obsoleto el recuerdo que repasé durante la travesía. Es obligado hacerlo, ante la inesperada presencia de arquitecturas vanguardistas y cuidadas jardinerías. Y personal de limpieza, aquí y allá, cada dos por tres. Ahmed se ríe de mi cara de bobo. «Tienes que venir con más frecuencia», me suelta con toda la cachaza. Cruzo, pues, una ciudad nueva repleta de concesionarios de Mercedes y Audi, para caer de bruces sobre la Medina. Mi Medina. La de siempre. Que sigue

ahí; los nuevos tiempos no han podido con ella. La algarabía perpetua. Tras mil vueltas por el laberinto, el coche nos arroja sobre un restaurante. Unas palabras en árabe al tipo de la puerta. Y adentro, del tirón.

Y vuelvo a lo de antes: Tánger, una vez más. Pero este Tánger es otro. En buena medida, porque yo soy otro Amador. Y enfrente tengo a otro Ahmed. Aunque la sonrisa sea la de siempre, abriendo paso en el restaurante, consiguiendo mesa donde no la había, y plantándonos en la terraza, ciento ochenta grados sobre la bahía.

«¿Te gusta?», pregunta Ahmed. No respondo. Ya lo hace mi sonrisa por mí. Por un momento, se me olvida a lo que vine. Pero no, qué va. Somos tres a la mesa: Ahmed, yo… y Beneyto. Aunque a este, solo yo puedo verlo.

Ahmed M'rabet, comisario de la *Gendarmerie Royale* de Marruecos. A cada poco, me pone de manifiesto la vigencia de un mundo que creía desaparecido, para lo bueno y para lo malo. Por cómo consiguió mudar las expresiones del personal, sin que mediara presentación. Y por cómo les propinó un electroshock, mezcla de miedo y respeto, traducido de inmediato en todo tipo de atenciones y amabilidades. Te percatas, pues, de que aquí estos cargos confieren verdadero poder. Y que, por tanto, el ciudadano de a pie está a merced de su voluntad, de lo que le quieran hacer.

Pasadas estas impresiones, me quedo con la trayectoria y la amistad. Con la excelente comida y la vista. Y sí, subrayo lo de Ahmed: el trabajo puede esperar.

***

Ahmed y sus recovecos. He terminado de contarle los míos. El embrollo al completo, puntos, comas y signos de interrogación. Necesitaba hacerlo, la verdad sea dicha. Porque lo necesito en cuerpo y alma. En su momento, me demostró lealtad. Y yo a él, en correspondencia. Lo he notado: Beneyto sonreía, sentado a mi izquierda. Tenemos, tengo que desenredar esta maraña. Ha pasado demasiado tiempo.

Ahmed no abandona su sonrisa de condescendencia. No entiende nada. Que por qué me enfrento con el poder, pudiendo montarme en el carro y conducirlo a placer. A media partida, la expresión muda de escepticismo a impaciencia; me ha dejado ya por imposible. Intuyo que va a colaborar porque me aprecia, porque no perjudica su posición y, sobre todo, porque quiere mantener en mí el amigo que tuvo siempre. *Quid pro quo*: hoy por ti, mañana por mí. «Me la debes, Amador… Ya me lo pagarás. Si sales vivo de esta, claro está…».

Ahmed me confirma que conoce de sobra a Andreu Rigalt Doménech

y a María Luisa González Romero. «¿Y quién no los conoce?», se ríe. «Es imposible ocultar el tintineo de las monedas; es grato al oído», añade guasón. «El oro busca sin cesar las llaves que abran ciertas puertas; necesita favores… ¿Y quién es el rey de los favores en Tánger?», suelta sin dejar de sonreír.

Le pregunto por los extraños hábitos de limpieza de la villa de los empresarios, y pierde la sonrisa por primera vez. A continuación, me dice que me va a presentar a alguien que me dará la clave del secreto. Lo susurra con ojos de misterio, sabiéndome atrapado por la curiosidad profesional. Y añade que ese alguien no está en la ciudad ni hoy ni mañana, sino dentro de unos días. Que me vaya haciendo a la idea de que me quedo aquí, en Tánger. Y que no me va a dejar solo ni un momento.

La Pepa, que me llama. Que dónde me meto, que está preocupada. Le pregunto con qué móvil me habla, y me responde que con el de su tita Manoli. Posibilidad de pinchazos, cero. Recontamos a los que me saben en Tánger. A saber: ella, Paco, Amina, Luis y Ahmed.

Silencio tenso a ambos lados de la línea. Solo las respiraciones.

—Demasiada gente, Amador.

—Sí, demasiada.

—No te expongas.

—Voy con *el primo de Zumosol,* Pepa — digo, echándole un ojo a Ahmed —. Y no te imaginas el poderío.

—¿Te fías de él?

—Por completo. Además, no tengo más remedio.

—Olfato, Amador. Tu fuerte. Y a la mínima, pitando para Ceuta. O para Tarifa. A nado, si es preciso.

—¿Y el caso?

—Al carajo. Demasiado te arriesgas por esta mierda.

52. Dihya

El muecín llamó a la oración hace rato. La luz de la mañana se abre paso a través del delicado dibujo de los visillos. Despierto en un hermoso dormitorio, acompañado por matices tenues y gratas esencias. La puerta que conduce a la terraza está abierta; por ahí me llega el rugido acompasado de las olas y los graznidos de las gaviotas. En alguna habitación, una mujer canturrea en una lengua incomprensible. El canto se extravía en la penumbra del laberinto compuesto por tantos pasillos y estancias; es apenas audible. Pero yo consigo extraer el sonido de los zócalos del palacio del deseo. Y, en consecuencia, no puedo sino sonreír al nuevo día. Sin embargo, me hago el dormido. Quiero que la voz venga acá, a sacarme del lecho. Como lo acaba de hacer la luz de la mañana. Como la cadencia de las olas sobre la orilla o el graznido de las gaviotas sobre la Medina. Sí, es Tánger, a primera hora. Veinte años después.

Con todo, Dihya ignora mis deseos. Me la supongo escondida en lo más profundo de su palacete. Sabe que me la imagino aseándose, desenmarañando la mata de rizos que le cubre media espalda. Tras la ducha, sus ojos negros sonreirán al sopesarse los senos y acariciarse los pezones, oscuros como su cabello.

Ahmed me prometió que estaría acompañado en todo momento y, heme aquí, constatando que la palabra del amigo es más que oro; mucho más, por ser verdadera y tangible. Podría abandonarme al lugar común y decir que, cruzado el Estrecho, uno se entrega al ombligo de Sherezade o de la maga Circe. Ruego un minuto solo para deshacer el entuerto y aclarar las cosas.

Ayer dije que introduje a Ahmed en mis cuitas; era obligado. Accedió, pero a su modo; también es viejo y, por si fuera poco, maniático. Solo me pidió algo de tiempo para realizar algunas comprobaciones y adoptar un par de precauciones elementales. Me dijo que sería cuestión de pocos días. Pero aún quedaba el problema de mi alojamiento. Ahmed decidió cancelar mi reserva de hotel; no lo consideró seguro. Su sonrisa dicharachera oculta a un frío conocedor del lugar y, por tanto, a un calculador de todos los riesgos.

Tras contarle mi historia, el experto policía se estremeció de temor. Al fin y al cabo, yo estaba desafiando a las fuerzas vivas, a la

maquinaria del Estado, de la que ambos formamos parte. Lo dije el otro día, a propósito de mi charla con Amina: el Poder, el Estado, la Fuerza. Amina temblaba, pero a Ahmed no le llega la camisa al cuerpo. Porque, acerca del particular, tiene mucho más conocimiento de causa. Los dos sabemos que nos las vemos con monstruos de manos largas, que traspasan fronteras. Por tanto, era preciso quitarme de la circulación durante unos días. Ahmed no se fiaba ni de sus propios subordinados. Me dijo que tenía una solución. Una que nunca me habría esperado y que me conmovió las esencias.

Se trataba de Dihya. El puñal de sus ojos no era nuevo para mí. Con todo, la seda de su piel era inédita para mis dedos. La conocí hace dos décadas; ella contaría veintipocos. Una hermosísima meretriz de Tetuán, a pocos kilómetros de aquí. En aquel entonces, todo presagiaba que su destino sería lo lóbrego. Pero solo El Misericordioso conoce el destino de los hombres. Y más aun, el de las mujeres destinadas a lo lóbrego por los hombres.

Aún recuerdo aquellos carbones encendidos, atentos a cada detalle. Y aquella piel suavísima, coto exclusivo del jefe local de la *Gendarmerie* — no recuerdo el nombre —. Compartíamos cena Dihya, su dueño, Ahmed y yo. En cierto momento, Ahmed y el otro se ausentaron. Algo tenían que hablar, que no convenía que yo oyese. En un instante, Dihya me clavó los ojos. Y juro que, con ello, se aseguró de que me los grababa a fuego. Me miraba sin hablar, pestañeando lo justo, suspendiendo el momento como la que aprovecha la ocasión para disecar el alma. Y al ver regresar a los otros, susurró apenas: «¿qué haces tú con esos?».

No tuve ocasión de contestarle. Tampoco volvimos a vernos. La vida nos interpuso veinte años y un estrecho azul, como el azul marino. Al verla de nuevo, hace unas horas, me quedé sorprendido. La misma mirada, la misma piel. La hubiera reconocido en cualquier circunstancia. Da la impresión de que, al mirarte, se apodera de tus pensamientos. Hasta de sueños de los que no tienes conciencia. Eso sí: ni rastro de la tortura íntima de la meretriz que fue. Frente a mí, una princesa de cuarenta y tres. Las dos décadas transcurridas le han servido para ganar en misterio, sin restarle un ápice de magia. En la cara, dos brasas que me reconocieron al instante. Y unos labios de los que oí una orden terminante:

—Aseo completo, Amador. Cenamos dentro de un rato.

Como si el tiempo no hubiera pasado. Como si aquel momento lejano siguiera suspendido y se hubiera transformado en una confianza inexplicable. En una extraña amistad. O qué se yo; soy un negado para explicar mis adentros. Prefiero que estos sucedan, que afloren. E intuyo que Dihya también lo prefiere así.

***

Después, un momento conmigo mismo en la habitación. Tiempo para poner al día a Paco y a Pepa. Esta me confesó que no le gusta Ahmed. Y lo conoce solo de lo que le he ido contando. Me insinuó la posibilidad que yo estuviese cayendo en una maniobra dilatoria. Me preguntó una vez y otra si confío tanto en él. Y que quién demonios era Dihya. Que a ver dónde me metía, que no se fía ni un pelo. Y que no deje de estar en contacto.

Paco sostenía que no entendía nada de «Xybra España». Entre otros muchos interrogantes, no comprendía qué sentido tiene desembarcar los medicamentos en Marruecos y transportarlos luego hasta nuestro país. Al fin y al cabo, las medicinas se fabrican en Indonesia; sería mucho más barato y efectivo llevar la mercancía a uno de nuestros puertos. En la tormenta de ideas, se le ocurrió que «Xybra España» podría ser la tapadera de algo. Que vaya usted a saber de qué van llenos los camiones. Por esa razón, sería de lo más interesante practicar una toma de muestras. Por lo demás, Paco insistía en sus dificultades, dado que no tiene asignada una misión oficial en esto. Corre el riesgo de que se descubran sus indagaciones y que se le pregunte a qué demonios se dedica, y a instancias de quién.

Entre esto y lo otro, las sombras se alargaron y no tardaron en apoderarse del dormitorio. La voz del muecín cantó una vez más y, poco después, la bahía cambió de galas; dejó las del día por los destellos de la noche. Así vestida, la ensenada no era más bella, ni menos: era distinta, más refinada quizás. O más misteriosa. Y así me recibió Dihya a la hora de cenar. Ella y yo solos.

Dihya y yo comimos con mesura mientras hablábamos de estos años atrás. El viento de levante y el vino fueron animando su sonrisa a medida que expulsaban a los misterios de la mesa. Le pregunté acerca del cómo, del salón de mala muerte en Tetuán a reina y señora de la Medina de Tánger. Entonces, la sonrisa se me hizo enigmática y me admitió que, en su juventud, decidió aliarse con El Misericordioso y utilizar las cualidades que Él le había otorgado y solo a Él pertenecen. Las digo yo, que ella jamás se atrevería: belleza, sensualidad y — sobre todo — una inteligencia despiadada. Lo esencial para la escalada. Con subida rápida e irreversible.

Es manifiesto que la fe de Dihya no le impide saborear el vino. En sus propias palabras: «la prohibición es un invento de cuatro fanáticos». Además, sin unas gotas del néctar, no osaría repasar sus tiempos oscuros. De gata callejera a doméstica, y poco después, a gata de angora. Hasta conseguir hechizar a un árabe con todos los posibles del mundo. Pero, sobre todo, con más años que posibles. En este punto, Dihya vaciló antes de proseguir con su relato. El nuevo trago atestiguó

lo amargo del recuerdo. Y enseguida, la necesaria elipsis: «te alivio los detalles, Amador; es aburrido». De este modo, directos al final de la historia: Dihya convertida en reina viuda de la Medina, a los cuarenta.

Le recordé que su belleza está ahí, como el primer día. Y de inmediato le encontré una sonrisa diferente. Porque no era halago sino la pura verdad, y la corroboró en mi mirada. Hace veinte años, ella intuyó que mi palabra no era vana. Al reencontrarse con la simpleza de mi voz, Dihya levitó sobre la uva y el té, y me mostró las perlas de su boca. Me respondió cariñosa que los años no me ajaron la belleza del alma. Tampoco mintió la mujer, y por eso no mencionó lo demás, que se me cae a pedazos.

Le destaqué su triunfo sobre el mundo. Respondió con una sonrisa amarga, y subrayó lo áspero de su aislamiento. Insistí: cuántas querrían tener lo que ella, el palacete asomado a las luminarias de la bahía, su enigmática belleza detenida en el tiempo. Acentuó la amargura y contestó: hermosura que solo se muestra al espejo porque, caso de hacerlo al mundo, este le recordará que belleza que se vendió una vez, se vende siempre. Por ello, prefiere la soledad. Un instante más tarde, sonrió cálida una vez más: «pero esta noche el mundo somos nosotros, Amador».

Me preguntó sobre mi vida, pero me resistí a contestar. Demasiado dolor. Pretendí evitármelo a toda costa. Pasaron ya los años del duelo. Pero ella insistió testaruda. Quiso saber si, a diferencia de ella, conocí el amor. Y no pude negárselo. En mi relato, advertí que me envidiaba. O tal vez envidiase a mi Leo, incluso en su muerte, hace años. Porque Dihya, la bella, Dihya, la princesa de Tánger, quiso amar y ser amada; quiso encontrarse en una piel reflejo de la suya, aunque en ello se dejara la piel de la maldad. «La maldad no es condición», recalcó. «Es solo la piel de la serpiente. Que ni siquiera es maldad, te lo dice una mala. Es solo supervivencia».

Del postre, un par de cucharadas. Lo suficiente para degustar el sabor a miel y a canela. Compartimos el té a la yerbabuena y la confidencia. Luego, nos asomamos a la balaustrada a abrazar y ser abrazados por la noche eterna, acompañados por las olas y los destellos de la bahía.

Aspiré su perfume y lo fundí con el aroma del mar. Esperé, mis manos sobre la balaustrada, a que su derecha de henna viajase al dorso de mi izquierda. Porque Dihya había intuido que la bahía oscura venía a poner fin a mi duelo. Y que «Cien Años de Soledad» no es una condena, sino el título de una maravillosa novela.

Poco más diré del resto, asunto de la Princesa y mío, por ese orden estricto. La voz del muecín sonó en todo Tánger convocando a la oración antes de dormir. Pero aquella noche yo tenía una cita ineludible en el palacio del deseo. Una noche que solo acabó cuando,

ahítos del encuentro, terminé de contarle cómo veía Tánger hace veinte años, y qué impresión me causan los nuevos tiempos. Y, en esto, sonó de nuevo la voz del muecín, y el sueño nos envolvió a los dos abrazados.

En cualquier caso, la cuestión no era justa. Ella ofrecía seda cálida. Yo, en cambio, poco más que mi vieja tartana. Con todo, entregado a su sonrisa en la oscuridad, creo adivinar que a Dihya poco le importaba perder en el trueque.

Pero desfila ya la mañana y la bahía se puebla de sirenas. Me resisto a dejar un lecho impregnado de canela y miel. De henna. De Dihya. Pero ella sigue canturreando al fondo en una lengua incomprensible. Fue a asearse hace poco. Sé que desea que mi imaginación vuele al cuarto de baño, a sus manos enjabonándose la piel de seda, los senos, los pezones. Perfumándose delicadamente para el desayuno. Hoy, Dihya es otra. Y quiere ser anhelada. Así es. Pero no la llamaré ni la buscaré antes de tiempo. Quiero dejar volar mi fantasía hasta el baño y convertirme en sus manos, acariciándose los senos con agua tibia y jabón. Canta, Dihya, canta…

53. Ochenta y seis por ciento

Llamé a Amador hace un rato. Le repetí lo de ayer: no me fío ni un pelo. Ni me fío de su Ahmed, ni mucho menos de su Dihya: una furcia refiná a base de oro, incienso y mirra. Y ya me sale la misoginia; no me la quito ni con agua caliente. Pues mejor que me la vaya arrancando, que llevo en la barriga una hembra briosa. Ya no se trata de las patadas de la muchacha, sino de las contracciones. Aquí viene, pues. Sin embargo, me dice la ginecóloga que no tenga prisa. Que me espere hasta que rompa aguas y los dolores sean frecuentes. Me comunica que está de guardia; que me vaya para allá cuando me dé la real gana. Pero que no me entren las histerias de la primeriza.

Enfrente, mi Mario. Asustadísimo, la criatura. Tengo que fingir la ausencia de molestias. Termino por mandarlo a un recado, bien lejos. No soporto sus caras de angustia y sus manoteos. Insistía, una y otra vez: que si nos íbamos ya para el hospital. Y le acabo de espetar, pura acritud, que no me venía la gana de que una legión de pijamas clínicos me metiera los dedos en la entrepierna. Ya les contaría yo cómo iba lo de la dichosa dilatación. Entre contracción y contracción, me viene la preocupación por Amador, encadenado a una puta de oro. Ganas que me dan de plantarme allí, bien provista de jabón verde y un cepillo de púas, a quitarle a la tipa esa la guarrería que se pintan las moras sobre las manos.

Al responderme, Amador terminó de ponerme negra. La voz, al otro lado, no era la suya. Era la de un carajote. Un carajote con el miembro ahíto, eso sí. Ganitas me dieron de dejarlo atado a la entrepierna de la pilingui hasta que esta le extrajera todo el jugo de la sesera. Tonta que es una y cariño que le tiene al viejo. O simple sentido de la responsabilidad: a fin de cuentas, yo lo metí en la cama de la mora. Aunque lejos de la intención de una dar bríos a las carnes de un otoñal como este. Y aquí que me viene otra contracción.

Amador estuvo unos segundos en silencio. Parecía no entender una sola de mis preguntas. Como si una noche de juerga bastase para catapultármelo a otra galaxia. Decididamente, los tíos no se libran de la idiotez en su puta vida. Basta un ombligo para ponérmelos en danza. Llegan a ponerme de malísima leche. Aunque de peor leche me ponen las dueñas del ombligo. Pero al fin conseguí sacarlo del éxtasis

sexual: «Xybra España», Beneyto y el caso; Amador salía del regazo de la mora. Es posible que esta se hubiese largado a orinar y me lo dejase por un ratito. Y sí, Amador se deshipnotiza enseguida y sintoniza con lo que es y con lo que fue a hacer a la morería.

La charla coherente se prolongaba, gracias a Dios. Se notaba que la fulana andaba lejos. Habría ido a renovar trapitos. Amador me dijo que había comentado con Ahmed lo de la toma de muestras de los camiones de «Xybra». A mí me parecía una idea excelente, pero difícil de llevar a la práctica. Y mucho menos ahí, en terreno hostil. Amador me contó que Ahmed dispone de todos los medios para entretener a los camioneros durante horas, si hace falta, con un pretexto u otro. Al fin y al cabo, cuenta con la larga experiencia de la lucha contra el narcotráfico. Y puede, por tanto, aproximarse a un número de camiones, abrirlos con delicadeza y tomar una serie de muestras de lo transportado. Todo en un soplo de viento de levante, sin que nadie se percate de nada. También me dijo que es mucho mejor no tocar a los mandamases ni personarse en *Acier du Maroq*. Porque ello pondría sobre aviso a «Xybra España» y a «los malos», asumiendo que, sobre estos, todo son suposiciones.

Del todo extrañada, le pregunté a Amador acerca del entusiasmo que se toma el tal Ahmed por el asunto. Me respondió de inmediato con una carcajada sarcástica: «Pepa, Ahmed es aquí el rey de los favores… Le hice uno en su momento y tiene buena memoria. Además, sabe de sobra que podría volver a necesitarme. Porque Tánger es mucho más que una ciudad portuaria. Más que una medina de ensueño. Es sobre todo una frontera transitada. Un lugar ideal para enriquecerse, si uno dispone de buenas amistades. Claro que, si a uno solo le acompaña su sombra, se trata de la orilla perfecta para ahogarse. En el azul más bello de la Tierra».

***

La sonrisa sigue sin abandonar a Ahmed. Parece inherente a su expresión, a su esencia. Habla continuamente como si, con el silencio, temiese la llegada del tedio y la tristeza. No se dará el caso; rellena el vacío con menudencias, con chismes de frontera y del Rif. De españoles y franceses, de árabes y rifeños —no son lo mismo —. De drogas y de sexo homo u heterosexual. O de fiestas donde se entra de una tendencia y se sale de la otra. Desenreda sus habladurías como parte de un epicureísmo canalla, de una doble moral imprescindible para el equilibrio social. Y lo hace sin perder la jovialidad. O miento, que sí la pierde. Al mencionar a los barbudos, a los de Corán, se le instala un rictus de impaciencia. Pero le dura poco, en cualquier caso. «Ya se les pasará», afirma convencido. «Antes o después, tendrán que

venir a pedirme un favor», sonríe. «Y por supuesto que se lo haré».

Junto a él, Dihya. Pero esta habla con los ojos. Me mira, mira a Ahmed y me vuelve a mirar para evaluar el impacto que me causan las palabras de este. Por otra parte, Ahmed se ha percatado de la mutación habida en su Princesa. Tras una estancia de años, la tristeza recogió los bártulos y huyó de palacio esta madrugada, sin dejar el menor rastro. Ahmed sonríe, me mira, la mira y amplía su sonrisa. Sigue hablando de chismes, por evitar lo incómodo. Quiere a Dihya en el fondo y en la superficie; es del todo evidente. Le profesa el amor del que desea la felicidad del ser amado. El dolor por el amor no correspondido se intenta compensar con su pasión por las calles de Tánger. E imagino que concluye para sus adentros: «dejemos que entre la alegría en el palacio de la Medina».

Estamos en la terraza de la mansión, frente a la bahía. En el mismo lugar donde, hace apenas unas horas, la Princesa tuvo a bien reducirme a la esclavitud. Comemos ligero, sin alcohol. Pero no se trata de un mandato religioso. Lo advierto en la expresión de Ahmed, entre sonrisa y sonrisa: tenemos mucho trabajo por delante. Y luego, los sirvientes. O, mejor dicho, su ausencia. Licenciados desde ayer; hoy no se incorporaron a palacio. Paradojas tangerinas: la Princesa sirve la comida a su esclavo en presencia de su carcelero. ¿El motivo…? Ahmed lo aclara y lo oculta a la vez: saben que estoy en Tánger y, además, saben por qué. Pero el viejo comisario ha conseguido esconder al sabueso. Al menos, de momento.

—¿«Saben», Ahmed…? ¿Quiénes «saben»? — suspiro.

La pregunta me devuelve a la casilla de salida del maldito caso. Una vez más, utilizamos esa tercera del plural con la que ponemos de manifiesto nuestro absoluto desconocimiento. En este sentido, tal vez se trate de los que arrojaron a Meritxell Llopart por el hueco de la escalera. O de los que raptaron a Rosendo Beneyto de la sexta planta. O puede que se refiera a los que le ordenaron a Chabela que abriera los portones de la Mole. O, quizás, a los que organizaron el extrañísimo asesinato de Berta Frías. «Ellos». Una nube indefinida. Es posible que fueran siempre los mismos. O no. Y, en este caso, que unos tuvieran conocimiento de los otros. O no. Pero que todos actuaban — y siguen actuando — de modo coordinado, en un mismo sentido. Dirigidos por un mismo vértice, donde no sabemos si es más apropiado utilizar «él» o «ellos». O «ella», por qué no.

—¿Quiénes «saben»? — insisto.

—Solo El Misericordioso conoce la vileza del corazón de los hombres — suspira Ahmed, a su vez.

—Recibí una llamada — prosigue Ahmed, con gravedad —. Todos tenemos jefes. Tu pasaporte no pasa desapercibido; dispara ciertas alarmas. El de arriba me preguntó si tenía constancia de tu estancia

aquí y, en caso positivo, del propósito. Me transmitió que había inquietud a niveles muy altos, tanto de España como de Marruecos. Tuve que mentir al respecto, Amador. Mi intuición inicial era certera: tu libre tránsito por la ciudad es peligroso. Por tanto, las medidas adoptadas son de lo más oportunas. Puede que incluso salvadoras. Y si se llegara a demostrar mi colaboración contigo, mintiendo a la jerarquía… Prefiero tenerte aquí, y encargarme yo del asunto. Por los indicios, creo que va a durar muy poco. Se me ocurre… — tosecilla de fumador —. Se me ocurre incluso que podrías volver a España hasta que todo esté…

Se hace un pesado silencio en la terraza. Solo las gaviotas, las olas y las sirenas de los barcos. De repente, la llamada a la oración de la tarde. Con todo, la Princesa convertida en esclava se niega a ir a preparar el té. Algo de especial importancia para ella se dirime en esta conversación. Sus ojos negrísimos viajan de Ahmed a mí y vuelta, sin atreverse a emitir un suspiro. Porque así se les enseñó a las mujeres de esta orilla del mundo, en ágapes y convites. Y porque así se les remachó, aun más, a las hermosas hetairas que hacen de su fina piel el obsequio para celebrar lo acordado en estas sobremesas.

—Pero, pensándolo mejor… — continúa Ahmed, siempre serio —. Ahora están advertidos. Tu pasaporte de vuelta a España y el regreso a Marruecos, dentro de unos días… Peor, mucho peor. Mis superiores podrían desconfiar y traerse a un par de agentes de Rabat. Mejor te quedas como estás. Seguro que a Dihya no le plantea problema alguno, ¿verdad?

Una expresión radiante contesta por ella. Aclarado el problema que la consumía, Dihya decide que ahora es el momento perfecto para preparar ese té a la yerbabuena que nos tenía prometido.

—No entiendo nada — respondo a mi amigo —. Espero en la mejor de las compañías. Podría incluso encerrarme aquí hasta el final de mis días. Pero sigo sin saber lo que espero.

—Por un lado, esperamos los resultados, Amador.

—¿Qué resultados? No me contaste nada de eso.

—Lo hago ahora. No estuve inactivo mientras le devolvías la sonrisa a Dihya — el gesto burlón vuelve a la expresión de Ahmed —. Di las órdenes en secreto sin dar explicaciones. Protocolo habitual de rastreo de estupefacientes. Eso no me causa ningún problema. Sí que lo hace, en cambio, el hecho de que me vinculen contigo. Y que alguien con dos dedos de frente relacione tu llegada con que, casi de inmediato, procedo a enviar unas muestras a París.

—¿A París?

—La discreción es fundamental, Amador. Aquí todos creen que se trata de un alijo. Lo de siempre. Y Rabat tiene que pensar lo mismo. Por eso, he usado los canales habituales. El tiempo vuela. Como

cuando aprehendemos cualquier cosa y tenemos que saber de qué se trata, qué pureza tiene, cuál es su origen probable y, en consecuencia, qué red mafiosa está implicada. Imagínate el dispositivo que acabo de emplear: acechar la zona industrial y diferenciar tres tipos de vehículos de «Xybra España»: los que vienen de Indonesia, los que salen para España y los que vuelven vacíos de España, a recargarse. Abrirlos, tomar muestras y cerrarlos sin que se note nada. Todo muy rápido, en silencio absoluto. Los míos están habituados a tener la boca cerrada; les va en ello un pingüe modo de vida. Los camioneros están acostumbrados a los controles de la *Gendarmerie*; no debe extrañarles. Pero alguno podría decir algo; nunca se está del todo seguro. Después, hemos tenido que clasificar la muestras, etiquetarlas y embalarlas correctamente. Embarcadas en un avión militar destino Paris Charles de Gaulle, de madrugada. Los resultados, en pocas horas. Pero no puedo evitar que todo se sepa en Rabat. Cada paso. Y por qué. Tengo que fabricarme una excusa.

—Eres un amigo, Ahmed.

—Te lo debía. Por los viejos tiempos.

—Pero el tiempo pasa. Es injusto pedirle a Dihya que me sirva y que se incomode. El palacio es enorme. Prescindir del servicio…

—También eso está previsto, Amador. A primera hora, Dihya y tú permaneceréis en medio palacio, aislado del otro medio por varias puertas cerradas con llave. El personal de servicio realizará la limpieza, traerá los alimentos y preparará la comida. A partir de cierta hora, os pasáis al medio palacio limpio. El personal terminará la limpieza del resto, y se marchará por otra puerta. Como si no estuvieras.

—Como está pasando en la villa de…

—Tú de eso no sabes nada — Ahmed deja de sonreír bruscamente —. Y por el bien de Dihya, mejor que no lo sepas. Lo sabrás todo en su momento. Muestras sobradas te estoy dando de que puedes confiar en mí.

***

Dihya es una fuente de agua salada. En ella, intentas en vano calmar tu sed, como si se tratara de diluir un pasado tenebroso en el sosiego del olvido. Mi dueña desgrana sus relatos mientras bebo de su piel y de su sonrisa, sin temor a encontrarme sin fuerzas.

Renueva Dihya las picardías de cortesana; todo vale si me restituye el brío. Abunda en narraciones eróticas de temática variopinta. De esposas insatisfechas y de ninfas temerosas ante su primera vez. De respetables amas de casa convertidas en prostitutas clandestinas, y de los mil y un trucos de novias para engañar a su amado y verse con

otro novio, más amado aun pero menos conveniente. Luego sofoca una carcajada, y confiesa que no son cuentos de Sherezade, sino historias de la vida real, aprendidas en los burdeles de labios de sus protagonistas. Y, entre relato y relato, el fuego húmedo de sus labios recorriéndome la piel, recobro la fuerza perdida.

—¿Lo ves? — sonríe otra vez, de lo más pícara —. No falla.

—Todos somos iguales — admito con resignación.

—De eso nada, Amador — afirma la sonrisa perlada, poniendo el énfasis sobre mi nombre. Luego, quiere perderse sobre mi pecho y, más abajo, sobre mi vigor recuperado.

Tras consumar, Dihya decide guardar silencio. Acaricio su melena y la atraigo contra mí, frente a mí. Cruzamos miradas y, después, nos fundimos en un beso eterno. Para volver a cruzar miradas y descubrirle ahora un aire triste, a distancia de sus historias picantes. Le pregunto con el gesto, y las yemas de sus dedos se pierden en mi pecho, como si quisieran apoderarse de mí. Le vuelvo a preguntar y, entonces, se confiesa:

—¿Qué harás cuando esto termine?

Y sus caricias, sus ojos negros no me dejan contestar. Probablemente, porque intuye que en este momento no tengo una respuesta que darle. O porque puede que ella misma esté fabricando la que quiere oír.

Dándose cuenta del significado de mi silencio, sonríe una vez más y abandona el lecho. Se acerca a la terraza a contemplar el ocaso sobre la bahía, mientras me muestra su espalda desnuda. O miento, que la cubre la espléndida melena de rizos negros, larga hasta la cintura. Luego se vuelve hacia mí, la sonrisa siempre puesta. Después me deja solo, el veneno dentro. Al salir de la habitación, de nuevo la cancioncilla en la lengua extraña.

Dihya, querida. Dihya, deseada. Me acabas de dejar, y ya me siento morir de frío.

***

Primera hora de la mañana, una vez más. Hace unos minutos que desayuné con Dihya. Y me desdigo enseguida. Porque acabo de decir «una vez más», y me reconozco en ello una mentira canallesca. Enmendando mi propio yerro, subrayo que, con Dihya, cada mañana es la primera vez, una ocasión singular, portadora de algún detalle memorable: una sonrisa, una mirada, una prenda nueva. Una experiencia a descubrir y grabar sobre las circunvoluciones de un cerebro desorientado, desnortado ante el súbito atropello de novedades cuando, de la vida, uno solo esperaba hastío y monotonía.

No insisto lo suficiente: a mi edad, aún me sorprendo ante emociones que me avergüenza confesar. Las creía dormidas u olvidadas, propias

de la juventud. Como si, de modo inesperado, un rescoldo que creía apagado se hubiera avivado en mi interior. En su avance desenvuelto sobre mi aliento, Dihya no deja de asombrarme. Como si no tuviera tiempo que perder o, mejor aun, como si atrapara el tiempo perdido de un manotazo.

Soy suyo. Tal es su privilegio. Y lo ejerce sin piedad. Sin derecho a réplica, por mi parte. Tras el fuego de la amante, le encuentro a Dihya las peculiaridades de la esposa. Como, por ejemplo, que me insista en que no le unte al pan demasiada mantequilla. Y que tengo que perder un poco de peso.

Al rato, me deja recluido para entenderse con el servicio. En teoría, dispondría de su conexión a internet, pero ni se me pasa por la cabeza emplearla. En su lugar, se me ocurre usar mi móvil, aún no fichado —que yo sepa —. Sin embargo, lo contemplo con desconfianza. Prefiero permanecer sobre la balaustrada, a ver transcurrir el tiempo. Y, de repente, tono de llamada. Dudo si contestar. Pero se trata de Ahmed. Mientras conecto, pienso que estoy perdiendo la razón. Solo Dihya consigue relajar mis nervios y hacerme olvidar el confinamiento.

—Dime — suelto tenso.

—Vuélvete a España — ordena Ahmed entre carcajadas —. Estás persiguiendo a un fantasma.

—No me cabe la menor duda, moro cabrón — le replico con aspereza. Entre nosotros, valen estas confianzas. Toso dos veces, y añado:

—Tengo al puto Beneyto metido en la cabeza.

Ahmed se parte de la risa al otro lado de la línea. De fondo, me llega un rumor difícil de interpretar.

—Pastillas. Solo eso. En *Acier du Maroq* solo entran y salen medicamentos — prosigue Ahmed con sorna.

—¿Qué tipo de medicamentos?

—De uso común: para la tensión, el colesterol, la diabetes… antibióticos. El muestreo fue amplio. Como hacemos con narcóticos. Identificamos los camiones con precisión y abrimos lotes concretos sin que se notase nada. A la entrada y la salida. Los mismos lotes. Acción quirúrgica, ya te dije. Y son los mismos medicamentos. Aquí tengo el informe.

—¿Dónde estás, Ahmed, que oigo ruido de fondo? Esas risas de mujer, esa música…

Nueva salva de carcajadas, interrumpida por una tos de fumador.

—A ver, Amador, me vine a ver a unas amigas… Tengo mal de amores, ¿sabes? Un bandido español me robó a la que más quería.

Se interrumpe otra vez entre risas. Tempranito que se inició la juerga.

—Ahmed, céntrate antes de que el hachís te nuble el sentido… ¿Una inversión millonaria para meter pastillas por una puerta y sacarlas por

la otra? ¿No es más barato enviarlas directamente a destino?

—Ni idea, Amador, qué quieres que te diga… A menudo, tus compatriotas hacen cosas rarísimas. A lo mejor, se trata de una tapadera para lavar dinero negro… ¡Qué sé yo…! Mi gobierno no va a meter la nariz en algo que le está dejando una suculenta tajada. Y te aseguro que no puedo seguir en esto sin llamar la atención ni dar explicaciones. Pero antes de dar parte puedo enviarte copia del informe. Dame una dirección de correo electrónico.

Miro al portátil y me entran escalofríos. Quién sabe el nivel de seguridad y si, al utilizarlo, todo vuela en pedazos. Con todo, me puede la curiosidad. Me acaba de volver la corazonada: medicamentos de Indonesia pasando por Marruecos… No, no tiene pies ni cabeza. Y tampoco que gente del Partido — «el tintineo de las monedas es imposible de ocultar», en palabras de Ahmed — haga una gran inversión implicando a Su Majestad y a la difunta Berta Frías para darle un paseo a las pastillas por la zona industrial más cara de Tánger. Y mucho menos si lo hacen de modo clandestino, bajo la tapadera de *Acier du Maroq*.

Con todo, mi situación acá es de total impotencia. No puedo pedirle a Ahmed que haga más. De hecho, lo realizado ha sorprendido a la misma Pepa. Tengo — tenemos — encima a la inteligencia de dos naciones. Y viendo los antecedentes del caso, en España, es preferible prestar atención al fino verbo de Ahmed: mejor recluirme aquí con Dihya. Más allá de las ventajas que me proporciona su hospitalidad, se trata de una cuestión de supervivencia.

Me queda el informe de París. Solo eso. Un informe que establece que, en las muestras analizadas, solo se detectaron medicamentos. Los mismos a la entrada, desde Indonesia, que a la salida para España. ¿Y eso es todo…? La corazonada, de nuevo: tiene que haber algo más. «Cuatro ojos ven más que dos»; «el diablo está en los detalles»; «agarrarse a un clavo ardiendo…». Podría recitar todo el refranero para subrayar mi soledad en este asunto. El informe es el último cartucho. Busquemos algún detalle que no fue interpretable para los de París, pero que podría serlo para mí. Al asunto, pues: en busca de una menudencia inadvertida para Ahmed, entregado a los vapores matinales del hachís y sus mujeres de sustitución.

—¿Amador, sigues ahí? — al otro lado de la línea, Ahmed está extrañado de lo prolongado de mi silencio.

Llega Dihya. De repente, su sonrisa seductora despierta un chispazo en lo más profundo de mis sesos.

—Sí, Ahmed, aquí sigo. Sí… Envía el informe al correo de Dihya. Así no comprometo mi posición.

Dihya asiente, sintiéndose útil para un asunto del que solo conoce algunos retazos. Se oye el trasteo allá, al otro lado de la línea.

Después, un: «¡ahí lo tenéis!». No puedo reprimir un «¡de puta madre!». De inmediato, Dihya me propina un cogotazo, mientras me espeta: «¡esa lengua, español!».

***

Ochenta y seis por ciento. Es la clave de la cuestión. O debe serlo, aunque escape a mi entendimiento. A Ahmed se le ha pasado por completo. Y no lo comprendo; es el sabueso más viejo del Estrecho, capaz de oler un gramo de heroína a cinco kilómetros, oculto bajo un blindaje de siete milímetros.

Hace rato que Dihya abrió su correo y descargó el informe del laboratorio francés. Que menos mal que cuento con ella, dicho sea de paso. Porque está escrito en ese idioma, como cabría esperarse. Me lo ha traducido y, juntos, lo hemos interpretado como hemos podido. Porque a ver quién tiene narices de meterle el diente a un informe técnico de veintiséis páginas. Y, por si fuera poco, en la lengua de Molière.

Claro que a Dihya le salió una mujer de mundo que uno no se podía imaginar. Es obvio que no me lo había contado todo acerca de sus idas y venidas. De entrada, se le ocurrió reenviar una copia de seguridad a la dirección que yo le diera, siempre que no delatara mi posición. Le envié un whatsapp a Paco, solicitándole una dirección de correo electrónico segura. Me contestó en décimas de segundo aportando lo requerido. Se trataba de una cuenta a nombre de su mujer. Esta no la empleaba, y se la había cedido a su marido para estos propósitos. A priori, la consideré a salvo de intromisiones y espionajes.

Informe a salvo, pues. Luego, a Dihya se le ocurrió llamar al número que proporcionaba el laboratorio y preguntar por *Monsieur le Docteur*, signatario del informe. Según rezaba al pie del mismo, se ponía atentamente a nuestra disposición para cualquier duda o aclaración.

Mi Dihya me llevaba de sorpresa en sorpresa. Su francés era digno de Juliette Binoche. O eso me sonaba a mí, claro está, que de francés ando corto y cojo. Pero, al modo de la actriz, le salió enseguida la firmeza de la parisina enrabietada, que algo sé del tema. Según adiviné, se peleó con la tipa de la centralita y con un par de mindundis más hasta que por fin consiguió acceso a *Monsieur le Docteur*. Señor que, dicho sea de paso, no mostraba ninguna disposición a atendernos, en patente contradicción con lo expresado al pie del informe.

Impasse peligroso. Yo me maldecía por haber perdido el contacto con Sandra Rochefort. Seguro que hubiera sido de gran ayuda en esta tesitura. Me juego mi libreta a que conoce intimidades de *Monsieur le Directeur Général* — o incluso *Monsieur Le Ministre* —, cuya invocación

hubiera desbloqueado de inmediato una situación tan enojosa.

Pero no fue preciso. Mi Dihya elevó el tono y se identificó como subinspectora de la *Gendarmerie Royale* de Tánger. Y que iba a formalizar una reclamación *ad personam* por incumplimiento de contrato con resultado de frustración de misión institucional. Al final, consiguió poner al tipo en firmes. *Monsieur* accedió, pues, a proporcionar una explicación detallada del tocho de las veintitantas páginas, durante todo el tiempo que fuera necesario.

Una vez domada, la voz de *Monsieur le Docteur* sonaba solemne. Como si se tratase de su discurso de entrada en *l'Académie des Sciences*. En primer lugar, felicitó a la señora subinspectora por el procedimiento de toma de muestras, identificación, empaquetado y envío. No se apreciaba artefacto ni daño del material en el transporte desde Tánger a los laboratorios de Paris. Los análisis se han efectuado en tiempo récord sobre noventa y dos envases de medicamentos, todos de «Xybra España», reuniendo los requisitos en vigor para la comercialización en el mercado español, según le informan sus asesores. Estos envases se dividen en dos grupos de cuarenta y seis fármacos diferentes. La muestra, pues, se organiza en dos mitades exactamente iguales, clasificada por un único criterio: cuarenta y seis envases etiquetados como «entrada», y otros tantos etiquetados como «salida». *Monsieur le Docteur* insistía, a riesgo de ser reiterativo: para cada tipo de medicamento, hay un envase de «entrada» y otro de «salida». Cuarenta y seis medicamentos diferentes en dos grupos, haciendo un total de noventa y dos envases.

«Concienzudo, Ahmed», pensé. «Método preciso. Se ve ahí al poli experto en la detección del alijo bien oculto bajo la apariencia de juguetes, pegamento, material de construcción… o medicamentos».

«Analizadas todas las muestras en tiempo récord — remachaba *Monsieur* —, confirmamos que cada sustancia etiquetada como «salida» es idéntica a su «entrada» respectiva. Pero los procedimientos realizados detectan que cada comprimido o cápsula, a la salida, presenta menos cantidad que a la entrada. Con todo, paquete a paquete, son idénticos, inalterados, misma fecha de caducidad. Pero que, forzosamente, los medicamentos se han extraído de sus envases o sus blíster para generar polvo medicamentoso, y reconstruir cápsulas o comprimidos en envases idénticos a los originales. Cápsulas o comprimidos que contienen una cantidad de medicamento inferior a la que contenían al entrar. A la salida, la reducción aplicada es casi idéntica para todos los principios activos. Un ochenta y cinco con nueve por ciento para el paracetamol, un ochenta y cinco con noventa y dos para el ibuprofeno, un ochenta y seis con dos centésimas para amoxicilina-clavulánico o un ochenta y seis con tres centésimas para el valproato sódico. Y así para todos. De media, un ochenta y seis por

ciento a la salida, sobre el cien por cien de la cantidad a la entrada». Como nota personal, *Monsieur le Docteur* expresó que no atinaba a comprender el sentido de la maniobra.

Dihya terminó disculpándose por el tono tenso de la entrevista; modos corteses, pues, una vez conseguido el objetivo. Colgó y suspiramos, sin conseguir entender nada.

Una centésima de segundo más tarde, el escalofrío. Aun sin comprenderlo, el hallazgo parece significativo. Considero que enviar copia solo a Paco es arriesgado. Al fin y al cabo, está bajo sospecha, como lo estamos todos. Parece más prudente abrir el abanico de destinatarios, aun a riesgo de ser descubierto. Lo sopeso durante un momento. Y sí, mejor; redacto un mensaje para Luci con copia adjunta del informe. En el correo, hago una breve reseña del procedimiento a fin de facilitar la comprensión del mismo. E insisto en que lo haga llegar al doctor y al juzgado. Y, por supuesto, deprisa, muy deprisa. A tantos no pueden interceptar.

Luego, Dihya se sonríe picarona ante las páginas. Los porcentajes. Las conclusiones. Todo estaba en letra pequeña.

—Sé dónde estaba Ahmed — asegura —. Tiene su orgullo, el viejo galán. En alegre compañía, se niega a usar las gafas de cerca. Del informe, se quedó solo con la letra grande: los nombres de los medicamentos. Se le escapó el resto.

—«Cuatro ojos ven más que dos…»; «el diablo está en los detalles».

—¿Qué murmuras entre dientes, español?

—Ven… Acércate.

54. Las Tumbas Púnicas

«Ya viene el día; ya viene, madre…»

Esta mañana, Dihya ha decidido cantar en mi lengua. Lleva con la misma copla desde la oración del mediodía. Conoce la letra a la perfección, palabra a palabra. Me devuelve a mis tiempos de chico, *ancá* mi abuela. Allí a la vera, vivía una chavala que se entonaba, y cómo. Con esta que canta Dihya, y con otras muchas. Mis oídos de niño se quedaron con la copla. Pero, a cambio, la cantora se quedó para siempre con mis ojos… ¿Qué habrá sido de ella?

«*Ya viene el día, ya viene madre…*», canta Dihya. Al hacerlo, le encuentro el acento de Cádiz, Puerta Tierra para adentro, denotando que, aquí donde estamos, el Estrecho es más posibilidad que amenaza. Y que el aire y sus ondas transmiten mucho más que telediarios y partidos de fútbol.

Pero Dihya no se entona para entregarme a la nostalgia. Más bien al contrario: a su lado, la nostalgia carece de sentido y fundamento. La antigua canción voló de la memoria a los labios de Dihya con la llamada de Ahmed, tras el desayuno. El comunicado era sucinto: que abandonaba mi encierro. Ya podía recoger mis cosas y prepararme para el encuentro. Por fin se me permitiría saber. Si me atrevía a acudir a la cita, claro está.

Me quedé perplejo, el móvil en la mano y Ahmed al otro lado de la línea. De nuevo, él y sus risas pícaras: «¿Amador…? ¿Se os fue la mano ayer con el *kifi*? ¡Pégate un cafelazo, hombre!». Enfrente, la sonrisa burlona de Dihya, perfecta conocedora de lo que se tramaba: «¿te lo preparo en un momento…? Tenemos tiempo».

—¿Ya no te interesa la villa de los empresarios del Partido? — me espeta Ahmed, sin abandonar la risa.

La saeta me llega tan adentro como el café que me dispongo a tomar. Dihya me lo sirve frente a la cara de idiota que se me acaba de poner. De repente, me pregunto dónde demonios he estado estos días. Me respondo que en el regazo de la maga Circe, fumando *kifi*, dejando vagar las yemas de mis dedos alrededor de la seda oscura de su ombligo, mientras ella acariciaba mis canas y me contaba cuentos de burdel.

Sin embargo, fue esto lo que me trajo aquí; ya lo recuerdo. Luego vi los camiones de «Xybra» en el ferry y la sonrisa de Ahmed. Él me llevó de un lado al otro. Y después, la piel de Dihya y sus cantares. Las cenas sobre la bahía. La calima de Tánger enlentece el tiempo, pero no lo detiene del todo. He aquí la realidad, una vez más, tomándome el pellejo al asalto.

—Paso a recogerte dentro de media hora.

Ahmed escupe la orden y cuelga. Me admito una ración de inseguridad. No sé a lo que voy. Antes de obedecer, cedo a un resorte íntimo: llamada a Pepa. Voz, no whatsapp. Pero es su chico el que la recibe. Me identifico y me reconoce. Está nervioso, y con motivo: Pepa está en el paritorio. Un beso para Pepa y que llamo después. A Paco, un whatsapp. Porque ese no responde a voz. Que me llevan a no sé dónde, a ver a no sé quién. Y que no sé si resolveré algo o no. Ni siquiera si salgo de esta o si nunca más se supo de mí. Y en esta posibilidad, besos para Pepa y un saludo cariñoso para mis gaviotas del Algarve, si las ve.

Después, observo a Dihya mientras lo dispone todo con minuciosidad. Constato que mi encierro terminó esta misma mañana; se acabó lo del medio palacio y lo de ocultarme al servicio. Poco dura la holganza, en cualquier caso: al baño, ropa limpia. Y al coche, de cabeza; me espera en la misma puerta. Mientras tanto, la dueña y señora del palacio no deja de mirarme. Y canturrea: «ay, que me diga que sí… ay, que me diga que no…».

El coche oscuro, enorme, los vidrios blindados. Dentro, Ahmed, la sonrisa puesta. Parece tranquilo. No presenta la calma tensa de otras ocasiones. Me vuelvo un instante. Ahí está Dihya aún, el caftán ribeteado. El desafío de mostrarse a la mañana con la melena suelta, aunque sin atreverse a sumergirse en la calle de tal guisa. Luego, la pierdo de vista y miro adelante, a la Medina. A sus recovecos. Pero tardamos nada en salir de ella y buscar la zona extramuros, en la parte alta de la ciudad.

—¿Adónde me llevas, Ahmed?

—Está cerca.

En efecto, no tardamos. Son tres calles. Cuatro villas elegantes. Un poco más allá, una plaza ajardinada donde aparcamos. Se abre un camino flanqueado por hermosos árboles y, al fondo, el Estrecho. Un mar azul profundo. Bellísimo. Orlado por una franja oscura, encima de todo. España.

Al final del camino, las tumbas púnicas. Ahora me golpea el recuerdo. Estuve aquí hace mucho tiempo. Es un lugar idílico para la reflexión, para la nostalgia. Para la soledad. El aire es fresco, limpio. Y ahí abajo, todo el mar. De hecho, me extraña no encontrar a nadie. Es sitio de lugareños, sobre todo mujeres. Ensueñan. Quién sabe en qué

piensan.

Pero hoy no, quién sabe por qué. Podría preguntárselo a Ahmed, que camina a mi lado. Al volverme hacia él, reparo en que todos los accesos a la plaza están vigilados. Una serie de guripas de chaqueta y corbata controlan las vías de entrada. Además, un coche oscuro y negro como el nuestro está estacionado en una de las calles de acceso, como esperando a alguien.

Sin embargo, me percato de que ese alguien me espera a mí, y de que Ahmed me conduce a su presencia. Ahí, dándonos la espalda mientras zambulle su mirada en el azul infinito de las aguas del Estrecho. Una figura en una chilaba verde esmeralda, la cabeza cubierta con la capucha. Contrasta con el azul marino, al fondo. Alta, corpulenta, un hombro más alto que el otro. De una primera impresión, podría ser hombre o mujer. Conforme me acerco, adquiero la certeza de que se trata de lo segundo. Una mujer particularmente alta, con los pies metidos en el hueco de piedra de una tumba púnica. Un hueco construido hace dos mil y pico de años para albergar un ataúd de plomo.

Últimos metros. Ahmed se detiene. Lo miro y me sonríe, como siempre. De un gesto, me indica que la cita es solo para mí. Se vuelve y desanda lo andado hasta el coche que nos ha traído hasta aquí. Y yo me vuelvo a contemplar la enorme figura femenina recortada sobre la piedra y el mar.

Un paso. Dos. Al llegar, me detengo a una distancia de respeto. Ahora le aprecio las manos, las pulseras doradas y las uñas largas, pintadas de rojo sangre. De algo me son familiares esos brazos largos, esas manos grandes, esa forma de adornárselas.

—Ya te cuesta decidirte, Amador — dándome la espalda, me habla una voz familiar. Lo hace con un acento propio de la ciudad de la que provengo. Hasta podría concretar el barrio. Podría incluso asegurar que oí esa voz mil veces en los medios.

—Estas citas a ciegas, compréndalo — digo, por decir algo, apreciando cómo la chilaba intenta ocultar una deformidad ostensible en la espalda.

Me animo a situarme a su lado. Es imposible plantarme enfrente: la mujer no abandona su posición, frente al mar, y de la tumba arranca una pendiente pronunciada cuesta abajo. Al aproximarme a su derecha, advierto que la mujer lleva velo completo y gafas de sol. Casi imposible reconocerla. Con todo, creo que ya lo he hecho.

—Supongo que no tiene sentido preguntarle quién es, señora. Si usted lo hubiera querido, Ahmed ya me la habría anunciado. O se me habría presentado usted a rostro descubierto.

—Lo muertos no tenemos identidad ni sustancia. Somos polvo, nada.

—Pero los muertos no hablan. Y usted lo hace con claridad.

—Tutéame, Amador. De algún modo, somos viejos conocidos. Y ahora, escucha con atención: ¿qué hago aquí, muerta en vida?

—A eso vine, a escuchar… ¿Puedo llamarte por tu nombre?

—Ni se te ocurra, madero. Estás insinuando el nombre de una que fue asesinada y su cadáver incinerado, ¿no ves las noticias?

—Sí, sí que las veo. ¿Me puedes explicar entonces por qué te mataron… de un modo tan imperfecto?

—Es el acuerdo al que llegamos. Lo del maletín estaba bien calculado. Mi firma era inculpatoria. Tu Sepúlveda fue certero: quería mi cabeza, y la consiguió. Pero no sabía de la misa la mitad, el buen doctor.

—¿Y qué tenía que saber, si puede saberse?

—Los papeles que ahora obran en tu poder, madero. No el qué, sino para qué. Los médicos se pierden en la medicina.

—¿Los del ochenta y seis por ciento?

—Exacto. Por «Xybra» estamos aquí. Tú vivo y yo muerta.

—¿Qué conseguís rebajando las dosis?

—Los lameculos de los farmacéuticos de servicios centrales nos aseguraron que no se notaría. Que los crónicos cumplen poco el tratamiento. Y que una reducción de dosis de ese calibre pasaría completamente inadvertida.

—Ya. Pero sigues sin responderme a la pregunta.

—Dinero. Muchísimo dinero.

—Explícamelo.

—¿Cuánta gente vive ahí enfrente, Amador? En la región, digo.

—Varios millones. Más que en algunos países de Europa.

—¿Sabes de qué va la puja de medicamentos?

—En líneas generales. Es como la licitación de obra pública. Todo legal, en apariencia. A los mercados mundiales, les decís: compraré, para toda la población, el ibuprofeno más barato, por poner un ejemplo. Concedéis un monopolio temporal para un laboratorio de genéricos. Y nadie osa abrir la boca. Porque, en principio, ahorra dinero público.

—Pero estás aquí para saber, Amador. Y una muerta ya no mueve ficha. Créeme, pues: la puja se amañó. «Xybra» era y es poco menos que un paria internacional. Obtenía de nosotros un balón de oxígeno. Por eso se avino a aceptar ciertas condiciones. Como, por ejemplo, pasar los medicamentos por el desvío tangerino. A fin de que las dosis llevasen solo un ochenta y seis por ciento de lo que declaran contener. Y sin que nadie se coscase o pusiese el grito en el cielo.

—¿Qué hacéis con el catorce por ciento restante?

—Ese es el rol de mis anfitriones aquí. Vuelven a envasar la medicación con discreción y la revenden en varios países. El catorce por ciento de la medicación prevista para toda la población constituye un verdadero dineral. Se lava mediante sociedades interpuestas,

fiscalmente opacas. Y genera lo necesario para financiar una tupida red de prensa, radio y cadenas de televisión, además de un sinnúmero de cuentas de internet. Todos los medios locales a sueldo del Partido, Amador. Y todos, sirviendo *la verdad*. La que conviene para generar una opinión determinada. Una mentalidad concreta. Un sistema de valores. Uno que crea buenos y malos, verdades y mentiras. Un flujo informativo que oculta ciertos hechos o los hace palidecer, mientras que a otros se les da una importancia capital. Y así, cada día, sirviendo el mensaje mientras uno se prepara el almuerzo o repara una moto en el taller. O espantando el silencio en el bar, mientras los desempleados escupen su amargura sobre el dominó o las cartas. Sí, Amador, hay que fabricarles ilusiones. O chivos expiatorios. Y se los fabricamos, por supuesto, mientras les imprimimos las papeletas de voto. Todo un sistema concebido para apartar su atención de la pobreza y de la falta de expectativas. O, caso de que se den cuenta, para culpabilizar a los cabrones de la oposición, del gobierno central, de las instituciones europeas o a los mismos americanos… Y ese es solo uno de los destinos del dinero. Hay que detener iniciativas peligrosas en los tribunales de Justicia o, por el contrario, animar otras *dormidas* o *atascadas*, interesantes o imprescindibles para seguir *navegando*. Para ello, hay que eliminar pruebas aquí o fabricarlas allá, a conveniencia de la *máquina* del Partido. La administración de Justicia, del juez para abajo, está compuesta por humanos; conocemos sus miserias, sus flaquezas… ¡Es tan fácil! Pero, además, hay que *apagar incendios* sindicales que amenazan con llevar a la revuelta a comarcas enteras. Y del organigrama sindical te digo lo mismo que te decía del judicial: gente, al fin y al cabo. Pero, si tuviera que elegir lo más importante, destacaría una nutrida red de agentes locales capaces de rastrear la pobreza, y aliviarla de modo selectivo. Es así como cientos de miles de familias, ahí enfrente, vinculan el llegar a fin de mes con la mano del Partido; gratitud eterna, garantía de voto. Hay más, mucho más, Amador, pero el tiempo apremia. En cualquier caso, ¿cómo crees que se construye una hegemonía de partido? A fin de cuentas, la democracia es eso: que el pueblo elija. Siempre que elija *lo adecuado*, claro está. Y ya nos ocupamos de que no tenga dudas al respecto.

—¿Ordenaste secuestrar, torturar y asesinar a Rosendo Beneyto?

—A un hermano no se le hace eso. O no, en política. Y menos en la política doméstica. A las malas, a un hermano se le pone la zancadilla. Juegos de niños, a fin de mandarlo al Senado o al Parlamento Europeo. O si te cae muy gordo, a aburrirse en la dirección de una escuela-taller. A Rosendo lo mataron ellos. Los otros.

—¿«Ellos»…?

—Los que me obligaron a firmar los papeles del maletín. Los mismos que le dieron las órdenes a Chabela. Gente que nos usa como

marionetas. Solo que el muy iluso de Rosendo se creyó que podría luchar contra ellos. Y ya ves el resultado. Cuando vi el maletín en el juzgado, me alarmé y contacté con ellos. Entonces, me propusieron lo del atentado. Al fin y al cabo, la muerte extingue las responsabilidades y diluye las investigaciones. Y muerta estoy: el tufo no hay quien lo soporte.

—Insisto, ¿quiénes son «ellos»?

—A ver, Amador, que tienes una buena cabeza. Sin embargo, a veces te cortocircuitas, ¿crees que lo de venir aquí fue idea tuya…? Desengáñate; ni el más lúcido controla uno solo de sus pasos. Fui yo la que te atraje. Lo sé todo de ti y de aquellos en los que confías. Por la misma razón, te digo que lo último que te conviene es saber más. Porque ello significaría tu destrucción. Y te quiero vivo.

—Empiezo a estar confuso.

—Lógico. Yo lo estuve durante un tiempo. Y de confusa pasé a cadáver. Pero, bien mirado, no estoy mal. Mucho peor está Rosendo. Y mira Meritxell Llopart.

—¿Por qué la mataron?

—No lo sé; no ha trascendido lo que pasó en la sexta planta aquella madrugada. Ni siquiera sé cuántos tipos accedieron por los portalones, pero debieron ser varios. A lo más que llego es a una conjetura, sin más valor. Me imagino que lo de la Llopart fue algo que se les escapó de las manos. Y sorprende porque, para todo lo demás, mostraron una *profesionalidad criminal* exquisita. Pero no conocían del todo los vericuetos de la Mole; un verdadero laberinto de ascensores y escaleras. Los tipos entraron a por Beneyto, y es posible que vieran largarse a la Llopart. Puede que, en la oscuridad ambiente, no se percataran de que esta se llevaba el maletín a la cuarta; además, Rosendo lo tenía siempre consigo. Durante un tiempo pensé que, duchos como eran, tuviesen planeada una acción muy rápida, centrada en conseguir el maletín. Después, deseché esta hipótesis; me pareció más probable que el objetivo fuese el secuestro de Rosendo. En este sentido, no podía descartarse que parte de la documentación inculpatoria estuviese en otro lugar. Lo necesitaban a él, a toda costa. Y lo necesitaban vivo. Se trataba, por tanto, de un delito criminal en asociación, instigado desde lo más alto. No podía haber testigos. Cuál sería la sorpresa de los sicarios al encontrarse a Meritxell Llopart de vuelta en el pasillo de la sexta planta. Perfecta conocedora — ella sí — del dédalo de la Mole, es imaginable que apareciese de la nada, a través de una vía que no tenían controlada. Pobre víctima colateral; se la quitaron de en medio del modo más expeditivo.

—Al grano, ¿para qué me quieres? Todo acabó para ti.

— Escúchame con atención, Amador, que lo que vas a oír no me lo oyó nunca nadie, y mucho menos *en vida*. Solo *mi muerte* me hace

creíble; te lo acabo de decir. Te acabas de convertir en el vehículo de mi reparación. Te aseguro que «ellos» son mucho peores que yo; son los cómplices de mi autodegradación. Me captaron de joven, y pacté con ellos con tal de eliminar a Rosendo. Pero, presa de mis alianzas, me vi obligada a amañar el concurso de medicamentos. Y cuando Rosendo lo descubrió todo, me obligaron a no interferir en su secuestro y asesinato. Por ello, su imagen me espanta el sueño nada más cerrar los ojos, muerta de cansancio. Porque él era el alma negra del Partido solo en apariencia. Lo sé de sobra porque dimos juntos los primeros pasos en este infierno. Y el diablo acabó por cocernos a los dos en el mismo caldero. Encuentro tanto de él en ti, Amador… Me lo dijeron, y ahora puedo apreciarlo por mí misma. E íntimamente me felicito de ello. Él no murió del todo, que sois estirpe. Y ahora el corazón me remuerde por haber dinamitado esa montaña. Por haber alimentado la ninfomanía de su mujer, y que ello quedara documentado. Y por difundir el material para aniquilar en la cuna lo que habría sido un magnífico dirigente. Todo para sustituirlo por una figura como la mía, mediocre y carente de escrúpulos. Abrumada por su superioridad, lo convertí en un número dos, temido y aborrecido por todos, cuando su lugar natural habría debido ser el punto de atención de todos los focos. El lugar que yo le hurté, sin que mi soberbia me permitiera advertir lo miserable de la usurpación. Pero se nos quedó un cabo suelto: pretender que reducir las dosis de los genéricos no tendría consecuencias… en la inmensa mayor parte de los casos. Pero en epilepsias complejas, la fechoría podía provocar graves desestabilizaciones. Tal fue el caso de la hija de Rosendo. Y este prestó oído a ciertos colectivos profesionales rebeldes, donde milita vuestro doctor Sepúlveda. Gente que clamaba que, en efecto, nadie se había dignado a realizar análisis fehacientes de los medicamentos comprados a bajo precio a un laboratorio como «Xybra». Entonces, Rosendo hizo lo que tenía que haber hecho esa vil oposición, de no haber estado conchabada con nosotros: mandar analizar las pastillas. Pero luego mandó analizar otras muchas. Lo mismo que acaba de hacer Ahmed, vía París: conseguir la prueba. Y, más tarde, Rosendo se puso a brujulear en los registros internos, a los que tenía acceso por su condición de alto cargo. Así consiguió toda la documentación, firmada por mí, para que el concurso fuera amañado y todo lo que te ha contado el doctor Sepúlveda. Lo de los ensayos clínicos, con ser grave, era lo de menos. Claro que estas pesquisas fueron advertidas por los otros, y se inició la caza. Él se supo perseguido y corrió a la Mole, en busca de un lugar donde depositar el maletín en manos seguras.

—¿Y yo… vehículo de tu reparación?

—Date la vuelta, Amador… ¿qué ves?

Lo hago. No ha cambiado nada. Al fondo, las dos berlinas aparcadas. Los guripas y Ahmed, contemplando nuestra conversación. El sol no molesta. El aire es fresco.

—¿Siguen todos ahí, verdad?

—Sí — contesto con sequedad. Ahmed continúa hablando por su móvil. Riéndose, como siempre. Tal vez se está citando con alguna de sus chicas.

—Esa es mi reparación, Amador. Nada más te supimos en esto, pusimos las redes en alerta. Los hechos no hicieron sino darnos la razón: al poco de tu aparición, estalló lo del *pen-drive*. Una excelente cortina de humo, os felicito: permitió que el maletín llegara a buen puerto sin llamar demasiado la atención. Acto seguido, todo estaba previsto para detonar el escándalo *puja de medicamentos*. Un zambombazo cuyas ramificaciones comportarían la disolución del Partido. No quedaba más remedio que sepultar el caso mediante la eliminación física — fingida, afortunadamente — de la figura principal. O así se pactó y así se ejecutó. Pero, aquí en mi encierro, tuve tiempo y medios para llamar tu atención y atraerte. Y le pedí un favor a nuestro común amigo Ahmed, el rey de los favores de Tánger. En resumidas cuentas, que recibiera a su amigo español, pero que se hiciera el nuevo cuando este le contara la película. Y que te encerrara con el sueño de la novia que no pudo ser, reclutada para hacer el mejor paripé de su historia profesional. La *escort* más exótica de la tierra, en su papel mejor pagado, cuando hace tiempo que dejó atrás la frescura y la lozanía. ¿De verdad te creíste lo de reavivar el chispazo de hace veinte años a la vista de tus canas? Vuélvete y la buscas, si quieres; la mansión está desierta, buscando un nuevo inquilino. El informe de París estaba preparado de antes, que ahí todo es verdad, punto por punto, que te lo diga nuestro rey de los favores. Es un amigo leal, Amador; perdónale esta niñería… Al fin y al cabo, te lo has pasado bien, ¿no es verdad…? Pero lo importante es lo de ahí atrás: la charla de Ahmed por el móvil… No se cita con su fulana; se ríe de puro nerviosismo. Está dando explicaciones arriba. Porque, allá en la caverna de Satanás, ya consta el informe. La prueba del ochenta y seis por ciento. El documento que, a estas horas, obra en poder de tu doctor Sepúlveda y que, como un dominó, le llega hoy a cierto juzgado. Al cornudo y su séquito ya no les será posible dar carpetazo al asunto pactando una muerte, como en mi caso. La copia digital del informe danza en la nube, volando de un lugar al otro. Demasiados testigos que eliminar o que comprar, en varios países. El caso del maletín, al fin reactivado, poniendo de manifiesto una red clientelar gigantesca del Partido pagada por el contribuyente y la Unión Europea, vía rebaja fraudulenta de las dosis de los medicamentos del concurso. ¿Y sabes lo que eso significa…? La pérdida del poder, sin

lugar a dudas. Adiós a varias décadas de monopolio institucional. Ahora, aquel coche negro, al fondo, me llevará al aeropuerto, donde tomaré un avión que me llevará muy lejos. Identidad nueva, en un nuevo pasaporte. Otro punto del globo, donde me espera el olvido. Pero, oyendo el tintineo de las monedas, el olvido es menos amargo; no me cabe la menor duda. Fue esa la condición para dejarme matar. Sin embargo, antes de desaparecer, quiero mirar al frente por última vez. ¿Qué ves ahora, Amador?

—Lo de antes. No ha cambiado nada. El azul del Estrecho, salpicado de olas blancas. Algún que otro barco y, al fondo, España.

—Mira bien, y advertirás algo nuevo. Ahí, en medio del mar… Un punto de luz, ¿no lo ves…? Es Rosendo, que regresa a nado. Ya no ronda intranquilo a nuestro alrededor. Su espíritu halló la paz, por fin. O si prefieres ser racional, se trata de su sombra, que ya no planea sobre mis sueños. Ni tampoco sobre los tuyos. Porque esta reparación nos libera: a ti, de tu responsabilidad profesional, y a mí, del dolor de conciencia. Él ya surca el azul infinito en busca de unos aires desde los que proteger los pasos titubeantes de su hija. Yo busco otro azul, en los cielos, huyendo de un pasado que me atormenta. ¿Y que harás tú, Amador…?

—Me vuelvo a España. Pepa acaba de tener una hija. No es que sea muy religiosa, pero su Mario sí que lo es. Y seguro que Luis le pone la Basílica preciosa para el bautizo.

—¿Me harás un ultimo favor?

—Dime.

—Al concluir la ceremonia, te quedas unos minutos más frente a Nuestra Señora. Amador; tú no crees, pero yo sí. Y no es cinismo, te lo aseguro. Te encomiendo un «Yo, Pecador» de mi parte. Sacas la oración de donde la tengas y la rezas con devoción; hazlo por mí. Y después, borra mi nombre de tu memoria. Que Dios Nuestro Señor me conceda el descanso del olvido lejos, muy lejos de aquellos cuyas vidas convertí en un infierno sobre una tierra… ¡tan hermosa!

55. El Mar, por Fin

El mar, por fin. La espuma, de vuelta a mis pies cansados. Y, debajo, la caricia de la arena. Vuelvo de un largo paseo en soledad. A lo lejos, los amigos. La vida, la alegría. Quisieron venir todos a mi escondite algarvío porque ya bastaba, eso de esconderse. Y bajaron todos a fundirse con el ocaso, el momento magnífico en que este océano inmenso, calma que nos falta, nos devuelve la última luz del día y se asemeja a un lago de plata, inmenso hasta el horizonte.

Allí todos, Pepa y su Mario, que no suelta su bebé ni para pegarse un baño. Gloria le han puesto, nadie sabe por qué. Debe sonarles bien. Y es alegre, qué duda cabe. En la tertulia de la orilla, Paco y Paqui, como en la vida. Y, por no saber vivir de otro modo, se trajeron a sus criaturas. Pero estos andan un poco más allá, pegándole patadas al balón. Sonríe Paqui, capaz de haber sacado al marido de las cavernas de las teclas y de verlo ahí, absorto ante un ocaso que habitualmente ve en los fondos de pantalla.

Luis llega mañana; hablé con él hace un rato. Tras su vuelta al palacete del centro, se le nota de otro modo. Volvió a casa, sí, pero ahora se le antoja una casona inmensa, inhóspita. Demasiado silencio, tal vez. Estas semanas de cobijo forzado en pocos metros, sumergido en una algarabía incomprensible, han constituido una conmoción para él. Ya me lo contará mañana, largo y tendido.

Pero yo me debía una entrevista con mis tuétanos. Una audiencia implacable, a cara de perro, sin más testigos que los arriba mencionados: la arena, debajo, las olas, a cada poco, y la brisa, constantemente. Los amigos lo entendieron, y no insistieron. Tenía que estar solo. Porque solo así podía curar. Y lo intenté repasando lo vivido estos últimos días, ya en España.

Vine tieso, sin apenas hablar. Lo primero fue acercarme a ver la criatura de Pepa, aún sin cristianar. Y esta, de un vistazo, me adivinó la agarrada del alma. Pero se abstuvo de soltar una de las suyas. En buena medida, porque su diagnóstico había sido certero, aún en la distancia: había andorreado como un colegial en las manos de la mora. Pero la humillación, la de verdad, venía de los hechos. La mirada de Pepa solo vino a apuntillarme. Y, a fin de cuentas, esta tenía una cosita entre las manos que le exigía todo, y a todas horas. Me tendría que buscar la mamaíta en otra parte.

Me fui al único lugar donde me podían dar la teta: a esa calle

cariñosa, acogedora, que siempre le ofrece un banco al más pintado, sea para dormir o para estirar las piernas. Anduve de acá para allá, buscando agua caliente, **zotal** y escamas de jabón **lagarto**, a ver si me arrancaba la cara de perro. Y recalé — ¡cómo no! — ancá Colombianita, a unas horas en que pudiera y quisiera compartir una taza del mejor café de la ciudad.

—¿Quién te chamuscó el corazón, madero? — me diagnosticó de un vistazo.

Y ahí anduvimos de palique, contándole yo mis andanzas tangerinas. De cómo una bruja me quemó los ojos sin remedio. Que me creí lo del recuerdo vivificado, y caí como un chavalín.

—Y aún te tiene rendidito, *bolillo* — soltó la sonrisa más hermosa de Colombia —. ¿Qué filtro te hizo beber la maga de Tánger?

—El de la ilusión, negra — le respondí, conteniendo la lágrima. De vergüenza a que, detrás, viniera un chorro irreprimible.

—¿Y no corriste a exigirle explicaciones? — me volvió a preguntar, implicada hasta el tuétano en mi desazón.

—La busqué por todo Tánger… Del mercado a las mezquitas, pasando por los burdeles más refinados. Pero nada… Tragada por la Medina.

—¿Y tu amigo Ahmed…?

—¿Mi… amigo? — contuve la indignación —. Partido de la risa ante mi llorera. Que si quería, me llevaba a nadar en la piel de otras más jóvenes y hermosas.

Dejé a Colombianita de madrugada, como la otra vez. De poco me sirvió la terapia. En mi soledad, volvía, una y otra vez, a enredarme en la mirada ardiente del palacete de la Medina, sobre la bahía. Porque, de algún modo, mi piel, mis nervios, mis sentidos, todo mi ser había recobrado allá el pulso sereno de la vida, del instante. No, no podía ser mentira. No podía limitarse a un burdo manejo para hacerme participar en la reparación de una muerta en vida. O en la perfidia de una venganza. Era del todo imposible; esos papeles no admiten interpretación. O no, con tal grado de maestría, de entrega.

Resolví hablar con Ahmed, una vez más. Tenía que saberlo. Me figuré el momento en que andaría solo, tranquilo, tal vez hastiado de todo y de todas. Lo llamé. Se alegró. Siempre lo hace, conmigo. Adivinó el motivo de la llamada, aunque tardamos en ir al grano. Y ahí anduvimos, de charla insustancial. Porque yo sabía que había muchas cosas que no podía contarme. Y, ahora que todo estaba resuelto, ni se las toqué… ¿Para qué? Es más, podía haber sido duro con él, lanzarle mil reproches. Pero, de nuevo… ¿Para qué? Me imaginé que fue su cargo el que le obligó a participar en una oscura madeja en la que su amigo Amador era un elemento clave. Y, puesto que ello tenía que pasar, que lo hiciera a placer y con seguridad.

Sin embargo, Ahmed me debía algo. Una cosa. Una sola. Lo dejé

hablar de todo y de nada, sin atreverme a interrumpir. Sin traspasar líneas rojas. Y, al final, susurré:

—¿Por qué Dihya, Ahmed?

—Porque te conozco, hermano… — la respuesta no fue meditada —. Y tenías que colaborar. ¿Lo habrías hecho con cualquier otra, por muy hermosa que fuera…?

Se hizo un silencio estremecedor a ambos lados de la línea. Roto al fin por unas palabras escuetas, por mi parte:

—¿Y ella…?

Ahmed vaciló en contestar. Creo que lo hizo solo porque me lo debía. Porque me había herido mortalmente, y lo sabía.

—Está retirada de todo esto. Fue contactada ex profeso. Para una sola vez.

—El pago ha tenido que ser considerable — repuse.

—Lo era, pero no lo quiso. Y no es que sea rica.

—¿Entonces…?

—Aceptó solo cuando se enteró que se trataba de ti, Amador.

Vuelve el silencio, interrumpido solo por las respiraciones a ambos lados de la línea.

—No me vas a permitir contactar con ella, ¿verdad?

—Amador, tú y yo la queremos viva. Está demasiado implicada. Déjala ahí, en tu recuerdo, y sopla con dulzura sobre él para que el rescoldo te conforte siempre. Hay cosas por encima de ti y de mí, más allá de nuestros sentimientos.

Ahí se quedó, la lengua mordida. Era mi amigo, y sigue siéndolo. Lo tenía que hacer, y lo hizo. Me la jugó, sin perder la sonrisa. Y fui incapaz de recriminarle nada. Porque me hizo participar en su juego, eso sí, pero me devolvió el instante. Y seguro que Dihya dice ahora mismo algo parecido. Moro cabrón, mil veces más listo que yo…

Luego volví sin piel ni alma, vaciados los ojos. El caso resuelto, el mío personal hecho papilla. ¿Qué más da? ¿Acaso queda algo de mí? Solo ellos, ahí: Paco animándose a pegar una carrera sobre la arena, contagiado del ímpetu futbolero de sus chavales. Y, enseguida, Mario, que se despega de su Glorita — a la nena le toca la teta, y eso no lo puede hacer por Pepa —, y se junta con Paco y los chicos al peloteo, que la marea baja acompaña.

Pero no me acerco aún; me niego a que mi rictus huraño empañe la alegría de este ocaso. Por ello, interrumpo mi paseo para darme un baño. A mi alrededor, las gaviotas, las olas, la brisa. Mis confidentes de siempre. Abro las manos, mientras noto como las yemas de los dedos comienzan a percibir la superficie del agua. Y así, noto, siento, deseo que gaviotas, olas, brisa tengan a bien transmitir a Dihya, tan lejos, lo que el Poder, el Estado, la Fuerza no me permiten: que aquel momento fue solo nuestro y que la voz del muecín, repetida cinco

veces al día, se mezclará en mi memoria con el compás de las olas para grabarme a fuego su mirada ardiente, su piel de seda, su espléndida melena de rizos hasta media espalda, para hacer de todo ello el último recuerdo, el día de mi adiós a la existencia.

FIN

(Este libro se terminó de escribir en Sevilla (España), el sábado 28 de agosto del 2021 a las 8:26)

Nota final: si te gustó este libro, me gustaría pedirte un favor. ¿Serías tan amable de compartir tus pensamientos y publicar una reseña de este libro en Amazon? Esta historia va más allá de la trama. Va acerca de unos valores. En este sentido, tu voz es importante para que este libro llegue a tantas personas como sea posible. Cuantas más reseñas obtenga este libro, más personas podrán encontrarlo. El lugar está en la página de Amazon, bajo el número de opiniones y estrellas: «escribir mi opinión».

Agradecimiento

A Mónica Lalanda, por su corrección crítica del manuscrito.

El autor: Federico Relimpio

Federico Relimpio (Sevilla, 1965). Tras más de veinte años de experiencia como médico, recoge sus vivencias en su primera novela, «K.O.L. Líder de Opinión» (2013). Sus segunda y tercera novelas quedan impregnadas del contexto social y económico de la época que le toca vivir. Su quinta novela, «La Mole», está en relación estrecha con las tres anteriores y supone a la vez una ruptura, en la medida en que profundiza en la crítica a la política de su tiempo.

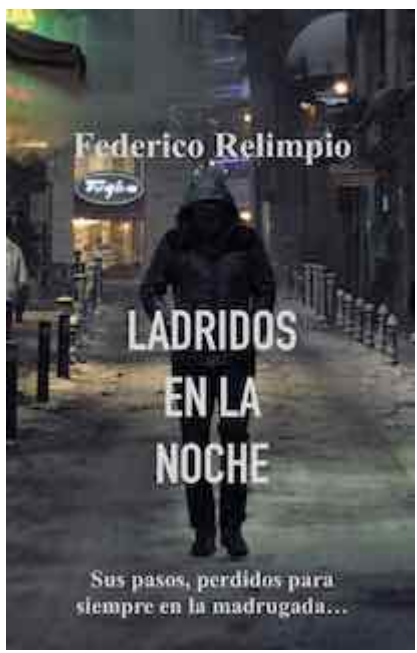
Web: www.federicorelimpio.com

e-mail: info@federicorelimpio.com

Twitter: https://twitter.com/frelimpio

Avifauna de «La Mole»

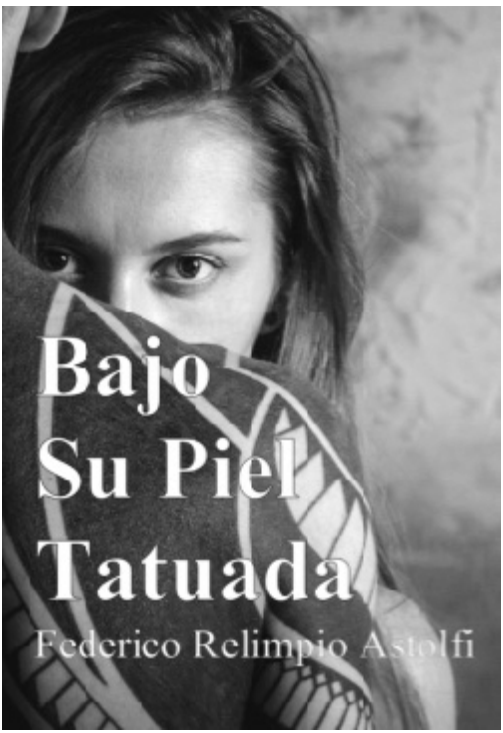
El lector ya se ha percatado sin duda de que la abigarrada avifauna de la Mole posee una historia previa. Es probable que desee profundizar en los antecedentes personales de tal galería de personajes, a fin de comprender mejor sus peculiaridades.



Pepa y Amador se hicieron pareja de hecho profesional en **«Ladridos en la Noche» (2018), mi tercera novela**. La trágica desaparición del hermano de Luci Medina unió a los tres para siempre, con el bar de Juani como epicentro de actividad. Como es comprensible, no puedo desvelar nada de los avatares de aquella historia, pero sí que mucho de ello transcurre en el palacete de Luis, bajo los cuidados de Amina,

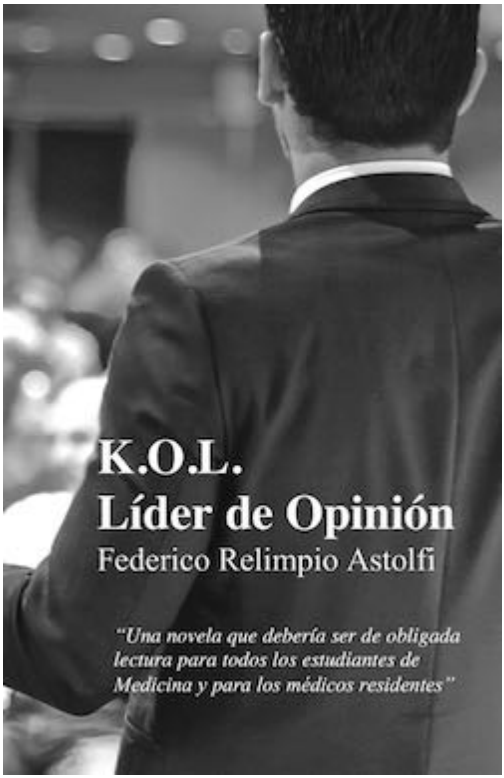
y que buena parte se desarrolla en el bar de Trini, en la Kasbah. Es preciso decir, además, que Colombianita desempeña una papel crucial, junto a Fanny, un personaje que apenas se menciona en «La Mole». Y que la enfermera Rocío y la reportera Mónica Casado tienen en aquel relato sus papeles respectivos de actrices secundarias.

Enlace en Amazon:eBook Ladridos en la Noche



Mónica Casado es la directora de orquesta de **«Bajo su Piel Tatuada» (2015)**. Nos va a presentar a la forense Luisa Carreño que, como en «La Mole», pregunta a los cadáveres por sus secretos. Y, más adelante, nos contará cosas de los kilos de Mila y sus relaciones con Pepi y Rosi, las tres «brujas» de «La Mole». Sabremos cosas acerca de los primeros tiempos de Lidia y los trágicos avatares de su amor imposible. Y, además, el resumen de las aventuras y — sobre todo — las desventuras de Jesús, el enfermero de la prisión a quien hace mención Rogelio, el encargado del bar situado enfrente de «La Mole».

Enlace en Amazon:eBook Bajo su Piel Tatuada

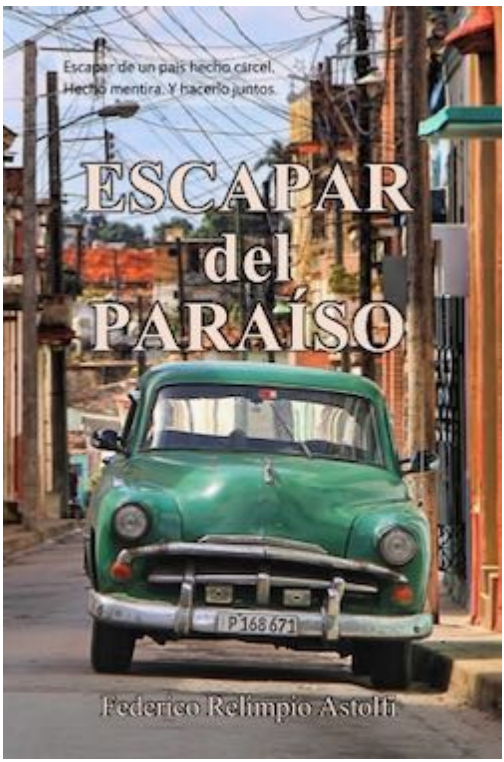


Como ya han adivinado los lectores, el doctor Rafael Sepúlveda tiene novela propia. A ella se hace mención en «La Mole», y le fue de utilidad tanto a Rosendo Beneyto como a Amador. En buena medida, porque explica un mundo de difícil comprensión, pero que nos afecta a todos. Se trata de **«K.O.L. Líder de Opinión» (2013)**, el arranque de una rebeldía.

Enlace en Amazon:eBook K.O.L. Líder de Opinión

Otras Obras del Autor

Escapar del Paraíso (2019)



«Federico hace de cada novela suya, de cada testimonio de su belleza creadora, **un ensayo en el que busca la mejor manera de escribir, la perfección**. La mejor manera de contar y de ejercer el arte de la palabra. Se trata de escribir para aprender a escribir y de perfeccionarse en cada nueva historia, como todo artista hace a lo largo de su trayectoria vital». Sioni Millán, en el Blog «Tablón Cultural».

«**¡Máxima puntuación!** Definitivamente se lo merece, la forma en la que se desarrolla la historia, el final es lógico y a la vez con interrogantes». Blog "El Olimpo entre Libros".

SINOPSIS

En un país peculiar, un presidente gobierna desde hace décadas; sus

discursos suenan en la radio a todas horas, y sus verdades son *las verdades*. Los ciudadanos arrastran unas existencias miserables y hambrientas. En este contexto transcurren las vidas de un matrimonio formado por un médico y una maestra. El ejercicio de la profesión llevará a nuestro doctor a conocer otras verdades más allá de la frontera. Esta experiencia le supondrá cuestionar creencias y valores, así como instalarle el sueño de abandonar un país al que, pese a todo, consideraba un paraíso en la tierra.

Inspirada en hechos reales.

Enlace en Amazon:eBook Escapar del Paraíso